



Los quince años que cambiaron Costa Rica: 1940-1955
De las reformas sociales a la invasión del 55

Carlos Revilla Maroto

Resumen

Este libro analiza el proceso histórico costarricense comprendido entre 1940 y 1955, conocido como la "década que forjó la patria", que tuvo como eje la Revolución de 1948. Lejos de considerarla un evento aislado, se examina como el punto culminante de tensiones acumuladas desde principios del siglo XX: el reformismo frustrado de Alfredo González Flores (1917), la persistencia de un ideario ético y cívico en la Liga Cívica, y la maduración intelectual del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales.

El trabajo se estructura en seis capítulos que abordan: la conflictiva década de los años 40, con las reformas sociales de Calderón Guardia, la alianza con los comunistas y la Iglesia, la corrupción fiscal, el fraude de 1944 y el surgimiento de Figueres; el gobierno de Teodoro Picado y la radicalización, incluyendo la Huelga de Brazos Caídos, el bandolerismo político y la anulación de las elecciones de 1948; la guerra civil de 1948, con sus principales batallas, la estrategia de focalización, la Marcha Fantasma, la toma de Limón y Cartago, y el Pacto de la Embajada de México; la Junta Fundadora y la refundación del Estado, con la abolición del ejército, la nacionalización bancaria, el voto femenino, el Cardonazo y el debate sobre el carácter dictatorial del régimen; la contrarrevolución de diciembre de 1948, incluyendo las masacres de El Murciélagos y Puerto Soley; y finalmente la invasión de 1955, el último suspiro de la guerra, con la batalla de Santa Rosa, el duelo frustrado entre Somoza y Figueres, y el intento de magnicidio de 1957.

A partir de fuentes primarias (discursos, proclamas, cartas, documentos oficiales, prensa de la época) y del análisis de los principales actores (Calderón Guardia, Figueres, Mora, Sanabria, Ulate, Facio, Cortés), se concluye que la Revolución del 48 no fue una contrarrevolución contra las conquistas sociales, sino una lucha política por la legitimidad del Estado que debía administrarlas. El legado de este período —un Estado social, democrático y sin ejército— sigue siendo la base de la estabilidad y la excepcionalidad costarricense en la región.

Palabras clave: Revolución del 48, Garantías Sociales, Guerra Civil, Junta Fundadora, Segunda República, José Figueres Ferrer, Calderón Guardia, Historia de Costa Rica.

Contenido

Prólogo

- De González Flores al 48 – Reformismo, poder económico y ruptura democrática en Costa Rica

Introducción

Capítulo I: La conflictiva década de los años 40 (1940-1944)

- El gobierno de Calderón Guardia y las reformas sociales
- Las Garantías Sociales: la revolución jurídica que cambió Costa Rica
- La reforma electoral de 1943: el primer gran pulso que anticipó la guerra
- Costa Rica en la Segunda Guerra Mundial: el contexto que lo cambió todo
- La corrupción fiscal y administrativa: el combustible de la oposición
- La alianza con los comunistas: cuando la lucha de clases cedió paso a la agenda social
- El otro Calderón Guardia: lo que el pacto no contó
- La Iglesia y Vanguardia Popular: la alianza inverosímil
- Roberto Brenes Mesén y el CEPN: el tránsito del pensamiento a la acción
- El ilustre desconocido: José Figueres antes de 1942
- El discurso que cambió la historia
- El candidato desde el exilio y el gran fraude de 1944
- Los mártires del 44: Llano Grande y La Ceiba
- El regreso y el anuncio de la Segunda República
- De Rodrigo Facio al Partido Social Demócrata (1943–1945): el puente intelectual
- Don Pepe y el cortesismo: una relación que marcó el rumbo

Capítulo II: El gobierno de Teodoro Picado y la radicalización (1944-1948)

- La herencia envenenada
- Los primeros intentos de reconciliación
- Del cortesismo al Partido Social Demócrata
- La muerte del caudillo (1946)
- La familia Cortés en el PLN
- El Almatricazo (24-25 de junio de 1946): el golpe que no fue
- Las brigadas de choque y el nacimiento de los "mariachis"
- La Huelga de Brazos Caídos (1947)
- El papel de las mujeres y la represión que cambió todo
- El triunfo de la oposición: las garantías electorales
- El bandolerismo político: la guerra sucia de 1947
- La Convención Nacional de la Oposición (febrero de 1947)
- La anulación de las elecciones: el voto salvado de Koberg y los 27 de la ignominia
- El asesinato del Dr. Carlos Luis Valverde Vega: el Primer Mártir

Capítulo III: La Revolución del 48

- El inicio: el Plan Maíz y la respuesta del gobierno
- La primera sangre

- El Plan Maíz en marcha
- Los pilotos de la Revolución: la guerra también se jugó en el aire
- Guatemala y la Legión del Caribe: el apoyo regional que ayudó a decidir la guerra
- ¿Mercenarios o idealistas? La lista de los 18
- La primera batalla y la prohibición de arriesgar al líder
- La retirada a Santa María de Dota y el Cuartel General
- Glostoras y medallitas: los soldados de la revolución
- La Batalla de San Isidro y los "héroes de la trinchera"
- El Batallón de El Empalme: pilar estratégico de la revolución
- Las proclamas de Santa María de Dota: de la insurrección a la Segunda República
- Los mártires de la guerra: Ernesto Zumbado y Nicolás Marín
- La Marcha Fantasma y los planes Magnolia y Clavel
- La toma de Limón: la primera misión aerotransportada de América
- Testimonio: Historia del legionario Rodolfo Quirós González
- La muerte de Rolando Aguirre
- La caída de Cartago
- La Batalla de El Tejar: la jornada que decidió la guerra
- El Pacto de Ochomogo y la invasión nicaragüense
- El Pacto de la Embajada de México y el fin de la guerra

Capítulo IV: La Junta Fundadora y la refundación del Estado (1948-1949)

- El gobierno de los 18 meses
- Las grandes reformas
- La abolición del ejército: historia, mitos y defensa de un legado
- La visión de los vencidos: tribunales de sanciones y exilio
- Los asesinatos del Codo del Diablo: la otra cara de la moneda-
- El Cardonazo (abril de 1949)
- Los "exiliados" del 48: desmontando un mito histórico
- ¿Fue la Junta Fundadora una dictadura? Un debate necesario

Capítulo V: La contrarrevolución de diciembre de 1948 – El primer desafío a la Segunda República

- La frágil paz de la posguerra
- La invasión del 10 de diciembre
- Los asesinatos del Codo del Diablo: la otra cara de la moneda
- La masacre de El Murciélagos (20 de diciembre)
- Los últimos combates: Puerto Soley (25 de diciembre)
- El fracaso militar y la batalla diplomática en la OEA

Capítulo VI: La invasión de 1955 – El último suspiro de la guerra

- El exilio calderonista y la reorganización de la oposición
- La internacional de las espadas
- Calderón Guardia y Somoza García: la anatomía de una amistad
- Los preparativos y la denuncia (diciembre 1954 - enero 1955)
- La invasión desde adentro: la toma de Villa Quesada
- Los ataques aéreos y la respuesta de Figueres: "A mí con avioncitos"

- La Batalla de Santa Rosa: el combate decisivo
- El duelo que nunca fue: Somoza desafía a Figueres
- El último coletazo: Los Chiles, febrero de 1955
- ¿Por qué fracasó la invasión?
- El intento de magnicidio contra Figueres (1957)

Conclusiones

Bibliografía

Anexos

Anexo 1: Archivo gráfico: las 75 del 75

Anexo 2: Mapas en alta resolución

Anexo 3: Discursos

Anexo 4: El “Corrido de Pepe Figueres” canto y memoria del 48

Anexo 5: Carta a mis sobrinos

Anexo 6: San Isidro de El General: la batalla que se jugó como ajedrez

Introducción

Este libro nace de una convicción: la Revolución del 48 no puede entenderse como un hecho aislado, como un simple estallido bélico de cuarenta días. Fue, en realidad, el punto culminante de un proceso de quince años que transformó para siempre la estructura política, económica y social de Costa Rica. Un proceso que comenzó con las reformas de Calderón Guardia en 1940, que atravesó la radicalización del gobierno de Picado, que se sumergió en la guerra civil de 1948, que conoció la euforia de la Junta Fundadora y la amargura de la contrarrevolución de diciembre de ese mismo año, y que no terminó hasta que se silenciaron los últimos disparos en 1955, en un pequeño puesto fronterizo llamado Los Chiles.

Quince años. Una generación entera creció entre discursos encendidos, fraudes electorales, huelgas patronales, bombas en las calles, combates en las montañas, exilios, dictaduras vecinas conspirando, y finalmente, la construcción de un nuevo orden. Quince años en los que Costa Rica pasó de ser una república liberal de corte oligárquico —con sus limitaciones, sus exclusiones y su "paz de los cementerios"— a convertirse en un Estado social de derecho, con garantías laborales, seguridad social, sufragio universal y, lo más asombroso, sin ejército.

Esa transformación tuvo un costo. Lo tuvo en vidas humanas: los mártires de Llano Grande y La Ceiba, el doctor Valverde Vega, los caídos en El Tejar y Santa Rosa, los cruzrojistas de El Murciélagu, los soldados voluntarios de Puerto Soley. Lo tuvo en odios y rencores que tardarían décadas en cicatrizar, en familias divididas por la política, en exilios que se prolongaron más allá de lo razonable. Pero también tuvo un resultado: la Costa Rica que hoy conocemos, con todas sus imperfecciones, es hija directa de aquellos años.

Este libro no pretende ser una historia neutral. La neutralidad en estos temas suele ser una forma de ocultar las propias simpatías. Pero sí aspira a ser una historia equilibrada, capaz de reconocer luces y sombras en todos los bandos. Por eso hemos dedicado espacio a las reformas sociales de Calderón Guardia y al heroísmo de los pilotos del Plan Maíz; al pensamiento de Rodrigo Facio y a la brutalidad de las brigadas de choque; a la grandeza de Figueres al abolir el ejército y a la injusticia de los tribunales de sanciones; a la resistencia de los "héroes de la trinchera" en San Isidro y al martirio de los campesinos de Llano Grande.

Hemos querido también rescatar del olvido a quienes la historia oficial suele ignorar: los soldados rasos que vistieron sacos de gangoche para resistir el frío de El Empalme; los periodistas que cayeron con la cámara en la mano en Santa Rosa; los voluntarios de la Cruz Roja asesinados cuando cumplían su deber humanitario; los diputados que votaron por la anulación y cargaron con el estigma de sus nombres; los exiliados que nunca pudieron regresar y los que sí lo hicieron, pero con el alma partida.

Este libro es, en buena medida, el resultado de décadas de investigación, de visitas a los lugares donde ocurrieron los hechos, de conversaciones con protagonistas y testigos, de lecturas cruzadas de libros y documentos, de artículos publicados a lo largo de los años en El Espíritu del 48. Es, por tanto, una obra colectiva en la que han participado, sin saberlo, muchos de los que vivieron aquellos años y me contaron sus historias. A ellos, mi gratitud eterna.

El lector encontrará aquí un relato que combina la crónica de los acontecimientos con el análisis de sus causas profundas; la descripción de las batallas con la reflexión sobre su significado estratégico; el testimonio de los grandes líderes con la voz anónima de los combatientes. Encontrará también

documentos de primera mano: discursos, proclamas, cartas, artículos de prensa, decretos, que he procurado transcribir íntegramente para que sea el lector quien juzgue.

Porque de eso se trata, al final: de juzgar. No en el sentido penal de la palabra, sino en el sentido histórico. De entender qué pasó, por qué pasó, y qué podemos aprender de ello. La Costa Rica de hoy enfrenta desafíos distintos a los de 1948, pero no por ello menos graves. La desigualdad, la corrupción, la desconfianza en las instituciones, la tentación autoritaria, son fantasmas que nunca terminan de irse. Conocer cómo los enfrentaron nuestros antepasados —con aciertos y errores, con grandeza y miseria— puede ayudarnos a enfrentar los nuestros.

Este libro no tiene respuestas definitivas. Tiene, eso sí, muchas preguntas. Y el convencimiento de que la única manera de responderlas es mirando hacia atrás, a esos quince años que forjaron la patria, con honestidad y sin complacencia.

Carlos Revilla Maroto
San José, marzo de 2026

Prólogo

De González Flores al 48 – Reformismo, poder económico y ruptura democrática en Costa Rica

"Los hombres y las naciones necesitan saber con exactitud a cuál estrella llevan enganchado su carro... El nombre de la estrella que nos guía debe ser, costarricenses, el bienestar del mayor número."

— José Figueres Ferrer, Discurso del Desfile de la Victoria, 28 de abril de 1948

Los acontecimientos de 1948 suelen describirse como una guerra civil, una fórmula que con frecuencia reduce su alcance histórico y atenúa la magnitud de los cambios que produjo. Más que un estallido armado aislado, el 48 fue una ruptura profunda del orden político existente y un proceso de transformación con claros rasgos revolucionarios, orientado a redefinir el papel del Estado, ampliar la democracia y sentar las bases de la justicia social en Costa Rica.

Este prólogo propone una lectura de largo aliento que comienza con el reformismo temprano de Alfredo González Flores, atraviesa las experiencias cívicas e intelectuales de las décadas siguientes y llega a las reformas sociales de los años cuarenta, para comprender el 48 como el punto de inflexión de una disputa histórica prolongada entre poder económico, democracia y justicia social.

I. El reformismo temprano y el golpe de 1917

El breve gobierno de Alfredo González Flores (1914–1917) representó uno de los primeros intentos sistemáticos de reformar el Estado costarricense para enfrentar las desigualdades estructurales generadas por el liberalismo económico clásico. En un contexto agravado por la Primera Guerra Mundial, González Flores impulsó una política fiscal y financiera inédita: tributación progresiva, control del crédito, fortalecimiento del papel del Estado y creación del Banco Internacional de Costa Rica para limitar el poder de la banca privada.

Más allá de su dimensión técnica, el reformismo de González Flores partía de una concepción ética del poder público. El Estado no debía limitarse a administrar el orden existente, sino corregir sus desequilibrios, proteger a los sectores más vulnerables y subordinar los intereses privados al bien común. Esta visión chocaba frontalmente con una tradición política que había identificado estabilidad con inmovilidad y prosperidad con la defensa irrestricta de los intereses exportadores.

Estas medidas rompieron con el consenso oligárquico que había dominado la vida política desde finales del siglo XIX. Por primera vez, el Estado dejó de ser un mero garante del orden liberal para convertirse en un actor que intervenía activamente en favor del interés público, incluso a costa de los privilegios de los grandes cafetaleros, banqueros y exportadores. El conflicto ya no era solo económico, sino político y cultural: se discutía quién debía definir las reglas del desarrollo nacional.

La reacción fue contundente. En 1917, un golpe de Estado encabezado por Federico Tinoco Granados derrocó a González Flores y puso fin abrupto a su proyecto reformista. Lejos de ser un accidente histórico, el golpe funcionó como un mecanismo de defensa de las élites, dispuesto a suspender la legalidad democrática cuando esta dejaba de garantizar sus intereses. El mensaje fue inequívoco: el reformismo tenía límites estrictos cuando tocaba la estructura del poder económico.

Este precedente marcaría profundamente la historia política costarricense. La experiencia de González Flores dejó instalada una tensión que reaparecería una y otra vez en el siglo XX: la incompatibilidad entre democracia plena, justicia social y la preservación intacta de los privilegios tradicionales. La

memoria de 1917 se convertiría así en una advertencia temprana de los costos políticos de intentar reformar el Estado sin alterar las relaciones de poder que lo sostenían.

II. La Liga Cívica y la persistencia del ideario reformista

La caída de Alfredo González Flores no significó la desaparición de las ideas que encarnaba. Durante las décadas de 1920 y 1930, en un periodo de aparente estabilidad institucional, Costa Rica vivió una democracia formalmente consolidada pero limitada en su capacidad transformadora. En ese contexto surgieron iniciativas cívico-intelectuales que mantuvieron vivo un ideario reformista centrado en la ética pública, la educación y la defensa de la institucionalidad frente a prácticas clientelares y patrimonialistas.

Entre ellas destacó la Liga Cívica, integrada por educadores, profesionales e intelectuales, con figuras como Omar Dengo. No se trató de un partido político ni de un movimiento de masas, sino de un espacio de reflexión, denuncia y formación ciudadana que buscó elevar el debate público, combatir el caudillismo y cuestionar las bases morales del orden liberal existente. Su acción se expresó más en la palabra escrita, la pedagogía y el ejemplo público que en la competencia electoral.

La Liga Cívica entendió la política no solo como lucha por el poder, sino como construcción de ciudadanía. En ausencia de condiciones para reformas estructurales, optó por una estrategia de largo alcance: formar conciencia crítica, fortalecer valores republicanos y afirmar la responsabilidad ética de quienes ejercían funciones públicas. Esta concepción ampliaba el campo de lo político y preparaba el terreno para transformaciones futuras.

III. El CEPN, las reformas sociales y el camino al 48

Ese ideario reformista encontró, en la década de 1940, un nuevo espacio de elaboración y sistematización en el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (CEPN). Integrado por jóvenes intelectuales y profesionales, el CEPN articuló una crítica más orgánica al modelo liberal tradicional y propuso un Estado activo, capaz de intervenir en la economía, regular el mercado y garantizar derechos sociales. Su aporte no fue únicamente programático, sino también metodológico: analizar los problemas nacionales como fenómenos estructurales y no como fallas morales o administrativas aisladas.

A diferencia de las experiencias cívicas anteriores, el CEPN operó en un momento de apertura histórica. Sus debates coincidieron con un proceso de transformación impulsado desde el Estado durante los gobiernos de Rafael Ángel Calderón Guardia, en alianza con sectores populares organizados y con la Iglesia. Lejos de ser un fenómeno aislado o posterior, el CEPN actuó en paralelo a las reformas sociales, contribuyendo a dotarlas de coherencia intelectual y horizonte estratégico.

Ideas largamente debatidas —la función social de la riqueza, la responsabilidad estatal frente al bienestar colectivo y la justicia social como condición de la democracia— comenzaron a traducirse en legislación concreta: garantías laborales, seguridad social y un nuevo papel del Estado en la protección de los sectores más vulnerables. Por primera vez, el reformismo dejaba de ser solo un proyecto ético o intelectual para convertirse en estructura institucional.

Como había ocurrido en 1917, estas transformaciones encontraron una fuerte oposición de sectores que percibieron amenazados sus privilegios económicos y su influencia política. Sin embargo, el contexto había cambiado. La profundidad de las reformas, la movilización social que las acompañaba y la

polarización política creciente hicieron inviable una solución rápida o preventiva. El conflicto se desplazó del terreno de la resistencia encubierta a una disputa abierta por el control del Estado.

La ruptura de 1948 fue así el desenlace de una confrontación acumulada durante décadas. No surgió de un vacío ni de una crisis coyuntural, sino de la imposibilidad de conciliar un proyecto de Estado social en construcción con la preservación intacta del orden económico tradicional. En ese sentido, el 48 aparece como el punto de quiebre de un proceso histórico prolongado, en el que las ideas del reformismo temprano, la ética cívica y la acción política convergieron finalmente en una transformación revolucionaria del sistema democrático costarricense.

Conclusión del prólogo

Comprendido así, el 48 aparece menos como una guerra y más como una revolución democrática y social, resultado de una disputa prolongada por el papel del Estado frente al poder económico. Desde el reformismo temprano de Alfredo González Flores hasta las reformas sociales de los años cuarenta, pasando por la reflexión cívica y doctrinaria de las décadas intermedias, se fue configurando un proyecto histórico que encontró su expresión política en 1948.

En palabras de José Figueres Ferrer, se trataba de orientar la vida pública hacia "el bienestar del mayor número", un principio que permite entender la justicia social no como una concesión circunstancial, sino como el fundamento mismo del orden democrático costarricense.

Capítulo I

La conflictiva década de los años 40 (1940-1944)

El gobierno de Calderón Guardia y las reformas sociales

En 1940 fue electo como Presidente de la República el Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, en un ambiente de consenso. Durante su gobierno (1940-1944), inspirado en la doctrina social cristiana, y aliado con fuerzas progresistas del país, se llevó a cabo la Reforma Social. Sus mayores obras fueron la creación de la Caja Costarricense del Seguro Social, el Código de Trabajo, y las Garantías Sociales, capítulo de reformas incorporadas a la Constitución de 1871, encaminadas a lograr una mayor justicia social. También, por iniciativa de su Secretario de Educación Pública Luis Demetrio Tinoco Castro, se abrió la Universidad de Costa Rica, se logró un acuerdo limítrofe con Panamá, y muchas otras leyes cuyo objetivo era favorecer a las clases más desposeídas.

Pese a la popularidad de la reforma social, el gobierno calderonista fue duramente atacado. La Caja Costarricense de Seguro Social fue acogida con beneplácito por la clase trabajadora, pero no por los sectores agroexportadores y financieros, que sentían una actitud peligrosamente intervencionista del Estado que atentaba contra sus intereses; además fueron cuestionados algunos contratos que entregaron la riqueza nacional a manos extranjeras (la distribución de la gasolina y la administración de los servicios eléctricos) y fue denunciada la corrupción en el manejo de los contratos de licitación de obras públicas.

Con la declaratoria de guerra a Japón el 8 de diciembre de 1941, el Gobierno se alineó frente a las potencias del Eje, en una clara posición antifascista. Esto trajo como consecuencia la suspensión de las garantías individuales durante sesenta días y que se crearan campos de concentración, donde fueron reclusos ciudadanos de Alemania e Italia. También se expropiaron los bienes de la comunidad alemana instalada en el país, sector muy fuerte de la oligarquía cafetalera, y ello dio pie a abusos y enriquecimiento ilícitos con las propiedades de esas personas.

Las Garantías Sociales: la revolución jurídica que cambió Costa Rica

El anuncio presidencial (1° de mayo de 1942)

En su mensaje al Congreso del 1° de mayo de 1942, el presidente Calderón Guardia anunció que las reformas sociales no se detendrían con la creación de la Caja Costarricense de Seguro Social. Habría más:

"La Ley que crea la Caja Costarricense de Seguro Social y la obligatoriedad de los seguros que amparan la vida del trabajador, constituye el primer eslabón de una serie de reformas que consideramos imprescindibles para equilibrar las justas relaciones entre patronos y asalariados."

Y añadió, con una clara invocación a la doctrina social cristiana:

"Colocándonos en un punto de vista enteramente cristiano, creemos que para asegurar las bases de la paz futura del pueblo costarricense, es necesario consignar en la Constitución el principio que crea los seguros sociales como un derecho inalienable de los trabajadores, administrado por la Caja Costarricense del Seguro Social. Ese principio, junto con el que crea el salario mínimo, la jornada máxima de ocho horas, el derecho de sindicalización para

patronos y obreros, la protección del anciano, la madre y el niño como un deber social del Estado, y todas aquellas otras medidas que el Poder Ejecutivo considere justas para levantar el nivel espiritual, moral y físico de las clases trabajadoras, formará parte de un proyecto para un nuevo capítulo de la Constitución que se llamará de Garantías Sociales."

El apoyo de los comunistas

En la celebración de la fiesta obrera del 1° de mayo de 1942, el líder comunista Manuel Mora Valverde ofreció el respaldo de su partido a la promulgación de una legislación social más amplia. Era el primer indicio de la alianza que cambiaría la historia del país.

El redactor: Óscar Barahona Streber

El Licenciado Óscar Barahona Streber era entonces un joven abogado, con amistad personal con el presidente. Recordemos que Calderón, en la víspera de las elecciones de 1940, había anunciado que su gobierno se orientaría por las tesis del "cristianismo social". Barahona sostuvo numerosas conversaciones con el mandatario y preparó un borrador de lo que serían las Garantías Sociales.

Dos personas más tuvieron una intervención destacada: el Arzobispo Sanabria, que revisó y aprobó el texto, y el Licenciado Ernesto Martín, jefe de la mayoría parlamentaria del gobierno, quien introdujo cambios importantes que mejoraron el proyecto original.

La influencia de Luis Demetrio Tinoco también se percibe en la orientación general del gobierno. Las primeras declaraciones de Calderón sobre este asunto coinciden notablemente con los apuntes de don Luis Demetrio en su diario personal. Pero es justo señalar que Barahona tuvo el papel más destacado, como lo confirman las cartas que Calderón le dirigió.

En esos días, Barahona desplegó una actividad infatigable: artículos en periódicos y revistas, charlas en grupos de estudio, en asociaciones obreras y en sectores patronales. En una revista de la Caja Costarricense de Seguro Social, explicó el sentido profundo de las reformas:

"Hace cincuenta años solo se hablaba de Garantías Individuales en las diversas constituciones que surgieron condicionadas por el influjo redentor de la Gran Revolución Francesa, como único modo verdadero de evitar que se volviese a la situación feudal en que un Estado prepotente aplastaba a los individuos. Pero después de la Primera Guerra Mundial, cuando justamente estamos conmovidos por una nueva y más horrorosa catástrofe colectiva, que legará a los pueblos toda una forma superior de Democracia, resulta imposible detener la evolución humana con el artificioso expediente de ignorar lo que a nuestro alrededor pasa. Los problemas económicos han cambiado, y, consecuentemente, ya las grandes masas populares no se conforman con libertades políticas porque muchas veces ellas resultan líricas, sino que buscan ansiosamente el complemento material necesario para que se transformen en realidades... En efecto, si en verdad las constituciones proclaman la igualdad de todos los hombres ante la ley, no es menos cierto que esta igualdad es teórica mientras haya desmedida riqueza -sinónimo de poderío- acumulada en unas pocas manos. Por ello ha surgido, como reacción contra el excesivo privilegio de quienes todo lo tienen y como única manera de mantener el equilibrio y la tranquilidad entre las distintas clases sociales, el novísimo concepto jurídico de las GARANTIAS SOCIALES que no quieren -como las individuales- proteger a los ciudadanos frente a los abusos del Estado, sino que buscan el amparo de los grandes núcleos

humanos, de las grandes masas trabajadoras, frente a los excesos que pueden cometer las minorías adineradas."

El respaldo de la Iglesia (22 de mayo de 1942)

El 22 de mayo de 1942, el Arzobispo de San José, el Obispo de Alajuela y el Obispo y Vicario Apostólico de Limón enviaron una importante carta de apoyo al Presidente. Era la bendición eclesiástica que legitimaba las reformas ante la conciencia católica del país:

"Hemos leído, con todo interés y mayor simpatía, el texto del Mensaje que V.E. ha dirigido al Soberano Congreso Constitucional con fecha 16 del corriente, y creemos que cumple a nuestro oficio y obligación expresar a V. E., como lo hacemos por la presente, la satisfacción que como Obispos hemos experimentado al constatar que las reformas constitucionales que bajo el rubro de «Garantías Sociales» se han presentado a la consideración de la Cámara, se basan en todos sus extremos en las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia Católica, especialmente en aquellas que con tanta sabiduría y oportunidad expusieron los Pontífices León XIII y Pío XI."

La exposición de motivos (16 de mayo de 1942)

Al enviar el proyecto al Congreso, Calderón Guardia lo acompañó de un extenso mensaje donde exponía los fundamentos doctrinales y comparados de la reforma:

"Nos apoyamos en la doctrina de las Encíclicas «Rerum Novarum» de León XIII y «Quadragesimo Anno», de Pío XI, en el «Código Social de Malinas», y en los principios adoptados por las más recientes Constituciones de América, que tienden, fundamentalmente, a reafirmar y consagrar el credo democrático de los pueblos libres."

El mensaje citaba abundantemente las encíclicas papales, el Código Social de Malinas y las constituciones y leyes especiales de Cuba, Colombia, Chile, México, Panamá, Paraguay, Bolivia, Uruguay, Venezuela, Brasil, Nicaragua, Perú y El Salvador.

Incluía también la reforma del artículo 29 de la Constitución, sobre la propiedad privada. Calderón explicaba su sentido:

"Robustece y da eficacia al principio de que el Estado costarricense reconoce la existencia de la propiedad privada como base de todo nuestro sistema social. El nuevo concepto que introduce constituye una sana limitación al poder abusivo que se haga del derecho de propiedad... Es urgente flexibilizar el texto del artículo 29 en estudio, y adaptarlo a las necesidades del momento histórico que vivimos."

El texto de las Garantías Sociales

La aprobación definitiva fue por Ley No. 24 del 2 de julio de 1943. En el artículo 1° se reformó el artículo 29 de la Constitución, que quedó así:

Artículo 29. La propiedad es inviolable: a ninguno puede privarse de la suya si no es por interés público legalmente comprobado, y previa indemnización conforme a la ley. En caso de guerra o conmoción interior, no es indispensable que la indemnización sea previa. Por motivos de necesidad

pública podrá el Congreso, mediante el voto de los dos tercios de la totalidad de sus miembros, imponerle a la propiedad limitaciones de interés social.

En el artículo 2° se adicionó el Título III de la Constitución con una Sección III llamada "De las Garantías Sociales", que comprendía quince artículos, del 51 al 65, estableciendo: el deber del Estado de procurar el bienestar general (art. 51), el trabajo como deber social (52), el salario mínimo (53), la jornada máxima de ocho horas (54), el derecho de sindicalización (55), el derecho de huelga y paro (56), los contratos colectivos (57), el fomento del cooperativismo (58), las condiciones de higiene y seguridad (60), la preparación técnica de los trabajadores (61), la igualdad salarial y preferencia al trabajador costarricense (62), los seguros sociales administrados por la CCSS (63), la jurisdicción especial de trabajo (64) y la irrenunciabilidad de los derechos (65).

La aprobación unánime

El tercer debate se dio el 23 de junio de 1943, con asistencia de 39 diputados. Se aprobó por unanimidad. El diputado Lara, en nombre de la minoría parlamentaria, expresó "la satisfacción con que ha votado las anteriores tramitaciones de este negocio".

Las reacciones de la oposición

El profesor Brenes Mesén, cuando se le injuriaba desde las tiendas adversarias, dijo:

"Cualquiera que sea el impulso originario que dio nacimiento al proyecto de ley, el haberlo aceptado el señor Presidente y remitido al Congreso para su aprobación es honra del gobierno."

El Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, por boca de Rodrigo Facio, reiteró su apoyo:

"Apoyamos las Garantías Sociales, reconociéndoles el valor real que tienen: ordenamiento y completación de leyes sociales gradualmente emitidas en los últimos veinte años, relativo fortalecimiento de los principios en que ellas se inspiran por su elevación a texto constitucional."

Pero Facio añadía una condición que anticipaba las tensiones futuras:

"Deseosos de que las Garantías Sociales constituyan un paso democrático adelante en la realidad costarricense, exigimos medidas de carácter complementario, económicas, fiscales y políticas, que tiendan a darle fundamento positivo."

Incluso el candidato presidencial de la oposición, León Cortés, declaró en vísperas de la aprobación:

"Mantendré y perfeccionaré hasta donde quepa, todo avance alcanzado en materia social."

Costa Rica en la Segunda Guerra Mundial: el contexto que lo cambió todo

La visita de Calderón Guardia a Estados Unidos tuvo las dos partes que siempre tienen estas visitas: la que no comentan y la que publican. "Cuenta con nosotros", le dijo Calderón Guardia al Secretario de Estado, Cordell Hull. Lo escrito años después muestra que hubo más acercamiento con Sumner Welles, el Subsecretario de Estado.

Costa Rica vivió en esos años dos impactos nacidos de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945): la afectación de su economía, al bajar la balanza de exportaciones, y la influencia de las políticas, como aliada de la potencia dominante.

El Gobierno del Dr. Calderón Guardia le declaró la guerra a las tres potencias del Eje. El 8 de diciembre de 1941, al Imperio de Japón, y tres días más tarde a Italia y Alemania. Costa Rica fue el primer país de América en hacerlo. El motivo fue el ataque japonés contra la base naval de Estados Unidos en Pearl Harbor.

En Costa Rica se tomaron medidas muy duras, que en buena parte se prestaron para injusticias. Se ordenó la detención de todas las personas con nacionalidad de cualquiera de los tres países declarados enemigos. Se congelaron cuentas y se incautaron bienes. Los detenidos fueron recluidos en dos centros: un centro para hombres, construido en San José donde hoy está el Mercado de Mayoreo, con cercas electrizadas; y un centro para mujeres, instalado en el Club Alemán en Goicoechea.

En el aeropuerto La Sabana se cercó un espacio que la gente llamó "el corral", usado como sala de espera para las personas que debían abordar los vuelos hacia Estados Unidos y Canadá, con destino a campos de concentración.

Es cierto que en Costa Rica había un partido nazi, pero era pequeño. A lo sumo unas 70 personas lo componían, sin mayor problema, porque las relaciones con Alemania antes de la Guerra eran muy buenas. En las listas negras se incluyó a personas que, sin ser de las nacionalidades perseguidas, tenían relaciones comerciales con empresas "enemigas".

Costa Rica se llenó de grupos anti nazis, hasta el punto de que hubo que crear el "Comité Nacional de Asociaciones Anti Totalitarias". El arma de moda fue señalar como nazi a cualquier adversario político. El cuestionado comunismo dejó de ser "delito": Rusia era una potencia aliada.

En esos años se dieron dos hechos lamentables en los puertos. El 14 de marzo de 1941, en Puntarenas, el hundimiento del Fella (barco italiano) y el incendio del Ensenach (barco alemán) ocurrieron cuando la policía intentaba tomarlos. Ambos sucesos fueron decisión de sus capitanes, para no entregar los buques.

El 2 de junio de 1942, en Puerto Limón, 24 trabajadores jamaquinos perecieron por una explosión en el barco San Pablo, de la United Fruit Company. El ataque fue atribuido a un submarino alemán, aunque hoy hay dudas. Una manifestación de protesta degeneró en vandalismo contra negocios de "fascistas": 123 edificios apedreados y muchos saqueos. La policía fue omisa. El expresidente Ricardo Jiménez Oreamuno dijo que la consigna fue: "Roben, roben, pero ordenadamente".

La corrupción fiscal y administrativa: el combustible de la oposición

La corrupción fiscal y la mala administración de los fondos del Estado entre 1940 y 1948 fueron asuntos de importancia suficiente como para contribuir a las condiciones que hicieron posible la revolución. No eran iguales en magnitud a otros asuntos de primera importancia, pero se sumaron de manera significativa a la difundida falta de confianza en el gobierno.

Uno de los resultados más importantes del supuesto abuso del poder fue el alejamiento de muchos jóvenes, que se sumaron a los grupos de oposición. Probablemente había personas en las filas del

Centro y de Acción Demócrata que simplemente buscaban atacar a Calderón Guardia, pero su manifiesta indignación por la corrupción fiscal bien pudo haber suministrado la única racionalización para no apoyar un programa al cual de otro modo se habrían adscrito con entusiasmo.

Antes del cierre del primer año de la administración Calderón Guardia, sus rivales políticos comenzaron a acusarlo de prácticas de corrupción fiscal. El propio Calderón Guardia admitió posteriormente que algunos miembros de su gobierno habían sido deshonestos. La malversación fue presentada como el equivalente fiscal del fraude electoral.

Los más reveladores ejemplos de abusos fueron hallados en el Ministerio de Fomento y en el Ministerio de Obras Públicas entre 1940 y 1943. La práctica viciosa consistía principalmente en conceder contratos sin hacer licitaciones previas.

Si bien todos los elementos de la Oposición acusaban a los republicanos nacionales de abuso del poder, eran los socialdemócratas quienes dirigían el ataque. Su idealismo categorizaba la corrupción como un aspecto más del orden decadente, y como uno más de los pecados de que acusaban a la "oligarquía civil". Estos jóvenes creían que la "oligarquía civil" ignoraba las necesidades del país, le faltaba rectitud y abusaba del poder para crear riqueza privada.

La acusación de corrupción fiscal fue particularmente eficaz a causa del estado financiero del país entre 1940 y 1948. Para implementar su legislación social, el gobierno realizó gastos públicos de gran magnitud. Las estrechas condiciones del tesoro público durante la posguerra y la lenta aprobación de medidas tributarias adecuadas contribuyeron a dar la impresión de que el régimen incurría en obligaciones que excedían sus posibilidades.

En general, los gobiernos costarricenses anteriores se las habían arreglado para equilibrar sus presupuestos. Los costarricenses estaban orgullosos de su frugalidad. Por lo tanto, parecía lógico que los gobiernos que excedieran sus presupuestos debían estar comprometidos en actividades ilícitas.

Esta tradición decimonónica fue haciéndose menos adecuada para las condiciones del siglo XX. El constante aumento de las funciones gubernamentales demandaba más servidores públicos preparados. Para los funcionarios del siglo pasado, extraídos de la clase alta, no importaba tanto la compensación; para los del siglo XX, provenientes de sectores medios, sí. Para complementar sus magros salarios, hallaron maneras de producirse ganancias mediante la asignación de contratos de gobierno o desempeñando varios cargos simultáneamente.

El Centro y Acción Demócrata hicieron campañas para exhibir las prácticas deshonestas. Sin embargo, los hechos que lograban revelar no parecían guardar proporción con la frecuencia de sus acusaciones. La construcción del Barrio Escalante generó ataques particularmente virulentos. Una hoja suelta de 1946 decía:

"Deberíamos llevar este nefasto producto tropical (Calderón Guardia) al banquillo de los acusados para que allí rindiera un informe del dinero recibido y pagado por él y por sus seguidores; de manera que explique cómo es que entraron (al gobierno) sin dinero y salieron con depósitos en bancos extranjeros, con grandes terrenos cerca de Chomes, y con chalets y ricos palacios en Barrio Escalante."

La condenatoria tendía a ser total, pero no específica. José Figueres caracterizó la época diciendo que "todos los vicios de la deshonestidad administrativa, el oportunismo y el favoritismo se salían de sus cauces", pero no especificó los actos deshonestos.

La dificultad de suministrar pruebas se reveló en el caso de Alberto Martén, profesor de economía y cercano a Figueres, que recibió diez mil colones del gobierno por servicios especiales en 1941. Martén se defendió diciendo que era para su padre, que había viajado a Estados Unidos por salud. Pero si había razones válidas para Martén, ¿por qué no para otros?

Calderón Guardia era mejor político que administrador. Era descuidado y dio a sus ministros demasiada rienda suelta. Durante la campaña de 1948 admitió que la mala administración había servido para enriquecer a algunos de sus seguidores. Los errores administrativos dañaron seriamente su prestigio.

La Cartilla Histórica de Ricardo Fernández Guardia, favorable a Calderón, afirma: "A los dos años el gobierno del Dr. Calderón Guardia había perdido mucho de su prestigio a causa de la liberalidad y del desorden administrativo".

El embajador estadounidense Robert M. Scotten comentó en abril de 1942 que "las difundidas acusaciones de malversación y malos manejos se dirigen casi diariamente contra él y en especial contra su hermano, Ministro del Interior". Sin embargo, Scotten no consideraba corrupto a Calderón, ya que aceptó la oferta de expertos norteamericanos para resolver los problemas fiscales.

La difícil situación económica y la reforma tributaria

Las dislocaciones internas de la economía hacían más plausible el cargo de deshonestidad. Costa Rica era el país centroamericano con mayor volumen de comercio exterior. Los trastornos de la guerra afectaron al país desde 1939. Hacia julio de 1942, Costa Rica había recibido préstamos de Estados Unidos por más de dieciséis millones de dólares.

Los ingresos normales provenían de aranceles aduaneros, monopolio de licores, ferrocarriles e impuestos a la exportación. Solo el monopolio de licores no fue afectado por la guerra. El gobierno registró déficits en cada uno de los cuatro años de Calderón.

El costo de la Carretera Interamericana contribuyó al déficit más que cualquier otro factor. Este gasto era atribuible al apoyo a Estados Unidos en la guerra, por necesidad militar de comunicación con la Zona del Canal.

Teodoro Picado heredó la reputación de su predecesor en 1944. Se dio cuenta de que debía restablecer la imagen de integridad fiscal. Enfrentó el problema con tres medidas: reforma administrativa, reforma de largo alcance en las rentas estatales, y un préstamo del Export Import Bank.

Se aprobaron tres leyes basadas en el estudio de Thomas Kekicht: la Ley Orgánica de la Contraloría General, la Ley Orgánica de Presupuesto, y la Ley Orgánica de la Tesorería Nacional. Estas leyes sentaron bases para ordenar las finanzas.

El establecimiento de impuestos directos progresivos representaba la esperanza de un progreso ordenado. La más importante y políticamente peligrosa era la ley del impuesto sobre la renta. Regímenes anteriores lo habían intentado sin éxito; González Flores lo intentó y contribuyó a su derrocamiento en 1917.

La propuesta de Picado de un nuevo impuesto aseguró a la Oposición una campaña financiada por sectores empresariales que veían amenazados sus intereses. Las tasas propuestas eran modestas: del 2% para ingresos de 6.000 a 25.000 colones, hasta el 20% para ingresos superiores a 500.000 colones.

Los socialdemócratas se encontraron en una posición incómoda. Muchos se habían manifestado a favor de tributos directos, pero políticamente tenían que tomar partido contra la reforma. Alegaban que el proyecto era una cortina de humo del gobierno.

Picado vinculó astutamente la necesidad de reforma tributaria al alza de salarios de los maestros. La educación goza de un sitio sagrado, y los salarios no habían subido al ritmo del costo de vida. La Oposición no podía negar lo justo del alza.

Grupos que antes evitaban discusiones públicas se manifestaron. El Eco Católico defendió la reforma: "Las proporciones establecidas por el gobierno son justas y equitativas". La Cámara de Agricultura y el Sindicato Patronal del Café se opusieron.

Los republicanos nacionales controlaban el Congreso y aprobaron la medida. La ley fue promulgada, completando su programa legislativo básico. La Oposición se dio cuenta de que contaba con amplio apoyo popular.

La oposición y las alianzas

Las molestias y el descontento del sector conservador (cafetaleros, banqueros y comerciantes) durante el período calderonista hizo que formaran el Partido Demócrata, con don León Cortés Castro como líder.

Es importante señalar que la relación entre Cortés y Calderón no siempre fue de enfrentamiento. Cortés había sido presidente de 1936 a 1940, y durante su gobierno había tenido como tercer designado precisamente a Calderón Guardia. Al inicio del gobierno de Calderón, el hijo de Cortés, Otto Cortés Fernández, fue electo Presidente del Congreso para el período 1940-1941. La alianza parecía sólida.

Sin embargo, para el segundo año de la administración Calderón, la ruptura ya era definitiva. León Cortés se convirtió en el principal líder de la oposición, y el cortesismo aglutinó a todos los sectores que veían con alarma las reformas sociales y la alianza del gobierno con los comunistas.

Roberto Brenes Mesén y el CEPN: el tránsito del pensamiento a la acción

Cuando los jóvenes intelectuales que integraron el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (CEPN) comenzaron a reunirse a inicios de la década de 1940, Costa Rica ya contaba con una tradición crítica importante. Entre las figuras que más influyeron se encontraba Roberto Brenes Mesén, no como dirigente político, sino como referente moral e intelectual.

Brenes Mesén había regresado al país tras una prolongada estancia en el extranjero, especialmente en Estados Unidos. Su retorno coincidió con un momento de efervescencia crítica, en el que una nueva generación buscaba pensar los problemas nacionales con rigor. En ese contexto, Brenes Mesén fue visto como un maestro intelectual, admirado por su humanismo, su racionalismo y su defensa de la educación como base de la democracia.

El CEPN no fue una escuela de discípulos, pero sí un espacio donde las ideas de Brenes Mesén eran conocidas y respetadas. Su influencia se expresó en una actitud intelectual: pensar el país con seriedad, desconfianza frente a soluciones simplistas y rechazo a la política como mera improvisación personalista.

La alianza con los comunistas: cuando la lucha de clases cedió paso a la agenda social

Para 1942, Calderón Guardia se encontraba en una situación política insostenible. Había perdido el apoyo del sector conservador. León Cortés, su antiguo aliado, se había convertido en su principal enemigo. Calderón gobernaba solo.

Fue entonces cuando volteó a ver a sus adversarios naturales: los comunistas de Vanguardia Popular, liderados por Manuel Mora Valverde. La alianza parecía imposible, pero el contexto internacional los empujó a entenderse.

En 1935, la Internacional Comunista había adoptado la estrategia de los "Frentes Populares" ante el avance del fascismo. Los comunistas debían aliarse con fuerzas democráticas para defender la democracia. Manuel Mora, pragmático, interpretó que en Costa Rica la mejor manera de combatir el fascismo era construyendo justicia social.

Los comunistas hicieron una apuesta estratégica: abandonaron temporalmente la lucha de clases y se sumaron a la defensa de una agenda social concreta. El Código de Trabajo, las Garantías Sociales, la CCSS no eran el socialismo, pero eran conquistas inmediatas que mejoraban la vida de los trabajadores. La revolución podía esperar; la justicia social no.

El otro Calderón Guardia: lo que el pacto no contó

La alianza que permitió grandes avances sociales también fue una alianza con un gobierno conservador, autoritario y clerical. Calderón Guardia no era un revolucionario. Era un político católico, convencido de que la estabilidad dependía de mantener la jerarquía social existente, pero también de incorporar a los trabajadores como un actor al que convenía proteger.

Manuel Mora entendió que los cambios podían obtenerse más rápido dentro del Estado que contra él. Así nació un pacto de cálculo, no de afinidad ideológica. Los comunistas renunciaron a la toma del poder como objetivo táctico. La reforma legal se convirtió en la vía privilegiada de conquista social.

Sin embargo, la renuncia fue estratégica, no doctrinal. Vanguardia nunca dejó de considerarse un partido revolucionario; simplemente pospuso esa meta. Y aunque se volvieron moderados en sus fines inmediatos, mantuvieron sus herramientas de movilización: disciplina férrea, control territorial y disposición a usar la fuerza.

Las reformas transformaron a Costa Rica en un país con derechos laborales. Pero la estructura económica permaneció intacta. Ninguna reforma agraria alteró la distribución de la tierra. Los grandes productores de café y azúcar continuaron siendo la columna vertebral de la economía. El país fue más justo, pero no más igualitario en la propiedad.

El componente moral del pacto tampoco fue menor. La alianza con la Iglesia dio legitimidad religiosa al proyecto. Las reformas se justificaban desde la Doctrina Social de la Iglesia, no desde la lucha de

clases. La protección del trabajador no debía conducir a su emancipación, sino a su integración disciplinada en un orden cristiano y paternalista.

Calderón gobernó sin una convicción democrática sólida. Recurrió a estados de sitio, censuró a la prensa opositora, presionó en las elecciones. El calderonismo no solo construyó derechos; también controló disidencias. Vanguardia Popular no fue únicamente el partido de los derechos del trabajador: también fue un actor activo en la disciplina política, con sus brigadas de choque.

El pacto fue a la vez un triunfo popular y una sombra sobre la democracia. Manuel Mora aceptó pagar el precio de una menor libertad política a cambio de mayor seguridad social. Calderón encontró en la alianza la posibilidad de modernizar el capitalismo sin desafiar a quienes lo dominaban.

Pero el pacto no estaba construido para durar. Cuando la figura de Calderón comenzó a representar amenaza para la oligarquía, la derecha decidió frenar el experimento. La ruptura terminó en la Revolución del 48.

En síntesis, el calderonismo fue progresista en lo social, conservador en lo político, oligárquico en lo económico y católico en lo moral. Se apoyó en una izquierda que cambió la revolución por el pacto. El resultado fue un Estado Social que nació con la cruz en alto y el puño cerrado. Un triunfo que también fue advertencia: los derechos pueden llegar antes que la democracia plena.

La Iglesia y Vanguardia Popular: la alianza inverosímil

De los hechos más interesantes que sucedieron en los años 40 está la relación entre la Iglesia Católica y el Partido Vanguardia Popular. Fue un hecho fuera de lo común, que se conoció como la "alianza inverosímil" y obedeció al impulso personal de Monseñor Víctor Manuel Sanabria.

El Partido Comunista se convierte en Vanguardia Popular

El Partido Comunista de Costa Rica fue fundado el 6 de junio de 1931 con el nombre de "Bloque de Obreros y Campesinos". Varias huelgas conducidas por los comunistas sacudieron el país en 1934: la de los zapateros, la de los trabajadores azucareros en Turrialba, y la más importante, la huelga bananera de agosto y septiembre en el Caribe.

Con la disolución de la III Internacional en la Unión Soviética, se autorizó a los Partidos Comunistas a variar el nombre y a unirse a la causa de "Los Aliados". El 13 de junio de 1943, en una Conferencia Nacional, el Partido Comunista se disolvió y cambió su nombre a "Vanguardia Popular".

Manuel Mora Valverde dirigió al país un manifiesto:

"Costarricenses: La Conferencia Nacional del Partido Comunista de Costa Rica, después de un amplio estudio de la situación nacional e internacional, ha declarado disuelto el Partido Comunista. Al mismo tiempo, ha resuelto fundar el PARTIDO VANGUARDIA POPULAR, que continuará siendo la vanguardia políticamente organizada de la clase trabajadora... Declaramos: que el PARTIDO VANGUARDIA POPULAR es un Partido auténticamente costarricense; que su programa es el que se publica junto con este manifiesto; que respeta profundamente los sentimientos religiosos del pueblo; y que su único propósito es acabar con la miseria y con la ignorancia en Costa Rica."

Se dijo que era un nuevo partido, pero el cambio fue cosmético. Con esto lograron dar una imagen de "renovación" y apertura, y buscaron alianzas con otros sectores.

La carta de Manuel Mora a Monseñor Sanabria

El 14 de junio de 1943, Manuel Mora le escribió a Monseñor Sanabria:

"¿Cree usted -señor Arzobispo- que exista algún obstáculo para que los ciudadanos católicos colaboren o concierten alianzas con el Partido Vanguardia Popular?"

El mismo día, Monseñor Sanabria contestó con una carta extensa dando su plena autorización a los católicos que quisieran ingresar al Partido Vanguardia Popular. La rapidez del intercambio hizo pensar que el asunto ya estaba conversado.

Monseñor Sanabria dio declaraciones al periódico La Tribuna explicando las razones para no oponerse a que los católicos participaran en el "nuevo" partido.

La reacción de la oposición

El grupo Acción Demócrata dijo en un editorial:

"Es realmente un misterio de la morfología social costarricense la amalgama en un solo partido político de los católicos y los comunistas. La Iglesia Católica persigue el establecimiento del reino de Dios en esta tierra. Por su parte el marxismo sostiene que las condiciones de la vida económica son las que engendran las instituciones humanas. Monseñor Sanabria ha apoyado incondicionalmente la gestión social cristiana del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia cuyo resultado en lo espiritual ha sido: fraudes, odio entre hermanos, violencia..."

La posición de los socialdemócratas

El Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, en la Revista Surco de julio de 1943, publicó un editorial feroz:

"13 de junio de 1943. Cesa de existir el Partido Comunista de Costa Rica, y en su lugar se levanta el Partido Vanguardia Popular. Así transfigurado, el nuevo partido procede a organizarse. La comedia, no obstante, se resiente por falta de aparejo: no hay dimisiones, aunque sean formales, ni unos días de intervalo entre el fénix y sus cenizas."

Y añadían con ironía:

"Ante la visión clara de las circunstancias, se acabó la lucha de clases y el materialismo, y entonces fue la hora de recibir la bendición arzobispal. Ahora respetan el 'opio del pueblo'."

El ilustre desconocido: José Figueres antes de 1942

Hasta mediados de 1942, José Figueres Ferrer era un perfecto desconocido para la mayoría de los costarricenses. Empresario agrícola de 35 años, había pasado más de una década dedicado a su finca "La Lucha Sin Fin" en la zona de Los Santos, donde con esfuerzo y visión había construido una

próspera comunidad basada en la producción de café y cabuya. No era político, no tenía cargos públicos, no aparecía en los periódicos. Era, como él mismo se definiría después, un hombre dedicado a sus negocios y a sus lecturas.

Pero todo cambió el 8 de julio de 1942.

El discurso que cambió la historia

A raíz del hundimiento del navío San Pablo, supuestamente torpedeado por un submarino alemán frente a Puerto Limón, hecho en el que murieron 24 personas, los comunistas hicieron una manifestación de protesta. Después la manifestación degeneró en disturbios, vandalismo, pillaje y saqueos de casas comerciales de alemanes, italianos y franquistas, sin que la autoridad los frenara. La oposición culpó al gobierno del hundimiento y de la manifestación.

Estos acontecimientos llevaron el 8 de julio a José Figueres Ferrer, prominente finquero del sur de San José, a pronunciar un encendido discurso por radio América Latina en el que afirmó: *"Lo que el gobierno debe hacer es irse"*. El gobierno no toleró la afrenta. Agentes de policía irrumpieron en la radio, interrumpieron la transmisión y arrestaron a Figueres. Durante los días siguientes, fue sometido a vejaciones y tratos crueles, convirtiéndose en el primer preso político desde la dictadura de los Tinoco (1917-1919).

El 11 de julio, a las seis de la mañana, fue expulsado del país en un vuelo especial con destino a El Salvador, y de ahí viajó a Guatemala y finalmente a México. En la cárcel, antes de partir, había tomado una decisión que marcaría su vida: dedicaría su existencia a derribar el régimen que pisoteaba las libertades ciudadanas.

En el exilio mexicano, Figueres se nutrió de la experiencia de la Revolución Mexicana, tomó cursos en la Universidad de México y entró en contacto con otros exiliados políticos latinoamericanos que compartían su lucha contra las dictaduras. Comenzó a estudiar estrategia, logística y armamentos para organizar una revolución en Costa Rica.

El exilio marcó a Figueres para siempre. Nunca perdonaría a Rafael Ángel haberlo sacado del país. Esa herida personal se mantuvo viva por décadas: ambos hombres nunca se hablaron ni se saludaron. Figueres sí conocía al hermano de Rafael Ángel, Francisco "Paco" Calderón Guardia, con quien había sido compañero en el colegio Seminario, pero con Rafael Ángel no hubo nunca acercamiento posible. El exilio fue, en palabras de muchos historiadores, el error más grande que cometió Calderón Guardia en su vida, pues convirtió a un desconocido agricultor en un enemigo implacable que dedicaría los años siguientes a derribar su régimen.

La reforma electoral de 1943: el primer gran pulso que anticipó la guerra

En mayo de 1943, mientras el proyecto de Garantías Sociales avanzaba en el Congreso y las negociaciones entre Manuel Mora y Monseñor Sanabria maduraban en secreto, otro frente de batalla se abría en la arena política. El gobierno de Calderón Guardia impulsó una reforma electoral que, según sus críticos, buscaba manipular el proceso para permitir la reelección o extensión del período presidencial.

El contenido de la reforma

La iniciativa establecía que fuese el propio Congreso —y no el Tribunal Nacional Electoral— quien hiciese el cómputo final de los sufragios para Presidente de la República. Para la oposición, liderada por el expresidente León Cortés, esto era una maniobra descarada del "caldero-comunismo" para influir decisivamente en el resultado electoral.

La movilización opositora

La reacción fue inmediata y masiva. El Diario de Costa Rica y la radioemisora Titania encabezaron una campaña de denuncia. El 15 de mayo de 1943, cuando el proyecto estaba a punto de recibir su tercer debate, miles de mujeres se lanzaron a las calles en protesta abierta y desafiante. Se produjeron enfrentamientos, y la policía no dudó en usar la fuerza.

La movilización fue tal que la reforma terminó siendo derrotada. Para el gobierno, fue un golpe durísimo. Los cortesistas entendieron aquella reforma como un intento por manipular el proceso electoral; la combatieron en la calle y contribuyeron a echarla abajo.

Las consecuencias políticas

Para el gobierno, fue un golpe durísimo. Manuel Mora, el líder comunista, evaluó la situación con crudeza. Según el testimonio recogido por Monseñor Sanabria en sus memorandos de la época, Mora le confesó que el gobierno estaba "caído". Esa conversación, ocurrida apenas tres semanas después de la derrota electoral, fue el detonante inmediato de las cartas cruzadas entre Mora y Sanabria que dieron origen al pacto de junio de 1943.

Miguel Picado, estudioso del período, lo resume así: "Solo un peligro tan grave [la amenaza de un golpe] pudo unir fuerzas tan diversas". La derrota de la reforma electoral dejó al gobierno debilitado y necesitado de aliados.

El significado histórico

La importancia de este episodio es doble:

Anticipa el conflicto de 1948. Las mismas acusaciones de manipulación electoral, la misma polarización, los mismos actores (gobierno vs. oposición cortesista) y las mismas dinámicas de desconfianza institucional que llevarían a la guerra civil cinco años después ya estaban presentes en 1943.

Explica el pacto. La derrota electoral de mayo de 1943 dejó al gobierno debilitado y necesitado de aliados. La alianza con los comunistas y la bendición de la Iglesia no fueron producto de una conspiración de largo aliento, sino una respuesta pragmática a una crisis inmediata.

La reforma de 1943 fracasó, pero sus ecos resonarían hasta 1948. La lección que los actores políticos sacaron de aquel episodio fue contradictoria: para el gobierno, que necesitaba aliados más fuertes; para la oposición, que la movilización callejera y la presión podían doblegar al régimen. Ambas lecciones se aplicarían, con consecuencias trágicas, en los años siguientes.

El candidato desde el exilio y el gran fraude de 1944

Para las elecciones de 1944, la oposición se aglutinó en torno al expresidente León Cortés Castro, candidato del Partido Demócrata. Aunque Figueres seguía en el exilio, Cortés tuvo la audacia de colocarlo en el primer lugar de la papeleta de diputados por San José.

Las elecciones del 13 de febrero de 1944 fueron, en palabras de los cronistas de la época, "el fraude más cínico y descarado de toda la historia de Costa Rica". El gobierno y sus aliados comunistas integraron las mesas de votación sin representación de la oposición, llenaron urnas con votos falsos, y organizaron cadenas de votantes que intercambiaban papeletas ya marcadas por dinero.

Los mártires del 44: Llano Grande y La Ceiba

En dos comunidades rurales, la resistencia popular al fraude se convirtió en tragedia.

Llano Grande: el pueblo que dijo no

En las faldas del volcán Irazú, el pequeño caserío de Llano Grande vivió una jornada que Alberto Martén Chavarría calificaría como la "fecha siniestra de la política costarricense". A las once de la mañana, un camión llegó con gente extraña: "camaradas" comunistas que votaban de pueblo en pueblo con cédulas falsas ("chorreo").

El agente de policía local, Abilio Aguilar, se enfrentó a los forasteros. Horas después, otro camión llegó con individuos armados. El Mayor intentó arrestar a Aguilar, pero el pueblo lo defendió. Los militares dispararon al aire, pero la gente arremetió contra ellos con palos y piedras. En la refriega, las balas segaron la vida de Alberto Guzmán Guzmán, Ignacio Guzmán Ruiz y José Mercedes Rivera, tres campesinos que ofrendaron su vida por la pureza del sufragio.

Cuarenta días después, el pueblo inauguró un monumento a los caídos. Una placa decía: "Alberto Guzmán Guzmán, Ignacio Guzmán Ruiz, José Mercedes Rivera enaltecieron a Costa Rica ofrendando sus vidas por la pureza del sufragio".

La Ceiba: Timoleón Morera y el saco de votos

Esa misma noche, en La Ceiba de Alajuela, ocurría otra tragedia. Timoleón Morera Soto, un campesino de Sabanilla, junto a su hermano Jorge y a Genaro Carvajal, transportaban una caja con los votos hacia Alajuela centro.

Fueron sorprendidos por hombres armados del gobierno. Al negarse a entregar el material electoral, un policía disparó y mató a Timoleón. Genaro Carvajal fue gravemente herido. Pero Jorge Morera, en una hazaña de valor, escapó con el material electoral por cercas y potreros, saltando acequias y pasando por debajo de alambres, hasta depositar el resultado en la oficina del cortesismo.

El licenciado Francisco Urbina González presentó una acusación penal. Pero Calderón Guardia, a solo tres días de los hechos, emitió el Decreto Ejecutivo N°1 que concedía "amplia y general amnistía" para los delitos electorales. Urbina presentó un recurso de inconstitucionalidad argumentando que eran asesinatos, no delitos electorales. La Corte Plena, por catorce votos contra tres, le dio la razón.

Hoy, una escuela en La Ceiba lleva el nombre de Timoleón Morera, y un monumento marca el lugar donde cayó. Su placa reza: "AQUI CAYO TIMOLEON MORERA DEFENDIENDO HEROICAMENTE LA LIBERTAD DEL SUFRAGIO EL 13 DE FEBRERO DE 1944".

El resultado del fraude

El resultado fue escandaloso: aunque Cortés había demostrado enorme poder de convocatoria, el oficialista Teodoro Picado resultó electo con 82.173 votos contra 44.435 de Cortés. Pero lo más increíble fue que el Partido Demócrata no sacó un solo diputado por San José, a pesar de que Figueres encabezaba la papeleta. Se decía que el propio Calderón había dado instrucciones para que Figueres no resultara electo. La curul quedó vacía.

Poco después, Picado, al asumir la presidencia, en un afán de reconciliación, revocó la orden de expulsión y Figueres pudo regresar. La lección estaba aprendida: el régimen no dudaría en usar el fraude, la violencia y el crimen para mantenerse en el poder.

El regreso y el anuncio de la Segunda República

El 23 de mayo de 1944, el mismo día que llegó del exilio —ya anulada la orden que lo mantenía fuera—, Figueres habló desde los balcones del Diario de Costa Rica ante una multitud que lo recibió como un héroe. En aquel discurso pronunció las palabras que marcarían el rumbo de los años siguientes:

"Señores: Saludo en ustedes a Costa Rica. Antes que todo, hagamos un minuto de silencio en homenaje a los muertos de la presente campaña nacional..."

Y añadió la célebre metáfora del campesino y la carreta:

"Yo recibí de viva experiencia la lección, hace ya muchos años, de que el campesino costarricense no se sienta a llorar cuando se vuelca la carreta. Con más sabiduría que ciencia, con más diligencia que palabras, la para, la desembarreala y sigue. Y bueyes y boyeros se sienten superiores a la adversidad."

Concluyó con un anuncio que se convertiría en programa:

"Hoy que la carreta de la patria está volcada, yo apelo a esas virtudes nacionales... Si así trabajamos en la tierra, y así mantenemos en el cielo nuestra noble aspiración, yo juro que algún día, sea mañana, sea dentro de meses o de años, al levantarse el sol sobre el oriente patrio volverá a alumbrar, para regocijo nuestro y para aliento de las demás naciones, el espectáculo grandioso de la Segunda República de Costa Rica."

De Rodrigo Facio al Partido Social Demócrata (1943–1945): el puente intelectual

Entre 1943 y 1945 se produce uno de los desplazamientos más decisivos de la historia política costarricense: el paso desde un núcleo intelectual crítico, el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (CEPN), hacia una opción política organizada, el Partido Social Demócrata. Ese tránsito no fue abrupto ni oportunista; fue el resultado de una maduración doctrinaria cuyo eje central estuvo en el pensamiento de Rodrigo Facio.

El CEPN: ética pública antes que partido

El CEPN nació como respuesta moral a la degradación de la vida pública. No pretendía disputar elecciones, sino elevar el debate, denunciar la demagogia y exigir verdad, técnica y democracia. El texto de Facio sobre las garantías sociales sintetiza esa postura: apoyo a la justicia social, pero rechazo al uso autoritario de las reformas. Para Facio, sin libertad política, la reforma social se vacía.

Garantías sociales con democracia

La tesis de Facio fue premonitoria: la constitucionalización de derechos no basta si no existe opinión pública organizada, partidos auténticos y limpieza electoral. Esa idea colocó al CEPN en una posición incómoda: crítico del oficialismo, pero distante del sectarismo comunista. El resultado fue aislamiento coyuntural y fertilidad a largo plazo.

El límite del apoliticismo

Hacia 1944-1945, el CEPN enfrentó su dilema decisivo: la crítica sin traducción política se vuelve estéril. La crisis electoral, la polarización y la evidencia de que las reformas podían ser capturadas por el poder obligaron a abandonar la postura de "grupo apolítico".

La convergencia con Acción Demócrata

El paso siguiente fue la convergencia con Acción Demócrata, el movimiento de José Figueres Ferrer. La afinidad fue programática: justicia social con democracia, técnica y planificación sin autoritarismo, ética pública contra la demagogia.

De esa convergencia nació, en 1945, el Partido Social Demócrata: el vehículo político que tradujo el ideario del CEPN en programa, organización y acción.

1945: del pensamiento a la acción política

El año 1945 marcó un punto de inflexión. Por primera vez, una generación formada en el análisis técnico y la reflexión ética asumía la tarea de disputar el poder político. Representó la politización consciente del pensamiento crítico, la aceptación de que las ideas debían traducirse en acción institucional.

Don Pepe y el cortesismo: una relación que marcó el rumbo

Más allá de la ruptura entre León Cortés y Calderón Guardia, existe una dimensión menos conocida pero igualmente decisiva: la estrecha relación entre el caudillo opositor y el joven agricultor que se convertiría en el fundador de la Segunda República.

José Figueres Ferrer fue, en sus inicios políticos, un cortesista convencido. Junto a Alberto Martén y Francisco Orlich, formó parte de "Acción Demócrata", un grupo dentro del Partido Demócrata de León Cortés. No era una adhesión meramente táctica: Figueres admiraba a Cortés, y esa admiración se mantuvo intacta hasta la muerte del caudillo.

Capítulo II

El gobierno de Teodoro Picado y la radicalización (1944-1948)

La herencia envenenada

Teodoro Picado Michalski asumió la presidencia el 8 de mayo de 1944 en medio de una tormenta política. Su elección, marcada por el fraude más escandaloso de la historia costarricense, carecía de legitimidad ante los ojos de la oposición. El Partido Demócrata de León Cortés, que había demostrado un enorme poder de convocatoria, no reconoció los resultados y se lanzó a una lucha frontal contra el régimen.

Picado, un intelectual respetado, historiador y abogado de fina pluma, no era un político duro ni un hombre dado a la confrontación. Pero cargaba con el lastre de haber llegado al poder gracias al "caldero-comunismo" y a las artimañas electorales de sus aliados. Su gobierno sería, desde el primer día, un gobierno sitiado.

Los primeros intentos de reconciliación

Consciente de la fragilidad de su posición, Picado intentó tender puentes con la oposición. Durante su administración se dictaron medidas que buscaron infructuosamente restablecer la concordia. La más importante fue la autorización para el regreso de José Figueres, quien había sido expulsado por Calderón en 1942. Picado revocó la orden de expulsión; Figueres regresó el 23 de marzo de 1944.

También impulsó una reestructuración de la Oficina de Control, para sanear la administración de los fondos públicos, y promovió una reforma al sistema electoral, con el fin de sacar las elecciones del control directo del Poder Ejecutivo. El Código Electoral fue aprobado en enero de 1946.

Pero nada de esto fue suficiente. La oposición no confiaba en el gobierno.

Del cortesismo al Partido Social Demócrata

Después del fraude de 1944, las fuerzas que habían apoyado a Cortés comenzaron a reconfigurarse. La afinidad ideológica entre Acción Demócrata y el CEPN se hizo evidente. Esa confluencia llevó, el 10 de marzo de 1945, a la fundación del Partido Social Demócrata, precursor del PLN, quedando el Comité Ejecutivo integrado por las siguientes personas: Rafel Ángel Chavarría F., Rodrigo Facio Brenes, José Figueres Ferrer, Mario Leiva, Alberto Martén Chavarría, Carlos Monge Alfaro, Francisco J. Orlich B., Antonio Peña Chavarría, Mario Quirós Sasso y Rafael Alberto Zúñiga

En el periódico Acción Demócrata del 17 de marzo de 1945, se publicó el siguiente texto:

"El PARTIDO SOCIAL DEMÓCRATA ESTÁ EN PIE DE LUCHA

Somos socialistas democráticos costarricenses.

Ni socialistas, ni demócratas, ni costarricenses únicamente, sino las tres palabras fusionadas e indestructibles.

Socialistas en cuanto buscamos la justicia social. Si solo eso pretendiéramos, allí acabaría el nombre. Pero además de socialistas, somos demócratas: Porque no aceptamos la disyuntiva de

justicia social con dictadura política o libertad política sin justicia social, sino que luchamos por la democracia nueva, comprendiendo las nuevas corrientes ideológicas, pero sin negar lo que ha significado y significa la base de nuestra tradición republicana. Pero además de Socialistas Democráticos somos Costarricenses: es decir comprendemos el marco geográfico, étnico, social, económico e histórico en que vivimos".

La muerte del caudillo (1946)

El 6 de marzo de 1946 murió León Cortés Castro. Había sido presidente de la República entre 1936 y 1940, y al terminar su período apoyó la candidatura de Rafael Ángel Calderón Guardia, su correligionario del Partido Republicano. Pero la alianza duró poco. Aproximadamente un año después de que Calderón asumiera el poder en 1940, las relaciones se rompieron y nunca se reconciliaron. A partir de entonces, Cortés se convirtió en la figura principal de la oposición al calderonismo. La causa de su muerte fue un derrame cerebral. Tenía 63 años.

Cortés llegaba a 1946 derrotado en las urnas, pero no derrotado en la conciencia de sus seguidores. En las elecciones de 1944, su candidatura presidencial había sido derrotada por Teodoro Picado Michalski, el delfín de Calderón. Pero esa derrota, lo sabía todo el país, había sido fraguada. El fraude fue masivo, descarado, ejecutado con la maquinaria electoral que Calderón y sus aliados comunistas controlaban sin pudor. Para los cortesistas, aquella no fue una derrota legítima: fue un robo que los dejó fuera del poder por la fuerza, no por la voluntad popular.

Desde entonces, la salud de Cortés comenzó a deteriorarse. Quienes lo conocieron aseguran que nunca se recuperó del golpe. La derrota fraguada de 1944 lo consumió lentamente, hasta que un derrame cerebral terminó con su vida dos años después.

Para entonces, José Figueres Ferrer ya era un hombre cercano a Cortés. Figueres había sido expulsado del país en 1942 por sus discursos radiales contra el gobierno de Calderón, pero en su exilio había mantenido viva su militancia cortesista. En las elecciones de 1944, siendo todavía expulsado, Figueres había participado como candidato a diputado por la oposición. No salió electo: Calderón dio órdenes expresas para que no llegara al Congreso, una prueba más del fraude monumental que caracterizó aquellos comicios.

Pero Figueres no era solo un militante más. Junto con Alberto Martén y Francisco Orlich —otro joven que luego sería presidente de la República— había formado dentro del Partido Demócrata de Cortés un grupo llamado Acción Demócrata. Desde allí, y en sintonía con el Centro de Estudios para los Problemas Nacionales que Rodrigo Facio y otros habían fundado en 1940, fueron gestando una nueva opción política. La afinidad ideológica entre ambas agrupaciones llevó a su fusión: el 10 de marzo de 1945 nació el Partido Social Demócrata, precursor directo del Partido Liberación Nacional.

Cuando Cortés murió en 1946, Figueres sintió el golpe como propio. Según le dijo a su entonces esposa, Henrietta Boggs, la frase que revelaba su estado de ánimo: "Nos lo mataron". No se refería, por supuesto, a un asesinato físico, sino a algo que para él era igual de real: el fraude de 1944, la persecución política, el desgaste de una lucha desigual, todo eso había terminado con la vida del caudillo al que seguía.

La muerte de Cortés dejó un vacío en el movimiento opositor. No había otro con su arrastre, con su historia, con su autoridad para imponer orden interno. Pero también dejó algo más: una certeza que Figueres ya traía desde su expulsión en 1942 y que ahora se afianzaba. Si la vía electoral estaba

definitivamente clausurada por el fraude, si el gobierno no dudaba en usar todos los medios para perpetuarse en el poder, entonces la única salida posible era la insurrección armada.

En los años siguientes, la relación entre el cortesismo y el liberacionismo se mantuvo estrecha. La Junta Fundadora de la Segunda República, presidida por Figueres, declaró a León Cortés Benemérito de la Patria. Y en 1951, cuando se inscribió el Partido Liberación Nacional ante el Tribunal Supremo de Elecciones, entre los firmantes del documento estaban Julia Fernández —viuda de Cortés— y Otto Cortés Fernández, hijo del caudillo. Otto Cortés fue diputado por el PLN en el período 1953-1958 y llegó a presidir la Asamblea Legislativa en dos ocasiones.

La revolución de 1948, pues, no puede entenderse sin esta genealogía. La causa profunda había nacido en 1942, con la expulsión de Figueres. La organización política tomó forma en 1945, con la fusión que dio origen al Partido Social Demócrata. Pero la muerte de León Cortés en 1946 fue el momento en que se rompió el último freno. Sin el caudillo que aún podía contener las facciones más radicales, la idea de la lucha armada dejó de ser una posibilidad remota para convertirse en un destino. Dos años después, cuando estalló la guerra civil, Figueres y los suyos ya estaban listos.

La familia Cortés en el PLN

Como dato histórico importante, cabe señalar que Julia Fernández y Otto Cortés, la viuda y el hijo del caudillo, firmaron el documento de inscripción del Partido Liberación Nacional en 1951. Otto Cortés fue diputado por el PLN en 1953-1958 y presidió la Asamblea Legislativa en dos oportunidades.

Esta continuidad desvirtúa interpretaciones simplistas que han querido ver en León Cortés una figura fascista o antisemita. Tuvo un estilo autoritario, orgulloso e inflexible. Pero para Figueres, Orlich y la generación que fundó el PLN, Cortés fue un aliado, un referente y un Benemérito.

Así, el cortesismo no fue un adversario, sino una de las fuentes del movimiento figuerista. La Junta Fundadora declaró a León Cortés Benemérito de la Patria.

El Almatricazo (24-25 de junio de 1946): el golpe que no fue

Mientras Picado intentaba infructuosamente tender puentes con la oposición, en la sombra se gestaba un movimiento mucho más radical. El 24 de junio de 1946, un grupo de ciudadanos tomó por asalto la emisora Radio Alma Tica en San José, con el propósito de lanzar una proclama contra el gobierno. La acción, que pasaría a la historia como el Almatricazo, no era una simple protesta: era un intento de golpe de Estado cuidadosamente planificado.

La mente detrás del golpe

Entre los involucrados se encontraba una figura de enorme peso intelectual: don Roberto Brenes Mesén, el maestro del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales. Para entonces, Brenes Mesén —ya en el ocaso de su vida, pero con la entereza moral intacta— se había convertido en la "torre del vigía" desde donde observaba y analizaba la crisis nacional. No era un improvisado: había estudiado a fondo la teoría y práctica del golpe de Estado en autores europeos, y había esbozado un plan que combinaba una vía cívica con un brazo armado militar.

Su diagnóstico era lúcido. Consideraba que el gobierno de Teodoro Picado era una marioneta de los hermanos Calderón Guardia, que buscaban perpetuarse en el poder. Veía en la alianza entre la

oligarquía cafetalera y el marxismo nacional una fórmula que conduciría al colapso del sistema. Y creía firmemente que solo un levantamiento general de la oposición podría precipitar un cambio.

El fracaso y la traición

Pero el golpe nunca llegó a ejecutarse. La proclama que Brenes Mesén había preparado —un texto que combinaba su habitual grandilocuencia con propuestas concretas de regeneración nacional— nunca fue leída. Rumores esparcidos entre los complotados alertaron al gobierno. Al llegar la policía a la emisora para desalojar a los ocupantes, se produjo un enfrentamiento que dejó varios heridos y detenidos, entre ellos el propio Brenes Mesén.

La traición fue lo que más dolió al anciano maestro. El mecanismo de relojería trazado por su inteligencia fue destruido antes de que empezara. El fracaso del golpe lo sumió en la angustia.

El significado histórico

El Almaticazo reveló varias cosas. Primero, que la oposición ya no se limitaba a la protesta cívica o la denuncia periodística: había quienes estaban dispuestos a tomar medidas más radicales. Segundo, que figuras venerables como Brenes Mesén veían el momento con tal gravedad que estaban dispuestos a arriesgarlo todo. Tercero, que el gobierno de Picado no dudaría en usar la fuerza para mantenerse en el poder.

Pero sobre todo, el Almaticazo mostró que el camino hacia 1948 ya estaba trazado. Como bien señala Alfonso Chase, este intento puede considerarse "el antecedente más claro de los sucesos de 1948", que ya se venían fraguando y que, en diciembre de 1946 y durante todo 1947, implantaron el atentado político como forma de ejercer la oposición.

El último acto de una vida

Brenes Mesén murió el 19 de mayo de 1947, a los 72 años, unos diez meses antes de que estallara la revolución en marzo de 1948. No alcanzó a ver el desenlace de los acontecimientos que había ayudado a precipitar, pero su gesto en el Almaticazo fue, en cierto modo, su testamento político: la constatación de que, cuando las instituciones fallan, incluso los hombres de pensamiento se ven obligados a pasar a la acción.

Años después, en 1973, se le reconoció como Benemérito de la Cultura, un título que, aunque distinto al de Benemérito de la Patria, reconoce su inmensa contribución al pensamiento costarricense. La sangre de quienes cayeron en aquellos años y la angustia de Brenes Mesén se sumaron a la larga lista de sacrificios que precedieron a la revolución.

La represión política y el desprestigio

A pesar de los esfuerzos de Picado por mostrarse conciliador, el gobierno siguió utilizando métodos represivos. Las brigadas de choque —grupos de acción callejera de afiliación comunista— sembraron el terror entre los opositores. Los atropellos, golpes y encarcelamientos arbitrarios se volvieron moneda corriente.

El nepotismo y la corrupción continuaron. Los hermanos Calderón Guardia ejercían un poder detrás del trono que minaba la autoridad de Picado. La prensa opositora explotaba cada escándalo.

El poeta Isaac Felipe Azofeifa describió así la tragedia de Picado:

"Pese a todos estos esfuerzos, a don Teodoro le tocó atravesar un infierno hirviente de encendidas pasiones... Su destino le juega la mala pasada de una elección que fue considerada espuria; una opinión pública hábilmente manipulada por las fuerzas conservadoras; y un partido, el suyo, en que dominan por momentos los enemigos de su propósito ferviente de paz y de concordia."

Las brigadas de choque y el nacimiento de los "mariachis"

Si algo contribuyó a envenenar el clima político fue la existencia de las brigadas de choque. Eran grupos de activistas, organizados por Vanguardia Popular, que actuaban como fuerza callejera del gobierno. Su objetivo era amedrentar, golpear y dispersar a los adversarios políticos. Su arma característica era el *blackjack*, una cachiporra corta lastrada con plomo.

Durante la Huelga de Brazos Caídos de 1947, el gobierno y Vanguardia Popular comenzaron a desplazar hacia San José a trabajadores del Caribe para vigilar las calles. La prensa opositora los llamó "descamisados", "descalzos", "gente negra", reproduciendo el racismo del Valle Central. El apodo que más pegó fue "mariachis", por la indumentaria que usaban para afrontar el frío: cobijas, sombreros, ropa prestada. Con el tiempo, el mote se extendió a todos los calderonistas y perduró por décadas.

La Huelga de Brazos Caídos (1947)

El detonante: la represión en Cartago

A pesar del nuevo Código Electoral, la oposición desconfiaba de las garantías. El clima de violencia se intensificó en julio de 1947. Los días 19 y 20, en Cartago, se suscitaron incidentes entre jóvenes opositoristas y policías. La represión fue brutal.

La respuesta: un país que se paraliza

El 21 de julio, una enorme manifestación recorrió San José. El 23 de julio se declaró la Huelga de Brazos Caídos a nivel nacional. Los opositores lanzaron una consigna histórica: "Al calderonista, no le compre, no le venda". La idea era presionar a los comercios que no se unían al cierre, aislar económicamente a los partidarios del gobierno y hacerles sentir el peso del descontento popular. Muchos comercios cerraron, los bancos no abrieron, los mercados quedaron vacíos, pero la consigna apuntaba precisamente a quienes mantenían sus puertas abiertas.

Fue una huelga patronal con apoyo popular. Grandes comerciantes cerraron sus negocios, pero miles de ciudadanos comunes se sumaron.

Miguel Acuña describió el ambiente:

"San José amaneció como un desierto. Las pocas personas que se atrevían a salir caminaban apresuradas, mirando hacia atrás. Los comercios, con las cortinas metálicas abajo, parecían llorar."

El papel de las mujeres y la represión que cambió todo

Uno de los aspectos más notables de la huelga fue la participación masiva de las mujeres. El 2 de agosto, un grupo numeroso de mujeres, muchas de ellas vestidas de luto, desfiló frente a la Casa Presidencial exigiendo garantías electorales. Era una imagen poderosa: mujeres de todas las edades y clases sociales, unidas por la consigna de libertad, desafiando al gobierno en el corazón del poder.

Entre ellas destacaban figuras como Ángela Acuña Braun, primera abogada de Costa Rica y Centroamérica, fundadora de la Liga Feminista Costarricense y toda una institución en la lucha por los derechos de las mujeres. Junto a ella marchaban Sara Casal, Estela Quesada (que años después sería una de las primeras diputadas), María Teresa Obregón (viuda de Omar Dengo y también una de las primeras diputadas), Rosario Brenes de Facio (madre de Rodrigo Facio), Marta Pages Estrada de Uribe y Odilie Ulate, hija del candidato. La fotografía de aquellas mujeres, serias, decididas, con sus vestidos negros y sus pancartas, dio la vuelta al país y se convirtió en un símbolo de la resistencia cívica.

Las mujeres se establecieron en el Parque Nacional, frente a la Casa Presidencial, y anunciaron que no se moverían hasta obtener garantías. La tensión creció con las horas. Al caer la noche, cuando ya eran más de las once, ocurrió lo inaudito: un apagón repentino dejó a oscuras todo el lugar. En ese mismo instante, la policía abrió fuego. No dispararon contra las mujeres —las ráfagas fueron al aire— pero el estruendo de las balas, la oscuridad y el pánico provocaron una estampida. Las mujeres corrieron en todas direcciones, muchas cayendo, golpeándose, arrastradas por la multitud.

Mi tía abuela, que participó en aquella marcha, llegó a la casa con las rodillas ensangrentadas y muerta de miedo. Su testimonio, como el de tantas otras, quedó grabado en la memoria familiar.

Aquella noche, el gobierno cruzó una línea que no debía haber cruzado. Disparar contra mujeres indefensas —así fuera al aire— fue un acto de cobardía que conmocionó al país. La imagen de aquellas mujeres vestidas de luto, huyendo en la oscuridad mientras las balas tronaban, dio la vuelta al mundo y dejó al gobierno sin ningún argumento moral.

Al día siguiente, 3 de agosto, el gobierno cedió. La presión era insostenible. Las mujeres del 2 de agosto habían logrado lo que semanas de huelga no habían conseguido: doblegar al régimen. Se firmaron las garantías electorales, y el gobierno se comprometió a respetar el resultado de las elecciones de 1948.

Pero la historia no olvidaría aquella noche. Cuando Figueres, ya alzado en armas, se enfrentó a las fuerzas del gobierno en la batalla de San Cristóbal Sur, salió al encuentro del enemigo gritando: "*¡Hijueputas, aquí estamos las mujeres del 2 de agosto!*". Era la memoria de aquellas mujeres, su valor y su sacrificio, convertida en bandera de guerra.

El triunfo de la oposición: las garantías electorales

La huelga duró varios días y puso al gobierno contra las cuerdas. Picado negoció: la oposición obtendría control del Tribunal Electoral y los diputados gobiernistas aceptarían su fallo. Pero había un detalle crucial: aunque el Tribunal funcionaría con independencia del Ejecutivo, la decisión final sobre la validez de las elecciones quedaba en manos del Congreso, que seguía siendo de mayoría calderonista. Esa pequeña letra pequeña del acuerdo sería, meses después, la puerta por la que se colaría la anulación de las elecciones de 1948.

El bandolerismo político: la guerra sucia de 1947

Mientras los políticos debatían, en las calles ocurría algo más siniestro. Un fenómeno bautizado como "bandolerismo político" se apoderó de la vida cotidiana: atentados con bombas, balaceras nocturnas, persecuciones, heridos y muertos.

El año 1947 fue particularmente violento. Hubo voladuras de tuberías, bombas en casas de políticos, incendios en clubes partidarios, destrucción de automóviles, atentados contra Calderón Guardia, y la voladura de los talleres de La Tribuna con dos muertos. La lista es escalofriante.

El historiador Miguel Acuña describió aquel ambiente:

"Durante la campaña electoral aparece el bandolerismo político: bombas, heridos, muertos, que van llenando de odio el ambiente y preparan los ánimos para que al menor incidente estalle la guerra."

La lista de incidentes registrados en 1947 es elocuente y no deja lugar a dudas sobre la magnitud de la violencia. Ha sido recopilada por el historiador Guillermo Villegas Hoffmeister en su libro La Guerra de Figueres:

Enero

2 – voladura del tubo madre de la cañería de San José, en el camino a Zapote.

29 – voladura del apartadero Fournier, línea férrea a Puntarenas, kilómetro 26.

Marzo

23 – bomba en el garaje de la casa de don Javier Cortés Fernández, en Alajuela.

30 – bomba frente al resguardo fiscal de Alajuela.

Abril

3 – bomba frente a la escuela Miguel Obregón, Alajuela.

17 – voladura de la Jefatura Política de San Juan de Tibás.

21 – destrucción del automóvil del doctor Manuel Patiño, en Cartago.

24 – explosión en el Cuartelillo de Santo Domingo de Heredia.

Mayo

7 – incendio en el Club del Partido Republicano Nacional en Curridabat.

21 – incendio en la Oficina Telegráfica, la Panadería y la Pulpería de Romualdo Fonseca en San Pedro de Turubares.

24 – incendio en el comisariato del diputado Emilio Sanahuja en Grifo Alto.

29 – encuentran dos bombas sin detonar frente al Palacio Municipal de San José.

30 – destrucción de la casa del escultor Néstor Zeledón en Guadalupe.

Junio

22 – lanzamiento de una bomba dentro de la casa del ingeniero Luis Paulino Jiménez, en San Pedro de Montes de Oca.

26 – estalla una bomba en la esquina de la calle 9 con la avenida 3, en San José.

30 – voladura de un trecho de la vía férrea a Puntarenas, kilómetro 1, La Sabana.

Julio

17 – destrucción parcial de la casa de don Manuel Isaac Ugalde, en Desamparados.

26 – decomisan a Orlando Coto V. dos bombas destinadas a volar la planta eléctrica de Heredia.

Agosto

1 – voladura en los kilómetros 134 y 14 de la vía férrea al Pacífico, de varios postes de conducción eléctrica.

11 – mueren Juan Schmidt y Jacobo Schmidt en un incidente frente a la Inspección General de Hacienda, en San José.

19 – estallido de una bomba en el club calderonista de Barrio Cuba.

Setiembre

24 – voladura del automóvil del licenciado Manuel Mora Valverde, Secretario General del Partido Vanguardia Popular.

24 – encuentran dos bombas sin estallar en el automóvil nuevo de don Manuel Patiño, en Cartago.

24 – estallido de una bomba frente a la iglesia de Guadalupe.

24 – asalto y destrucción de los clubes del Partido Republicano Nacional y Vanguardia Popular, en Cartago.

24 – asalto y destrucción del local de la Federación de Trabajadores de Cartago.

24 – estalla una bomba en la casa de don Manuel Rodó Parés, exgobernador de San José, en Barrio González Lahmann.

24 – destrucción parcial, por estallido de bomba, de la residencia de Elida Jiménez, en Mata de Plátano.
(sin fecha) – estallido de dos bombas en la casa de la Familia Zúñiga, en Coronado.

(sin fecha) – destrucción de la casa de don Aníbal Naranjo, jefe de acción del calderonismo en Desamparados.

(sin fecha) – destrucción, por incendio, de un jeep del Partido Republicano Nacional.

Octubre

(sin fecha) – falla atentado contra la vida del doctor Calderón Guardia en San José.

(sin fecha) – falla otro atentado contra Calderón en Alajuela.

(sin fecha) – destrucción con dinamita de la casa del Ingeniero Luis Meza, en Cartago.

Noviembre

2 – destrucción parcial de los talleres y oficinas administrativas de La Tribuna, resultando muerto don Ricardo Azofeifa y doce personas heridas.

22 – voladura de un trecho de vía férrea a Puntarenas, el kilómetro 1, en San José.

Diciembre

18 – destrucción parcial, por estallido de bomba, de la casa del Director de La Tribuna, don Manuel Formoso Peña.

La lista es escalofriante. No se trataba de incidentes aislados, sino de una estrategia sistemática de terror que afectaba a ciudadanos comunes, a dirigentes políticos de ambos bandos, a la infraestructura del país y a la prensa. Los muertos comenzaron a acumularse mucho antes de que sonaran los primeros disparos en la revolución.

La autoría de estos actos nunca fue esclarecida del todo. Ambos bandos se acusaban mutuamente, y probablemente ambos tuvieron participación. Lo cierto es que, para cuando estalló la revolución en marzo de 1948, el país ya estaba acostumbrado a la violencia. Las calles habían sido el campo de batalla mucho antes de que sonaran los primeros disparos en las montañas de Los Santos.

La Convención Nacional de la Oposición (febrero de 1947)

Mientras el gobierno consolidaba el Bloque de la Victoria, la oposición comprendió que solo la unidad podía derrotarlos. En enero de 1947 se alcanzó un acuerdo. La coalición se llamaría "Compactación Nacional". Su objetivo era presentar un frente unido en las elecciones de 1948.

La Convención se celebró el 13 de febrero de 1947 en el Estadio Nacional. Miles de opositores se congregaron. Requirió tres votaciones. Los aspirantes eran Otilio Ulate, Fernando Castro Cervantes y José Figueres. Para los socialdemócratas, Castro representaba al sector más conservador. Prefirieron apoyar a Ulate. Sus votos fueron decisivos para proclamar a Ulate candidato presidencial. Figueres fue designado Jefe de Acción de la coalición.

La anulación de las elecciones: el voto salvado de Koberg y los 27 de la ignominia

El Tribunal Nacional Electoral y la trampa institucional

El Tribunal Nacional Electoral que operó en 1948 fue creado por el Código Electoral de 1946. Estaba integrado por Gerardo Guzmán Quirós, José María Vargas Pacheco y Max Koberg Bolandi. Tenía un defecto fatal: carecía de autonomía plena. Sus miembros eran nombrados por los tres poderes, y aunque podían hacer una declaratoria provisional, la decisión final sobre la validez de los comicios quedaba en manos del Congreso, de mayoría calderonista.

Las elecciones del 8 de febrero de 1948

Ulate obtuvo 54.931 votos contra 44.438 de Calderón. Pero en la elección de diputados, el calderonismo y los comunistas mantenían mayoría.

El incendio de las papeletas y el voto salvado de Koberg

Entre el 10 y el 11 de febrero, un incendio en el Colegio de Señoritas destruyó parte del material electoral. La oposición argumentó que se contaba con los telegramas de las juntas receptoras.

El 28 de febrero, el Tribunal se reunió. Los magistrados Guzmán y Vargas firmaron la declaración dando el triunfo a Ulate. Koberg salvó su voto, alegando que el recuento no se había podido concluir y que correspondía al Congreso resolver.

La sesión del Congreso (1° de marzo de 1948)

El Congreso se reunió. Los diputados del Partido Unión Nacional advirtieron que cualquier acción que no respetara la voluntad popular constituiría un golpe de Estado, recordando el "pacto de honor" de 1947.

El Buró Político de Vanguardia Popular decidió votar por la anulación. A favor hablaron Luis Carballo Corrales, Manuel Mora y Carlos Luis Fallas. Defendiendo la legalidad intervinieron Otto Cortés, Fernando Volio y Fernando Lara.

Cuatro diputados calderonistas votaron con la oposición. Otros dos fueron secuestrados cuando se dirigían al Congreso.

Los 27 votos de la ignominia

La votación fue nominal. 27 diputados votaron a favor de la anulación, 19 en contra. Los nombres de los 27 que votaron por anular las elecciones han quedado grabados en la memoria histórica:

Votaron a favor de la anulación (27)

José Albertazzi Avendaño
Vidal Arguedas Quirós
Virgilio Calvo Brenes
Luis Carballo Corrales
Gilberto Charpentier
Filiberto Chavarría

Votaron en contra (19)

Francisco Fonseca Chamier
Juan José Herrero
Fernando Lara Bustamante
Antonio Peña Chavarría
Tomás Guardia Tinoco
Otto Cortés Fernández

Manuel Mora Valverde
Federico Volio
Emilio Sanahuja
Antonio Riggioni Rubillo
José Saborío Alfaro
Onofre Villalobos Soto
José Fernández Ferreiro
Alfredo Picado
Luis Calvo Gómez
Francisco Quesada
Víctor Rodríguez
Enrique Baltodano
Juan Muñoz Rovira
Rodolfo Salazar
Efigenio Vallejo
Carlos Barahona
Carlos Luis Fallas Sibaja
Francisco Quintana
Luis Vasco Soto
Jaime Cerdas Mora
Álvaro Cubillo Aguilar

Antonio Chaves Soto
Francisco Orlich Bolmarcich
Marcial Rodríguez Conejo
Luis Carlos Suárez
Rodrigo Valverde
Adriano Camacho
Jorge Ortiz Martín
Fernando Volio Sancho
Bernardo Benavides Zumbado
Víctor Manuel Elizondo
Rubén González Flores
Eladio Rosabal
Arturo Volio Guardia

La autocrítica tardía de los comunistas

Años después, los dirigentes comunistas reconocieron el error de votar a favor de la anulación y de aceptar la selectividad de la misma: anular la elección presidencial pero no la de diputados. Para Manuel Mora, aquel voto se convirtió en una carga moral. La alianza con Calderón, que había dado las reformas sociales, los había llevado a respaldar una decisión que contradecía los principios democráticos.

El decreto de anulación

El decreto, firmado por Onofre Villalobos Soto, Álvaro Cubillo Aguilar y Gilberto Charpentier, declaraba nula la votación para presidente por "vicios sustanciales del padrón electoral". La lección quedó aprendida: cuando triunfó la revolución, se creó el Tribunal Supremo de Elecciones, con rango constitucional e independencia absoluta.

Dr. Carlos Luis Valverde Vega: el Primer Mártir de la Segunda República

El hombre que atendía gratis a los pobres

Nació en San Ramón el 10 de abril de 1903. Se graduó como médico cirujano en la Universidad de París en 1930. Fue un distinguido miembro del Colegio de Médicos y fundador de la Unión Médica Nacional.

Pero lo que realmente lo hizo querido era su generosidad. Los fines de semana viajaba a San Ramón, donde atendía gratuitamente a la gente pobre. Ese gesto le granjeó el cariño profundo de los ramonenses.

El asesinato

El 1° de marzo de 1948, mientras el Congreso anulaba las elecciones, el gobierno mandó vigilar la casa del Dr. Carlos Luis Valverde Vega en Barrio Don Bosco. Valverde Vega no ocupaba ningún cargo formal en la estructura del Partido Unión Nacional, pero su casa, por su prestigio personal y su compromiso cívico, se había convertido en centro de reunión de la oposición. Allí estaban reunidos Otilio Ulate y Mario Echandi, que lograron escapar por los techos cuando la policía rodeó el lugar.

Valverde Vega salió al jardín con un pañuelo blanco en señal de paz. Inmediatamente comenzó un tiroteo, en el que resultó gravemente herido. Entre los responsables estaba José Tavío y Silva, figura tenebrosa del régimen.

La agonía a 400 metros del hospital

Era jefe de cirujanos del Hospital San Juan de Dios, a 400 metros de su casa. El gobierno impidió el ingreso de la Cruz Roja durante más de cuatro horas. El hombre que había dedicado su vida a salvar vidas se desangró en el jardín de su casa. Murió dos días después, el 3 de marzo.

El legado

Un año después, la Asamblea Constituyente le confirió el título de Benemérito de la Patria. El cantón de Valverde Vega (hoy Sarchí) llevó sus apellidos durante setenta años. El Hospital de San Ramón lleva su nombre.

La historia lo recuerda como el Primer Mártir de la Segunda República, el hombre cuya sangre, derramada a pocos metros del hospital donde salvaba vidas, selló el destino de la guerra que estaba por venir.

Capítulo III

La Revolución del 48

El inicio: el Plan Maíz y la respuesta del gobierno

La guerra no empezó por casualidad. Desde su finca "La Lucha Sin Fin", en las montañas de San Cristóbal, Figueres y sus hombres habían pasado meses preparándose. Almacenaban armas, entrenaban reclutas y tejían alianzas con la Legión del Caribe.

El plan estaba listo. Se llamaba Plan Maíz. Quien lo concibió fue Guillermo "Macho" Núñez Umaña, uno de los pilotos más audaces del país.

La primera sangre

Un día antes del levantamiento formal, el 11 de marzo, el gobierno había enviado a la Unidad Móvil para capturar a Figueres y, de ser necesario, traerlo amarrado a San José. Al frente iba el Coronel Rigoberto Pacheco, edecán de Calderón, acompañado del temible "Perro Negro". En los cerros de La Lucha y La Sierra, los hombres de Figueres los esperaban. Pacheco y "Perro Negro" cayeron muertos. La Unidad Móvil se replegó.

El Plan Maíz en marcha

Al día siguiente, 12 de marzo, los rebeldes ejecutaron el Plan Maíz. En la madrugada tomaron el aeropuerto de San Isidro de El General y se apoderaron de los aviones de TACA. Desde San Isidro llamaron a San José informando que un avión había sufrido una avería y solicitando repuestos. Fueron enviados en un segundo avión, que también fue tomado.

A las 11 de la mañana, dos aviones, pilotados por Otto Escalante y el "Macho" Núñez, despegaron hacia Guatemala en busca de las armas que había gestionado la Legión del Caribe.

Esa misma noche, la guerra se extendió a otros frentes. En San Ramón, al mando de Francisco "Chico" Orlich, se libró un duro combate. Allí cayeron Catalino Murillo y Federico Arce, dos de los primeros mártires de la revolución.

El 13 de marzo, los aviones regresaron de Guatemala con armas y con militares extranjeros: Miguel Ángel Ramírez Alcántara (dominicano), Horacio Ornes y Francisco Morazán. Por primera vez, la aviación fue usada como arma de guerra. Los aviones oficiales bombardearon posiciones rebeldes.

Testimonio de Jorge Emikett Alfaro Alpízar

El combatiente más joven de la toma de San Isidro

En el año de 1947 se realizaba la campaña electoral entre don Otilio Ulate Blanco y el Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia. En esa época, aunque era muy joven para votar, participé ya de lleno vendiendo bonos para el candidato Ulate, los cuales iban desde un colón hasta cincuenta colones. Por ese entonces era mal visto trabajar en favor del candidato opositor, por lo que fui detenido por la policía y llevado a la cárcel donde me azotaron.

Así continuaron persiguiéndome por mucho tiempo, hasta el colmo que no permitían que me acercara ni a las ventanas de los billares porque me volvían a detener. Todo eso provocó que les tomara miedo y odio e hiciera que me integrara a trabajar de lleno con el comité político de don Otilio Ulate.

El día de las elecciones me “partí el alma” trabajando, y para mí fue una gran satisfacción saber que habíamos ganado las elecciones libres. Por lo tanto, me causó una gran sorpresa al pasar los días que la Asamblea Legislativa de ese entonces anulara las elecciones diciendo que había fraude.

Esto fue lo que provocó que don Pepe Figueres se uniera con varios hombres honestos y amantes de la libertad y en “La Lucha” decidieran pelear contra la corrupción cometida por el gobierno calderocomunista.

Se comunicó entonces a los señores Piquín Fernández y Manuel Camacho para efectuar reuniones con la gente de San Isidro que había estado con Ulate, reunión en la cual participé a pesar de que era muy joven.

Al principio la gente desconfió por mi corta edad, pero algunos, entre ellos el señor Romilio Durán Picado, dieron fe de mi hermetismo y añadieron además que yo había sido un gran colaborador en la campaña, por lo que tenía derecho a estar en esa reunión.

El once de marzo de 1948 se iniciaría la toma de San Isidro, pero un gran aguacero que se desató en la finca La Lucha impidió que dicha toma se efectuara el día once de marzo; al día siguiente, o sea el doce por la mañana, mandó Figueres a Frank Marshall y a unos amigos para avisarnos lo del aguacero y que en la noche se tomaría San Isidro.

Se llegó al acuerdo de que el día doce de marzo de 1948 teníamos que estar en La Tolba a esperar los refuerzos que venían de La Lucha para tomar San Isidro. Sin embargo, ese mismo día en la noche los calderocomunistas, posiblemente previendo nuestros movimientos, llenaron las calles de San Isidro de barricadas, y a eso de las diez de la noche iniciaron una balacera, causando gran pánico entre la población.

Me encontraba yo en el negocio de don Jorge Ramírez llamado La Casa Amarilla; al oír los disparos salí y me dirigí muy asustado a la plaza, donde me tuve que tirar al suelo para no ser alcanzado por las balas. Permanecí inmóvil durante aproximadamente media hora, pensando que posiblemente el operativo nuestro se había adelantado a lo previsto.

Repentinamente escuché unos pasos, y descubrí que era un amigo llamado Mario Garbanzo, a quien le pregunté qué sucedía, contestándome él que era la gente del Resguardo Fiscal, quienes junto con una ametralladora que se encontraba en la casa de los comunistas —o sea, la casa de Rómulo Salas—, eran los que iniciaron el tiroteo.

Le dije que tenía que trasladarme a La Tolba (hoy Barrio San Luis), que quedaba en la entrada de San Isidro, pero que no podía hacerlo por el camino principal porque había gente contraria y podían apresarme.

Garbanzo entonces dijo que nos fuéramos por un guayabal al cual se entraba por la casa del señor Otoniel Ceciliano, saliendo a un lugar donde ahora se encuentra la Escuela 12 de Marzo, donde debíamos reunirnos con la gente que venía de La Lucha y mandada por don Pepe.

Como yo era el único que faltaba, estaban ansiosos y cuando llegué elogiaron mi esfuerzo y el valor que mostré por haber salido del tiroteo de San Isidro, y en broma me dijeron que esperaban que yo “... no me obrara en los pantalones cuando me silbaran los primeros tiros, porque ahora sí íbamos en serio...”.

Al ser la una de la madrugada, divisamos las luces del primer vehículo con los muchachos que mandaba Figueres y que venía al mando de Carlos Gamboa, y lo formaban entre otros: Tista Gamboa, Max “Tuta” Cortés, José Luis Cubero, Harold Mora Gómez, Marcelino Jiménez, Carlos Luis Castro, Arturo Sotillo, Julio César Mora, Fernando Ortuño, Miguel Ángel Flores, Carlos Luis Fernández, Juan José Moya, Jorge Romero Calderón, Domingo García, Ricardo Arana, Domingo Chacón, Enrique Jiménez Canoza, Aníbal Monge y Eladio Bonilla.

Edmond Woodrich, Juan Arrea, Roberto Valdeperas, Roberto Fernández Durán y los pilotos capitán Guillermo Núñez y Otto Escalante se quedaron en La Tolba hasta que cogieran San Isidro, para que no fueran heridos o muertos, ya que se necesitaban para traer las armas de Guatemala. Se conformaron tres grupos de acción: uno tomaría el Resguardo Fiscal, el otro la casa de los comunistas (del señor Chacón) y el último las oficinas de la Jefatura Política.

Se me pidió que guiara al grupo que tomaría la Jefatura Política, dado que —como expliqué— ya sabía el camino. Así llegamos a la iglesia que para ese entonces tenía muchos árboles y enramadas, lo que permitía ocultarnos de los calderocomunistas.

En consecuencia, le correspondió a nuestro grupo con la toma de la Jefatura iniciar lo que conocemos ahora como “La Revolución del 48”, y a mí —y esto lo digo sin la menor vanidad— me correspondió ser el combatiente más joven que participó en el inicio de la Revolución y en la toma de San Isidro del General.

Posteriormente se enrolaron muchos más jóvenes, entre ellos don Miguel Zúñiga Díaz, más conocido como Miguel Salguero (el periodista), y el joven Bernardo Jiménez.

En la mañana del 12 de marzo, se logró capturar un avión de TACA que llegaba a las seis de la mañana. Luego se procedió a la detención del radio-operador de TACA; se le encomendó que enviara mensajes, y el primero que envió fue: “Hay buen tiempo.”

Rato después aterrizaba el primer avión de TACA; fue entonces cuando se envió un segundo mensaje diciendo que el avión había aterrizado con el tren de aterrizaje con problemas, que mandaran otro avión, lo cual, una hora después, llegó: justo lo que necesitábamos, dos aviones y mecánicos.

Días antes de lo descrito, había llegado a San Isidro un camión cargado con combustible de avión, que los señores Cruz Ramón escondieron muy bien, lo que permitió que los capitanes Núñez y Escalante fueran en los aviones capturados a Guatemala en busca de armas.

Grupo de compañeros de San Isidro del General que participaron en la toma aquella madrugada del 12 de marzo de 1948:

Manuel Camacho, Piquín Fernández, Romilio Durán, Ramón Segura, Aníbal Barboza, Ramiro Barboza, José Nitos Tabash, Ismael Mora, Juan Cordero, Juan Barboza, Arturo Muñoz, Víctor Badilla, Rigo Infante, Mario Garbanzo, Bernardo Amador, Adolfo Pereira, Aquiléo Barrantes, Dimas Barrantes,

Oldemar Chavarría, Manuel Madrigal, Arturo Altamirano, Jorge Ramírez, y Jorge E. Alfaro Alpízar, autor de este testimonio.

Los pilotos de la Revolución: la guerra también se jugó en el aire

La aviación civil se convirtió en un factor estratégico. Un reducido grupo de pilotos transformó aviones comerciales en herramientas militares. Guillermo "Macho" Núñez, Otto Escalante Wiepking y Manuel Enrique "Pillique" Guerra fueron protagonistas de esta dimensión poco contada. Bien podría decirse de ellos, guardando las distancias, aquella famosa frase de Winston Churchill sobre los pilotos de la RAF en la batalla de Inglaterra: "Nunca tantos debieron tanto a tan pocos."

Guatemala y la Legión del Caribe: el apoyo regional que ayudó a decidir la guerra

El 16 de diciembre de 1947, un grupo de exiliados antidictatoriales firmó en Guatemala el Pacto del Caribe. Dominicanos, nicaragüenses, hondureños y costarricenses se comprometían a luchar juntos para derrocar a las dictaduras que asolaban la región: Trujillo en República Dominicana, Somoza en Nicaragua, Carías en Honduras y, para algunos, el gobierno de Teodoro Picado en Costa Rica.

José Figueres Ferrer fue uno de los firmantes. Para él, el pacto no era un gesto simbólico: era la llave que abriría la puerta al apoyo militar que necesitaba. Si lograba convencer a sus aliados de que Costa Rica era el lugar por donde empezar, tendría a su disposición hombres curtidos en otras luchas y, lo más importante, armas.

El momento llegó en febrero de 1948. El fraude electoral que anuló el triunfo de Otilio Ulate convenció a los miembros de la Legión del Caribe de que Picado era un dictador más, digno de ser derrocado. Guatemala, gobernada por Juan José Arévalo —un demócrata que veía con buenos ojos la lucha contra las dictaduras vecinas—, se convirtió en la retaguardia de la revolución.

Cuando Figueres se alzó en armas el 12 de marzo, la primera prioridad fue asegurar los medios para recibir el apoyo prometido. Esa misma madrugada, los rebeldes ejecutaron el Plan Maíz: tomaron el aeropuerto de San Isidro de El General y se apoderaron de dos aviones de TACA, que partieron de inmediato hacia Guatemala. Se hizo efectivo el apoyo a Costa Rica. Comenzó entonces el puente aéreo con Guatemala para traer las armas y algunos combatientes de la Legión del Caribe que estaban en ese país esperando para venir a ayudar a Figueres.

¿Mercenarios o idealistas?

Siempre circuló el mito de una enorme "Legión del Caribe" que, según la propaganda de las dictaduras de la época, como las de Somoza y Trujillo, conspiraba para invadir toda la región. Ese fantasma les servía como excusa para justificar su permanencia en el poder y reprimir aún más a sus opositores.

En la revolución sí existió una legión caribe (sin "del"), pero no era una fuerza extranjera. Se trataba de una unidad de élite del Ejército de Liberación Nacional, integrada casi totalmente por costarricenses y preparada para la misión de tomar el puerto de Limón, en el Caribe. De ahí su nombre. Todos en ese pequeño batallón eran costarricenses, excepto su comandante, Horacio Ornes, de nacionalidad dominicana, quien tampoco era ningún mercenario.

Los que perdieron la guerra o sus familiares —calderonistas y comunistas— han encontrado muy fácil decir que el ejército de Figueres estaba lleno de mercenarios de la “Legión del Caribe”. La verdad histórica es muy distinta. El propio Figueres dejó constancia en su libro *El Espíritu* del 48:

"Además de las armas y el parque, llegaron en esos aviones unos compañeros valerosos, que yo esperaba con los brazos abiertos. Dejo aquí constancia de sus nombres, porque venían a prestarle a nuestra patria un servicio generoso, y si las circunstancias lo exigieran, hasta heroico. Eran ellos: el Coronel Miguel Ángel Ramírez Alcántara, Horacio Ornes Coiscou, dominicanos; Capitán Jorge Rivas Montes, Capitán Mario Sosa, Mayor Francisco Morazán; Presentación Ortega, Alfredo Mejía Lara y Francisco Sánchez, apodado El Indio, todos estos hondureños.

En vuelos posteriores llegaron más armas, combustible y municiones. También llegaron más hombres; cito con cariño y gratitud sus nombres: Jacinto López Godoy, Marcos Ortega, el doctor Rosendo Argüello hijo, Francisco Castillo, Octavio Calderón, el doctor Gómez Roveló, José María Tercero y Adolfo Báez Bone. En la hacienda La Lucha, para entonces, estaban ya dos militares, nicaragüenses exiliados, Edelmiro Isaula y Antonio Salaverry.

Dejo constancia ante la historia de que sólo esos dieciocho idealistas fueron los compañeros no costarricenses que nos ayudaron en la Guerra de Liberación Nacional. Quienes hablen de tropas mercenarias en nuestra lucha, están mintiendo. Estos y sólo estos fueron los compañeros, no ticos, que nos ayudaron en nuestra lucha."

Dieciocho hombres. Esa es la verdad histórica. Ni una legión de mercenarios, ni un ejército extranjero. Dieciocho idealistas que creían en la libertad y vinieron a Costa Rica a defenderla.

La primera batalla y la prohibición de arriesgar al líder

El 14 de marzo, en San Cristóbal Sur, Figueres participó directamente en la batalla. En una acción de osadía, cuando las fuerzas del gobierno avanzaban, Figueres se plantó frente a ellos con una ametralladora y gritó: "¡Hijueputas, aquí estamos las mujeres del 2 de agosto!" Los soldados del gobierno dudaron, y huyeron despavoridos. La batalla se inclinó a favor de los rebeldes.

Pero aquel día dejó una lección. Sus amigos le prohibieron volver a participar directamente en las batallas. A partir de ese momento, Figueres permanecería en la retaguardia, como le corresponde al Comandante en Jefe.

La retirada a Santa María de Dota y el Cuartel General

El coronel Miguel Ángel Ramírez Alcántara llegó a Costa Rica vía aérea desde Guatemala, aterrizando en San Isidro de El General, que estaba en poder de los rebeldes. De inmediato se trasladó a la finca La Lucha, donde estaban Figueres y su gente. Por su experiencia militar, fue nombrado Jefe del Estado Mayor.

Lo primero que hizo, después de evaluar la situación, fue decirle a Figueres: "*Hay que salir de aquí, esto es una ratonera.*"

La Lucha, enclavada en un pequeño valle rodeado de cerros, era un lugar pintoresco pero militarmente vulnerable. Ramírez Alcántara, con su ojo de estrategia curtido en otras guerras, vio lo que los demás no

habían visto: si el gobierno lograba cerrar los accesos, los rebeldes quedarían atrapados sin posibilidad de maniobra.

Don Pepe, sin embargo, tenía sus propias maneras de entender la guerra. Odiaba a la gente que "hablaba en difícil" y le tenía tirria a expresiones como "problemática" y "parámetro". Poco después de la llegada de Ramírez, se dio un diálogo que Alberto Cañas inmortalizaría:

– General Figueres... –dijo Ramírez.

– ¿Sí, Coronel Ramírez?

– El enemigo se acerca por el flanco derecho en una operación tenaza.

– ¡Qué chanchada!, no le entiendo nada a este viejo –le dijo don Pepe a uno de sus colaboradores.

En eso, apareció un campesino y a grito pelado le dijo a Figueres:

– Don Pepe, los mariachis están en la tranquera de Olegario.

– Ahora sí...

Cañas explicaba que don Pepe hablaba "como se habla en Los cuentos de mi Tía Panchita, porque era un lenguaje muy campesino, pero de los años veinte. A la vez, era muy culto, porque se crio en San Ramón".

Revisaron mapas, analizaron el terreno y tomaron una decisión: había que movilizarse a Santa María de Dota. Ese pueblo, ubicado estratégicamente cerca del tapón del Empalme y San Isidro de El General, y también con acceso a Cartago y San José por el lado de Tarbaca y Aserrí, ofrecía mejores condiciones militares y mayores posibilidades de movimiento.

Así, el 15 de marzo, los rebeldes iniciaron una retirada ordenada hacia Santa María de Dota. El 16 de marzo se instaló formalmente el Cuartel General en la Escuela República de Bolivia. Ese día llegó el presbítero Benjamín Núñez, nombrado Capellán del Ejército. Fernando Valverde Vega fue designado Jefe Político de San Isidro. El Empalme se organizó como "tapón" defensivo al mando de Frank Marshall, Max "Tuta" Cortés y Jorge Rivas Montes.

Glostoras y medallitas: los soldados de la revolución

En las filas del Ejército había un grupo que la gente llamó "Glostoras y medallitas". "Glostoras" por un popular fijador para el cabello, denotando cierto poder económico. "Medallitas" por las pequeñas medallas religiosas que llevaban al cuello. Eran profesionales, estudiantes, intelectuales y empresarios de extracción burguesa, pero con gran conciencia social.

Carmen Granados, autora del "Corrido a Pepe Figueres", los inmortalizó:

"¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres! / Todos muchachos de armas tomar. / Vivan glostoras y medallitas / Que por la patria saben luchar."

La Batalla de San Isidro y los "héroes de la trinchera"

El 18 de marzo, la Columna Liniera —integrada por trabajadores bananeros y militantes comunistas, al mando político de Carlos Luis Fallas (Calufa) y militar del general nicaragüense Enrique Somarribas Tijerino, conocido como el General Tijerino— salió en barco desde Puerto Cortés, desembarcó en Playa Dominical, en el Pacífico central del país, y desde allí emprendió la marcha hacia San Isidro.

Tijerino no era un militar cualquiera. En su juventud había luchado al lado de Augusto César Sandino contra la intervención estadounidense en Nicaragua, lo que le daba una experiencia guerrillera que pocos en Costa Rica podían igualar. Ahora, décadas después, comandaba a los trabajadores bananeros en una guerra distinta, pero con la misma convicción.

El 22 de marzo comenzó la batalla. Los defensores no eran el grueso del ejército rebelde. Días atrás, las fuerzas se habían replegado hacia División, un pueblo en la carretera Interamericana, a la espera de refuerzos. En San Isidro quedó una pequeña guarnición con una misión casi suicida: resistir.

En el centro de la ciudad, en el parque, cavaron trincheras. Un sacerdote alemán, veterano de la Primera Guerra, les enseñó que tenían que hacerlas en zigzag y no en línea recta como las habían hecho inicialmente. Gracias a ese consejo, pudieron resistir 36 horas los embates de las hordas de Tijerino.

La situación era insostenible; el sueño y el hambre ya los estaban venciendo. En el cuartel general de Santa María de Dota, el Estado Mayor rebelde tomó una decisión radical: San Isidro no podía perderse. Si la ciudad caía en manos enemigas, el aeródromo se perdía, el puente aéreo con Guatemala se cortaba y la revolución corría el peligro de fracasar. Por eso, cuando llegaron los refuerzos, lo hicieron al mando del propio coronel Miguel Ángel Ramírez Alcántara, dominicano y Jefe del Estado Mayor del Ejército de Liberación Nacional. No enviaron a cualquier oficial; enviaron al hombre que diseñaba la estrategia de toda la guerra. Ramírez Alcántara puso toda la carne en el asador, combatiendo codo a codo con los defensores. La Columna Liniera, a punto de vencer, se encontró con un enemigo reforzado y mejor dirigido.

El General Tijerino no tuvo más remedio que tomar su corneta —la misma que aparece hoy en las fotografías que documentan aquella gesta— y tocar la señal de retirada. El 23 de marzo salieron en desbandada de la ciudad, hacia la zona de Buenos Aires y lugares aledaños.

En la huida, Tijerino iba a caballo. Fue entonces cuando un campesino, escondido en la cuneta del camino, le disparó y le causó la muerte. Cuando llevaron el cuerpo a San Isidro, ocurrió algo curioso: a simple vista no se le veía el orificio de bala. Hubo que hacer una búsqueda minuciosa para descubrir que la bala que le costó la vida había entrado por uno de los orificios de la nariz.

El coronel Miguel Ángel Ramírez Alcántara ordenó que se le diera entierro con honores militares. No era un gesto gratuito: el dominicano, veterano de mil batallas, sabía que en la guerra las cortesías con el enemigo caído podían ser una póliza de seguro. Quién sabe, pensaría, si mañana soy yo el que está del otro lado y necesito el mismo trato.

Carlos Luis Fallas, Calufa, tuvo también su propio gesto de humanidad en medio de la guerra. Durante la marcha desde Dominical hasta San Isidro, había tomado dos prisioneros. Al llegar a la ciudad y comenzar la batalla, ordenó que fueran dejados en el hospital, sanos y salvos, para que no corrieran peligro. Luego, Calufa logró escapar de San Isidro y regresó a Puerto Cortés, desde donde voló a San

José. Más de la mitad de la Columna Liniera —que según las estimaciones más confiables estaba integrada por unos 200 hombres— perdió la vida en la batalla.

Ese mismo día, desde la radio clandestina, Figueres leyó la "Primera Proclama de Santa María de Dota". La batalla marcó un punto de inflexión. Por su heroica resistencia en esa y en dos batallas más posteriores, San Isidro fue declarada "Ciudad Mártir".

El Batallón de El Empalme: pilar estratégico de la revolución

La importancia estratégica del Empalme

El Empalme, en la carretera Interamericana a más de 3.000 metros de altura cerca del Cerro de la Muerte, era donde el camino se bifurcaba: hacia San Isidro o hacia Santa María de Dota. Quien lo dominara controlaba el acceso a ambos destinos. Impedía que el gobierno atacara San Isidro por el norte.

Durante casi toda la guerra, el gobierno mantuvo un asedio implacable sobre los rebeldes atrincherados allí. Los hombres de Frank Marshall, Max "Tuta" Cortés y Jorge Rivas Montes resistieron.

Los hombres del batallón

Frank Marshall Jiménez, de 24 años, tenía una historia personal que explicaba su presencia. Hijo de un geólogo estadounidense asesinado en Nicaragua por fuerzas sandinistas, su madre se casó en segundas nupcias con Ricardo Steinvorth, un costarricense de origen alemán que lo crió como su propio hijo. Por medio de su padrastro, Marshall recibió la nacionalidad alemana y en 1936 fue enviado a un internado en Hannover, en el apogeo del Tercer Reich, donde recibió entrenamiento militar como miembro de las Juventudes Hitlerianas. Al regresar a Costa Rica, el gobierno de Calderón Guardia declaró la guerra a Alemania; Marshall y su familia fueron perseguidos, reclusos en un campo de concentración y sus bienes confiscados. Esa herida, profunda e injusta, lo llevó alistarse en el Ejército de Liberación Nacional con una furia tal que sus compañeros terminaron apodándolo "el diablo rubio".

La vestimenta improvisada

Los combatientes enfrentaban el frío con sacos de gangoche, el material áspero usado para empacar café. Con cortes rudimentarios, se hacían ponchos toscos. Estos uniformes hablan de una guerra de recursos limitados, donde la creatividad suplía la falta de medios.

La resistencia y el contraataque

El 2 de abril, los rebeldes lanzaron un contraataque que desalojó a las fuerzas enemigas de La Sierra. La ofensiva fue fulminante, dejando decenas de muertos. Picado llamó a esa jornada "el día de pánico en la Interamericana". Los rebeldes recuperaron posiciones perdidas desde el 14 de marzo. El parte de guerra fue extraordinario: mientras las bajas del gobierno se contaban por decenas, los figueristas sufrieron solo un muerto y tres heridos.

Las proclamas de Santa María de Dota: de la insurrección a la Segunda República

Instalado ya el Cuartel General en Santa María de Dota, Figueres no solo dirigió operaciones militares. También escribió dos documentos que se volverían fundamentales para entender el sentido de la guerra.

Leídas en secuencia cronológica, las Proclamas de Santa María de Dota revelan el tránsito acelerado de un lenguaje insurreccional y urgente hacia una formulación programática y social del proyecto que daría origen a la Segunda República.

La Primera Proclama (23 de marzo de 1948)

Cuartel General del Ejército de Liberación Nacional

PRIMERA PROCLAMA DE SANTA MARÍA DE DOTA

Costarricense: ¿Está usted haciendo lo que puede por la victoria de la libertad?

El Ejército de Liberación Nacional está batiéndose brillantemente en el teatro de la guerra.

Usted puede ayudar eficazmente a la jornada patriótica atravesando palos y piedras en los caminos, cortando líneas telegráficas y telefónicas, acorralando sorpresivamente jefaturas políticas y resguardos, intentando por todos los medios desorganizar y desmembrar al gobierno usurpador.

¿Está usted haciendo lo que puede?

Usted dijo una y mil veces que no permitirá una nueva burla a la voluntad popular, usted ha jurado que está dispuesto a contribuir a la formación de una nueva Costa Rica. Cumpla ahora sus promesas y juramentos. No use el pretexto de que no tiene armas. En la más humilde cocina existe un raspadulce, en cada casa de campo hay un chuzo, en cada hogar hay unas tijeras, y en el corazón de cada hombre y de cada mujer de Costa Rica hay un héroe.

Haga usted lo que pueda, sea mucho o sea poco, por respaldar al ejército ahora, y por tener lista y preparada nuestra entrada triunfal a todos los pueblos del país.

Ya vamos; pronto, muy pronto, llegaremos.

Ayúdenos desde lejos y repita esta promesa que se debe propagar de pecho en pecho como una conflagración divina.

Fundaremos la Segunda República.

Santa María de Dota, 23 de marzo de 1948

José Figueres Ferrer

Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional

Es un texto de guerra, escrito en un momento de incertidumbre. La Segunda República aparece ya nombrada, pero todavía como promesa movilizadora, no como proyecto definido. El énfasis está en la acción directa, en el sabotaje, en democratizar la participación.

La Segunda Proclama (1° de abril de 1948)

Nueve días después, el tono cambia radicalmente:

Cuartel General del Ejército de Liberación Nacional

SEGUNDA PROCLAMA DE SANTA MARÍA DE DOTA

Nuestro Movimiento Renovador y la Cuestión Social:

En nombre del Ejército de Liberación Nacional, cuya misión es fundar la Segunda República, niego todo derecho a calificar de reaccionario, burgués o retrógrado al movimiento nuestro.

Solo puede juzgárenos así por mala fe o incomprensión. Contra la mala fe, tenemos balas y contra la incomprensión, tenemos razones.

Un movimiento tan noble, tan esclarecido y a la vez tan popular como el nuestro, no podrá jamás implantar un régimen injusto. Aquí están los trabajadores y aquí están los estadistas. A todos los mueve el espíritu del siglo veinte que es el siglo del pueblo.

El día en que terminemos la guerra contra la mala fe, iniciaremos una nueva guerra: la guerra contra la pobreza.

La victoria del ejército será la Segunda República; y la victoria de la Segunda República será el bienestar del mayor número.

El hombre ya tiene medios de producción capaces de colocar en un plano elevado, material y espiritual, a todos los miembros de la comunidad. Los economistas de la Segunda República, en colaboración con todos los costarricenses de buena intención, sabrán aplicar esos medios para que desaparezca el espectáculo de las grandes mayorías empobrecidas, por la diferencia y por el privilegio.

Dejen de combatirnos los incomprensivos. Abandonen esta lucha que, por parte nuestra, va solamente dirigida contra los hombres de mala fe.

Abran todos los costarricenses los brazos a los gloriosos soldados de la Segunda República, que juran sobre la sangre vertida, dedicarse a construir una patria sin miseria.

Santa María de Dota, 1° de abril de 1948

José Figueres Ferrer

Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional

Aquí Figueres ya no se dirige al ciudadano como combatiente potencial, sino como sujeto político. La violencia aparece subordinada a la argumentación. El núcleo es la cuestión social: la guerra armada terminará, pero comenzará otra, la guerra contra la pobreza. La Segunda República deja de ser una consigna abstracta y se convierte en proyecto político concreto, asociado a justicia social, planificación económica y bienestar colectivo.

Dos momentos, un mismo proceso

Leídas juntas, las dos proclamas permiten observar el proceso de maduración del discurso figuerista en tiempo real. La primera responde a la necesidad de sobrevivir y avanzar militarmente; la segunda, a la

necesidad de dotar de sentido histórico y social a esa lucha. El paso de una a otra no implica contradicción, sino evolución. La revolución no nace completamente formulada, sino que se va definiendo a medida que el conflicto avanza.

En ese sentido, Santa María de Dota no es solo un escenario militar, sino un laboratorio político, donde el lenguaje del combate se transforma rápidamente en lenguaje de Estado.

Los mártires de la guerra: Ernesto Zumbado y Nicolás Marín

Mientras los combates se libraban en las montañas, la guerra también cobraba sus víctimas en circunstancias atroces que la memoria oficial a veces ha dejado en la penumbra. Dos nombres brillan con luz propia en ese martirologio: Ernesto Zumbado Ureña y Nicolás Marín Conejo.

Ernesto Zumbado: fusilado en Frailes

Era un muchacho de Santa María de Dota, el pueblo que se convertiría en el cuartel general del Ejército de Liberación Nacional. Durante el contraataque rebelde en la Batalla de El Empalme, los combatientes se encontraban en la zona de La Sierra. Un compañero, conocido como Chuta Barquero, se hirió un dedo con una ametralladora que se le encasquilló y le pidió a Ernesto que fuera a traer agua.

Ernesto partió en busca del agua, pero nunca regresó. Fue hecho prisionero por soldados del gobierno que merodeaban por la zona. Lo llevaron a Frailes. Sus captores, al verlo alto, blanco y de pelo rojizo, creyeron que era alemán. "Sólo el alemán" le decían, en una ironía trágica para alguien que solo buscaba agua para sus compañeros.

En Frailes, lo pusieron detrás de la escuela y allí lo fusilaron. Lo enterraron a medias, en una fosa poco profunda, pero luego su cuerpo fue exhumado y llevado al cementerio del pueblo, donde recibió sepultura digna. Años más tarde, sus restos fueron trasladados a Santa María de Dota, su tierra natal.

Hoy, el parque central de Santa María de Dota lleva su nombre: Parque Ernesto Zumbado Ureña. Una placa colocada en 1998, con motivo del cincuentenario de su muerte, lo recuerda como "valiente soldado y ejemplar ciudadano que ofrendó su vida por las libertades patrias".

Nicolás Marín: torturado hasta la muerte

La historia de Nicolás Marín Conejo es, si cabe, aún más espeluznante. Durante los combates en La Sierra, los defensores rebeldes, superados y con armas inapropiadas, se vieron obligados a retirarse metiéndose entre tupidas enredaderas de moras que les destruían la ropa y la piel con sus púas. En esa retirada, Marín fue capturado por elementos de la Unidad Móvil y llevado a San José para ser interrogado.

El mártir guardó silencio. No reveló ningún secreto.

Entonces intervino José Tavío y Silva, una de las figuras más siniestras del régimen, junto a otros como Mariano Fournier y Aureo Morales. Tavío, experto en torturas, y sus secuaces torturaron a Nicolás Marín hasta la muerte.

El corresponsal de La Estrella de Panamá, Max E. Jiménez, narró así el horror:

"Nicolás Marín, Colacho como le llamábamos sus amigos, fue hecho prisionero y se le llevó a la Estación de Policía... Su epílogo comienza a la orilla de un cafetal, sobre el camino hacia Pavas (oeste de San José): allí apareció horas después su cadáver, el cráneo deshecho a golpe de culata, las orejas cortadas con filoso cuchillo, un ojo vaciado y un taco de cigarrillo en la cavidad, los órganos genitales deshechos, dos balazos en el estómago. La macabra figura había sido metida en un saco de henequén... Tal el crimen espantoso cometido en la persona de un humilde empleado de tienda..."

Los médicos que realizaron la autopsia declararon que Marín falleció a resultas de heridas con arma de fuego y heridas contundentes en la cabeza. Su cadáver mutilado fue tirado en una cuneta cerca de donde hoy se levanta el edificio de la Nunciatura Apostólica en Sabana Oeste.

Después de terminada la guerra, el Tribunal de Sanciones Inmediatas condenó a Tavío, Fournier y Morales a treinta años de prisión cada uno por este asesinato. Pero nunca cumplieron la condena: estaban fuera del país y, años después, una amnistía general los liberó de toda culpa.

En honor a Nicolás Marín, una plaza en Barrio México llevó su nombre durante años. Hoy, sin embargo, no hay ninguna placa que lo recuerde. Se llama simplemente Plaza Barrio México. En su costado noroeste, una biblioteca infantil inaugurada en 1990 lleva el nombre del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia, con varias placas que así lo atestiguan. La memoria, a veces, es selectiva.

El monumento que los une a todos

El propio José Figueres Ferrer, en la conmemoración de los 25 años de la revolución, el 3 de junio de 1973, develó en el Parque Ernesto Zumbado de Santa María de Dota el imponente Monumento a los Caídos. La placa principal de ese monumento, con sus más de 90 toneladas de granito fingido, no hace distinciones de bandos:

"A QUIENES MURIERON POR EL DERECHO AL SUFRAGIO Y A QUIENES MURIERON POR LAS GARANTIAS SOCIALES, EN LA GUERRA DE LIBERACION NACIONAL MARZO – ABRIL 1948".

No hay vencedores ni vencidos en esa placa. Solo el reconocimiento al sacrificio de quienes, desde una u otra trinchera, creyeron estar luchando por un país mejor.

Los nombres de Nicolás Marín y Ernesto Zumbado —junto a los del Dr. Carlos Luis Valverde Vega y tantos otros— son los ladrillos sobre los que se edificó la Segunda República. Su sangre no fue en vano.

La Marcha Fantasma y los planes Magnolia y Clavel

Contexto estratégico

A mediados de abril, la Revolución había logrado avances logísticos. Figueres ideó la Marcha Fantasma, una maniobra audaz contra la opinión de su propio estado mayor. El objetivo era concentrar fuerzas y crear un efecto sorpresa.

La decisión adquirió urgencia tras recibir un mensaje del coronel Francisco Javier Arana: "Revolución que se estanca, se pierde".

Magnolia y Clavel

El Plan Magnolia tenía por objetivo tomar Cartago. El Plan Clavel, tomar Limón. Debían ejecutarse sincronizadamente.

Ejecución de la maniobra

La Marcha Fantasma partió desde La Roca, cerca de Santa María de Dota, avanzando detrás de las líneas enemigas, de noche, en fila india, transportando armamento pesado. Permitió evitar confrontaciones prematuras, mantener el efecto sorpresa y concentrar fuerzas para el ataque decisivo.

La toma de Limón: la primera misión aerotransportada de América

La Legión Caribe

El 8 de abril alrededor de las 5 de la tarde, la Legión Caribe partió de Santa María hacia San Isidro. Allí pasaron la noche.

Al día siguiente, 9 de abril, fueron transportados a Altamira de San Carlos, donde operaba el Frente Norte de Orlich. En el plan original no estaba previsto pasar la noche allí, pero durante el vuelo los pilotos escucharon por la radio rebelde un mensaje clave: "Magnolia y Clavel, un día más". La Marcha Fantasma, que debía conducir a los rebeldes sobre Cartago, se había retrasado. Era necesario que la toma de Limón se pospusiera veinticuatro horas para que ambos planes se ejecutaran simultáneamente, como estaba previsto.

Hicieron entonces escala en Altamira y pasaron allí la noche, a la espera de la orden definitiva. No fue una noche tranquila. Esa misma tarde, un avión del gobierno sobrevoló la zona y ametralló las instalaciones. Los hombres de la Legión Caribe respondieron el fuego desde tierra y, para su sorpresa, lograron derribar la nave enemiga, que cayó en llamas en los altos de Palmira de Alfaro Ruiz. Todos sus ocupantes murieron. Era una señal de que la misión no sería fácil.

Estos hombres habían sido entrenados específicamente para una misión secreta. Hasta el último momento, ninguno de ellos sabía cuál era su destino final. La discreción era absoluta.

El 10 de abril, finalmente, los aviones despegaron temprano. Solo entonces los pilotos revelaron el objetivo: Puerto Limón. No era una elección casual. Con la toma del puerto caribeño, los rebeldes se garantizaban una ruta alternativa de abastecimiento por mar. Si algo le sucedía al puente aéreo con Guatemala o a los aviones, la revolución no se quedaría sin oxígeno.

Al llegar al aeropuerto de Limón, los pilotos mantuvieron los aviones "carreteando", sin detenerlos por completo. En ese instante, los hombres de la Legión Caribe descendieron sobre la pista y tomaron el aeropuerto por asalto, ante el asombro de las pocas autoridades que se encontraban en el lugar.

De regreso, los aviones pasaron nuevamente por Altamira, donde recogieron a Orlich y a los soldados del Frente Norte para llevarlos a San Isidro, donde luego serían llevados a Santa María de Dota para unirse al grueso del ejército en la Marcha Fantasma.

Testimonio: Historia del legionario Rodolfo Quirós González

Mi participación en la Revolución del 48 tuvo dos motivos fundamentales: primero la situación política imperante en esa época y, segundo, el haber estudiado yo en la Escuela Militar de Guatemala.

Ingresé en la Escuela Politécnica en 1942. Nunca había pensado en seguir la carrera militar, pero cuando mi tío Arturo Quirós, quien en ese tiempo estaba de Embajador en Guatemala, me ofreció una beca acepté sin pensarlo mucho. Cuatro años de dura vida, con una disciplina muy estricta, que incluso muchos de los compañeros no la resistían y dejaban los estudios. Al graduarme, eso sí, sentí una gran satisfacción pues había pasado esa dura prueba y era el primer costarricense que se graduaba en esa Escuela.

Esos estudios hicieron que mi participación en la Revolución fuera más efectiva.

Cuando regresé de Guatemala todavía no estaba bien ambientado o definido en el aspecto político. No conocía bien la situación. Empecé a trabajar con el Gobierno de ese entonces, cuyo Presidente era don Teodoro Picado, como asistente de ingeniero en el Instituto Geográfico, ya que en la Escuela Militar había recibido un curso de Ingeniería de Caminos. El trabajo no duró mucho. En ese tiempo ni siquiera pagaban los sueldos con alguna puntualidad. Los atrasaban tanto que había que venderlos. Con una certificación del sueldo que se ganaba y del empleo que se tenía, se iba donde el señor llamado Pedro Secades, que tenía una pulpería por el Colegio de Los Ángeles, y él le adelantaba a uno el efectivo correspondiente menos un «módico» descuento.

Después del Instituto Geográfico, trabajé un tiempo corto en una finca de ganadería de una tía política, quien necesitaba un administrador temporal.

Unos meses después comencé a trabajar con la Costa Rica Machinery, cuyo propietario en ese entonces era un señor Newton. Ahí realicé mis primeros contactos con gente que estaba metida en la política, concretamente con Jorge Chamberlain y Rodrigo Gargollo. Después mis familiares, hermanos y primos empezaron a convencerme de estar en el partido de oposición.

Situación difícil

Me empecé a dar cuenta de que la situación del país era muy difícil, que el Gobierno no respetaba la voluntad popular, que había mala situación económica y que el partido comunista tenía gran influencia en el Gobierno. Todo eso fue influyendo en mí para ponerme del lado de la oposición. Vino después la época aquella de la «Huelga de Brazos Caídos», del asesinato del Dr. Valverde Vega y de la anulación de las elecciones. En realidad yo no tomé parte muy activa en esos acontecimientos, casi estaba como observador.

Me juntaba con algunas personas de vez en cuando para conversar sobre la posibilidad de realizar alguna acción pero nada muy definido. Cuando estalló la Revolución yo no había hecho contacto ni conocía a don José Figueres ni a casi ninguno de los dirigentes políticos de ese entonces.

Mis relaciones eran realmente con elementos de segundo orden en la parte política. Cuando estalló la Revolución manifesté mis deseos de unirme a ella e hice contacto con los hermanos Rivera Castain y con Carlos José y Daniel Gutiérrez. Les indiqué que yo tenía conocimientos militares y que estaba especializado en morteros. Entonces planeamos hacer un bombardeo trayendo dichas armas y las respectivas granadas de la zona de la Revolución, ya que según ellos allá había todo ese tipo de

armamentos. El plan era así: Ellos, que tenían comunicación con las fuerzas revolucionarias, pedirían el envío de un mortero y granadas suficientes. Dada la característica de esa arma, que puede dispararse sin que tenga que verse el blanco, buscaríamos una casa cerca de Plaza González Víquez, y de ahí bombardearíamos el Cuartel Bella Vista. Posteriormente, localizaríamos otra cerca del Aeropuerto de La Sabana para bombardear ese objetivo. El Bella Vista situado donde hoy día es el Museo Nacional, era entonces un cuartel. Esperamos varios días.

Ellos me dijeron que ya habían mandado el mensaje a las fuerzas revolucionarias y en cualquier momento tendríamos la respuesta. Seguimos esperando porque creíamos que hubiera sido un plan muy efectivo y hubiera causado alarma tremenda entre el Gobierno. Sobre todo, que en ese tiempo se decía que los comandos de la Revolución bajaban hasta Desamparados, atacaban y luego regresaban a sus bases. Yo nunca supe si en realidad vino alguna vez algún comando, aunque creo que eso era parte de la guerra de nervios que la oposición difundía. Lo cierto fue que pasaban los días y no venían ni los morteros ni las granadas. Entonces desistimos del plan y me uní a las fuerzas de la Revolución junto a los hermanos Rivera y Carlos José y Daniel Gutiérrez.

Planeamos la salida para un día por la mañana y nos fuimos en taxi hasta Alajuelita. Desde Alajuelita, en grupos pequeños, fuimos subiendo hasta llegar al Monte La Cruz al Sur de la ciudad. Ya se sabía que en la finca de Jorge Zeledón en Jorco había posibilidades de hacer un campamento y coger eso como un trampolín para seguir a las zonas dominadas ya por la Revolución. Efectivamente, llegamos a Jorco, donde nos esperaban con los brazos abiertos. Casi en las mismos días llegó un grupo grande que estaba comandado por Marcial Aguiluz, que era el que se había encargado de poner bombas en las instalaciones eléctricas y acueductos para causar desmoralización entre el Gobierno. Nos juntamos en esa finca como 120 personas, acampando durante unos cinco días. Luego se formaron dos grupos: uno que comandaba Aguiluz y otro del que me ofrecieron a mí la jefatura por mis conocimientos militares. Luego empezamos a entrenar. Recuerdo muy bien que a ese grupo que estaba entrenando, les enseñaba cómo avanzar, cómo tirarse al suelo, cómo volverse a levantar y cómo desplazarse. Me viene a la memoria una anécdota de «Memo» Ramos. Memo en ese tiempo pesaba como 190 libras, pero ponía gran empeño en los ejercicios. En una de las veces que ordenaba avanzar y tirarse al suelo; Memo obedeció, pero como estaba tan cansado se tiró, sin apoyar el rifle, como debía hacerlo, cayendo al suelo y metiendo la cara en una boñiga ante las risas de sus compañeros.

Entrenamos varios días y realmente fue muy interesante ver como un grupo de gente que no tenía ninguna experiencia aprendía rápidamente. Terminada la fase elemental del entrenamiento, nos preparamos para partir.

Un guía pequeño y moreno

Salimos de la finca de don Jorge de noche con un guía que después de la Revolución estuvo en la Casa Presidencial sirviendo de guardia, cuyo nombre no recuerdo. Era pequeño, moreno y conocía muy bien esa zona, por lo que nos guiaba con gran habilidad en una noche tan oscura que teníamos que ir agarrados unos a otros porque si no nos extraviábamos, pasamos la carretera que va de Aserri a Vuelta de Jorco y bajamos al otro lado. La parte peligrosa era la pasada de la carretera, porque estaba patrullada por gente del Gobierno. Cuando llegamos al otro lado, un poco más seguros, ya que por la topografía del terreno era más difícil que nos descubrieran, nos contaron que Virgilio Aguiluz se había perdido. Yo, que llevaba un revolver viejo, me devolví. Pasé de nuevo la carretera y lo encontré escondido en una zanja, esperando a que alguien le dijera por donde seguir. Por haberse atrasado se había extraviado. Al principio creyó que eran fuerzas del Gobierno y me apuntó con el revolver que

llevaba y casi me dispara. Al fin nos identificamos y me siguió, hasta donde estaba el resto de los compañeros.

Esa noche dormimos en un cafetal. Mejor dicho, al amanecer nos metimos en ese cafetal y pasamos el resto del día escondidos ahí. La noche siguiente salimos hacia a un lugar que se llama El Abejonal, más o menos cerca de San Marcos de Tarrazú. Íbamos por trillos y caminos pero teníamos que pasar por un poblado donde sabíamos que habían fuerzas del Gobierno. Cerca de ese poblado sonó un disparo. Aquello fue un despliegue inmediato. Todos pusieron en práctica lo enseñado y se desplegaron aún más rápido que lo que debían.

Ya al rato, como no pasaba nada, empezamos a llamar otra vez a la gente y nos dimos cuenta que había sido a uno de los compañeros al que se le había disparado su revolver. Entonces continuamos la marcha. Luego nos enteramos que cuando pasamos por el poblado las fuerzas del Gobierno estaban ahí, pero como éramos tantos, salimos 112, y probablemente ellos eran pocos, tuvieron miedo y no salieron a detenernos. Durante toda la noche caminamos, llegando en la madrugada al primer puesto de la Revolución, El Abejonal. Ahí descansamos, comimos un poco, y al día siguiente nos fuimos para San Marcos de Tarrazú. La entrada a San Marcos fue muy interesante, porque el grupo nuestro, que era el grupo más grande que llegaba a la Revolución, fue recibido por la gente de allá con mucho entusiasmo, haciendo disparos al aire a nuestra llegada, nos pusimos en formación y aunque casi ninguno tenía instrucción militar y no llevaban muy bien el paso, entramos desfilando a San Marcos. Fue una gran alegría para ambos grupos: para los que estaban allá porque recibían un refuerzo y para nosotros porque ya habíamos colmado nuestros deseos de estar con las fuerzas de la Revolución. En San Marcos estuvimos un rato y luego nos llevaron en camiones a Santa María de Dota, que era el cuartel general de la Revolución. En San Marcos estuvimos un rato, y luego nos llevaron en camiones a Santa María de Dota, que era el cuartel general de los revolucionarios. Ahí tuve mi primer contacto con don José Figueres, el Jefe de la Revolución, a quien personalmente no conocía. Después de saludarlo y conversar con él, nos asignaron a los distintos lugares donde debíamos acampar. A mí me tocó en una finca de un tío político mío, Alberto Echeverría, que estaba del lado del Gobierno. La Revolución había tomado la finca como campamento de entrenamiento. Por cierto qué, como no llevaba ropa de dormir, empezamos a buscar en las gavetas y encontré una pijama de mi tío y con esa ropa dormí, aunque me quedaba un poco grande.

Luego se hicieron las separaciones, organizando los grupos según las aptitudes de las personas y las misiones que debían cumplir. Por ejemplo, a Daniel Gutiérrez lo pusieron en Artillería. Había unos cañoncitos pequeños y él, por ser ingeniero tenía más facilidad para aprender lo que los oficiales extranjeros estaban enseñando. A mí me tocó formar parte de un grupo que después se llamó la Legión Caribe. Este fue en realidad el origen de esa agrupación, nombre que después adquirió resonancia en toda América. Al grupo nuestro se le asignó, una tarea: nos encargaron que realizáramos un entrenamiento intensivo.

Yo tenía a mi cargo entrenar a un grupo de 20 muchachos, pero con la responsabilidad del grupo total en cuanto a la supervigilancia, por ser el que tenía un poco más de conocimientos militares. Benjamín Piza también los tenía, porque él estuvo en una escuela en Estados Unidos, militarizada, en la cual había recibido algún entrenamiento militar. Se formó una unidad de 66 personas. Nos ponían unas tarimas altas y nos ordenaban que entrenáramos a subir en ellas y tirarnos con todo el equipo, incluyendo las armas.

Pasaron los días y el entrenamiento proseguía. Llegó un día, no recuerdo la fecha, en que nos dijeron que debíamos alistarnos para partir a la misión que nos habían encomendado. Por cierto que el día de la

salida nos formaron a todos en la plaza. Estaba don Pepe con todo su Estado Mayor para despedirnos. El Padre Núñez dio la misa de campaña y preguntó quién quería confesarse. La mayoría lo hizo. Siempre pasa eso: uno se confiesa y comulga cuando siente que su vida va a estar en peligro.

Comienza la misión

Salimos esa tarde entre las 5 y 6 en tres camiones de carga. Los oficiales íbamos en la caseta junto con el chofer y los demás iban en el cajón. Pasamos por la zona de la Carretera Interamericana, donde hacía mucho frío. Recuerdo que paramos en Villa Mills que era un puesto que tenía la Public Road. Ahí nos sirvieron un café negro con un gallo pinto, que nos supo a gloria, pues estábamos con mucha hambre. Llegamos a San Isidro de El General ese día. Inmediatamente nos acomodaron en una escuela, y no acabábamos de acostarnos cuando llegaron a levantarnos porque había una alarma. Ya había pasado el tiempo del ataque fuerte a San Isidro, donde se derrotó a las fuerzas del Gobierno en una batalla en que casi se perdió la ciudad, quedando, sin embargo algunas fuerzas del Gobierno cerca. Llamaron porque se suponía que iban a realizar un ataque. Nos fuimos a unos puestos cercanos a la ciudad esperando el ataque, que dichosamente no se realizó, y regresamos en la madrugada. Temprano ese día siguiente los oficiales nos comunicaron cuál era nuestra misión, que ya algunos sospechábamos. El grupo tenía como objetivo atacar Limón y tomar la ciudad. Íbamos a llegar al aeropuerto en aviones y de ahí debíamos avanzar para tomar la ciudad. La impresión general del grupo era que probablemente una tercera parte de nosotros iba a morir en el ataque, porque desembarcar sin apoyo de aviones de combate en un aeropuerto dominado por el enemigo era peligrosísimo. Con una ametralladora nos podrían matar a todos cuando fuéramos saliendo de los aviones.

Ese día volamos a Altamira, una hacienda en San Carlos propiedad de los señores Peralta. En los aviones en que nosotros llegamos se fue a San Isidro del General el grupo de don Chico Orlich que constituía una fuerza guerrillas en esa zona y tenían más o menos dominada la situación. Como la región era bastante grande y además no era una fuerza numéricamente grande capaz de operar por sí sola, se trasladaron a San Isidro de El General y se unió al grupo que iba a atacar Cartago. En ese momento ya se tenía planeado el ataque a esa ciudad por todo el Ejército de Liberación, saliendo por las montañas, sincronizado con el grupo nuestro que iría a Limón.

El ataque aéreo

Se suponía que nosotros dormiríamos un día en Altamira y que al día siguiente, temprano, llegaríamos a Limón y atacaríamos ese puerto. Pero resultó que cuando estábamos en Altamira llegó aquel famoso mensaje que decía: «Magnolia a Clavel, 24 horas después». La razón del mismo era que el movimiento a Cartago se había atrasado y entonces nosotros teníamos que postergar el ataque ya que se suponía que ellos tenían que llegar a Cartago y cortar los posibles refuerzos del Gobierno hacia Limón, porque nosotros éramos un grupo muy pequeño que no podía resistir el ataque de una fuerza muy superior a la nuestra. Ese atraso ocasionó que el Gobierno se enterara de nuestra llegada a Altamira. Al día siguiente aparecieron unos aviones grandes y un pequeño avión de caza. Los aviones grandes empezaron a tirarnos bombas. Era la primera vez que cualquiera de nosotros entraba en acción y además en nuestro bautizo de fuego se incluía un bombardeo que, aunque con un método muy elemental y rudimentario, ya que la gente lo que hacía era tirar las bombas por las puertas de los aviones, era realmente impresionante. Uno veía la bomba cuando venía en el aire y no sabía si iba a caerle encima o a diez o veinte metros de distancia. Tratábamos de cubrirnos detrás de algún palo o alguna piedra. Por dicha nosotros teníamos una ametralladora Lewis, tipo pesado, que la manejaba Víctor Alberto Quirós y como los pilotos enemigos estaban aparentemente confiados y volaban relativamente bajo, la ametralladora hizo blanco en uno de los aviones. Luego el aparato comenzó a bajar, perdiendo altura,

hasta que desapareció. No lo vimos caer, pero supimos que eso había sucedido. Después se confirmó que ese avión realmente había caído y se había matado un oficial del Gobierno de apellido Álvarez, al que le decían «Quintales». Eso impresionó mucho al Gobierno, haciéndoles creer que teníamos una cantidad enorme de armas, inclusive ametralladoras antiaéreas.

Pasó ese día y al otro levantamos vuelo. Uno de los aviones lo llevaba Pillique Guerra y el otro Macho Núñez.

Luego vino uno de los momentos más impresionantes que pasamos todos los que fuimos a esa Misión. Cuando íbamos en el aire, apareció el avioncito de caza que tenía el Gobierno, que era un AT-6 manejado por un piloto gringo que se llamaba Jerry De Larm, el cual nos atacó, con su ametralladora. Realmente consideramos que estábamos ya en el suelo dado que era facilísimo para él disparar sobre un avión grande y tumbarlo. Todos nos tiramos al suelo más pálidos que una hoja de papel, con un susto enorme y una impresión muy desagradable, al vernos en un avión casi indefenso, al cual le disparaba un avión de caza.

Dichosamente, el piloto debía de estar impresionado por la caída del avión el día anterior, lo que le hizo actuar con exceso de precaución. No hizo más que hacer unas rafaguitas de las cuales vimos el humo, pero que no hicieron blanco. Luego los pilotos divisaron una zona nublada en la cual se metieron y lograron en esa forma perderlo.

Llegada a Limón

Seguimos el vuelo bastante impresionados y llegamos al aeropuerto de Limón poco tiempo después. Las instrucciones que teníamos era saltar casi antes de que parara el avión. Aterrizamos, y para nuestra agradable sorpresa no había gente del Gobierno en el aeropuerto. Sencillamente nos tiramos y corrimos hasta la caseta del aeropuerto, donde lo único que se apareció fue un negrito con un rifle máuser que estaba a cargo del cuidado del mismo.

Como fui el primero en llegar a ese punto, lo desarmé llevándome el rifle de él junto con la ametralladora que yo tenía.

La organización de la Legión Caribe era como sigue: tres pelotones de 20 hombres, incluyendo sus jefes, con tres escuadras cada uno de ellos; los oficiales llevábamos ametralladoras y el resto tenía rifles de 7 milímetros de fabricación argentina. Cada pelotón tenía una escuadra con una ametralladora pesada Lewis, que en mi pelotón estaba a cargo de Jorge Arrea. El jefe de todo el grupo era Horacio Ornes, dominicano de maneras suaves pero con bastante autoridad; el subjefe era Vico Starke. Los jefes de pelotones, Benjamín Piza, Hernán Rossi y yo. La disposición para atacar la ciudad de Limón era la siguiente: un pelotón iría por la carretera, otro por la playa y el mío por el lado izquierdo de la carretera, atravesando los solares y potreros que había ahí.

La caída de Limón y Siquirres

En el camino hacia la ciudad, la gente salía de sus casas para vernos pasar. Ellos creían que éramos gente del Gobierno que habíamos llegado para reforzar Limón, claro que se extrañaban que usáramos cachuchas, pero nunca se imaginaron que éramos soldados de la Revolución.

Nadie en Limón, por supuesto, se imaginaba que la Revolución pudiera atreverse a tomar la ciudad. Una operación aerotransportada como esa, yo creo que en América no se había realizado en acciones reales de guerra. Teníamos que reunirnos en el puente de Cieneguita y a una determinada señal cruzar.

La señal sería la bomba que desde uno de los aviones iba a lanzar Manuel E. Guerra, al cuartel, haciéndolo con los mismos métodos rudimentarios que usaban los del Gobierno, es decir, tirándola por la puerta del aparato. Llegamos los tres grupos al borde del puente y nos esperamos. Oímos el estallido de la bomba, que por cierto no cayó en el cuartel ni causó daño y entonces cruzamos el puente. Ahí empezaron los primeros disparos porque un tipo del Gobierno quiso dar aviso por teléfono y entonces Vico Starke le hizo una ráfaga de ametralladora que lo hirió. Después de cruzar el puente se distribuyeron los pelotones en tres zonas. A mi me tocó un cerrito que está a un costado del cuartel y que lo dominaba completamente, el que nosotros creíamos estaba también resguardado. Subimos tratando de sacar de allí la gente que suponíamos estaba protegiéndolo, pero para nuestra gran sorpresa también estaba descuidado. Cuando llegamos al cerrito y lo tomamos hubo una situación simpática. Vimos a un señor que después supimos era de apellido Crespi, subiendo con un revólver en la mano. Sabíamos que no era nuestro, por lo que se le disparamos a los pies. El tipo cayó y lo tomamos prisionero. Al levantarse preguntó quiénes éramos y al oír que éramos revolucionarlos quedó sorprendidísimo, pues creía que éramos fuerzas del Gobierno. Nos relató que la noche anterior había estado en un baile hasta las cinco de la mañana y todavía no se había acostado. Cuando oyó los disparos, cogió su revolver y se fue al cerrito. Por suerte para él, el tiro le atravesó el zapato por el empeine, y apenas le rozó el pie, sin herirlo seriamente.

Más tarde se acercó un grupo pequeño y Julio Caballero, que estaba en mi grupo, hizo una ráfaga matando a uno, haciendo que los otros huyeran. En realidad fueron pocas las acciones que ellos hicieron para recobrar el cerrito que estaba en nuestras manos.

Al otro grupo, de Benjamín Piza, le tocó tomar una casa que estaba del otro lado del cuartel y que también dominaba la entrada del mismo. El pelotón de Hernán Rossi se encargó de limpiar el resto de la ciudad, especialmente los elementos comunistas, que sabíamos podían combatir.

Realmente nosotros éramos casi los únicos que disparábamos. Los del cuartel respondían, pero como estaban dominados por la altura no se atrevían a exponerse mucho, ya que el que quería entrar o salir de él recibía su caricia de fuego. Iniciamos el ataque entre las 8:00 y las 8:30 de la mañana y el combate se prolongó hasta las 10:30. Hubo la intervención de una autoridad eclesiástica que creyó conveniente interceder para que el cuartel se rindiera. Por cierto que la bandera blanca que usó, el grupo que iba a parlamentar era mi camiseta, un poco sucia, pero bandera blanca al fin. Como a las 10:30 a.m. se rindieron y entramos al cuartel. Quedaba el resto de la ciudad. Estuvimos un rato en el cuartel organizando y clasificando las armas que allí había y pasando revista a la situación militar. Al rato empezó a llegar gente de Limón; eran muchachos jóvenes que querían unirse a nuestras fuerzas, por lo que empezamos a organizarlos y a darles armas, enseñándoles por lo menos cómo se disparaba un rifle porque no había tiempo para más. Yo estaba en el cuartel en esa tarea, cuando Ornes, que siempre me decía, «oye Quirós, trae a tu gente», me llamó para indicarme que quería que fuera, con un grupo de los míos y otro de voluntarios para buscar a Hernán Rossi y a su grupo, ya que no teníamos comunicación con ellos y se oían disparos en el centro de la ciudad.

Mi primera visita a Limón

Para mi Limón era desconocido, ya que esa era mi primera visita a esa ciudad.

Tomé unos cinco muchachos voluntarios y unos cinco del pelotón mío y guiados por los de Limón, nos fuimos adentrando en la ciudad buscando el contacto con los de Rossi. Pasamos por un club comunista al cual entramos rompiendo las puertas para recoger unos documentos que ahí había. Después me comunicaron los muchachos de Limón que la Aduana estaba ocupada por el grupo comunista. Partimos hacia dicho lugar y cuando llegué estaba Manuel E. Guerra con dos o tres muchachos que se habían adelantado. Pillique me pidió que lo cubriera porque había uno de los nuestros que tenía una herida. Parece que al muchacho le había pasado una bala raspando por el cuello, pero estaba sangrando mucho y tenían que retirarlo; entonces lo cubrí y Pillique se fue con el herido para llevarlo al hospital. Ahí me quede, debajo de un carro del ferrocarril, disparando contra la gente de la Aduana, los cuales respondían activamente. Aquí pasó una cosa curiosa: cuando oscureció, como a las cincuenta varas de donde estaba yo, vi un cuerpo tirado en la acera y como protegiéndose. Yo creí que era uno de ellos y le grité que se rindiera. No se movió. Entonces le pedí un Máuser a uno de los muchachos de Limón y empecé a dispararle. Dichosamente para él, el rifle no tenía mira. Le hice dos o tres disparos, creyendo que lo había matado porque el tipo no se movió más. Entonces nos descuidamos de él y lo dejamos. Al día siguiente cuando volvimos nos dimos cuenta de que era un borracho que había estado durmiendo la mona y que era tal la juma que tenía que ni los disparos oyó. Como a las 5:30 p.m. comenzó a oscurecer. Entonces mandé a un muchacho de Limón de apellido Mora a llevarle un mensaje a Ornes diciéndole que nos mandara refuerzos para tomar la Aduana, ya que ahí estaban los comunistas y seguían disparando. Le advertí que se fuera exactamente por el camino que habíamos venido ya que era una ruta segura porque la habíamos pasado y sabíamos que estaba libre de enemigos. Como una hora después llegó, un muchacho al que no conocía, a decirles a los de Limón que habían matado a Mora. Pregunté de quien estaban hablando y me dijeron que era el muchacho que había mandado con el mensaje para el Mayor Ornes. Por supuesto, fue una impresión muy desagradable para mí. Uno se siente en cierta forma culpable de la muerte de las personas que están a su cargo. Después descubrí que ese compañero tomó por iniciativa propia otra ruta diferente de la que usamos a la venida. Nosotros habíamos venido por un camino más largo, que él había querido acortar para llevar el mensaje más rápido, por lo que se fue por unas calles donde no había seguridad todavía. Le dispararon desde un balcón con un rifle Remington y el tiro le pegó, en la espalda saliéndole por el pecho después de hacerle un hueco tremendo. Este fue uno de los acontecimientos más dolorosos de la acción de Limón.

Después vino otro muchacho con un recado de Horacio Ornes, para decirme que me retirara porque ya estaba oscureciendo y al día siguiente iban a tirarle unas bombas a la Aduana. Entonces, íbamos a atacar ese reducto de los comunistas. Siguiendo esas instrucciones me retiré hacia el cuartel. Al día siguiente, cuando volvimos para tomar la Aduana, ya estaba desocupada. Los que estaban allí habían huído. Probablemente supieron que el cuartel había caído y se fueron dejando las armas. Después de la captura de la Aduana nuestras fuerzas hicieron operaciones de limpieza, revisando todos los puntos donde creíamos que podía haber gente del gobierno escondida, y tomando todas las posiciones necesarias para dominar completamente la ciudad. Al día siguiente, estaba totalmente dominada la ciudad de Limón sin ningún problema.

En Moín

Como precaución el Comandante mandó un pelotón a un lugar en la vía férrea entre Limón y San José, a unos 30 minutos de la primera, que se llamaba Moín. Nosotros no sabíamos si Cartago había caído, por lo que se ordenó lo anterior por precaución. Al día siguiente me tocó a mí ir a relevarlos. Creo que era Benjamín Piza el que estaba en esa posición. Llegamos el 12 de abril en la tarde y al día siguiente en la mañana estábamos muy tranquilos sin esperar ataque alguno cuando pasó un negrito a caballo, que vendía leche en Limón, y que siempre hacía el mismo recorrido. Siendo opositorista, y al darse cuenta que nosotros éramos revolucionarios nos reportó que venía un grupo grande del Gobierno. Lo

interrogamos bien y según nos aclaró eran unos 200. El grupo nuestro en ese momento estaba reducido porque había un enfermo que se quedó en Limón y otro que había ido buscar comida. En total éramos solo 18. La disposición que yo había tomado era la siguiente: un carro plataforma en sacos de arena, en donde estaba la ametralladora pesada, para cubrir ambos flancos de la posición que ocupábamos; uno era un potrero, y el otro montaña, y al frente, la línea del tren. El resto de la gente quedó distribuida en los cerritos que estaban un poco adelante y que dominaban los accesos frontales, cuando el negrito nos avisó, mandé dos muchachos, uno de apellido Castro y el otro de apellido Rey, a que se internaran un poco por el lado que yo creía que podían venir, es decir, donde había potrero y un guayabal, lo que lo hacía accesible. El otro lado era montaña cerrada, por lo que no creía factible un asalto por ese flanco. Tenían instrucciones de disparar dos tiros cuando los vieran y luego regresar. Pasaron las horas y no sucedía nada. Ya nosotros empezábamos a creer que el negrito nos había alarmado en vano y que no venía tanta gente ni nos iban a atacar. Cuando estábamos en esas meditaciones, y siendo como las dos de la tarde, oímos dos disparos que eran la señal de los que habían ido a proteger el flanco. En el momento en que los oímos, todos nos preparamos para afrontar el ataque. Regresaron los dos muchachos y nos dijeron que era un montón de gente la que venía a atacarnos. Entonces ordené que todos estuvieran listos y al rato comenzamos a oír los disparos. Desde los cerritos vi venir un carro de tren con una plataforma, igual a la de nosotros y adelante llevaba una ametralladora pesada de las que usaba el Gobierno. Dichosamente la ametralladora que traían se encasquilló muy rápido y no pudo seguir disparando más, y como nosotros sí lo estábamos haciendo sobre ellos, el carro con su máquina se retiró. Entonces la ametralladora nuestra solo tuvo que disparar sobre el flanco izquierdo por donde venía el ataque principal. El resto también disparaba hacia el flanco y cubría otro posible ataque del ferrocarril. En realidad nosotros casi no vimos al enemigo. Sólo los divisábamos a lo lejos moviéndose de una posición a la otra. El ataque duró calculo, de 45 minutos a una hora. Después sencillamente dejaron de disparar. Yo había ordenado a los del cerrito que dispararan uno seguido del otro, por lo que dábamos la impresión de tener un poder de fuego formidable. Se retiraron, y nosotros habíamos pedido refuerzos a Limón por un teléfono, nos quedamos esperando, creyendo que volverían en la noche. No era posible que tanta gente se retirara definitivamente después de un solo intento. Llegó Vico Starke con unos refuerzos y nos quedamos toda la noche esperando el otro ataque, que no se realizó.

Tres con bandera blanca

A la mañana siguiente como a las 8:30, vimos venir tres individuos por la línea con una bandera blanca. Yo di orden de estar atentos, porque creí que podía ser una emboscada, se acercaron, y nosotros a ellos, así pudimos constatar que eran tres elementos de los nuestros que venían a decirnos que la gente del gobierno se rendía. Estaban en Siquirres en un campamento y se les habían entregado a ellos. Entonces abordamos un motocar un grupo pequeño en el que iba Vico Starke con algunos otros oficiales, y nos fuimos con los mensajeros a Siquirres. Recuerdo que cuando entramos a Siquirres hubo una gran alegría y mucha gente llegó a recibirnos. Entre ellos estaba un padre alemán, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos, pero que se mostraba feliz. Efectivamente, el destacamento del gobierno que nos atacó la víspera era como de 200 hombres, armados con mosquetones, que eran los que usaba el gobierno en ese entonces como arma automática, rifles Máuser y una ametralladora Maxin. Nos contaron lo que había pasado de su lado: el segundo jefe de ellos era el Coronel Meza, que era un valiente del grupo y el que realmente ejercía el liderazgo, a pesar de que no era el jefe, murió con los primeros disparos que le hicimos.

Los soldados, al ver el líder muerto se desmoralizaron y se retiraron. Por eso no volvieron a atacar más. Según lo que nos contaban, ellos suponían que nosotros éramos unos 200 guatemaltecos todos con ametralladoras y que ellos no podían combatir contra esa fuerza. En realidad, éramos 18 y con solo dos ametralladoras livianas, y una ametralladora grande.

Línea Vieja y a descansar

Después de tomar Siquirres nos pusimos a hacer contacto con otros lugares de la Línea Vieja y puntos intermedios. Hablamos por teléfono con las autoridades de esos lugares y les dijimos que la Revolución había tomado Limón y Siquirres y que queríamos que se rindieran. Respondieron que estaban dispuestos a hacerlo. Fue una captura muy fácil terminando así todas las Secciones de lo que se conoce como Línea Vieja. Regresamos a nuestro puesto en Moín por unos días más, aunque la mayoría volvimos al cuartel de Limón y nos dedicamos a descansar un poco y a recibir atenciones de la gente, nos llevaban paquetones de cigarros «Lucky Strike». Recuerdo muy bien, porque nosotros en la Revolución lo que fumábamos eran unos cigarros guatemaltecos, que se llamaban «Vaqueros» y eran bastante malos, y solo unos cuantos tenían unos cigarrillos que se llamaban «Victor» que eran mejores. La pasamos muy bien esos días que estuvimos en Limón.

Se nos informó que Cartago había caído. Lo que sucedió fue que el ataque a esa ciudad se atrasó debido a que las fuerzas de la Revolución no pudieron llegar la misma noche y el Gobierno tuvo ocasión de mandar los 200 hombres que nos atacaron antes que el ejército de Liberación bajara a Cartago. Eso era precisamente lo que no se quería, pues se consideraba que nuestra fuerza era muy pequeña para resistir un ataque grande. Gracias a Dios lo aguantamos.

En ese entonces escuchamos por radio noticias muy extrañas que no entendimos. Eran unos manifiestos del partido comunista hablando en contra de la intervención de la Guardia Nacional de Nicaragua. Lo curioso era que ellos eran aliados del Gobierno y la Guardia Nacional había llegado a ciudad Quesada a solicitud del Gobierno de ese entonces para ayudarles. Tomaron esa población saqueando y destruyendo todo lo que podían. El partido comunista se oponía, no sé si en actitud sincera o no, a esa invasión de la Guardia Nacional, criticaba también la actitud del Gobierno de Costa Rica de pedir ayuda a una fuerza extranjera tildándola de traición a la Patria. Claro que eso nos causó mucha sorpresa.

Planeando el ataque a San José

Después vinieron las horas en que todavía no se rendía el Gobierno, y el grupo nuestro preparaba otra acción, para el caso de que hubiera que tomar San José: el ejército que estaba en Cartago saldría hacia San José y nosotros tendríamos que hacer el mismo tipo de operación, es decir, aerotransportada, hacía el campo de aviación de Lindora, que Marcial Aguiluz conocía muy bien. Se hicieron indagaciones por medio de gentes de la oposición, quienes comunicaron al cuartel de Cartago que el campo de Lindora estaba aparentemente libre. El plan era caer sobre ese campo y atacar San José por el lado Oeste, es decir, tomar Santa Ana, Escazú y entrar por La Sabana, mientras el grueso del ejército avanzaría de Cartago a San José. Dichosamente las cosas se arreglaron y el Gobierno se rindió mediante la Embajada de México y otros medios diplomáticos. Ellos comprendieron que estaban perdidos y que aunque el grupo de la Revolución era menor tenía una moral muy superior y el apoyo de la mayoría del pueblo de Costa Rica. Yo creo que también que muchas personas se convencieron por las proclamas que el Ejército de Liberación dio a conocer por radio, de que el nuestro no era un movimiento conservador ni retrógrado que quitaría las Garantías Sociales, sino un movimiento que procuraría una depuración, especialmente en el campo electoral. Este punto fue el principal factor que motivó a la mayoría de los participantes en la Revolución, creo yo. Por lo menos en lo que a mi me concierne, fue lo que más me indujo a unirme a la Guerra del 48. Que los ciudadanos tuvieran capacidad para elegir a quienes los iban a gobernar era fundamental, yo sentía que era indispensable. Además existía gran corrupción en los elementos oficiales y un ligamen muy estrecho con el Partido Comunista y el

Gobierno. Yo creo que el pueblo entendió bien esas Proclamas y hubo cada día más apoyo a La Revolución. Eso y los éxitos espectaculares de la toma de Limón y Cartago, hicieron ver al Gobierno que no podían resistir más y se rindió. Una vez conocida la noticia, todo el grupo que había participado en la toma de Limón, además de los voluntarios que habíamos servido allá, tomamos un tren de regreso a San José. En realidad los muertos que hubo en las batallas de Limón fueron pocos. De los nuestros solo Rolando Aguirre, un muchacho voluntario de apellido Mora, y dos heridos. No hubo grandes bajas, pero fue una acción muy interesante que demostró el valor del grupo. A pesar que era una acción muy arriesgada, todos los que participaron en ella lo hicieron con gran éxito y espíritu de valor. Es admirable ver a gente que, sin haber tenido experiencia militar, ni haber participado en combate actúa tan debidamente.

Hubo un gran espíritu combativo por la causa que se estaba apoyando. Y creo que eso fue lo esencial en la Revolución, porque sino no hubiera combatido como se hizo. En cambio, creo que eso fue lo que le faltó al enemigo, los elementos del Gobierno no tenían mística y sentían que estaban apoyando a un gobierno impopular, que había hecho cosas inconvenientes para la buena marcha del país y que además no garantizaba las libertades esenciales para el pueblo costarricense. Yo creo que en el fondo, ellos se daban cuenta de eso y no combatían con el mismo espíritu que nosotros. Para mí esa fue una de las causas principales para que esa gente no presentara la batalla que debió.

Ellos tenían tal vez diez veces más soldados que los de la Revolución, muchas más armas y todas las fuentes de abastecimiento necesarias, y sin embargo no pudieron hacerle frente al Ejército de Liberación. Yo creo que la razón de su fracaso se debió a la carencia de espíritu combativo, por no tener causa por la cual pelear. Algunos defendían sus puestos, otros, granjerías, pero esas cosas materiales no dan el suficiente valor, el espíritu combativo ni la mística indispensable para ganar batallas. De esto se podría exceptuar el grupo comunista, que combatía por temor a que les quitaran las garantías sociales, que todo el mundo sabe, no sucedió. Pero que en ese entonces ellos la consideraban como una amenaza real, dado el pensamiento de unos elementos de la oposición.

Esto es lo que recuerdo de mi actuación en la Revolución del 48.

La muerte de Rolando Aguirre

La operación de la toma de Limón fue un éxito rotundo. Pero hubo un momento trágico. Mientras la Legión Caribe aseguraba la ciudad, un tirador apostado en el balcón del edificio conocido como "El Caballo Blanco" disparaba contra ellos. Carlos María Jiménez, otro legionario, narraría después los instantes finales de Rolando Aguirre Lobo, el único combatiente caído en aquella gesta:

"Volví a donde se encontraba Rolando Aguirre quien me reportó la presencia de otro tirador que desde el balcón del 'Caballo Blanco' disparaba contra nosotros. Aguirre se encontraba recostado contra la pared y con el ala izquierda de la ventana abierta. A los pies de Aguirre me encontraba yo cargando un disco para la ametralladora.

Mientras tanto el tirador oculto en el balcón estudiaba la manera más propicia de dispararnos sin ser visto. Los instantes se deslizaban sin presentir yo la tragedia dolorosa y cruel que se aproximaba como epílogo de aquella gesta gigante y sublime.

Sonó en aquel instante un estruendoso tiro de fusil Remington que abrió un agujero en la portezuela entreabierta en un punto equidistante entre Rolando y yo. Pasado el estrépito, oí la

voz de Rolando aconsejándome medidas de protección, cuando sonó un segundo disparo que segó la vida del inolvidable y heroico compañero Rolando Aguirre.

Había caído el primer hombre de la Legión Caribe, luchando por darle a su patria la honra y la dignidad, ultrajada y pisoteada... El Señor había recogido en su regazo el alma grande y pura de Rolando Aguirre para premiar sus virtudes y su sacrificio, y la patria se abonaba una vez más, con la sangre viril y altiva de uno de sus hijos."

Aguirre, herediano de 29 años, había dejado esposa e hijos para unirse a la revolución. Su esposa, Ana Luz, con lágrimas en los ojos pero con la entereza de una espartana, le dijo al despedirlo: "Vuelve con el escudo o sobre él". Cumplió su palabra: volvió sobre el escudo, pero su sacrificio no fue en vano.

El reconocimiento póstumo

En honor a Rolando Aguirre Lobo, la Junta Fundadora de la Segunda República creó el 30 de octubre de 1948, mediante decreto ley No. 235, un nuevo cantón en Puntarenas con el nombre de Aguirre. La cabecera del cantón, la villa de Quepos, recibió ese título en la misma ocasión. El 1° de noviembre de 1948 se llevó a cabo la primera sesión del Concejo de Aguirre.

Sin embargo, en febrero de 2015, la Asamblea Legislativa aprobó el cambio de nombre del cantón. Por ley de la República, Aguirre pasó a llamarse oficialmente Quepos, en homenaje a la etnia indígena de los quepoa que habitó la región en la época precolombina. La decisión fue aprobada por votación unánime y generó reacciones encontradas: mientras las nuevas generaciones celebraban recuperar el nombre originario, muchos recordaban que se borraba de un plumazo la memoria del héroe caído en Limón.

Rolando Aguirre Lobo fue la única baja que tuvo la Legión Caribe en toda la operación. Los 64 restantes salieron ilesos, pero la muerte de aquel joven herediano marcó para siempre la memoria de la gesta. Hoy, una placa en el aeropuerto de Limón recuerda a los miembros de la Legión Caribe que participaron en aquella operación militar que cambió la forma de hacer la guerra en América.

La toma de Cartago

El 12 de abril, el Ejército de Liberación ejecutó el Plan Magnolia. Las fuerzas entraron de madrugada en Cartago sin encontrar resistencia organizada, salvo el cuartel que no se rindió hasta algunos días después. El Estado Mayor se instaló en el Colegio San Luis Gonzaga.

Desde Radio Hispana, Figueres dirigió un mensaje al país: *"Esta es la voz del Ejército de Liberación Nacional, transmitiendo desde la ciudad de Cartago. Magnolia floreció esplendorosamente. Cartago ha sido liberada."*

Ese mismo día se tomó Paraíso después de un combate que duró todo el día.

La Batalla de El Tejar: la jornada que decidió la guerra

El 13 de abril, mientras en San José ya se hablaba de rendición, en el parque de la ciudad de El Tejar y sus alrededores se libró la batalla más sangrienta de la guerra.

Las fuerzas en presencia

Días antes, el gobierno había retirado del frente a la Unidad Móvil. En su lugar dejaron la defensa en manos de combatientes comunistas. Eran hombres decididos, pero mal equipados, y preparados con armamento viejo y escaso.

Crónica de la batalla

Por varios testimonios tomados del libro «Volando Bala 1948» de Nicolás Pérez Delgado

Hubo combates que definieron el rumbo de la Revolución del 48, pero ninguno fue tan feroz, tan desesperado y tan cruel como la batalla de El Tejar. El 13 de abril de 1944 —aunque la fecha exacta es motivo de debate entre los historiadores—, este pintoresco pueblo cartaginés se convirtió en el escenario de una de las páginas más sangrientas de nuestra guerra civil. Allí confluyeron figueristas, calderonistas y comunistas en una lucha que, como bien lo describió un excombatiente, parecía más propia de fieras que de hombres.

Alfonso Mora Güell, años después, pidió recordar con el ánimo sereno «a todos los combatientes, tanto Figueristas como Calderonistas y Comunistas, que murieron en El Tejar, en defensa de sus ideales. Ellos dejaron sus hogares, esposas, madre e hijos para venir a regar con su sangre noble y joven, los cafetales y los caminos de ese bello y pintoresco pueblo». Esa es la memoria que aquí se intenta rescatar: no la de los bandos, sino la de los hombres que, en medio del infierno, vivieron lo inexplicable.

La trampa en el puente

La batalla no comenzó con un plan maestro, sino con una serie de decisiones improvisadas que, como tantas veces en esta guerra, terminaron en tragedia. Desde Cartago, las fuerzas liberacionistas se movilizaron hacia El Tejar con más coraje que coordinación. Max «Tuta» Cortés, uno de los comandantes figueristas, recordó que don Pepe Figueres le había dado instrucciones de esperar en la iglesia, pero él decidió hacer lo contrario: «Métale la pata y los agarramos en San Isidro del Tejar», ordenó al chofer.

Alfonso Saborío, quien iba en uno de los buses que abría la caravana, relata que partieron sin la más mínima precaución. «Oí cuando Tuta le dijo al chofer: "Métale gas para llegar pronto"». Fue entonces cuando, en un puente angosto a la entrada del pueblo, los esperaba el enemigo.

Álvaro Montero Vega, combatiente del gobierno, describió lo que sucedió desde el otro lado: «Para proteger nuestro avance sobre El Tejar emplazamos dos ametralladoras de trípode en un puentecito angosto que estaba a la entrada del pueblo. Recuerdo que se apareció un bus cargado de figueristas. Los cerramos a fuego y tuvieron varios muertos. Algunos lograron meterse en una alcantarilla; otros huyeron como pudieron del lugar».

Tuta Cortés sobrevivió de milagro. «La camioneta iba volando. En un puente viejo nos agarraron con una ametralladora de sitio. Mataron a varios combatientes; otros fueron heridos, entre ellos Sidney Ross. Las balas lo destrozaban todo. Atiné a ordenar: "¡Sálvese quien pueda!", y salté. Estaba como loco. Me tiré a un riillo y vi una alcantarilla. Me metí por la alcantarilla, por donde salía mierda y de todo, pero por ella me metí bajo el aguacero de balas».

Saborío, que iba en el mismo bus, recordó la escena con crudeza: «Unos minutos después estábamos bajo las ráfagas de ametralladoras y fusilería. Los cristales saltaban, las balas pegaban en el metal de la carrocería. Aquello era un infierno. El chofer cayó muerto de inmediato. Solamente del grupo que salimos de Puriscal hubo cuatro muertos».

La emboscada al revés

Pero si los figueristas cayeron en una trampa, pronto la suerte cambiaría. Frank Marshall, al mando de las fuerzas liberacionistas que llegaron después, organizó la defensa del pueblo con mayor astucia. Roberto Güell relata cómo, tras un tenso silencio, se apostaron en la iglesia y la escuela, esperando al enemigo.

La espera fue angustiosa. «Serían las 10 de la mañana», recuerda Güell. «Dirigían el fuego fundamentalmente a las torres de la iglesia, donde nos creían apostados. Poco a poco la torre se fue despedazando. Los fragmentos nos caían encima, pero Dios lo protege a uno». La confusión jugó a favor de los defensores. Los tractores blindados del gobierno avanzaban y retrocedían, mientras desde la iglesia y la escuela se les hacía fuego cerrado.

Fernando «Chino» Herrera, ubicado en el coro de la iglesia con una ametralladora Hotchkiss, describió la escena inicial: «Al Tejar empezaron a llegar gentes muy asustadas, diciendo que venía una nube de gobiernistas, miles de ellos. Yo les calculé no más de quinientos. Vimos por la carretera al enemigo que avanzaba. Pero no avanzaban desplegados en combate. Caminaban amontonados, en fila, como si vinieran de una manifestación».

Herrera escuchó a un jefe enemigo ordenar: «¡Alto, que esto puede ser una trampa, vamos a inspeccionar primero!». Pero antes de que pudieran desplegarse, los figueristas apretaron los gatillos. «Fue una matazón, un desastre. Fue muy doloroso. El prisionero que venía amarrado a la pala del tractor fue también acribillado», recordó con pesar.

Cuerpo a cuerpo en la plaza

Lo que siguió fue una lucha que ningún testigo pudo olvidar. Jesús Aranda Barrantes, excombatiente de El Tejar, dejó uno de los relatos más estremecedores de aquella jornada:

«Sobrevino algo que los que recordamos la historia de esta lucha, nunca podremos olvidar. El ataque cuerpo a cuerpo; el ataque desmoralizador de la bayoneta; ¡las bayonetas caladas brillaban con el poco sol que quedaba en esa trágica tarde. Se combatía en la plaza! Los hombres se asemejaban a las fieras. Ambas tropas contendientes en su totalidad tomaron parte en esa lucha; nunca había visto tanta confusión, los hombres se despedazaban unos a otros; se escuchaban fuertes gritos, que parecían rugidos de feroces leones, atacando a su presa sin misericordia; la plaza teñida de rojo, por aquellos insignes soldados. ¡Gritos de guerra! Otros blasfemaban, otros pedían auxilio inútilmente, otros morían instantáneamente».

Aranda no pudo recordar cuánto duró el combate: «Cada vez se hacía más intensa la lucha, los cadáveres se iban amontonando unos encima de otros, igual de los nuestros, como de los revolucionarios; formamos así una pirámide de muertos». Al final, extenuados, ambos bandos se dispersaron. «Comenzó lo más triste que puede ocurrirle a los soldados: ir a buscar a sus amigos dentro del montón de cadáveres. Yo tenía la mandíbula izquierda quebrada por un culatazo que recibí, pero me

dediqué después del combate a buscar a mis amigos entre los rostros desfigurados de los muertos. ¡Qué visión tan macabra! Imposible, desalentados emprendimos la retirada...»

Los que se rindieron y los que no

En medio del caos, hubo gestos que mostraron lo mejor y lo peor del ser humano. Roberto Güell relató cómo, tras abandonar la iglesia por el frente para sorprender al enemigo, lograron capturar a unos treinta soldados gobiernistas. Pero luego, cuando un compañero llamado Montero quiso ejecutarlos, Güell se interpuso.

«Llegó un hombre nuestro, de apellido Montero, muy buen compañero pero también muy afectado por la guerra. Me dijo: "Roberto, sé que tenés unos prisioneros. Dame campo que yo los mato". Le respondí que eso no podía ser. Él insistió. Andaba con una ametralladora de pecho. "Yo lo hago", dijo con firmeza. Le aseguré que a esos prisioneros nosotros los íbamos a defender con nuestras vidas. Montero estaba tan afectado que montó su ametralladora. Yo monté mi rifle y le dije: "Aquí nos morimos cualquiera de los dos, pero la vida de esos prisioneros es sagrada". Por dicha reaccionó y se fue».

Pero la tragedia ya había ocurrido en otro lugar. Según testimonios, el mismo Montero, en Quebradillas, había ejecutado a un grupo de prisioneros. José Figueres Ferrer condenó el hecho años después: «En Quebradillas, uno de nuestros combatientes, Jorge Montero, comandando un reducido grupo, sorprendió a un destacamento del enemigo en fuga. Según los informes que he recibido, Jorge Montero constató que casi todos eran nicaragüenses. A los que resultaron nicaragüenses, Montero los ejecutó en el sitio, por considerarlos invasores a nuestro suelo. Condeno por igual la matanza de nuestros muchachos en San Isidro de El Tejar y la de estos nicas, como una mancha a la gloriosa jornada de El Tejar».

Arnoldo Ferreto, desde la perspectiva del bando vanguardista, añadió un detalle escalofriante: «Los nicaragüenses que por orden de Jorge Montero fueron asesinados junto a costarricenses en una casa de peones de la finca de don Juanito Montealegre, en Quebradillas, no eran somocistas, ni menos miembros de la Guardia Nacional, sino obreros bananeros de nacionalidad nica. Cuando Jorge Montero llegó al lugar, ordenó salir a los nicaragüenses para matarlos y nuestro compañero Raúl Molina, conocido por Molinón, salió a la puerta y dijo: "Aquí no hay ticos o nicas, aquí todos somos camaradas y nadie saldrá". Las ráfagas de las ametralladoras lo silenciaron para siempre. Con él fueron ultimados dieciocho compañeros, ticos y nicas».

El costo de la victoria

Cuando el combate terminó, alrededor de las cinco y media de la tarde, Frank Marshall ordenó una operación de reconocimiento para buscar heridos y desaparecidos. «La noche era intensamente oscura, lo que aumentaba el problema de hacernos reconocer. Ello nos obligó, no solo a prender las luces grandes de los vehículos, sino que a gritos pedir que nos contestaran, pues de otra manera era buscar un alfiler en un pajar», recordó Marshall.

A la mañana siguiente, Roberto Güell, quien se quedó como comandante en El Tejar, enfrentó la tarea más macabra: disponer de los cadáveres. «Los cadáveres, dispersos por todos lugares, eran muchos. Podía desatarse una epidemia y hubo que tomar medidas de emergencia. Lo mejor era incinerarlos». Se cavó una zanja en un jardín junto a la casa de Cuco Arrieta. Un oficial contó los cuerpos: 235 en total; de ellos, alrededor de 40 pertenecían a las fuerzas liberacionistas.

«Alguien afirmó que si no se les rajaba la planta de los pies no iban a arder bien. Aquello no tendría mucho asidero científico, pero en las circunstancias en que nos encontrábamos lo que queríamos era que todo saliera bien. Con una cuchilla los soldados realizaron esa tarea. Todo fue muy desagradable. Se regaron con gasolina los cuerpos amontonados en la zanja y se les dio fuego. El olor era insoportable. Pero lo más impresionante fue otra cosa. Los cadáveres, al quemarse, liberan gases que le provocan movimientos mecánicos. Algunos de aquellos cuerpos tomaron la postura de sentados; otros, levantaban un brazo, una pierna. Varios de nuestros valientes soldados no pudieron soportar ese grotesco espectáculo y se fueron del poblado».

Heridas que no cierran

La batalla de El Tejar dejó cicatrices profundas, no solo en el paisaje, sino en las familias que quedaron divididas por la guerra. Hugo Navarro Leiva, un joven que combatió en las filas figueristas, vivió en carne propia esa división. En medio del combate, se enteró de que su hermano Beto, que luchaba en el bando calderonista, había caído herido.

La noticia, recordó Navarro, «fue un duro golpe, ya que para mí él no era solo mi hermano sino un segundo padre a pesar de la diferencia ideológica que existía entre él y yo». Un compañero, Piquín Garro, le aseguró que Beto no había muerto, que lo había dejado escondido en una cuneta con una pierna fracturada. Eloy Mora Carrillo le hizo un mapa del lugar.

Navarro, que conocía el terreno por ser nacido y criado en El Tejar, guió a un grupo de cuarenta hombres hacia la retaguardia enemiga. En medio de la operación, logró llegar hasta su hermano. «Lo encontré en una de las unidades en medio de unos heridos ya casi moribundos. Nos saludamos y disgustado me dijo: "lo mío es cualquier cosa"». Años después, Navarro resumió su sentencia: «Gané la guerra, pero perdí la unidad de mi familia».

El presidente Teodoro Picado, al reflexionar sobre los males de la guerra civil, escribió palabras que resuenan con especial fuerza al recordar El Tejar: «Los instintos primarios de muchos hombres, inofensivos en el ritmo normal de la vida, se desatan en forma incontrolable, y en países donde no existen ejércitos organizados, bien pronto se llega a la anarquía. El hombre pierde todo escrúpulo en derramar la sangre de sus semejantes. Se familiariza con los espectáculos crueles de la guerra. Los valores se subvierten: la violencia se impone y se admira. Las luchas fratricidas suelen ser más sangrientas que las internacionales, y dejan divisiones profundas entre gentes que, terminado el conflicto, deben convivir por fuerza de las circunstancias».

El Tejar quedó marcado para siempre. En sus calles, en su iglesia, en sus cafetales, quedó sembrada la memoria de aquellos hombres que, como escribió Alfonso Mora Güell, «regaron con su sangre noble y joven» aquel territorio. La guerra terminó, pero las heridas —las visibles y las invisibles— tardaron décadas en cicatrizar. Este texto, construido con las voces de quienes estuvieron allí, es un homenaje a todos ellos: a los que cayeron, a los que sobrevivieron, a los que perdonaron y a los que nunca pudieron olvidar.

Frank Marshall en El Tejar

Al frente de las fuerzas rebeldes estuvo Frank Marshall. Durante once horas ininterrumpidas, sus hombres resistieron y contraatacaron. El combate fue cuerpo a cuerpo. Más de 200 muertos yacían en el campo de batalla al caer la noche, la mayoría del bando gubernamental.

La batalla aseguró el flanco sur de Cartago y eliminó cualquier posibilidad de contraofensiva gubernamental. Marshall emergió como uno de los héroes militares de la revolución.

La Batalla de Moín y la consolidación del Caribe (14 de abril)

Tres días después de la toma de Limón, las fuerzas del gobierno intentaron recuperar el control del Caribe. Un contingente gubernamental, al mando del coronel Meza, avanzó en tren hacia el sector de Moín —donde hoy se encuentra el puerto actual—, en las cercanías de Limón. La Legión Caribe, aún en la región, organizó la resistencia.

El combate fue breve pero intenso. Al final del día, las fuerzas del gobierno, derrotadas, se replegaron. La victoria rebelde fue total. Pero Moín no fue un hecho aislado: después de esa batalla, la Legión Caribe emprendió un avance sistemático por la línea del ferrocarril, tomando todos los poblados en el trayecto hasta Siquirres. El control del Caribe quedó definitivamente en manos del Ejército de Liberación Nacional.

El Pacto de la Embajada de México y el fin de la guerra

La rendición del Cuartel de Cartago (15 de abril)

El 15 de abril, el Cuartel de Cartago se rindió formalmente. El coronel Roberto Tinoco conservó su espada como símbolo de honor. Ese mismo día, en el Caribe, la Legión Caribe recibía la rendición de todos los poblados a lo largo de la línea del ferrocarril hasta Siquirres. La guerra estaba perdida para el gobierno.

El camino hacia la paz

Mientras los combates se intensificaban en algunos frentes, en San José se tejían los hilos de la negociación. El presidente Teodoro Picado, convencido de que la resistencia militar era inútil, decidió deponer las armas. Su tesis era simple: poner fin a las hostilidades por medio de la rendición militar del gobierno, antes de que la capital fuera tomada por asalto y se produjera un baño de sangre innecesario.

El 14 de abril, un día antes de la rendición de Cartago, se habían iniciado las primeras conversaciones en la Embajada de México. El cuerpo diplomático acreditado en San José ofreció su mediación. Las fuerzas revolucionarias nombraron al presbítero Benjamín Núñez, Capellán del Ejército de Liberación, como su representante para negociar la rendición de las tropas del gobierno.

El 17 de abril, mientras las negociaciones avanzaban, se produjo un hecho que pudo haber cambiado el curso de los acontecimientos: tropas de la Guardia Nacional de Nicaragua, enviadas por Somoza en apoyo de Picado, invadieron territorio costarricense y avanzaron hasta Villa Quesada. Pero era demasiado tarde. La decisión estaba tomada.

El Pacto de Ochomogo (17 de abril)

Ese mismo día, en Ochomogo, en la carretera a Cartago, ocurría otro encuentro decisivo. José Figueres Ferrer y Manuel Mora Valverde, los líderes de los dos bandos que se habían enfrentado durante cuarenta días, se reunieron cara a cara. Los acompañaban el padre Benjamín Núñez y Carlos Luis Fallas (Calufa). El pacto acordó el fin de las hostilidades entre los comunistas de Vanguardia Popular y

el Ejército de Liberación Nacional. Mora negoció la rendición de sus fuerzas sin represalias, y Figueres se comprometió a mantener las conquistas sociales alcanzadas durante la década anterior.

El Pacto de la Embajada de México (19 de abril de 1948)

El 19 de abril, en la sede de la representación diplomática de México en San José, se firmó el acuerdo que pondría fin a la guerra civil. El documento, conocido como el Pacto de la Embajada de México, constaba de un acuerdo preliminar de siete puntos y un programa social de diez puntos que el Ejército de Liberación Nacional se comprometía a respetar.

Acuerdo preliminar

- 1. El Presidente de la República nombra secretario de Seguridad Pública al Licenciado don Miguel Brenes Gutiérrez y llamará a ejercer el poder Ejecutivo al Tercer Designado, Ingeniero don Santos León Herrera, quien organizará inmediatamente su gobierno en la forma que juzgue más conveniente a las necesidades del país.*
- 2. El Secretario de Seguridad Pública adoptará las medidas pertinentes a fin de que, en el menor plazo posible, las fuerzas del Gobierno se retiren de sus posiciones y sean oportuna y debidamente licenciadas.*
- 3. Se facilitará la salida del país, sin carácter de expatriación, de los jefes militares y funcionarios civiles más destacados, como una medida preventiva en su seguridad personal.*
- 4. Entre tanto se llega al acuerdo definitivo a que se ha hecho referencia, las fuerzas del gobierno y del Ejército de Liberación Nacional se abstendrán de toda acción armada. Las fuerzas del Ejército de Liberación Nacional podrán avanzar a sus nuevas posiciones.*
- 5. Se otorgarán garantías para las vidas y haciendas de todos los ciudadanos que, directa o indirectamente, estuvieron comprometidos en el conflicto. Se garantizan en modo especial la vida, hacienda y derechos otorgados a todos los militares, funcionarios o empleados que han servido al Gobierno del Lic. Teodoro Picado. Se asegura a las familias de las víctimas de la guerra civil y a las víctimas incapacitadas, sin distinción de partidos políticos, las indemnizaciones adecuadas. Queda establecido que no se ejercerán represalias de ninguna especie. Se decretará una amnistía general. Todas las estipulaciones establecidas en esta cláusula constarán en el acuerdo definitivo.*
- 6. Todo lo relacionado con las garantías para la promoción del bienestar social y económico de las clases trabajadoras, se ha contemplado en un documento especial que presentará el Ejército de Liberación Nacional al jefe del partido Vanguardia Popular.*
- 7. Por los medios jurídicos y diplomáticos que los respectivos tratados o Convenios Internacionales estipulen, el nuevo gobierno, presidido por el Ing. don Santos León Herrera, resguardará y garantizará la soberanía nacional. El nuevo gobierno manifiesta sus propósitos de colaboración a las Naciones Unidas y a la solidaridad americana.*

Los firmantes del presente acuerdo, dejan constancia expresa de que reconocen los nobles sentimientos humanitarios que en todo momento han inspirado la gestión del Cuerpo Diplomático.

Agradecen en nombre de la Patria su desinteresada intervención en pro de la paz y manifiestan que los representantes de esa Alta Corporación, en ningún momento se apartaron de la neutralidad absoluta, ni tendieron con sus actuaciones a mejorar o empeorar la situación política de alguna de las partes militantes o a favorecer o entorpecer sus planes u operaciones militares.

Programa social presentado por el Ejército de Liberación Nacional

El Ejército de Liberación Nacional, por medio de su representante el presbítero Benjamín Núñez, declaraba formalmente ante el Cuerpo Diplomático y ante el Partido Vanguardia Popular su compromiso irrenunciable con:

- 1. Las Garantías Sociales existentes no sólo serán respetadas sino también aplicadas en forma efectiva en todos aquellos aspectos en que no lo han sido todavía.*
- 2. El Código del Trabajo no sufrirá modificación negativa a los intereses de los trabajadores; por el contrario, será perfeccionado en favor de ellos. Entre esas mejoras consideramos esencial el reconocimiento del derecho de huelga para los trabajadores del país.*
- 3. Observaremos el principio de libertad y organización para la clase trabajadora; se darán garantías para la existencia y las actividades de las Centrales Sindicales existentes en el país: Rerum Novarum y la CTCR (Confederación de Trabajadores de Costa Rica). El Gobierno les garantizará apoyo económico y moral sin preferencias para ninguna de ellas.*
- 4. A fin de dar mayor seguridad al trabajador desde la cuna hasta la tumba, el sistema de seguros sociales no sólo será respetado, sino estructurado en forma tal que todos los riesgos profesionales incluyendo los accidentes de trabajo, quedan incorporados a un organismo único. Se extenderán los beneficios de la seguridad social a todos los trabajadores y a todo el país.*
- 5. Será preocupación constante la ejecución de un plan de viviendas baratas para todos los trabajadores de la ciudad y del campo.*
- 6. Haciendo los esfuerzos que sean necesarios en la producción de artículos de consumo popular y en el control de su distribución, se procurará asegurar el alimento adecuado para la población.*
- 7. Se guardará absoluto y efectivo respeto al sistema democrático republicano, asegurando y respetando las libertades de pensamiento, de conciencia, de palabra, de reunión y de organización, de todos los partidos políticos que existen o puedan establecerse en el país.*
- 8. El impuesto sobre la renta no sólo no será suprimido, sino que se le darán bases técnicas más serias aún, asegurando además, dentro de la honestidad administrativa, su aplicación a la solución de las necesidades fundamentales del pueblo.*
- 9. Se procederá a robustecer y a ejecutar un programa de distribución de tierras, complementado por los medios crediticios y técnicos que el estado pueda aportar.*
- 10. Las familias de todas las víctimas de la Guerra Civil y las víctimas incapacitadas, recibirán, sin distinción de partidos políticos, indemnizaciones adecuadas. El gobierno hará las gestiones necesarias para que todos los trabajadores que hayan participado en la guerra, sin distinción*

de partidos políticos, puedan volver a sus trabajos sin que los contratos de trabajo respectivos puedan considerarse rotos.

La carta que no existió

Pero la historia del pacto no termina ahí. Horas antes de la firma, ocurrió un episodio que décadas después seguiría siendo objeto de controversia. El padre Benjamín Núñez, representante del Ejército de Liberación Nacional en las negociaciones, lo relató años después con lujo de detalles:

"Cuando estábamos almorzando, al mediodía del 19 de abril de 1948, en la Embajada de México, se presentó repentinamente el dirigente comunista Arnoldo Ferreto, quien llamó a Manuel Mora, que estaba sentado a nuestra mesa. Salieron los dos y conversaron por un breve rato. Luego vino Manuel Mora a llamarme. Ya se había marchado Arnoldo Ferreto. Don Manuel me dijo que el Buró Político de su partido no aceptaba los términos del Arreglo Preliminar, que se había acordado hasta ese momento y que se iba a firmar dentro de una hora. La dirigencia comunista estaba dispuesta a seguir luchando, aunque los demás se rindieran."

Mora le explicó a Núñez que, para el Buró Político, el acuerdo preliminar no era suficiente. Hablaba de garantías para "vidas y haciendas", y los comunistas, como bien le recordó Mora al padre Núñez, no tenían haciendas que defender. Necesitaban algo más para justificar la entrega de las armas.

Fue entonces cuando Mora propuso una solución audaz. Según el relato de Núñez:

"Don Manuel me dijo entonces que había un medio para tranquilizar al Buró Político. Me pidió que le firmara una carta, que él iba a redactar, en la que aparentemente el Ejército de Liberación Nacional y desde luego don Pepe, cuyo representante yo era, les ofreciera ciertas concesiones políticas."

Núñez se negó en un principio. Le parecía que sobrepasaba sus atribuciones y que su firma sería desconocida por Figueres y por el ejército. Pero Mora insistió, describiéndole la gravedad de la situación: la destrucción material y el costo en vidas si el Buró Político persistía en la lucha.

"Audazmente, me dijo: 'Yo necesito esa carta para convencer a mi Buró Político. Su firma no tendrá ningún poder obligante para mí. Yo se la devolveré, apenas regrese de la reunión con el Buró. Declaro que Ud., Padre Núñez, no está contrayendo ninguna obligación moral, ni para usted, ni mucho menos para don Pepe y su futuro Gobierno. Necesito ese papel únicamente para evitar una hecatombe, haciendo creer a mis compañeros de dirección que se les han concedido las condiciones que están exigiendo.'"

Núñez se enfrentó a un dilema moral. El recuerdo de la defensa de Madrid, que podía repetirse en San José, lo llenaba de pavor. Finalmente, tomó una decisión:

"Entonces le dije a don Manuel: 'Solemnemente le declaro que no estoy firmando esta carta, sino simplemente poniendo mi nombre al pie de ella; que al hacerlo, no estoy contrayendo ninguna obligación personal, ni mucho menos obligando moral ni jurídicamente a don Pepe, al Ejército de Liberación Nacional o a su futuro Gobierno. Para todos los efectos, esta carta es apócrifa, pues no es de la persona cuyo nombre lleva al pie. Usted sabe que el acto no tiene, ni podrá tener nunca, valor obligante.'"

Mora asintió totalmente. Puso su nombre al pie de la carta y le prometió devolvérsela apenas regresara de convencer a sus compañeros. La carta cumplió su cometido: el Buró Político aceptó el acuerdo y las armas fueron entregadas. Pero en la agitación del momento, Mora olvidó devolverle el documento.

Tiempo después, en circunstancias que nunca fueron del todo esclarecidas, a Manuel Mora le robaron la carta en el aeropuerto de Panamá. El documento se hizo público, ya muy alejado de los acontecimientos de abril de 1948. Lo que había sido una herramienta interna para la paz se convirtió en un arma arrojadiza. Los enemigos de la Revolución la esgrimieron como prueba de que Figueres y los suyos habían "negociado en secreto" con los comunistas.

El propio Figueres dejó constancia de su posición al respecto:

"Hago constar que cualesquiera que sean esas promesas de orden político, y cualquiera que sea el valor auténtico de esa carta, yo nunca autoricé al Padre Núñez a hacer tales promesas y mucho menos a firmar ningún documento o nota que las contuviera. Por tanto, ni al Ejército de Liberación Nacional ni a mí se nos puede hacer responsables de su cumplimiento."

Núñez, por su parte, cerró su relato con una reflexión que resume el espíritu de aquel momento:

"Creo, don Pepe, que hice lo que tenía que hacer, para ahorrarle a Costa Rica mucho dolor. Del juicio de los escritores de mala fe, del juicio de los engañados comunistas y de la condenatoria de políticos deshonestos, apelo al juicio de Dios."

La carta, real en su existencia pero privada en su origen, pasó a la historia como un testimonio incómodo. Nació con vocación de secreto, para resolver un problema político interno de los comunistas, y terminó en boca de todos, utilizada para sembrar dudas sobre la buena fe de los firmantes. Pero la verdad es más sencilla: fue un recurso desesperado para evitar más muertes, un papel que cumplió su misión antes de ser robado y tergiversado.

La última batalla

Ese mismo 19 de abril, mientras los diplomáticos firmaban el pacto en San José, se libraba la tercera y última batalla en San Isidro de El General. Las fuerzas rebeldes, comandadas por Jacinto López Godoy, conocido como el "Indio Godoy", recuperaron la ciudad para siempre. San Isidro, que había resistido tres embates, confirmaba con sangre su título de "Ciudad Mártir".

La Guardia Nacional de Nicaragua, viendo que el gobierno que habían venido a apoyar se rendía, inició la retirada de sus tropas del territorio costarricense.

El fin de la guerra (20 de abril)

El 20 de abril, Santos León Herrera asumió la presidencia de la República. Gobernaría apenas 18 días, hasta la instauración de la Junta Fundadora de la Segunda República, cuyo presidente sería José Figueres Ferrer.

Ese mismo día, partieron vía aérea hacia Nicaragua Teodoro Picado y sus allegados. El día anterior lo había hecho Calderón Guardia y los suyos. El exilio de los líderes del antiguo régimen marcaba el fin definitivo de una era.

La guerra había terminado. Cuarenta días de combates, más de 2 000 muertos y un país devastado quedaban atrás. Comenzaba ahora la tarea más difícil: construir la paz y refundar la república sobre las bases que los vencedores habían soñado.

Hoy, una placa en la antigua Embajada de México recuerda aquel acontecimiento, y un monumento en Ochomogo conmemora el diálogo que hizo posible la paz entre hermanos.

El Desfile de la Victoria (28 de abril de 1948)

Pocos días después de firmada la paz, el 28 de abril de 1948, la ciudad capital se engalanó de guirnaldas y banderines para el Desfile de la Victoria. El gobierno había declarado asueto y los bancos cerraron sus puertas para que todos pudieran asistir al homenaje.

El Desfile fue apoteósico. Las calles de San José se llenaron de una multitud que vitoreaba a sus héroes. Las mujeres lanzaban ramos de flores, los niños corrían detrás de los soldados, y el "Corrido a Pepe Figueres" se escuchaba en cada esquina. Nunca antes la capital había visto una celebración semejante.

A las nueve de la mañana, el Ejército de Liberación Nacional comenzó a desfilar por las calles de San José. Abría la marcha el Batallón El Empalme, con sus abanderados portando la Bandera Nacional y la bandera del batallón, seguidos de sus oficiales y compañías. Tras ellos, a intervalos de veinticinco metros, desfilaron en formación similar los batallones que se habían cubierto de gloria en la campaña: el Batallón Carlos Luis Valverde, en honor al mártir; el Batallón Caribe, que había tomado Limón; el Batallón Morazán y el Batallón Simón Bolívar. Jeeps con ametralladoras pesadas y morteros cerraban la marcha de cada batallón.

Tras ellos venía el Alto Mando, y en un amplio automóvil, el Comandante en Jefe, General José Figueres Ferrer —aunque a don Pepe esos títulos no le importaban mucho—, vistiendo su uniforme caqui y su típica cachucha revolucionaria. Saludaba a todo mundo, de pie en su vehículo, visiblemente emocionado, teniendo que estrechar las manos que la gente, loca de entusiasmo, le extendía a cada paso.

Al pasar frente a las oficinas del Diario de Costa Rica, cuya sirena atronaba los aires saludando a los triunfadores, Figueres hizo detener el desfile. Desde los balcones del periódico, el presidente electo Otilio Ulate Blanco pronunció unas hermosas palabras de salutación a las tropas y a su Jefe, que merecieron delirantes aplausos. Luego, Figueres invitó a Ulate a sentarse a su lado en el automóvil, y juntos continuaron el desfile entre frenéticos aplausos de la multitud.

Detrás de ellos una compañía de la JUCO (Juventud Comunista) desfiló también —ellos, que habían sido enemigos apenas días antes, marchaban ahora en la misma parada, como símbolo de una paz que debía integrar a todos. Luego venían la artillería y los tanques capturados al enemigo.

Pero quizás lo más conmovedor era lo que seguía: los reos políticos liberados por el ejército, hombres y mujeres que habían sufrido prisión durante el régimen depuesto, desfilaban entre lágrimas y aplausos. Y cerrando la marcha, como no podía ser de otra manera, la Cruz Roja Costarricense, con sus vehículos y su personal, recordando a todos que incluso en la guerra había espacio para la humanidad.

Bandas y músicas alegraban los ánimos con aires marciales y tonadas populares. Entre ellas descollaba el recién compuesto "Corrido a Pepe Figueres", que los espectadores cantaban a coro:

*"Allá en La Lucha y en San Cristóbal,
un estandarte yo vi flotar:
el estandarte a Pepe Figueres,
que no ha caído y nunca caerá.*

*¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres!
Todos muchachos de armas tomar.
Vivan glostoras y medallitas
Que por la patria saben luchar."*

Cuando la comitiva llegó a La Sabana, eran las doce del día. Figueres y su Estado Mayor subieron a la terraza del edificio del aeropuerto, siendo aclamados nuevamente. Allí estaban, junto al Comandante, Otilio Ulate, el padre Benjamín Núñez, Francisco Orlich, Benjamín Odio, Alberto Martén, Fernando Valverde, Edgar Cardona y todos los héroes de la revolución.

De pronto se hizo silencio. Figueres iba a hablar.

El discurso de la victoria

Tomó el micrófono y dijo, con su bien timbrada voz:

"En nombre de los soldados del Ejército de Liberación Nacional, saludo al pueblo de Costa Rica. También en nombre de todos los no combatientes que a este lado de las líneas de fuego nos prestaron ayuda material y espiritual, en toda la extensión de Costa Rica.

Rindamos ante todo, un homenaje a los dos muertos más ilustres de la presente epopeya nacional: don León Cortés Castro y el doctor Carlos Luis Valverde Vega. Un homenaje también a todos aquellos muertos de la primera etapa de la contienda, como los de Llano Grande de Cartago y Sabanilla de Alajuela. (...) Un homenaje a los caídos de nuestro lado durante la última intensa campaña, ya fueran soldados del Ejército de Liberación Nacional o voluntarios heroicos que en todo el país se batían. Un homenaje también a los pobres mariachis que fueron víctimas de una dirección monstruosamente irresponsable."

Luego, dirigiéndose a sus soldados, les recordó una máxima que sería el lema de la nueva república:

"Las armas os han dado la victoria; las leyes os darán la libertad."

Y concluyó con las palabras que definían el rumbo que tomaría el país:

"El nombre de la estrella que nos guíe, debe ser, costarricenses, el bienestar del mayor número."

El discurso, que sintetizaba el espíritu de la revolución, quedó grabado en la memoria de quienes lo escucharon. La guerra había terminado. Comenzaba la tarea de construir la Segunda República.

El Pacto Ulate-Figueres

El desfile de la Victoria había sido apoteósico, pero la alegría de las calles no reflejaba del todo la tensión que se vivía en los cuarteles y en las casas. Los seguidores de Otilio Ulate, que habían visto ganar a su candidato en febrero y luego sufrir la anulación de las elecciones en marzo, empezaban a impacientarse. Manifestaciones multitudinarias recorrían San José exigiendo la entrega inmediata del poder al presidente electo. El fantasma de una nueva guerra civil —ahora entre los propios vencedores— comenzaba a cernirse sobre el país.

Fue entonces cuando Jaime Solera Bennett, una figura de confianza para ambos bandos, tomó la iniciativa. Convocó a Ulate y a Figueres a una reunión en su propia casa. Las horas de negociación fueron tensas, pero de ellas emergió un documento que marcaría el rumbo de los siguientes 18 meses y, en última instancia, de toda la historia posterior de Costa Rica: el Pacto Ulate-Figueres.

El acuerdo, firmado el 1° de mayo de 1948, establecía los siguientes puntos:

- 1. La Junta Revolucionaria gobernará al país sin Congreso durante un período de dieciocho meses a partir del ocho de mayo en curso. Expirando dicho término podrá solicitar a la Asamblea Constituyente una prórroga por seis meses si lo considera necesario para sus labores.*
- 2. La Junta Revolucionaria convocará al pueblo a elecciones para escoger representantes a una constituyente. Dichas elecciones se verificarán el día ocho de diciembre del corriente año. La Asamblea se instalará el día quince del mismo mes.*
- 3. La Junta Revolucionaria designará inmediatamente una comisión que redacte un proyecto de Constitución para serle sometido a la Constituyente.*
- 4. La Junta reconocerá y declarará inmediatamente que el ocho de febrero último fue legítimamente electo Presidente de Costa Rica don Otilio Ulate Blanco.*
- 5. La Junta pedirá a la Asamblea Constituyente que ratifique la elección de don Otilio Ulate Blanco, para que ejerza el poder en el primer período constitucional de la Segunda República, que en ese caso concreto no excederá de cuatro años.*
- 6. La Junta integrará el Tribunal Nacional Electoral.*
- 7. Ambas partes signatarias de este acuerdo se comprometen formalmente a que no se ejerzan en el país actividades de carácter político electoral durante un periodo de seis meses a partir de esta fecha.*

El pacto no solo resolvía la disputa inmediata, sino que definía el carácter de la Junta que gobernaría a partir del 8 de mayo: no sería un régimen militar prolongado, sino un gobierno provisional con fecha de vencimiento y con una misión clara de refundar institucionalmente el país.

La prueba de fuego

Incluso antes de que la guerra terminara, el pacto enfrentó su primera y más seria prueba. En abril de 1948, con el eco de los últimos disparos flotando aún en el aire y el cuartel general instalado en el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago, Figueres recibió una visita que definiría el carácter de la revolución que estaba por triunfar.

Así lo relataría años después el propio Figueres en sus apuntes históricos:

"Llegaron a visitarme representantes del periódico La Nación, es decir de los intereses conservadores y reaccionarios del país, don Ricardo Castro Beeche, Lic. Francisco Jiménez, don Fernando Lara Bustamante y don Sergio Carballo, que ya partieron de este mundo. Llegaban a saludar al soldado victorioso. Entonces, envuelta en frases equívocas y sibilinas, me hicieron una propuesta que en el fondo era muy simple: que se eliminaran las Garantías Sociales, el Código de Trabajo y el Seguro Social. Llegaron a decirme, sin ambages, que comprendían que en nuestra propaganda de guerra hubiéramos estado mintiendo en cuanto al mantenimiento de las llamadas conquistas sociales pero que ahora, ganada la guerra, debíamos tener en cuenta que la guerra se había hecho para eliminar todas esas leyes sociales. Las fuerzas que ellos representaban —sigue Figueres— me darían todo el apoyo que podría suministrar el gran capital y la prensa, para que me quedara con la Presidencia de la República, desconociendo la elección de don Otilio Ulate. Con firmeza rechacé como antipatrióticas las proposiciones que me hacían, como si fuera un politiquero dominado por la lascivia del poder".

Figueres rechazó la oferta de plano. Y no solo eso: los echó. Luego informó inmediatamente a Ulate de lo ocurrido. El gesto, que pudo haber pasado desapercibido, se convirtió en la prueba más contundente de que, para él, la revolución no se había hecho para restaurar el viejo orden, sino para construir uno nuevo donde las conquistas sociales de los trabajadores no fueran moneda de cambio.

El cumplimiento del pacto

Cuando los dieciocho meses estaban por cumplirse, Figueres solicitó formalmente la prórroga a la Asamblea Constituyente, tal como lo preveía el acuerdo. La Asamblea, después de intensos debates, concedió la extensión. Pero con una condición que para Figueres resultaba inaceptable: la Junta podría continuar seis meses más, pero sin la capacidad de emitir decretos-ley.

Para Figueres, esa condición vaciaba de sentido la prórroga. Gobernar sin facultades legislativas en un período de transición era una trampa que lo dejaría maniatado. Su respuesta fue tajante: si era para gobernar sin poder, prefería no hacerlo. Así que, en lugar de aceptar una extensión mutilada, decidió cumplir el pacto en sus términos originales.

El 8 de noviembre de 1949, exactamente 18 meses después de haber asumido el poder, Figueres entregó la presidencia a Otilio Ulate.

En Costa Rica, tierra de pactos incumplidos —el de las garantías electorales de 1947, roto por Calderón y el Congreso; la palabra empeñada ante el país, manchada por la anulación—, un hombre demostró que todavía había quienes honraban su palabra. Por primera vez, un caudillo que había ganado una guerra entregaba el poder al civil que había ganado las elecciones. No porque no pudiera quedarse —el ejército le era leal y la oligarquía se lo había ofrecido—, sino porque, en un país donde los pactos se habían vuelto papel mojado, él decidió que el suyo valiera más que cualquier bayoneta.

Capítulo IV

La Junta Fundadora y la refundación del Estado (1948-1949)

El Pacto Ulate-Figueres le dio forma institucional a la victoria militar. Tal como se había acordado, el 8 de mayo asumió el poder una Junta Revolucionaria presidida por Figueres, que gobernaría sin Congreso durante 18 meses, emitiendo decretos ley, y convocaría a una Asamblea Constituyente. Esta Junta pasaría a la historia con un nombre que revelaba sus ambiciones: Junta Fundadora de la Segunda República.

Pero el pacto no agotaba las aspiraciones del nuevo régimen. La composición de la Junta y las primeras medidas que adoptó mostraron que el objetivo de Figueres no era una mera cuestión de pureza electoral, sino algo mucho más profundo: sus intenciones apuntaban hacia un nuevo proyecto de desarrollo. Se estaba operando un reacomodo de las relaciones entre las clases sociales, y al interior del grupo poderoso económicamente, para sustituir el poder de la oligarquía cafetalera por un sector más dinámico, capaz de diversificar y modernizar la economía.

¿Revolución o guerra civil? Una discusión necesaria

Algunas personas insisten en que lo sucedido en 1948 no fue una revolución. Hablan de una guerra fratricida, de una escaramuza, y lo hacen con la clara intención de minimizar la gesta de Figueres y todos los cambios que se dieron. Pero los hechos son tozudos.

Durante el período de la Junta se emitieron 834 decretos con carácter de ley. Entre las reformas más trascendentales destacan:

- Abolición del ejército (1° diciembre 1948)
- Nacionalización bancaria
- Voto femenino
- Creación del Tribunal Supremo de Elecciones (TSE)
- Creación del Instituto Costarricense de Electricidad (ICE)
- Transformación del Instituto de Defensa del Café
- Fortalecimiento del Consejo Nacional de Producción
- Convocatoria a Asamblea Nacional Constituyente (Constitución de 1949)

Si esto no es una revolución, ¿qué lo sería? No se trató solo de un cambio de gobierno o de un ajuste electoral. Fue una transformación profunda de las estructuras del Estado, de la economía y de la sociedad costarricense. Con toda justicia, es correcto hablar de la "Revolución del 48".

Quienes critican el uso de esa frase lo hacen, en muchos casos, con el claro objetivo de demeritar la gran gesta de Figueres. Pero la historia ahí está; no se puede cambiar, aunque algunos por ignorancia o mala fe se empeñen en querer distorsionarla.

La visión de los vencidos

Para los vencidos, el costo de la guerra se sintió de inmediato. La Junta inició un proceso de represión contra calderonistas y comunistas. Fueron intervenidos los bienes de personas relacionadas con el régimen anterior.

Se estableció el Tribunal de Sanciones Inmediatas contra activistas de menor rango. También el Tribunal de Probidad contra la alta dirigencia, acusada de enriquecimiento ilícito. Se incautaron bienes de Calderón y Picado.

Empleados públicos fueron despedidos sin responsabilidad patronal. Calderón y Picado fueron acusados de traición a la patria. Muchos tuvieron que salir del país. El partido comunista fue proscrito en julio de 1948, disposición luego introducida en la Constitución de 1949.

El expresidente Picado expresó con amargura:

"Ganada la guerra hay que ganar la paz, y eso sólo se puede conseguir a base de justicia, conciliación y sobre todo de cumplimiento de la palabra empeñada."

La abolición del ejército: el acto fundacional de la Segunda República

"Las victorias militares por sí solas valen poco. Lo que sobre ellas se construye es lo que importa."

— José Figueres Ferrer, enero de 1949.

Cada primero de diciembre Costa Rica celebra uno de los acontecimientos más significativos de su historia, uno de los hitos más importantes de su vida civilista en la búsqueda y consecución de la paz y la democracia: la abolición del ejército como institución permanente.

El contexto

Hasta 1948, el ejército mantenía su presencia dentro de la organización del Estado como una institución con fundamentos jurídicos y recursos económicos que, aunque escasos, siempre representaban una carga para el presupuesto nacional. Pero más allá del costo fiscal, estaba el costo político: en una América Latina convulsa, dominada por dictaduras militares y golpes de Estado, tener ejército era tener la espada de Damocles sobre la democracia.

La ceremonia del 1° de diciembre de 1948

El 1° de diciembre de 1948, el General Figueres, victorioso en la guerra civil de ese año, disolvió el ejército en Costa Rica. En una emotiva ceremonia efectuada en lo que hoy es el Museo Nacional, de la cual fueron testigos estudiantes, miembros del cuerpo diplomático y personalidades nacionales, el presidente de la Junta de Gobierno, José Figueres Ferrer, derribó de un mazazo unas piedras de un torreón del Cuartel Bellavista. Simbolizaba este hecho el fin de una era castrense y el inicio de otra en la que la seguridad y la educación serían prioridades del gobierno.

El discurso de Figueres aquel día quedó grabado en la memoria de los presentes y en la historia patria:

"El Ejército regular de Costa Rica, digno sucesor del Ejército de Liberación Nacional, entrega hoy la llave de este Cuartel a las escuelas, para que sea convertido en un centro cultural."

La Junta Fundadora de la Segunda República declara oficialmente disuelto el Ejército Nacional, por considerar suficiente para la seguridad de nuestro país la existencia de un buen cuerpo de policía.

Los hombres que ensangrentamos recientemente a un país de paz, comprendemos la gravedad que pueden asumir estas heridas en la América Latina, y la urgencia de que dejen de sangrar. No esgrimimos el puñal del asesino sino el bisturí del cirujano. Como cirujanos nos interesa ahora, más que la operación practicada, la futura salud de la Nación, que exige que esa herida cierre pronto, y que sobre ella se forme cicatriz más sana y más fuerte que el tejido original.

Somos sostenedores definidos del ideal de un nuevo mundo en América. A esa patria de Washington, Lincoln, Bolívar y Martí, queremos hoy decirle: ¡Oh, América! Otros pueblos, hijos tuyos también, te ofrendan sus grandezas. La pequeña Costa Rica desea ofrecerte siempre, como ahora, junto con su corazón, su amor a la civilidad, a la democracia."

Eduardo Galeano, años después, lo resumiría con su pluma certera:

"El presidente de Costa Rica, don Pepe Figueres, había dicho: 'Aquí lo único que anda mal es todo'. Y en el año 1948, suprimió las fuerzas armadas. Muchos anunciaron el fin del mundo, o por lo menos el fin de Costa Rica. Pero el mundo siguió girando, y Costa Rica se salvó de las guerras y los golpes de Estado."

La reacción inmediata

El Partido Social Demócrata, precursor del Liberación Nacional, aplaudió de inmediato la medida con una publicación en La Prensa Libre:

"El partido Social Demócrata aplaude con el mayor de los entusiasmos la medida anunciada esta mañana por la Junta de Gobierno de abolir el ejército y dedicar el anterior presupuesto de Seguridad Pública a educar al pueblo. Se honra así la tradición civil de la República y se colman las aspiraciones de nuestro Partido. Se da también con el gesto de la Junta de Gobierno un ejemplo al Continente entero en momentos en que en tantos otros países hermanos el militarismo está ahogando las aspiraciones democráticas de los pueblos."

Dos días después, el periódico El Heraldo de Puntarenas publicaba un editorial que reflejaba el sentir de amplios sectores:

"Nuestros gobiernos, con contadas excepciones, no se han mantenido en el poder por el imperio de las armas sino por los mandatos de la voluntad popular. La versión de que en Costa Rica hay más escuelas que cuarteles, ha quedado plenamente confirmada con la determinación del señor Presidente de la Junta de Gobierno de la Segunda República, don José Figueres Ferrer y del señor Secretario de Seguridad Pública, Coronel Edgar Cardona, de eliminar el cuartel Bellavista para destinarlo a centro cultural."

La incorporación a la Constitución

El camino hacia la institucionalización definitiva de la abolición no fue sencillo. En 1949, no sin antes haber enfrentado un intento de golpe de Estado —el Cardonazo—, la eliminación del ejército fue incorporada en la Constitución de 1949. En el acta N° 178, del 31 de octubre de 1949, aparece la aprobación del artículo constitucional que suprime el ejército como institución permanente y crea la policía civil para el resguardo del orden público.

El 11 de ese mismo mes y año, por decreto N° 249, la Junta Fundadora de la Segunda República traspasó formalmente el Cuartel Bellavista a la Universidad de Costa Rica para que allí se instalara el Museo Nacional. El círculo se cerraba: lo que había sido símbolo del poder militar se convertía en templo de la cultura.

Por qué fue posible

La abolición del ejército no fue un acto improvisado ni una ocurrencia personal de Figueres. Fue posible por una conjunción de factores:

- a) El desarrollo de la educación como formadora de valores de consenso y la existencia de un Estado de derecho contribuyó a que la mayoría de la gente aceptara los fundamentos e instituciones republicanas.
- b) Costa Rica confió su seguridad nacional en los tratados interamericanos de defensa conjunta y en tribunales internacionales para dirimir conflictos, renunciando a la vía armada como instrumento de política exterior.

El legado

La ausencia de ejército ha sido beneficiosa para Costa Rica por múltiples razones:

- a) Favorece la estabilidad institucional y política, sin peligros de intervención militar o golpes de Estado.
- b) Permite dar mayores recursos económicos a la educación, la salud y otros programas sociales.
- c) Contribuye a crear una mentalidad civilista y pacifista en la población, que se transmite a todos los aspectos de la vida cotidiana, en familias y comunidades.

El propio Figueres lo explicó años después con sencillez:

"El primero de diciembre de 1948, di unos mazazos sobre un muro del Cuartel Bellavista, para simbolizar así la eliminación del vestigio del espíritu militar de Costa Rica en otro tiempo. Entregué el edificio para sede de un museo de antropología que hoy sigue irradiando cultura."

Historia, mitos y defensa de un legado

Cada año, al acercarse el 1° diciembre, circulan publicaciones que intentan demeritar a Figueres y minimizar su papel en la abolición del ejército. Es necesario dejar claro: quien abolió el ejército fue José Figueres Ferrer.

Algunos dicen que la idea fue de otro, pero lo importante es que Figueres lo hizo. Tenía el poder y la convicción. Que la Asamblea Constituyente lo ratificara no le quita la gloria.

La abolición estaba en el proyecto de constitución de la Junta. La exposición de motivos decía: "LA SUPRESION DEL EJERCITO COMO INSTITUCION PERMANENTE". El artículo 10 del proyecto establecía: "QUEDA PROSCRITO EL EJERCITO COMO INSTITUCIÓN PERMANENTE".

El decreto-ley No. 749 de octubre de 1949 traspasó el Cuartel Bellavista a la Universidad de Costa Rica para el Museo Nacional. Su considerando dice: "con miras a imprimirle a la estructura política del Estado una fisonomía netamente civil, ha sido suprimido el Ejército como institución permanente".

Figueres venía pensando en esto desde joven, cuando leyó al escritor pacifista H. G. Wells. que abogaba por el desarme y la abolición de los ejércitos

La Asamblea Constituyente de 1949: cuando la minoría convenció a la mayoría

El 8 de diciembre de 1948, tal como lo establecía el Pacto Ulate-Figueres, se celebraron las elecciones para integrar la Asamblea Nacional Constituyente que habría de dotar al país de una nueva Carta Magna. Los resultados fueron contundentes: el Partido Unión Nacional, de Otilio Ulate, obtuvo 34 diputados propietarios y 11 suplentes. En las antípodas, el Partido Social Demócrata —el vehículo político de Figueres y del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales— apenas logró 4 diputados propietarios y 2 suplentes.

Números redondos: 34 contra 4. Una minoría ínfima frente a una mayoría aplastante.

Pero la historia no se escribe solo con números. Entre esos cuatro diputados socialdemócratas estaba Rodrigo Facio Brenes, el principal ideólogo del Centro y la mente más brillante de su generación. Lo acompañaban Luis Alberto Monge Álvarez, un joven de 23 años proveniente de una humilde familia de agricultores de Palmares, que se convirtió en el diputado constituyente más joven de aquella Asamblea; Fernando Fournier; Fernando Baudrit Solera; y otros jóvenes que llevaban años pensando el país con rigor y profundidad.

El rechazo del proyecto de la Junta

La Junta Fundadora había encargado a una comisión de nueve juristas —entre ellos Fernando Lara Bustamante, Rodrigo Facio, Eloy Morúa y otros— la redacción de un proyecto de Constitución que reflejara los ideales de la revolución. Ese proyecto, entregado a la Asamblea, contenía ideas innovadoras y vanguardistas: la proscripción del ejército, la autonomía universitaria, el fortalecimiento de las instituciones autónomas, y una concepción moderna del Estado social.

Pero la Asamblea Constituyente, dominada por la mayoría ulatista, lo rechazó. El dictamen de mayoría, firmado por los diputados del Partido Unión Nacional, consideraba que el proyecto contenía "teorías extremas que no son, a nuestro juicio, la expresión del sentimiento nacional". En su lugar, la Asamblea resolvió tomar como base de discusión la Constitución de 1871, el viejo estatuto liberal que había regido al país por más de siete décadas, y a partir de ella introducir las reformas que se consideraran necesarias.

Para los socialdemócratas, la decisión fue un golpe. Tendrían que luchar, no por imponer su proyecto, sino por convencer a una mayoría hostil de que incorporara sus ideas en un texto que no era el suyo.

La jugada maestra

Los cuatro diputados sabían que, en una votación abierta y sin estrategia, serían arrollados. Necesitaban algo más que argumentos: necesitaban manejar las reglas del juego a su favor.

Cuenta Carlos Monge Alfaro —quien también fue constituyente y testigo de aquellos hechos— que la noche anterior al inicio de las sesiones, cuando todo el mundo descansaba, los diputados socialdemócratas se presentaron en la casa del presidente de la Asamblea, don Marcial Rodríguez Conejo. Tocaron la puerta entrada la noche, y cuando Rodríguez, seguramente extrañado, les abrió, le entregaron un montón de mociones. El reglamento era claro: las mociones debían discutirse en el orden de presentación.

Al día siguiente, lunes, cuando comenzaron las sesiones, la agenda amaneció copada por las propuestas de la minoría. Los ulatistas, confiados en su mayoría, se encontraron con que las primeras discusiones no eran sobre sus temas, sino sobre los que los socialdemócratas querían impulsar. La jugada, simple pero brillante, les quitó la iniciativa a la mayoría y les permitió marcar la pauta del debate desde el primer momento.

El peso de las ideas

Pero la anécdota no sería más que una curiosidad si no hubiera estado respaldada por la solidez de los argumentos. Una vez en el hemisiciclo, Rodrigo Facio demostró por qué era la figura estelar de la Constituyente. Sus intervenciones eran esperadas con respeto incluso por quienes discrepaban de él. Sus discursos, cargados de contenido filosófico y jurídico, pero al mismo tiempo profundamente arraigados en la realidad costarricense, se volvieron legendarios.

Un ejemplo de ello fue el intenso debate sobre la naturaleza misma de la Asamblea. En el Acta N° 20 del 21 de febrero de 1949, Facio desarrolló una exposición magistral sobre el concepto de "poder constituyente", apoyándose en las teorías de Hans Kelsen y Luis Recaséns Siches. Defendió la tesis —audaz para muchos— de que la Asamblea Constituyente era, desde un punto de vista formal, un "organismo de facto", pues no derivaba su existencia de ninguna norma anterior, aunque tuviera "indiscutible validez histórica, política o democrática". Cuando el diputado Gamboa, de la mayoría, le hizo preguntas y le planteó dudas, Facio respondió con solvencia. Cuando el representante Arroyo lo interrumpió para exponer su desacuerdo, Facio supo tender puentes: "ambos estamos de acuerdo desde un punto de vista democrático, estimativo, pues sería un crimen la disolución de una Asamblea Constituyente por un poder de facto". La historia, recordó Facio, había condenado enérgicamente por eso la actitud del General Tomás Guardia.

Las conquistas de la minoría

Gracias a esa capacidad argumentativa y a la solidez de sus planteamientos, los cuatro diputados socialdemócratas lograron que la Constitución de 1949 —a pesar de estar basada en el texto de 1871— incorporara principios fundamentales que no estaban garantizados de antemano:

- La proscripción del ejército como institución permanente (artículo 12), que Figueres había decretado el 1° de diciembre de 1948 y que la Asamblea, recogiendo el espíritu de aquella decisión, incorporó al texto constitucional gracias a una moción presentada por diputados ulatistas convencidos de su necesidad, apoyada también, por supuesto, por los diputados socialdemócratas.
- La autonomía universitaria, que Facio defendió con vehemencia argumentando que si el Congreso podía "libremente legislar sobre las funciones de la competencia Universitaria, entonces la famosa autonomía se convierte en humo".
- El fortalecimiento de los tribunales de trabajo y la jurisdicción especial laboral.

- La base constitucional para instituciones autónomas como la Caja Costarricense de Seguro Social y el futuro ICE.
- El principio de que la educación debe ser libre y no estar al servicio de ningún poder político, confesión religiosa o sectarismo doctrinario.
- El voto femenino, que se incorporó como reforma al texto de 1871.

El reconocimiento de la historia

Los estudiosos del período son enfáticos: "Rodrigo Facio fue la figura estelar y el principal ideólogo de la Asamblea Nacional Constituyente de 1949. El Estado democrático y social de derecho concebido en la Constitución que nos rige es producto, principalmente, de sus ideas políticas y luchas en la Constituyente".

La actuación de aquellos cuatro diputados —jóvenes, brillantes, convencidos— demostró que en política no siempre gana quien tiene más votos, sino quien tiene mejores argumentos... y también quien sabe aprovechar una noche de domingo para tocar la puerta correcta. Su legado no fue un partido político ni un cargo de poder; fue la arquitectura institucional que ha sostenido la democracia costarricense durante más de siete décadas.

El Cardonazo (2-3 de abril de 1949)

Mientras la Junta avanzaba en su programa de reformas, las tensiones dentro del propio bando vencedor afloraron. Dos medidas provocaron profunda disconformidad: la nacionalización bancaria y el impuesto del 10% al capital.

El descontento encontró líder en el Coronel Edgar Cardona Quirós, Ministro de Seguridad Pública. La noche del 2 de abril de 1949, Cardona y un grupo tomaron el Cuartel de Artillería, mientras otro contingente tomaba el Cuartel Bellavista. Demandaban derogar la nacionalización bancaria y el impuesto del 10%, y destituir a los ministros Alberto Martén (Economía) y el padre Benjamín Núñez (Trabajo), a quienes los sublevados catalogaban de "comunistas".

El gobierno reaccionó. Figueres ordenó cercar los cuarteles con militares leales y voluntarios civiles. Frank Marshall se puso al frente de las fuerzas leales.

Dentro del Cuartel de Artillería, las fuerzas se dividieron. Un grupo facilitó la entrada de Figueres. Desde allí, exigió la rendición del Bellavista. Al mediodía del 3 de abril, los sublevados se rindieron. Hubo 9 muertos y 30 heridos.

El Cardonazo reveló que las reformas no eran aceptadas unánimemente ni dentro de las filas revolucionarias.

¿Fue la Junta Fundadora una dictadura? Un debate necesario

Desde un punto de vista jurídico, la Junta fue un gobierno de facto. No surgió del voto popular, sino de las armas. La concentración de poder fue evidente. Hubo violaciones a derechos civiles y políticos: exilios, encarcelamientos, censura. Estos elementos permiten afirmar que tuvo rasgos dictatoriales.

Pero reducirla a dictadura convencional sería una simplificación. Las dictaduras buscan perpetuarse en el poder. La Junta no hizo eso. Estableció un mandato claro y limitado de 18 meses, y cumplió. Entregó el poder a Ulate en noviembre de 1949.

Durante su breve mandato, impulsó reformas estructurales sin precedentes: abolición del ejército, nacionalización bancaria, voto femenino, creación del TSE y el ICE. Estas medidas revelan un proyecto profundamente democrático en su horizonte.

Evaluarla fuera de su contexto es un error. En 1948, América Latina era una región convulsa, con dictaduras militares. Costa Rica emprendió una revolución institucional sin baños de sangre prolongados ni dictadores perpetuos.

¿Qué fue entonces? Podríamos decir que fue una "dictadura transitoria", un "autoritarismo revolucionario con vocación democrática". Autoritaria en sus medios, democrática en sus fines. Gobernó sin legitimidad electoral, pero con legitimidad histórica y popular.

Los "exiliados" del 48: desmontando un mito histórico

Décadas después, sigue circulando la idea de que los líderes del bando perdedor fueron "exiliados" por la Junta. Es una leyenda urbana que es necesario aclarar.

Hay dos acepciones de "exilio": expulsar a alguien de su país, o abandonar alguien su patria por motivos políticos. Todos los que se fueron en 1948 lo hicieron bajo la segunda acepción. A nadie se le expulsó. Nunca hubo una orden ni un decreto para hacerlo.

El punto 3 del Pacto de la Embajada de México dice: *"Se facilitará la salida del país, sin carácter de expatriación, de los Jefes Militares y funcionarios civiles más destacados, como una medida preventiva en su seguridad personal."*

Figueres escribió en El Espíritu del 48:

"Hago énfasis en que quienes abandonaron el país, lo hicieron voluntariamente. A nadie se exilió, ni en esos días ni en los siguientes. Sigue siendo verdad, que el único exiliado que ha habido en Costa Rica, de 1919 a la fecha, he sido yo, a quien echó del país el Dr. Calderón Guardia."

Sobre Manuel Mora, Figueres dijo: "Yo traté de disuadir a don Manuel, para que no se fuera. Le ofrecí toda la protección posible para su seguridad personal." Mora decidió irse.

Es cierto que a Carmen Lyra, ya muy enferma, no se le permitió regresar. Pero el contexto era delicado: apenas unos días antes se había producido el Cardonazo. Permitir el regreso de una figura tan emblemática podía crear disturbios. Es una pena, pero fueron "cosas de la guerra".

Capítulo V

La contrarrevolución de diciembre de 1948 – El primer desafío a la Segunda República

La frágil paz de la posguerra

Para diciembre de 1948, la Junta se encontraba acorralada. Los adversarios políticos estaban activos en distintos frentes, reorganizándose y conspirando desde el exilio. Calderón Guardia, desde Nicaragua, con el apoyo de Somoza, organizaba una fuerza militar para invadir el país.

La abolición del ejército y la sombra de la invasión

El 1° de diciembre, Figueres había abolido el ejército. Apenas diez días después, el 11 de diciembre, la "internacional de las espadas" respondía con un intento de aplastar ese sueño.

La invasión del 10 de diciembre

La invasión estaba originalmente programada para el 8 de diciembre, día de las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente. Quienes la planearon querían abortar los comicios y lanzar al país al caos. Sin embargo, a última hora, el jefe de la invasión la pospuso para el día 10, pues había olvidado que el 8, día de la Inmaculada Concepción de María, toda Nicaragua estaba paralizada por la famosa "Gritería". Esta festividad también la celebraban los numerosos nicaragüenses residentes en Guanacaste, la puerta de acceso de los invasores, y en ese clima de jolgorio, una acción militar no era recomendable.

El 10 de diciembre, a las once de la noche, el doctor Rafael Ángel Calderón Guardia, junto con un grupo de sus partidarios, atravesó la frontera desde Nicaragua y tomó la población de La Cruz. El telegrafista José Luis Soto fue asesinado de un disparo en la cabeza mientras intentaba comunicarse con San José para dar aviso de la invasión.

En ese momento, Calderón Guardia lanzó una proclama a los costarricenses que revelaba sus motivaciones y la narrativa con la que pretendía justificar su regreso:

"Al salir de Costa Rica prometí volver. Ya he cumplido mi palabra. He venido a restablecer el imperio de la libertad y del orden que ha caracterizado a nuestra patria en el concierto de las naciones civilizadas. No vengo con ánimo de revancha. Mi propósito es precisamente restaurar el ambiente noble y apacible que un grupo ... dirigido, por ... José Figueres, destruyó en pocos meses de detención del gobierno.

No pretendo quedarme en el poder. Se convocará a una Constituyente sin restricciones de ninguna especie, y no con imposiciones previas como la que Figueres reunió, a fin de que el pueblo por su medio organice libremente el país, de acuerdo con su voluntad soberana.

Pido a todos los costarricenses de buena voluntad y sano juicio que se unan al movimiento que con fuerza incontrastable se ha iniciado. Tengo credencial para hacer ese llamado. En el poder supe conservar las líneas básicas de nuestra democracia. A nadie se hizo preso por sus ideas políticas, a nadie se despojó de sus bienes ni se hostilizó en sus negocios o actividades; a nadie se extrañó del país, salvo el propio Figueres...

Las reformas sociales que realicé en bien de los trabajadores fueron inspiradas por mi credo cristiano; jamás por doctrinas soviéticas. Sólo para enmendar los errores de ese cercano pasado tan breve pero tan angustioso y humillante para la República, volveremos los ojos atrás. Nunca para venganzas. De este modo cabrán bajo nuestras victoriosas banderas todos los ciudadanos amantes de su patria, aun aquellos que por ofuscación momentánea estuvieron en las filas contrarias.

Con fe absoluta en nuestra causa, insto a todos mis conciudadanos a seguirme. Por mi parte estoy resuelto a luchar sin descanso, con todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma, hasta ver realizados mis ideales. Es preferible morir de pie que vivir de rodillas. "

La proclama, con su tono solemne y su cita final que evocaba la lucha por la dignidad, pretendía movilizar a los partidarios del calderonismo y presentar la invasión como una cruzada restauradora. Pero en sus propias palabras, Calderón, sin quererlo, reconocía el error que lo había traído de vuelta como invasor: "*A nadie se extrañó del país, salvo el propio Figueres*". El exilio que él mismo había decretado en 1942 se convertía ahora en la justificación de su propia caída. Figueres, como solía decirse, se las hizo bien hecha.

El fracaso militar de la operación y la rápida respuesta de la Junta terminaron por sellar su suerte.

El avance inicial y la reacción del gobierno

Tomada por sorpresa, la Junta ordenó de inmediato las medidas del caso para hacer frente a la emergencia. En la sesión No. 57, celebrada el 11 de diciembre, con asistencia del Presidente Electo Otilio Ulate (a quien Figueres había invitado para que se integrara a la Junta), se acordó suspender las garantías individuales por treinta días y la tramitación del recurso de hábeas corpus mientras durara la emergencia. También se acordó la compra de mil rifles y se ordenó la movilización de las fuerzas armadas y el reclutamiento de voluntarios para repeler la invasión.

La respuesta popular fue abrumadora. Miles de costarricenses —hombres y mujeres, jóvenes y viejos— se presentaron a los sitios de reclutamiento. Tras un breve e improvisado entrenamiento sobre cómo manejar y disparar un fusil Mauser, eran enviados a Guanacaste para repeler la invasión. Entre esos voluntarios que marcharon al frente de batalla se encontraba un joven campesino de Palmares, recién electo constituyente por el Partido Social Demócrata: Luis Alberto Monge Álvarez.

La detención del avance y el repliegue

Pocos días después, en la sesión del 15 de diciembre, Figueres informó complacido sobre la situación militar. Las fuerzas leales al gobierno habían logrado detener el avance de los invasores, quienes comenzaron a replegarse hacia Nicaragua. Para entonces, las fuerzas leales al gobierno habían detenido el avance de los invasores.

Un prisionero, Florencio Ordóñez, declaró que Calderón Guardia le había manifestado en repetidas veces que la operación tenía el completo apoyo del general Anastasio Somoza. Además, un informe reveló que la invasión fue dirigida por el mayor Davidson, de la Guardia Nacional nicaragüense.

La huida de Calderón y la pérdida de su ojo

Precisamente en esa aventura, durante la retirada hacia Nicaragua, el doctor Calderón Guardia sufrió una seria lesión en un ojo, que le causó la pérdida de la visión en el órgano accidentado. Según relatos de la época, al huir presurosamente por zonas montañosas, cabalgaba entre la espesura cuando una rama de árbol le golpeó violentamente el rostro, causándole la lesión que le costó el ojo.

Esto hizo que por varios días se sostuviera que él se encontraba en la montaña para seguir en pie de lucha y no fue sino hasta casi un mes después de que las hostilidades cesaron, que apareció en Managua, de donde al poco tiempo se trasladó a México.

La declaratoria de traidor a la patria

Como una de las consecuencias de esta invasión durante la llamada Navidad Sangrienta de 1948, la Junta Fundadora de la Segunda República, en sesión celebrada en el Cuartel de Liberia, declaró al doctor Rafael Ángel Calderón Guardia traidor a la patria mediante el decreto N.º 322 del 15 de diciembre de 1948. El decreto fue trasladado a la Asamblea Nacional Constituyente para su ratificación, pero esta se abstuvo de hacerlo.

Un año después, el 7 de noviembre de 1949, en la última sesión celebrada por la Junta Fundadora pocas horas antes de entregar el poder a don Otilio Ulate, se ratificó la declaratoria en forma absoluta mediante la ley N.º 840.

La derogación, 72 años después

Pasaron más de siete décadas. Calderón Guardia, que ya había sido declarado Benemérito de la Patria el 17 de abril de 1974 durante el gobierno de José Figueres Ferrer, seguía siendo oficialmente "traidor" según dos leyes que permanecían vigentes en el ordenamiento jurídico.

El 28 de septiembre de 2020, la Asamblea Legislativa aprobó en primer debate, con 44 votos a favor, el proyecto de ley N.º 22.173 impulsado por el entonces presidente del Congreso, Eduardo Cruickshank. La iniciativa proponía derogar los decretos 322 y 840, argumentando que era necesario "corregir un error cometido al calor de las pasiones de la guerra de 1948". La exposición de motivos destacaba además que, en medio de la pandemia del COVID-19, instituciones creadas por Calderón Guardia como la Caja Costarricense de Seguro Social y la Universidad de Costa Rica habían sido claves para la atención de la emergencia.

Finalmente, el 28 de enero de 2021, el presidente Carlos Alvarado Quesada firmó la ley N.º 9912, que derogaba "la ley número 322 de 15 de diciembre de 1948, dictado por la Junta Fundadora de la Segunda República, que declara Traidor a la Patria a Rafael Ángel Calderón Guardia". El mandatario afirmó que la derogatoria venía a reafirmar "el lugar importante que tiene en la historia de Costa Rica el doctor Rafael Ángel Calderón Guardia".

Calderón Fournier, hijo del expresidente y también mandatario, expresó su satisfacción: "Se sigue haciendo justicia con mi padre. El Congreso de la República aprobó en forma unánime el derogar este decreto ley, que fue hecho en momentos en que el país estaba muy dividido y que los odios estaban exacerbados".

Así, 72 años después, el ordenamiento jurídico costarricense borró definitivamente la mancha de "traidor" que pesaba sobre el hombre que había dado a Costa Rica las Garantías Sociales, el Código de Trabajo y la Universidad de Costa Rica.

El final de la invasión

En vísperas de Año Nuevo, los voluntarios fueron desmovilizados. La invasión había fracasado. Los invasores abandonaron el país y regresaron a Nicaragua, para refugiarse de nuevo bajo el alero protector de Somoza.

Los asesinatos del Codo del Diablo: la otra cara de la moneda

Mientras en San José se celebraba la abolición del ejército y se discutían las grandes reformas, en la provincia de Limón ocurría un hecho que empañaría para siempre el legado de la Junta Fundadora. El 19 de diciembre de 1948, un día antes de la masacre de El Murciélagos, seis presos políticos fueron ejecutados extrajudicialmente en un recodo de la vía del Ferrocarril al Atlántico conocido como "El Codo del Diablo", cerca de Siquirres.

Para entender este crimen hay que ponerlo en el contexto de aquellos días. La contrarrevolución, iniciada el 10 de diciembre, estaba ya en sus estertores finales. Las fuerzas invasoras, que habían tomado La Cruz y avanzado por el norte, comenzaban a replegarse hacia Nicaragua. Pero el país seguía sumido en una espiral de violencia que no distinguía bandos. Los días que siguieron confirmarían ese horror: el 20 de diciembre, los invasores calderonistas masacraron a seis cruzrojos indefensos en El Murciélagos; el 25 de diciembre, en Puerto Soley, otros soldados voluntarios cayeron en una emboscada. Los ánimos estaban caldeados al máximo, y el miedo a una nueva guerra recorría todo el territorio nacional.

Pero el contexto no justifica. Explica, pero no excusa.

Las víctimas

Los asesinados eran militantes del Partido Vanguardia Popular que habían combatido en el bando perdedor de la revolución. Eran, como se les llamaba entonces, "caldero-comunistas": habían sido los aliados de Calderón Guardia en los años cuarenta, los que votaron con él las Garantías Sociales, los que integraban las brigadas de choque, los que en 1948 habían defendido con las armas al gobierno de Picado. Para el bando vencedor, eran el enemigo derrotado que aún podía ser peligroso.

Sus nombres eran:

- Federico Picado Sáenz, quien había sido diputado por la provincia de Limón
- Tobías Vaglio Sardi
- Lucio Ibarra
- Octavio Sáenz Soto
- Narciso Sotomayor, nicaragüense, luchador antisomocista y miembro de la Legión del Caribe
- Álvaro Aguilar Umaña, conocido como "Matatigres", personaje popular y querido en Limón

Todos ellos estaban vinculados al Partido Comunista Vanguardia Popular y habían sido detenidos días antes sin cargos específicos, solo por su militancia política.

El crimen

Los prisioneros fueron sacados de la cárcel de Limón esposados, subidos a un motocar y trasladados por la vía del tren. Quienes perpetraron el crimen fueron el capitán Manuel Zúñiga Jirón y el subteniente Luis Norberto Valverde Quirós de la Fuerza Pública, y como chofer el cubano Clarencio Auld Alvarado.

En el lugar conocido como El Codo del Diablo, los prisioneros fueron asesinados con armas de fuego y sus cuerpos lanzados al río Reventazón, con la esperanza de que nunca fueran encontrados. Sin embargo, uno de los cuerpos se desprendió de las esposas y fue hallado poco después, dando inicio a las investigaciones.

La versión oficial sostuvo que los reos fueron víctimas de un intento de rescate por parte de sus compañeros, pero nadie creyó esa historia. Los prisioneros iban esposados, el motocar apenas tenía un espejo roto y los custodios estaban ilesos. Todo indicaba que se trataba de una ejecución planificada.

La orden

Las investigaciones posteriores revelaron que la orden del traslado y la voluntad de asesinato vinieron de San José. Los criminales actuaron siguiendo instrucciones de altos funcionarios del gobierno, aunque nunca se pudo determinar con exactitud quién dio la orden final. Lo que sí quedó claro es que el crimen fue posible por la impunidad que protegía a los verdugos.

La condena de Figueres

José Figueres Ferrer, al tener conocimiento de los hechos, condenó enérgicamente los asesinatos. En una carta dirigida a Manuel Mora, líder de Vanguardia Popular, Figueres expresó su repudio al crimen y su compromiso de que los responsables fueran llevados ante la justicia. Aunque la orden del traslado había venido de San José, Figueres aseguró que él no había autorizado ni estaba al tanto de semejante atrocidad. La carta, que Mora conservó como testimonio, es una prueba de que, incluso en medio de la polarización y la violencia de la posguerra, había espacio para la condena moral y el reconocimiento del error.

Sin embargo, la condena verbal no fue suficiente. Los asesinos escaparon, los responsables intelectuales nunca fueron identificados con claridad, y la impunidad prevaleció.

La impunidad

Se dictó orden de arresto y enjuiciamiento contra los culpables, y el 2 de diciembre de 1949 se les condenó en ausencia a treinta años de prisión por homicidio calificado. Sin embargo, los asesinos escaparon del país, según se denunció, con ayuda de contactos que tenían en el gobierno. Nunca cumplieron su condena.

Hernán Campos Esquivel, otro implicado, no fue condenado porque tuvo la compasión de tratar bien a los prisioneros antes del crimen. Los verdaderos responsables quedaron en la impunidad, protegidos por altos funcionarios del gobierno.

La amnistía de 1958

Pasarían diez años antes de que el Estado costarricense buscara, de alguna manera, cerrar las heridas abiertas por la revolución y sus secuelas. En 1958, Mario Echandi Jiménez asumió la presidencia tras vencer en las elecciones de ese año. Uno de los acuerdos políticos previos a los comicios había sido que, de ganar, Echandi emitiría una amnistía general para todos los involucrados en la lucha armada de 1948 y sus consecuencias. Cumplió su promesa.

La amnistía de 1958 permitió el regreso al país del Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia y su familia, así como de otros exiliados calderonistas y comunistas. Pero también tuvo un efecto legal más amplio: dejó sin efecto cualquier posibilidad de seguir investigando o juzgando los crímenes cometidos por ambos bandos durante la revolución y la posguerra. Los asesinos del Codo del Diablo, que ya habían escapado del país, quedaron definitivamente impunes. Las víctimas, sus familias y la memoria de lo ocurrido fueron, en los hechos, borradas por esa amnistía.

La medida, sin duda necesaria para la reconciliación nacional y para cerrar un ciclo de violencia que había durado quince años, tuvo también el costo de sepultar en el olvido judicial los crímenes de lesa humanidad cometidos por ambos lados. Tanto los asesinos de El Murciélagos como los del Codo del Diablo quedaron, por igual, protegidos por el manto del olvido oficial.

La memoria

Estos asesinatos constituyen el único caso conocido posterior a 1948 en que se dio el asesinato de ciudadanos costarricenses debido a sus ideas políticas por parte de personas vinculadas al Estado. Han sido recordados en documentales como "El Codo del Diablo" de los hermanos Jara, y han sido objeto de debates en la Asamblea Legislativa.

El historiador Antonio Jara, codirector del documental, lo expresó así: "La historia oficial deja por fuera tanto que deja por fuera todo. No nos preguntamos a quién se estaba desarmando, quiénes estaban en el poder, cómo se consolidó la nueva hegemonía posterior a la guerra. Esa hegemonía tiene un lado, que es la desmilitarización, pero tiene otro, que es la represión política".

Hoy, una placa en algún lugar de Siquirres recuerda a Federico Picado, Tobías Vaglio, Lucio Ibarra, Octavio Sáenz, Narciso Sotomayor y Álvaro Aguilar. Seis hombres que, por sus ideas, perdieron la vida en el alba de la Segunda República.

Un crimen que no puede verse solo

Así como los cruzrojos de El Murciélagos y los soldados de Puerto Soley merecen un lugar en la memoria por el horror que sufrieron, también lo merecen estos seis hombres. Unos cayeron a manos de los invasores calderonistas; otros, a manos de quienes defendían la revolución triunfante. En ambos casos, la víctima fue la decencia humana, arrastrada por la barbarie de la guerra y sus secuelas.

La historia no es un tribunal donde se reparten absoluciones y condenas eternas. Es un espejo donde una sociedad se mira para entender quién es y hacia dónde va. Y en ese espejo, tanto El Murciélagos como El Codo del Diablo son imágenes que nos recuerdan que la construcción de la democracia costarricense tuvo un costo humano que no podemos olvidar, venga de donde venga.

La masacre de El Murciélagó (20 de diciembre)

El 20 de diciembre, un grupo de invasores en retirada llegó a El Murciélagó, buscando escapar por mar. Se encontraron con una brigada de la Cruz Roja que se dirigía a instalar un centro de asistencia. Los cruzrojos estaban uniformados, sin armas, sin escolta, acompañados de un sacerdote.

Los invasores les tendieron una emboscada. Fueron asesinados:

- Presbítero Jorge Quesada González
- Dr. Antonio Facio Castro, prominente médico
- Ing. Jaime Gutiérrez Braun, propietario de la casa
- Lic. Óscar Mainieri Ibarra
- Jorge Manuel Delgado Flores
- Edgar Ardón Brenes, voluntarios de primeros auxilios

El asesinato fue brutal. Al padre Quesada lo encontraron con la cruz clavada en el pecho. Los funerales congregaron una doliente multitud.

Hoy, una placa en la sede de la Cruz Roja recuerda sus nombres. La sede de la Cruz Roja y una calle de Guadalupe de Goicoechea llevan el nombre de Edgar Ardón Brenes. El Hospital de Limón lleva el nombre de Tony Facio Castro.

Los últimos combates: Puerto Soley (25 de diciembre)

El 25 de diciembre, un grupo de soldados voluntarios que cumplían misión de vigilancia fue emboscado en Puerto Soley. Cayeron Eloy Morúa Carrillo —abogado, miembro fundador del Partido Social Demócrata y diputado constituyente electo que nunca llegó a ejercer su curul—, Efraín Roldán Pérez, Bernal Vargas Facio y Víctor Manuel Víquez Arguedas. Un monumento en Puerto Soley los recuerda con una placa que honra su memoria:

"AQUÍ FUERON MUERTOS Y QUEMADOS POR INVASORES DESDE LA FRONTERA NORTE LOS PRECLAROS CIUDADANOS LIC. ELOY MORÚA CARRILLO, BERNAL VARGAS FACIO, EFRAÍN ROLDÁN PÉREZ, VÍCTOR MANUEL VÍQUEZ ARGUEDAS EL 25 DE DICIEMBRE DE 1948. SU HEROÍSMO Y EJEMPLO SALVARON A LA PATRIA Y LAS GENERACIONES FUTURAS. ¡LOOR A SU MEMORIA!"

El fracaso militar y la batalla diplomática en la OEA

Pocos días después, las fuerzas leales lograron detener el avance. Los invasores se replegaron hacia Nicaragua. En vísperas de Año Nuevo, los voluntarios fueron desmovilizados.

Paralelamente, la Junta acudió a la OEA solicitando la aplicación del Tratado de Río de Janeiro (TIAR). Una Comisión Investigadora fue nombrada. Nicaragua negó su participación, pero la presión diplomática contribuyó al fracaso de la invasión.

Capítulo VI

La invasión de 1955 – El último suspiro de la guerra

El exilio calderonista y la reorganización de la oposición

Tras el fracaso de la contrarrevolución de 1948, Calderón Guardia y Picado permanecieron en el exilio. Desde Nicaragua, con el respaldo de Somoza, Calderón se dedicó a reorganizar sus fuerzas para un nuevo intento.

La internacional de las espadas

La "internacional de las espadas" fue una alianza de hecho entre dictaduras militares del Caribe y Centroamérica: Rafael Leónidas Trujillo (República Dominicana), Marcos Pérez Jiménez (Venezuela) y Anastasio Somoza García (Nicaragua). Compartían el anticomunismo militante y la eliminación de cualquier experiencia política que cuestionara la centralidad del ejército.

Operaban mediante financiamiento de conspiraciones, apoyo a exilios armados y operaciones encubiertas. Su código de supervivencia era que la caída de una "espada" debilitaba al resto.

Costa Rica, con su abolición del ejército y sus reformas sociales, era una anomalía peligrosa. Figueres se convirtió en una figura particularmente incómoda.

Calderón Guardia y Somoza García: la anatomía de una amistad

La amistad entre Calderón y Somoza se cimentó durante la Segunda Guerra Mundial. Somoza ofrecía respaldo militar; Calderón ofrecía legitimidad internacional. Esa mezcla de cálculo y simpatía explica por qué el vínculo sobrevivió después de 1944.

En un istmo donde los ejércitos gobernaban y las fronteras eran permeables a las influencias de los caudillos, la alianza con Somoza representaba para Calderón un seguro contra conspiraciones. El dictador nicaragüense, por su parte, encontraba en el presidente costarricense algo que su régimen nunca pudo fabricar solo: respetabilidad. Las fotografías de Somoza junto a un reformista católico, educado en Europa y reconocido internacionalmente, le servían para pulir su imagen de hombre fuerte ante Washington y sus propios círculos de poder.

Lo que pudo haber sido una simple transacción se convirtió en afecto personal. Visitas oficiales dieron paso a intercambios familiares, y Somoza —brutal en la política pero cálido en el trato cercano— encontró en Calderón a un interlocutor confiable. Esa cercanía explica por qué, cuando Calderón ya no era presidente, la línea de comunicación con Managua se mantuvo abierta. Y cuando Calderón partió al exilio tras la derrota de 1948, Somoza no solo le dio refugio en Nicaragua, sino que puso a su disposición recursos, armas y logística para organizar, desde territorio nicaragüense, las invasiones con las que intentó recuperar el poder por la fuerza.

Los preparativos y la denuncia (diciembre 1954 - enero 1955)

Para 1955, la red de apoyo se había consolidado. Somoza ofrecía territorio; Pérez Jiménez aportaba recursos militares, incluidos los aviones; Trujillo financiaba. El objetivo era derrocar a Figueres, electo de forma democrática en 1953.

El 8 de enero de 1955, Figueres denunció la amenaza. La Nación tituló: "DENUNCIADA AMENAZA DE INVASIÓN". El gobierno acudió a la OEA.

Pronto se reveló que participaban cinco países: Nicaragua, Venezuela, República Dominicana, Honduras y Guatemala. Uno de los cabecillas, Miguel Ruiz Herrero, confesó los detalles y los nombres de los políticos involucrados: Calderón Guardia, su hermano Paco, Mario Echandi y Fernando Castro Cervantes.

La invasión desde adentro: la toma de Villa Quesada

La primera fase consistió en la toma sorpresiva de Villa Quesada. Los invasores, más de cien, fueron transportados desde Nicaragua. Confiaban en un levantamiento popular, pero la reacción fue rechazo y apoyo a Figueres.

La oportuna llegada de refuerzos al mando de Frank Marshall y Domingo García liberó Villa Quesada el 12 de enero.

Los ataques aéreos y la respuesta de Figueres: "A mí con avioncitos"

Aviones extranjeros ametrallaron San José y otras poblaciones. Figueres, en rueda de prensa, ante la pregunta de un periodista de qué iban a hacer para contrarrestar esos aviones, soltó la frase que quedaría grabada para la posteridad:

"A mí con avioncitos..."

Era una provocación y una declaración de principios.

La Batalla de Santa Rosa: el combate decisivo

Mientras la diplomacia trabajaba en la OEA y el mundo miraba a Costa Rica, en el norte de Guanacaste se libraba la batalla que definiría el destino de la invasión. El epicentro fue la histórica Hacienda Santa Rosa, el mismo lugar donde en 1856 las fuerzas costarricenses habían derrotado a los filibusteros de William Walker. Cien años después, la historia se repetía.

Las fuerzas leales al gobierno se organizaron en distintas unidades. Una de ellas, la Compañía de Voluntarios Mario Charpentier, fue la que sostuvo el peso principal del combate en los llanos de Santa Rosa. Eran hombres comunes, voluntarios, que respondieron al llamado de defender la soberanía nacional.

La batalla, ocurrida alrededor del 15 de enero de 1955, fue violenta. Los invasores, bien atrincherados, esperaban el ataque. Pero la determinación de los voluntarios costarricenses pudo más.

La muerte de los periodistas

Entre quienes cubrían los hechos se encontraba un grupo de periodistas y fotógrafos, decididos a informar desde el frente. Joaquín Vargas Gené y su hermano Jorge Vargas Gené, periodista y fotógrafo respectivamente, estaban en el lugar. También Óscar Cordero Rojas, de La Prensa Libre.

El relato que Joaquín publicaría después, en su libro "Santa Rosa 1955: Crónica de una Batalla", es desgarrador. En medio del combate, una granada explotó cerca del grupo. Jorge Vargas Gené, herido en la cabeza, alcanzó a decir a su hermano: "Quincho... estoy herido". Murió al mediodía del día siguiente. Óscar Cordero Rojas cayó fulminado por las balas, con muerte instantánea.

Junto a ellos fallecieron también los soldados Leonardo Montalbán, Eduardo Lobo, Mario Cordero Croceri y Rodolfo Chavarría. La noticia de la muerte de los periodistas conmocionó al país y dio la vuelta al mundo.

El significado de la batalla

La batalla de Santa Rosa fue el punto de quiebre de la invasión. Los invasores, derrotados, comenzaron una retirada desordenada hacia Nicaragua, perseguidos por las fuerzas del gobierno. Días después, con la caída de El Amo y La Cruz, la invasión estaba liquidada.

Una frase quedaría grabada en la memoria colectiva, pronunciada por Francisco Orlich en aquellos días de lucha:

"El que con aviesa intención invade Costa Rica, de Santa Rosa no pasa."

La sentencia, que evocaba la gesta de 1856, se cumplió una vez más. Cien años después, los invasores volvieron a estrellarse contra el mismo muro de dignidad.

El duelo que nunca fue: Somoza desafía a Figueres

El 13 de enero, Somoza anunció públicamente que retaba a duelo a pistola a Figueres para solventar la disputa, en Peñas Blancas. Figueres nunca tomó en serio la propuesta. El duelo nunca se celebró.

Un año después, Somoza sufrió un atentado y murió por mala praxis médica. El hombre que se jactaba de ser campeón de pistola encontró la muerte en una mesa de operaciones.

El último coletazo: Los Chiles, febrero de 1955

El 3 de febrero de 1955, un grupo de calderonistas tomó por sorpresa la población fronteriza de Los Chiles y se apoderó de un avión de LACSA. El gobierno envió guardias civiles y aviones militares. Los aviones ametrallaron las vecindades del campo de aterrizaje con tal intensidad que los revolucionarios huyeron hacia Nicaragua. Fue la última acción armada de la contrarrevolución.

¿Por qué fracasó la invasión?

El desenlace fue el mismo que en 1948: la invasión fracasó. Pero, ¿por qué, si esta vez Calderón contaba con el respaldo abierto de tres dictaduras —Somoza en Nicaragua, Pérez Jiménez en Venezuela y Trujillo en República Dominicana— y con aviones que ametrallaron poblaciones costarricenses?

La primera razón fue de cálculo político. Calderón estaba convencido de que el pueblo se uniría a su lucha en una revuelta popular contra la "dictadura figuerista". Creyó que el descontento contra Figueres era tal que los costarricenses se levantarían en masa al ver cruzar la frontera a las tropas invasoras. Eso nunca sucedió. Para 1955, Figueres era presidente constitucional, elegido en las urnas en 1953, y aunque el calderonismo y el comunismo estaban proscritos, su gobierno tenía legitimidad de origen. La

invasión llegó desde fuera, con apoyo de dictadores extranjeros, y eso no despertó simpatías en una población que, apenas siete años después de la guerra civil, no estaba dispuesta a reeditar el conflicto.

La segunda razón fue la rápida respuesta del gobierno. Aunque Costa Rica había abolido el ejército en diciembre de 1948, Figueres supo organizar la defensa con las fuerzas disponibles: la Guardia Civil, grupos de voluntarios y paramilitares partidarios se movilizaron para enfrentar a los invasores. Hombres como Frank Marshall Jiménez, al mando de la brigada Unión Cívica Revolucionaria, lograron recuperar Ciudad Quesada y hacer retroceder a las fuerzas calderonistas hacia la frontera.

La tercera razón, y quizás la más decisiva, fue el giro de Estados Unidos. Washington se encontraba en una posición incómoda: tanto Figueres como Somoza y Pérez Jiménez eran aliados en la lucha anticomunista, pero sus aliados se estaban matando entre ellos. La administración Eisenhower había advertido a Nicaragua y Venezuela que no aprobaría una invasión contra Costa Rica. Cuando esta se produjo, cumplió su advertencia: autorizó la venta urgente de cuatro aviones caza P-51 Mustang al gobierno costarricense por el precio simbólico de un dólar cada uno, provenientes de la Guardia Nacional de Texas. Además, proporcionó armamento antiaéreo desde la Zona del Canal de Panamá. Con esos aviones, la Fuerza Aérea costarricense —improvisada pero efectiva— bombardeó las posiciones invasoras en La Cruz y El Amó, incluyendo un DC-3 venezolano que fue incendiado tras un aterrizaje forzoso en Santa Rosa, probablemente por los daños de los disparos de las fuerzas defensoras. El dominio del espacio aéreo cambió por completo el balance de la guerra.

La cuarta razón fue la pésima organización de la invasión. El propio director de la CIA, Allen Dulles, la calificó como un desastre: mal coordinada, pequeña e ineficiente para lo que pretendía. Los invasores no lograron consolidar sus posiciones ni recibir los refuerzos necesarios a tiempo.

Finalmente, un hecho significativo: los comunistas de Vanguardia Popular, antiguos aliados de Calderón en la década del 40, no apoyaron el intento de invasión y lo condenaron públicamente. La alianza que había hecho posible las garantías sociales en 1943 ya no existía; Calderón estaba solo, acompañado únicamente por dictadores que lo usaban para sus propios fines geopolíticos.

Así, la invasión de 1955 fracasó por una combinación de factores: el pueblo no se sumó, el gobierno supo defenderse, Estados Unidos intervino a favor de Figueres, la operación fue un desorden y Calderón había perdido el apoyo de sus antiguos aliados internos. La aventura militar se deshizo, y con ella se enterró definitivamente la posibilidad de recuperar el poder por la fuerza.

El intento de magnicidio contra Figueres (1957)

El 17 de mayo de 1957, las autoridades detuvieron en San José a los sicarios cubanos Jesús González Cartas ("El Extraño"), Herminio Díaz García y un tercero apodado "El Francesito". Actuaban como agentes de Trujillo y fueron acusados de conspirar para asesinar a Figueres. Tras un tiempo de detención, fueron deportados.

El complot contra Figueres no fue un caso único en la trayectoria de Trujillo. El dictador ya había promovido acciones violentas contra el venezolano Rómulo Betancourt, gran amigo de Figueres. El atentado contra Betancourt se consumaría en 1960, aunque sin éxito.

Conclusiones

El recorrido por los quince años que van de 1940 a 1955 permite extraer varias lecciones fundamentales sobre el significado histórico de la Revolución del 48 y el proceso que la rodeó.

En primer lugar, queda claro que la revolución de 1948 no fue un estallido espontáneo ni una simple disputa electoral. Fue el punto de quiebre de una confrontación que venía gestándose desde principios de siglo, cuando el reformismo de Alfredo González Flores chocó con la intransigencia de la oligarquía cafetalera. La Liga Cívica, el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales y el pensamiento de figuras como Brenes Mesén y Rodrigo Facio mantuvieron viva la llama de una democracia más profunda y justa. Las reformas sociales de Calderón Guardia, con todos sus límites, crearon las condiciones para que esas ideas pudieran finalmente traducirse en estructura institucional. El 48 fue, en este sentido, la revolución posible: la que pudo realizarse dadas las relaciones de fuerza existentes.

La alianza que hizo posible las reformas fue, sin duda, compleja y contradictoria. El pacto entre Calderón Guardia, los comunistas de Vanguardia Popular y la Iglesia Católica, bajo el liderazgo de Monseñor Sanabria, fue una "alianza inverosímil" que sólo puede entenderse en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y la estrategia de Frentes Populares impulsada por Moscú. Los comunistas abandonaron temporalmente la lucha de clases para sumarse a una agenda social concreta. La Iglesia aportó la legitimidad moral que permitió a los católicos aceptar las reformas. Calderón obtuvo la base popular que necesitaba para sostenerse. Pero esa alianza tuvo un costo: la renuncia a transformaciones más profundas, la perpetuación de la estructura económica cafetalera, y el uso de la violencia política —las brigadas de choque— para disciplinar a la oposición. El calderonismo fue progresista en lo social, conservador en lo político, oligárquico en lo económico y católico en lo moral.

La crisis de legitimidad fue el hilo conductor de toda la década. Desde el fraude documentado de 1944 hasta la anulación política de las elecciones de 1948 por un Congreso de mayoría oficialista, pasando por las garantías electorales de 1947 que dejaban la última palabra en ese mismo Congreso, el sistema mostró su incapacidad para resolver democráticamente las disputas por el poder. Los 27 diputados que votaron por la anulación —los "votos de la ignominia"— sellaron con esa decisión el destino del país. La lección quedó aprendida: una de las primeras medidas de la Junta Fundadora fue crear el Tribunal Supremo de Elecciones, con autonomía plena y potestad de hacer declaratorias inapelables.

La guerra misma fue un campo de pruebas para una nueva estrategia militar. La Revolución del 48 no fue una victoria por desgaste ni por superioridad numérica, sino por focalización estratégica. Figueres comprendió que no se trataba de ocupar territorio, sino de desarticular el centro político del adversario. El Plan Maíz, el puente aéreo con Guatemala, la resistencia de San Isidro como "ancla logística", la convergencia de fuerzas en la Marcha Fantasma, la toma de Limón como primera operación aerotransportada de combate en América Latina, y el golpe final sobre Cartago, demostraron una capacidad de planificación y ejecución inusual en un ejército de civiles. La guerra duró sólo cuarenta días porque fue concebida como un medio transitorio para un fin político, no como un fin en sí mismo.

La dimensión regional del conflicto fue decisiva. La revolución de 1948 no puede entenderse sin el apoyo de Guatemala y la Legión del Caribe. Juan José Arévalo, Jacobo Arbenz y Francisco Arana jugaron un papel fundamental en el suministro de armas y la llegada de oficiales experimentados. A su vez, la contrarrevolución de diciembre de 1948 y la invasión de 1955 fueron posibles gracias a la "internacional de las espadas": la red de dictaduras —Somoza en Nicaragua, Pérez Jiménez en Venezuela, Trujillo en República Dominicana— que veían en la Costa Rica sin ejército una anomalía

peligrosa. La amenaza fue real y persistente, e incluyó desde invasiones abiertas hasta intentos de magnicidio, como el frustrado en 1957 contra Figueres.

Los 18 meses de gobierno de facto presidido por Figueres son quizás el período más controvertido de la historia costarricense. Desde un punto de vista formal, fue una dictadura: gobernó sin Congreso, sin Constitución, sin garantías plenas. Hubo represión, exilio, tribunales de sanciones y crímenes como la masacre de El Murciélagó y los asesinatos del Codo del Diablo. Pero sería un error equiparar ese régimen con las dictaduras clásicas de la región. La Junta no buscó perpetuarse en el poder; estableció un mandato claro y limitado de 18 meses, cumplió su promesa de entregar el poder al presidente electo, y durante su breve existencia impulsó reformas de alcance histórico: abolición del ejército, nacionalización bancaria, voto femenino, creación del ICE, del TSE y de la Contraloría. Fue, en palabras de algún analista, una "dictadura con vocación democrática": autoritaria en los medios, pero profundamente democrática en los fines.

Detrás de las grandes reformas y los debates políticos hay nombres propios que este libro ha querido rescatar. El Dr. Carlos Luis Valverde Vega, el Primer Mártir, cuya agonía a 400 metros del hospital donde salvaba vidas conmocionó al país. Los campesinos de Llano Grande y Timoleón Morera, caídos defendiendo la pureza del sufragio en 1944. Ernesto Zumbado, fusilado en Frailes. Nicolás Marín, torturado hasta la muerte por Tavío y sus secuaces. Los seis cruzrojosistas masacrados en El Murciélagó, entre ellos el padre Quesada, con la cruz clavada en el pecho. Eloy Morúa Carrillo y los soldados voluntarios caídos en Puerto Soley. Los periodistas Jorge Vargas Gené y Óscar Cordero Rojas, muertos en la batalla de Santa Rosa. Y los 27 diputados que votaron por la anulación, cuyos nombres también merecen ser recordados, aunque sea como estigma. Todos ellos, desde uno u otro bando, ofrendaron sus vidas en una disputa que trascendía sus personas.

Lo que emergió de aquellos quince años de conflictos no fue un régimen perfecto, pero sí un modelo de Estado que ha demostrado una notable capacidad de perdurar. Costa Rica sigue siendo, más de setenta años después, una de las democracias más estables de América Latina. Sigue siendo, junto con Panamá (que abolió el suyo en 1994 tras la invasión estadounidense), uno de los pocos países del continente sin ejército, y el único que lo hizo por decisión soberana y sin imposición externa. Sigue teniendo instituciones autónomas fuertes —el TSE, la CCSS, el ICE, la UCR— que garantizan derechos y servicios. Sigue siendo, en el imaginario regional, una excepción. Ese legado es el que defendieron los "Glostoras y medallitas", los pilotos del Plan Maíz, los soldados voluntarios de 1948 y 1955, y también, paradójicamente, muchos de los que lucharon en el bando contrario y que luego, con el tiempo, se integraron al proyecto democrático.

Este libro no ha pretendido ser una hagiografía de los vencedores ni una elegía de los vencidos. Ha procurado, en la medida de lo posible, un equilibrio incómodo: reconocer la grandeza de Figueres sin ocultar sus sombras; valorar las reformas de Calderón Guardia sin ignorar el autoritarismo de su régimen; denunciar los crímenes de la contrarrevolución sin olvidar la represión de la Junta. Porque la historia no es un tribunal donde se reparten absoluciones y condenas eternas. Es un espejo donde una sociedad se mira para entender quién es y hacia dónde va.

Finalmente, cabe preguntarse: ¿sigue siendo relevante hoy la Revolución del 48? La respuesta es sí, y más que nunca. En un mundo donde la democracia retrocede, donde el autoritarismo resurge, donde las desigualdades se profundizan y donde el poder económico amenaza con capturar las instituciones, el ejemplo costarricense adquiere una actualidad inquietante. La lección del 48 es que la democracia no es un regalo, sino una conquista que hay que defender una y otra vez. Que la justicia social y la libertad política son inseparables. Que un país sin ejército puede ser más fuerte que las dictaduras armadas. Que

la sangre derramada por los mártires no debe ser en vano. Esa lección, que aprendieron los costarricenses a costa de tanto dolor, sigue siendo válida para toda América Latina. Ojalá sepamos recordarla.



Placa en San Rosa, Guanacaste.

Bibliografía

Fuentes primarias

Acción Demócrata. Varios números (1944-1947).

Archivo Nacional de Costa Rica. Decretos-ley de la Junta Fundadora de la Segunda República (1948-1949).

Asamblea Legislativa de Costa Rica. Actas de las sesiones del Congreso Constitucional, 1° de marzo de 1948.

Calderón Guardia, R. A. (1942). Mensaje presidencial al Congreso Constitucional (1° de mayo de 1942). San José.

Calderón Guardia, R. A. (1942). Exposición de motivos sobre el proyecto de reforma constitucional de las Garantías Sociales (16 de mayo de 1942). San José.

Centro para el Estudio de Problemas Nacionales. (1943). El Centro ante las Garantías Sociales. San José.

Constitución Política de Costa Rica de 1949.

Diario de Costa Rica. Varios números (1943-1948).

Eco Católico. Varios números (1947).

Figueres Ferrer, J. (1948). Primera Proclama de Santa María de Dota (23 de marzo).

Figueres Ferrer, J. (1948). Segunda Proclama de Santa María de Dota (1° de abril).

Figueres Ferrer, J. (1987). El Espíritu del 48. San José: Editorial Costa Rica.

La Hora. Varios números (1948, 1958).

La Nación. Varios números (1947-1955, 1958, 2021).

La Prensa Libre. Varios números (1948, 1993).

La Tribuna. Varios números (1947-1948).

República de Costa Rica. Colección de Leyes y Decretos. Varios años.

Surco. Revista del Centro para el Estudio de Problemas Nacionales. Varios números (1943-1944).

Trabajo. Órgano del Partido Comunista / Vanguardia Popular. Varios números (1943-1947).

Tribunal Nacional Electoral. Fallo sobre las elecciones del 8 de febrero de 1948 (28 de febrero de 1948).

Documentos legales y oficiales

Decreto-ley N.º 322 del 15 de diciembre de 1948 (Declaratoria de traidor a la patria contra Rafael Ángel Calderón Guardia).

Decreto-ley N.º 840 del 7 de noviembre de 1949 (Ratificación de la declaratoria).

Decreto-ley N.º 235 del 30 de octubre de 1948 (Creación del cantón de Aguirre).

Ley N.º 9912 del 28 de enero de 2021 (Derogación de los decretos 322 y 840).

Fuentes secundarias

Ameringer, C. (1974). *The Democratic Left in Exile: The Antidictatorial Struggle in the Caribbean, 1945-1959*. Coral Gables: University of Miami Press.

Ameringer, C. (1978). *Don Pepe: A Political Biography of José Figueres of Costa Rica*. México DF: University of New Mexico Press.

Bell, J. P. (1976). *Crisis in Costa Rica: The 1948 Revolution*. Austin: University of Texas Press.
[Traducción utilizada: Guerra civil en Costa Rica, los sucesos políticos de 1948].

Cabrera Geserick, M. (2013). *The Legacy of the Filibuster War: National Identity, Collective Memory, and Cultural Anti-Imperialism*. Lanham: Lexington Books.

Castro Esquivel, A. (1955). *José Figueres Ferrer*. San José: Imprenta Atenea.

Castro Vega, O. (1981). *Génesis y Trayectoria de la Segunda República*. San José: Editorial Costa Rica.

Chase, A. (1996). *Los artículos de Brenes Mesén*. San José: Editorial Costa Rica.

De la Cruz, V. (1990). *Las luchas sociales en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.

Díaz Arias, D. (2009). *Crisis social y memorias en lucha: la guerra civil de 1948 en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Díaz Arias, D. (2015). *Crisis social y memorias en lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948*. San José: EUCR.

Fernández Guardia, R. (1953). *Cartilla histórica de Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional.

Gamboa Calvo, C. (1985). *Costa Rica en la Segunda Guerra Mundial*. San José: EUNED.

González, A. (2005). *Mujeres y hombres de la posguerra 1950-1960*. San José: EUCR.

Jara, A. y Jara, F. (Directores). (2018). *El Codo del Diablo* [Documental]. Costa Rica.

- Lehoucq, F. y Molina, I. (2002). *Stuffing the Ballot Box: Fraud, Electoral Reform, and Democratization in Costa Rica*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Longley, K. (1997). *The Sparrow and the Hawk: Costa Rica and the United States during the Rise of José Figueres*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Molina, I. y Picado, M. (2010). *El quehacer electoral en Costa Rica: 1821-2009*. San José: Tribunal Supremo de Elecciones.
- Monge Alfaro, C. (1980). *Historia de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Olander, M. (1978). "Costa Rica in 1948: Cold War or Local Conflict?". *Journal of Latin American Studies*, 10(2), 351-371.
- Poblete Troncoso, M. (1946). *Evolución del Derecho Social en América*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica.
- Quirós, C. (1990). *Los tribunales de Probidad y de sanciones inmediatas*. San José: Centro Regional de Occidente.
- Revilla Maroto, C. (2003-2025). *El Espíritu del 48*. <https://elespiritudel48.org/>
- Rodríguez Vega, E. (1979). *Biografía de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.
- Rodríguez Vega, E. (Comp.). (1983). *Voces del 43*. San José: Editorial Costa Rica.
- Saborío Alvarado, C. E. (1993, 9 de enero). "El crimen del Codo del Diablo". *La Prensa Libre*, p. 5.
- Sancho, M. (1961). *Memorias*. San José: Editorial Costa Rica.
- Schifter, J. (1986). *La fase oculta de la guerra civil en Costa Rica*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana.
- Solís Avendaño, M. (2006). *La institucionalidad ajena. Los años cuarenta y el fin de siglo*. San José: EUCR.
- Soto Harrison, F. (1990). *La guerra civil de 1948*. San José: Editorial Costa Rica.
- Ugalde Quesada, A. (2010). "La contrarrevolución de 1948 en Costa Rica: una aproximación a sus actores y sus vínculos internacionales". *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 36, 79-106.
- Ugalde Quesada, A. (2016). "Nicaragua y la invasión de 1955 en los discursos de la prensa costarricense". *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 42, 295-325.
- Ugalde Quesada, A. (2020). "Los caminos del olvido y los rituales políticos durante el gobierno de la conciliación nacional en Costa Rica (1958-1962)". *Revista de Historia*, 84, 1-33.
<https://doi.org/10.15359/rh.84.11>

Ugalde Quesada, A. (2020). "«Caínes despiadados... Caínes invasores». *La invasión del 10 de diciembre de 1948 a Costa Rica en perspectiva nacional y transnacional*". Anuario de Estudios Centroamericanos, 46, 1-33.

Vargas Gené, J. (1955). *Santa Rosa 1955: Crónica de una Batalla*. San José: Imprenta La Nación.

Vega Jiménez, P. (2018). "El voto femenino en la prensa centroamericana (1940-1955)". *Revista del CESLA*, 21, 29-48.

Véliz Estrada, R. (2023). "«El rompecabezas de la política centroamericana»: La participación guatemalteca en la guerra civil de Costa Rica (1948)". *Revista de Historia de la Universidad Nacional*, 87, 45-72.

Villegas Hoffmeister, G. (1998). *El Otro Calderón Guardia*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia.

Wilson, C. M. (1945). *Middle America*. Nueva York: Norton.

Nota metodológica sobre las fuentes bibliográficas

La bibliografía que sustenta este libro ha sido seleccionada con base en los siguientes criterios:

1. **Fuentes primarias:** Se ha dado prioridad a los documentos de la época: actas del Congreso, decretos-ley de la Junta Fundadora, periódicos de la época (*Diario de Costa Rica*, *La Nación*, *La Tribuna*, *Trabajo*), proclamas, discursos y correspondencia personal. Estos materiales permiten acercarse a los hechos sin la mediación de interpretaciones posteriores.
2. **Testimonios de protagonistas:** Siempre que ha sido posible, se han incorporado memorias y escritos de quienes vivieron los acontecimientos: José Figueres Ferrer (*El Espíritu del 48*), Alberto Cañas (*Los 8 años*), Miguel Acuña (*El 48*), entre otros. Estos textos, aun con su inevitable carga subjetiva, resultan invaluable para comprender el clima de la época.
3. **Historiografía especializada:** Se ha consultado la obra de los principales investigadores del período: John Patrick Bell, Oscar Castro Vega, David Díaz Arias, Iván Molina, Alexia Ugalde, Rodrigo Véliz, entre otros. Sus trabajos han sido cotejados para contrastar versiones y obtener una visión equilibrada.
4. **Prensa extranjera y documentos diplomáticos:** Se han revisado fuentes internacionales (archivos del Departamento de Estado de Estados Unidos, documentos británicos, mexicanos) que permiten dimensionar el contexto regional de los conflictos.
5. **Publicaciones periódicas y académicas:** Revistas como el *Anuario de Estudios Centroamericanos*, la *Revista de Historia de la Universidad Nacional* y otras publicaciones especializadas han aportado estudios actualizados sobre aspectos puntuales.
6. **Criterio de inclusión:** Se han privilegiado las fuentes que ofrecen rigor documental, contrastación de datos y una aproximación crítica, evitando aquellas de carácter meramente panfletario o que no aportan elementos verificables.

Esta diversidad de fuentes permite al lector contar con los elementos necesarios para formarse su propio juicio sobre los complejos acontecimientos que marcaron a Costa Rica entre 1940 y 1955.

Anexos

Anexo 1

Galería 75 del 75 . Imágenes escogidas para la conmemoración de los 75 años de la Revolución del 48.

**Casa Liberacionista José Figueres Ferrer
del 12 de marzo al 20 de abril del 2023**

Curador: Carlos Revilla Maroto



Archivo-presentación pdf con las 75 imágenes

<https://cldup.com/ka1CKhqrq8.pdf>



Partido Liberación Nacional



Casa Liberacionista José Figueres Ferrer

Marzo 2023



La Revolución se inició el 12 de marzo de 1948, cuando Figueres se levantó en armas contra el gobierno. Su estrategia fue tomar las principales ciudades y luego la capital, San José. La defensa del gobierno no estuvo bien preparada y quedó prácticamente en manos de los obreros del partido Vanguardia Popular (comunista). A este partido le interesaba el mantenimiento del Seguro Social, las leyes laborales y las garantías sociales. Ellos decidieron detener la lucha cuando les garantizaron que sus peticiones se cumplieran.

El 19 de abril finalizó la guerra civil, con la firma del pacto de la Embajada de México. Con arreglo a ese pacto se entregó el gobierno a un presidente interino, y que luego de 18 días le entregaría el poder a una Junta de Gobierno que se conocería como «Junta Fundadora de la Segunda República», presidida por Figueres que 18 meses después entregó el poder a Otilio Ulate, el presidente electo. Su constitución mostró que en realidad el objetivo principal de Figueres no fue solo una cuestión de pureza electoral, sino algo mucho más profundo: sus intenciones apuntaban hacia un nuevo proyecto de desarrollo.

Se estaba operando un reacomodo de las relaciones entre las clases sociales, y al interior del grupo poderoso económicamente, para sustituir el poder de la oligarquía cafetalera por un sector más dinámico, capaz de diversificar y modernizar la economía. Se transformó el Instituto de Defensa del Café, se fortaleció el Consejo Nacional de Producción, se fundó el Instituto Costarricense de Electricidad (ICE), se nacionalizó la banca, se abolió el ejército y se dotó al país de una nueva constitución, entre otras reformas. En total durante el período de la Junta se emitieron 834 decretos con carácter de ley.

Basado en REVISTA del Archivo Nacional. Año LXII, San José, Imprenta Nacional, 1998 y elespiritudel48.org

Estos cuarenta días de guerra civil son el epílogo de la heroica lucha de un pueblo por restablecer el sagrado derecho de elegir libremente a sus gobernantes en paz y en democracia.

Gracias a todos los mártires que luchando valerosamente dieron su vida para legar a las nuevas generaciones un futuro mejor.

Gracias a los que en bandos contrarios también dieron su vida.

¡Gracias don Pepe por dirigir la lucha que conquistó para todos la libertad electoral!

¡Gracias por enseñarnos que la libertad solo es verdadera cuando está basada en la justicia social!

¡Gracias por hacernos comprender que un país es poderoso si goza de educación y salud y no cuando tiene ejército!

Centro Cultural e Histórico José Figueres Ferrer





José María Figueres Ferrer
(1906-1990)

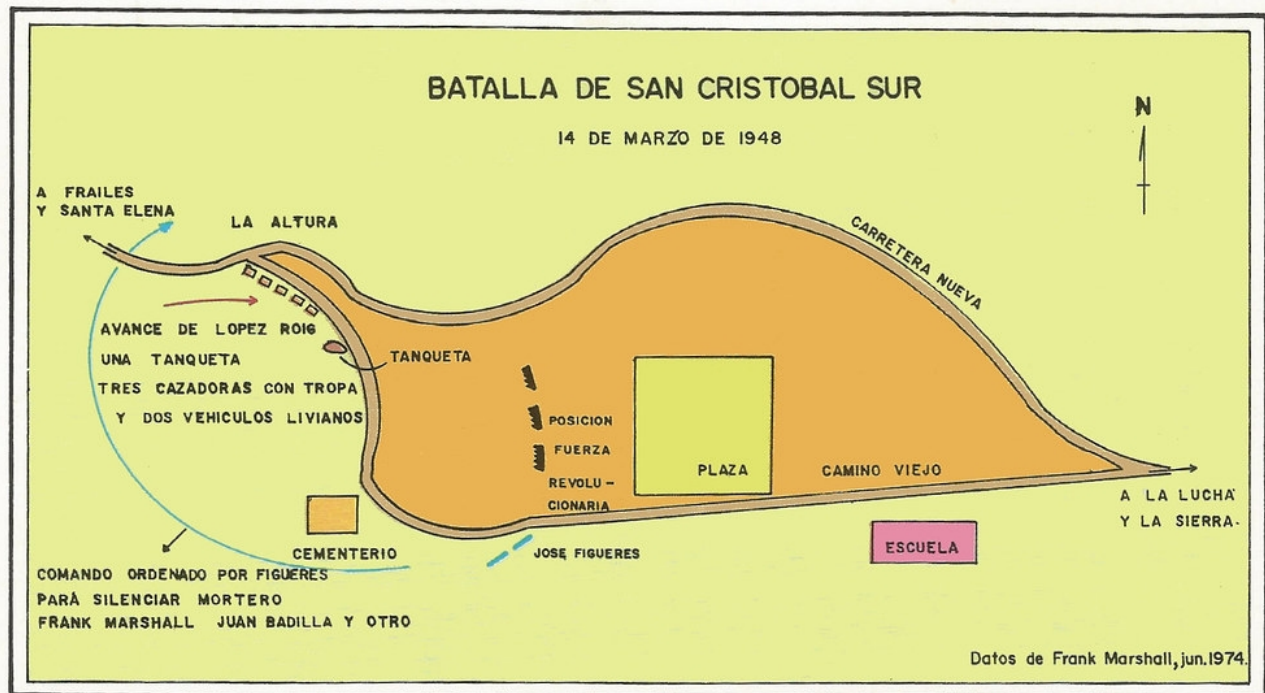
Benemérito de la Patria
Héroe de La Paz
Tres veces presidente de la República

Todos sabemos que las estrellas no se alcanzan con la mano, pero todos debemos convenir en que los hombres y la naciones, necesitan saber con exactitud a cuál estrella llevan enganchado su carro, para poder discernir en las encrucijadas del camino cuáles sendas conducen adelante, cuáles son simples desviaciones y cuáles los arrastran hacia atrás (...) El nombre de la estrella que nos guíe, debe ser, costarricenses, el bienestar del mayor número..."

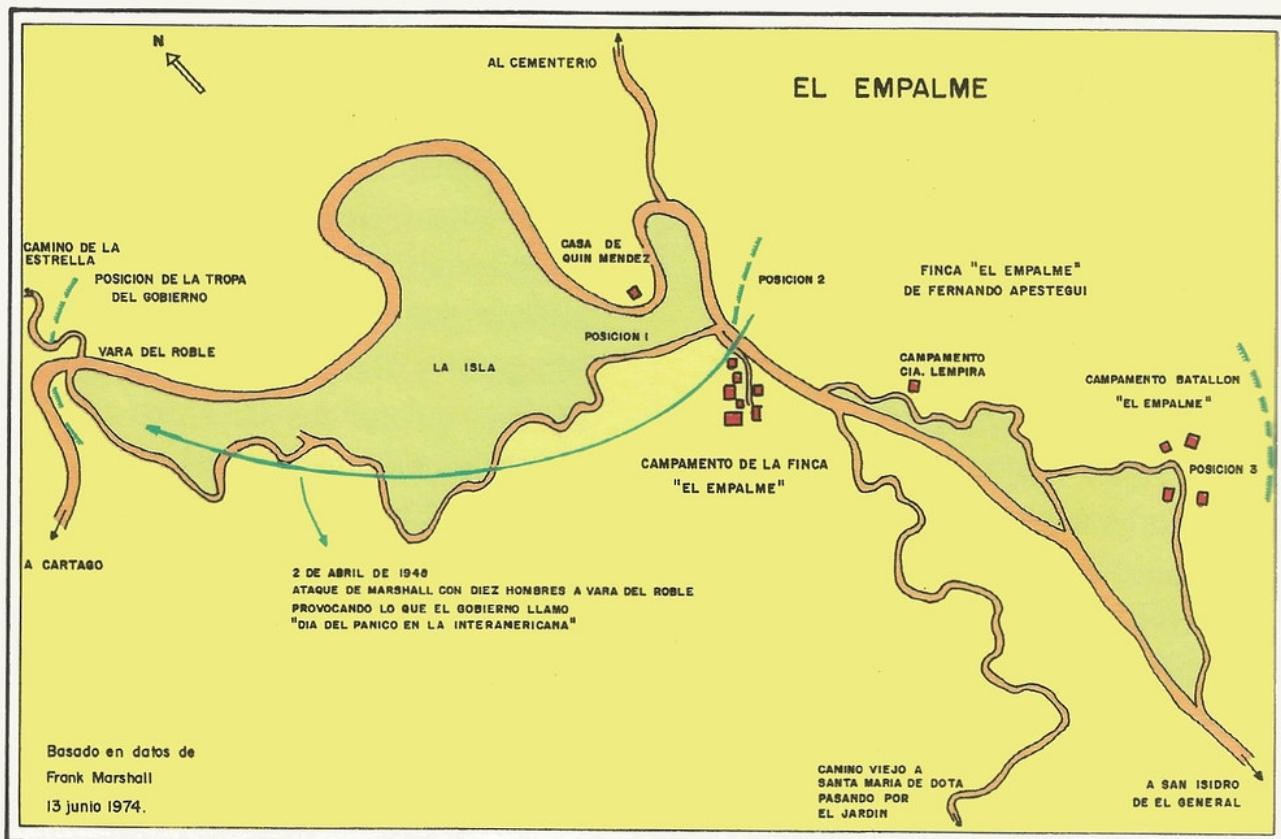
José Figueres Ferrer
Desfile de la Victoria
28 de abril 1948

Anexo 2

Mapas



Fuente: Acuña, M.. El 48. 1974.

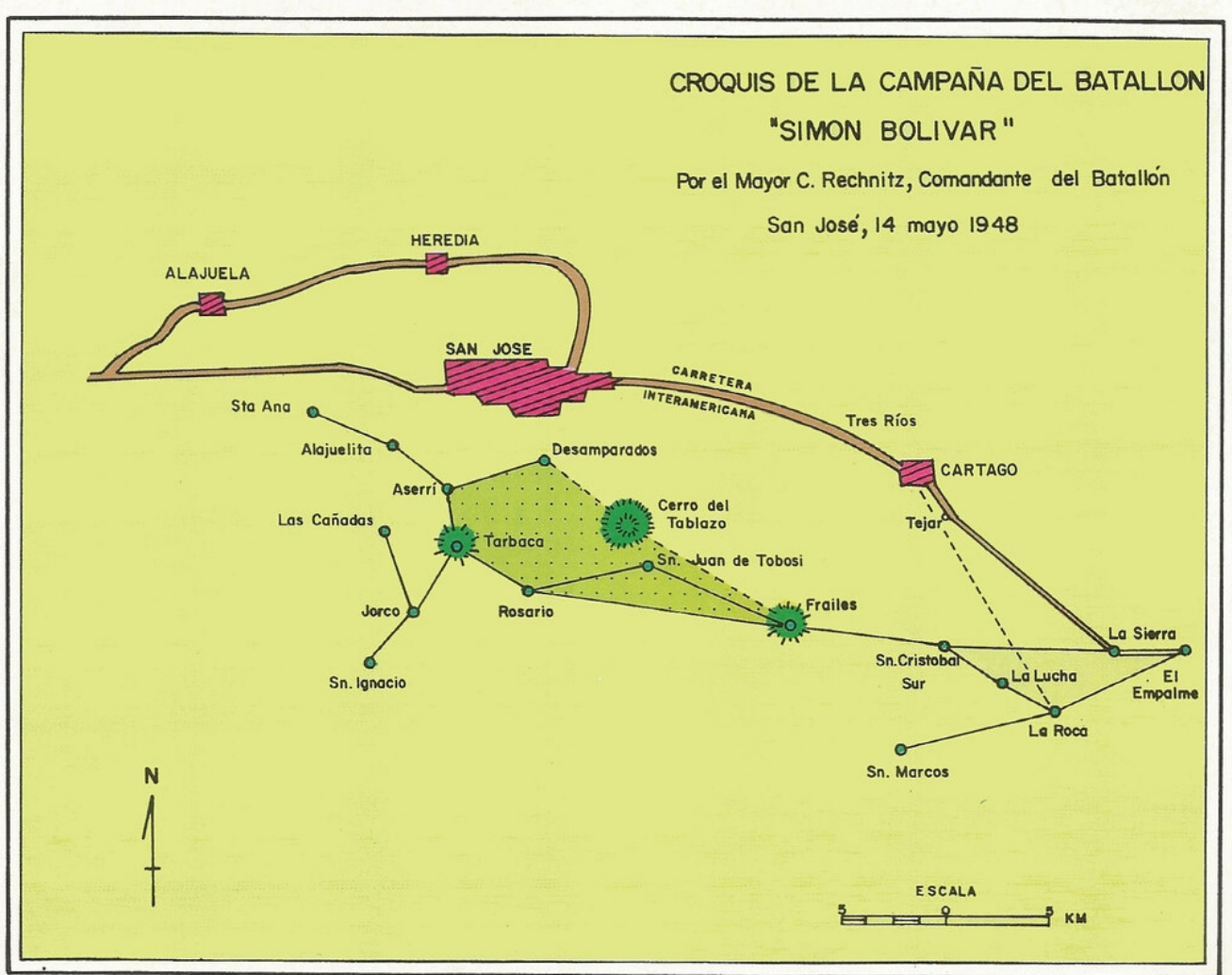


Fuente: Acuña, M.. El 48. 1974.

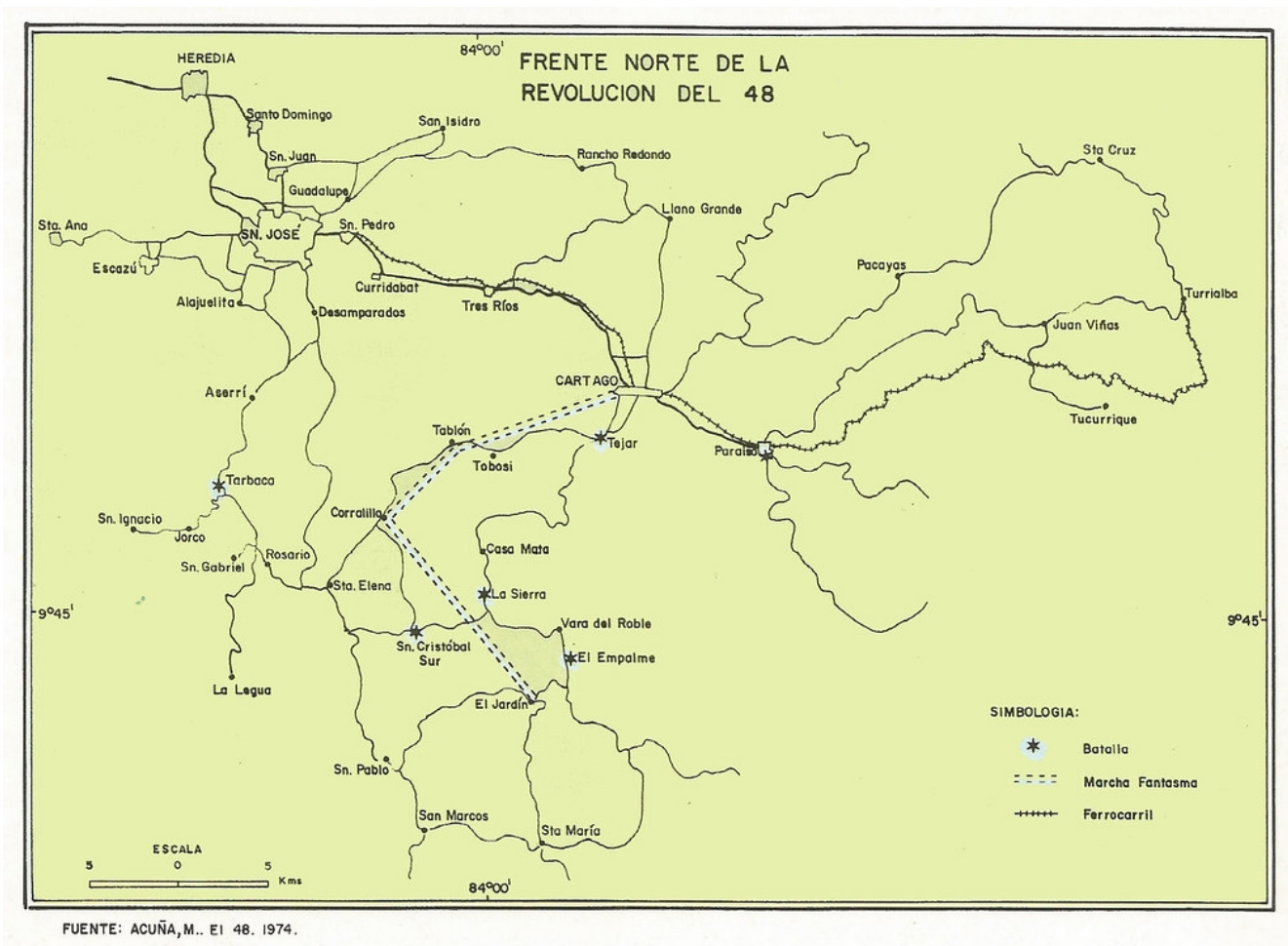
CROQUIS DE LA CAMPAÑA DEL BATALLON
"SIMON BOLIVAR"

Por el Mayor C. Rechnitz, Comandante del Batallón

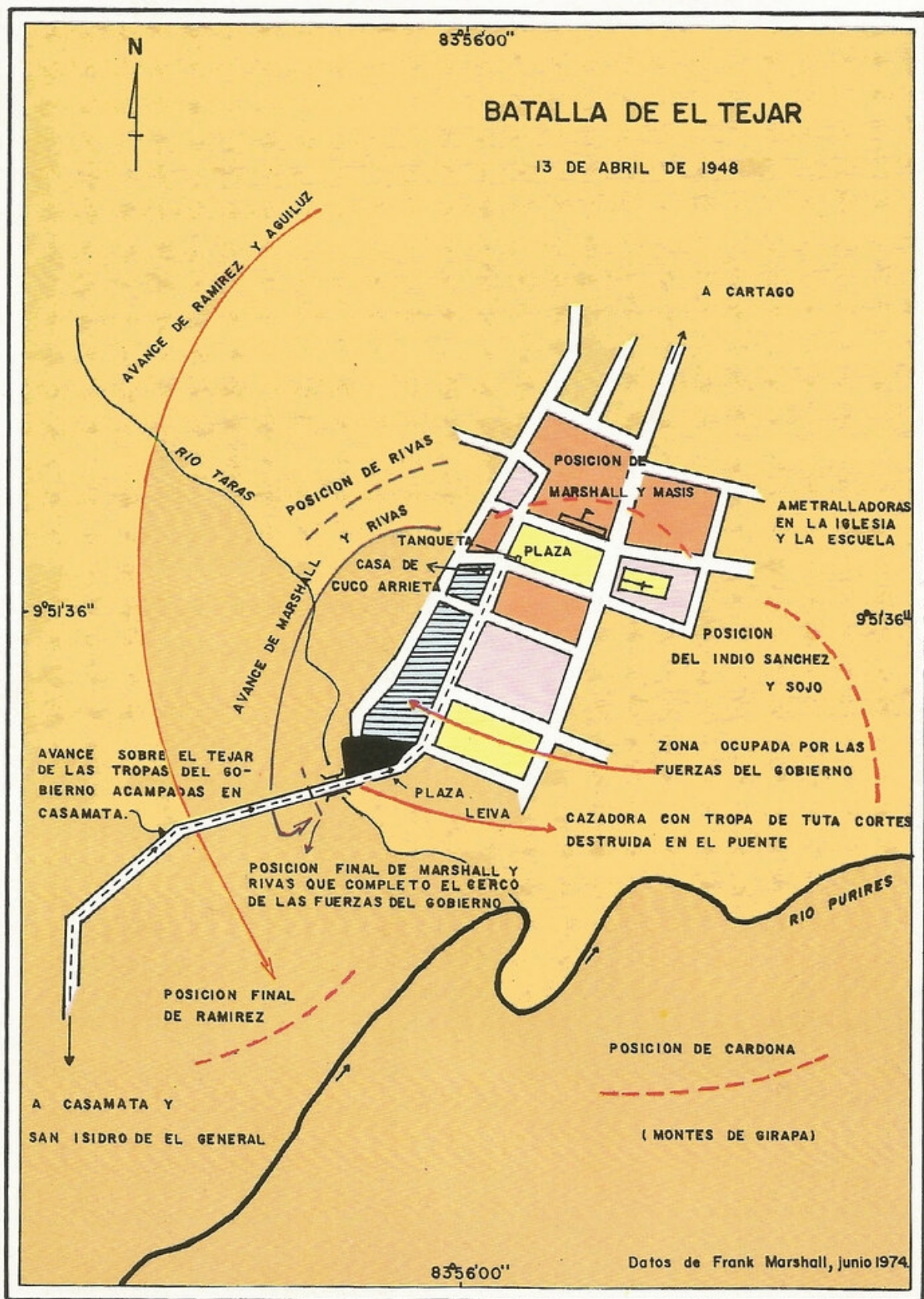
San José, 14 mayo 1948



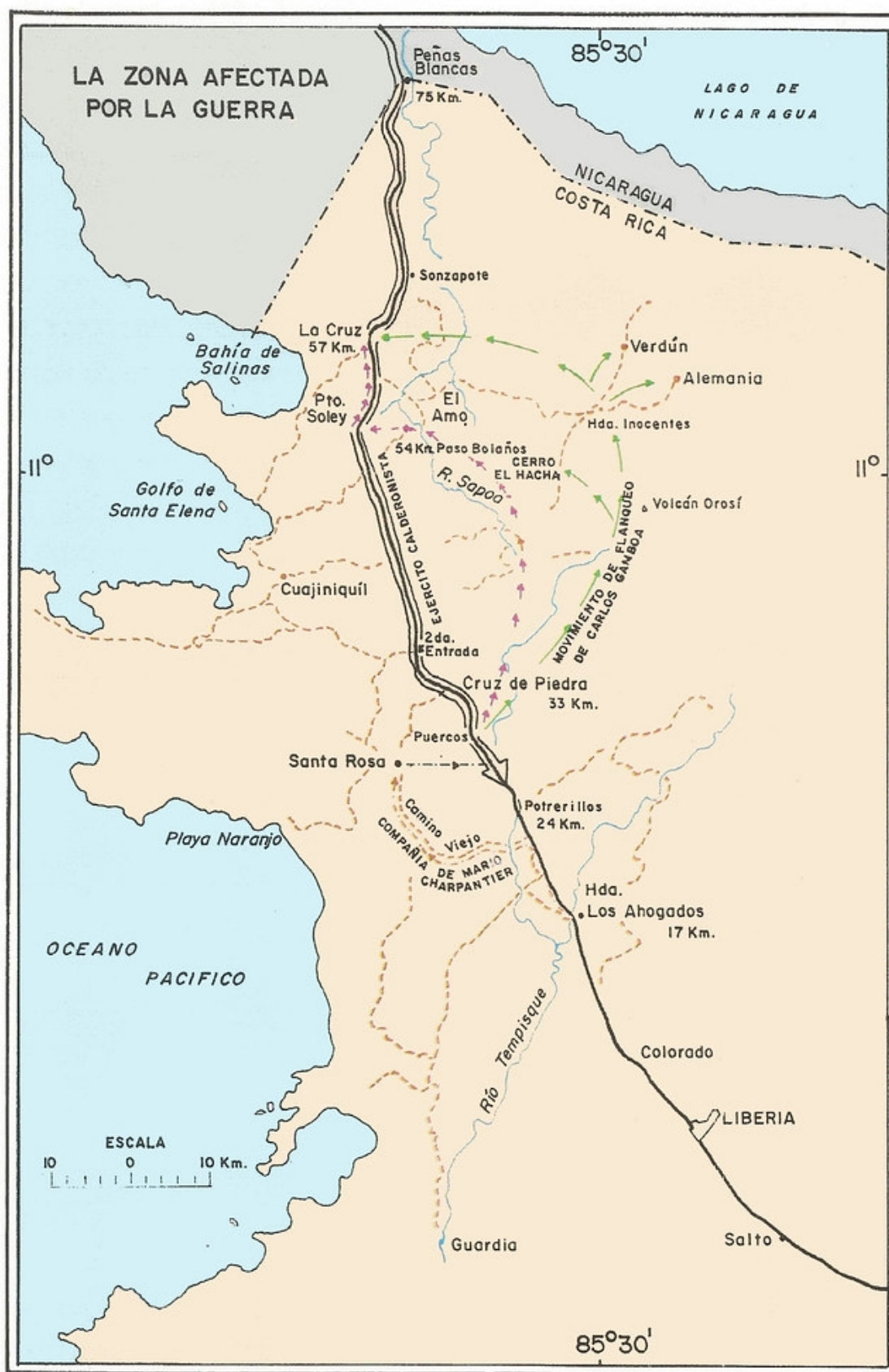
Fuente: Acuña, M., El 48. 1974



Nota: Este frente norte es el del frente sur, no confundirlo con el frente norte de San Ramón y San Carlos.



Fuente: Acuña, M.. El 48. 1974.



Fuente: Acuña, M. "El 55. ¡Te mataron hermano!". 1977.

Anexo 3

Discursos

1. Discurso en Radio América Latina – José Figueres Ferrer (8 de julio de 1942)
El discurso que cambió la historia y le costó el exilio a Figueres.
2. Discurso desde los balcones del Diario de Costa Rica – José Figueres Ferrer (23 de mayo de 1944)
El anuncio del regreso del exilio y la promesa de la Segunda República, con la célebre metáfora de la carreta volcada.
3. Los molinos de Dios – Presbítero Dr. Benjamín Núñez Vargas (6 de marzo de 1948)
Texto de profunda reflexión sobre la justicia y el momento histórico, en vísperas de la guerra.
4. En los funerales de Carlos Luis Valverde Vega – Varios oradores (marzo de 1948)
Palabras de despedida al Primer Mártir de la Segunda República.
5. Discurso del Desfile de la Victoria – José Figueres Ferrer (28 de abril de 1948)
"El nombre de la estrella que nos guíe debe ser, costarricenses, el bienestar del mayor número."
6. Discurso de toma de posesión de la Junta Fundadora de la Segunda República – José Figueres Ferrer (8 de mayo de 1948)
El programa de gobierno de los 18 meses que transformarían el país.
7. Homenaje del Colegio de Médicos y Cirujanos al Dr. Antonio “Tony” Facio Castro – Varios oradores
Reconocimiento al médico y mártir de El Murciélagos.

Discurso en Radio América Latina

El ocho de julio de 1942, apareció en los periódicos un anuncio:

«Al Supremo Gobierno. A Las colonias de las naciones aliadas, a los ciudadanos costarricenses. Invitamos a escuchar el mensaje que hoy a las 7 de la noche, desde la Estación América Latina, dirigirá DON JOSE FIGUERES, desenmascarando la verdadera organización nacional de sabotaje que mina a la República y desvirtúa su acción internacional. San José, 8 de julio de 1942. (f). Francisco J. Orlich. Alberto Martén».

El discurso de don José Figueres, fue el siguiente:

Honorables colonias americana e inglesa, costarricenses:

Bendigamos el sistema de Gobierno que permite a un ciudadano pensar dignamente y expresar su opinión sobre el manejo de las cosas de todos.

Esto es en gran parte conquista de los pueblos de habla inglesa y francesa y es rica herencia del pueblo costarricense. Hoy este pueblo participa en una guerra mundial donde se libran a un tiempo diversas disputas de los hombres; donde va a definirse, empero, una cuestión fundamental; si pueden permanecer sobre la tierra o si van a perecer, la forma de vida y la forma de gobierno que reconocen como lo más sagrado el respeto a la dignidad humana.

Costa Rica milita en el grupo de naciones optimistas en esta gran prueba. Y aquí un costarricense ocupando libremente la tribuna para decir cosas que pueden disgustar a personas y a grupos capaces físicamente de impedir este acto o de tomar represalias, si no mediaran esas grandes conquistas de los hombres, porque hoy se está luchando.

Me siento orgulloso de ser hombre y de ser costarricense. Respiro la atmósfera de las cámaras de Inglaterra, donde ahora mismo, en gravísimos momentos, se pronuncian censuras a Churchill, con independencia y dignidad.

Yo vengo a hablar sobre la situación del momento. Sin embargo, sin idea original, porque cuanto hay que decir se comenta sin cesar en las conversaciones del pueblo, y algunas cosas ya se han publicado. Hay un malestar general, reprimido por diversas consideraciones, contra el Gobierno de la República. El señor Presidente se ha quejado muchas veces por la prensa de que se murmura por todas partes, se llega tal vez hasta la calumnia y nunca se concretan cargos serenamente. Por otra parte el público lamenta que nadie tenga la suficiente confianza en el gobierno para expresar libremente el sentir general, sin temor a represalias y a sinsabores. Creo que yo tengo esa confianza. Yo estoy seguro de que no siento temores. Lo que se dice es esto: La administración pública es deficiente. Que los métodos o los hombres del gobierno, son incompetentes para dirigir al país en tiempos de paz y absolutamente incapaces de conducir la guerra.

Veamos lo que el público dice sobre nuestra actuación en la guerra.

La declaramos a su tiempo, en cumplimiento con el sentir nacional, que era, en nuestra gran mayoría, pro aliado y que desea continuar nuestra vida de instituciones y de derechos. Pero hemos manejado la guerra ineptamente. Tal vez hasta hecho el ridículo ante nuestros enemigos, como ante nuestros aliados. Empezamos por no tener ningún criterio definido en cuanto a las colonias locales de países enemigos.

Este es un problema que no es nuevo en el mundo y los hombres de gobierno debieran haber sabido cómo manejarlo. No dimos jamás garantías a nuestros aliados contra los peligros verdaderos de agrupaciones enemigas tan cerca del Canal de Panamá. Las únicas medidas que se han tomado han sido a instancias directas de la Legación Americana. Y es bien sabido que bajo la política del buen vecino, las legaciones desean intervenir lo menos posible en acciones internas de otros países, a pesar de que somos sus aliados. Y en Costa Rica tenían que intervenir, por la incapacidad de las autoridades locales. Tenemos a nuestros aliados en un estado de inseguridad, como el que se siente en los cuarteles cuando se habla de que hay traidores adentro. Hemos estado lejos de dar toda nuestra entera colaboración.

Con nuestras escasas fuerzas, podríamos al menos haber recorrido nuestras costas palmo a palmo, para sentirnos seguros de que no hay depósitos de aprovisionamiento de submarinos, protegidos de los aviones por las espesas selvas tropicales. Cada uno debe ayudar con lo que tenga.

El Gobierno no procedió a tiempo. Se podrían al menos, haber emplazado algunos pequeños cañones, como dicen que se está haciendo ahora, que ya es tarde. Así pasamos por esta vergüenza de que se metiera un submarino enemigo hasta nuestro mismo puerto de Limón y clavara la puñalada a nuestro huésped en nuestra propia sala. Nosotros somos los responsables, por imprevisión, por desconocimiento de nuestras incumbencias. No podemos esperar que los Estados Unidos organicen, por sí solos, en unos pocos meses, la defensa de todos los puertos y de todas las costas del Continente. Si cada pequeña nación no hace lo que puede, tanto les da tenernos como aliados, como de enemigos. La peor forma de sabotaje es un aliado incapaz.

En protesta contra el hundimiento del San Pablo, que la multitud no puede enfocar ni juzgar cuerdamente, se organizó en San José un desfile la tarde del 4 de julio. Hubo al principio una hermosa manifestación de duelo por los muertos del barco. Luego la gente rompió los vidrios de algunos establecimientos de casas enemigas y la manifestación se dirigió a la Casa Presidencial. Y luego, paso por la pena de decirlo, el señor Presidente cometió los errores que luego ha lamentado tanto en los periódicos y en sus actuaciones posteriores. Cayó en la trampa de un discurso político de un jefe de partido, don Manuel Mora; olvidó las lecciones elementales de sicología colectivas o de sicología de las multitudes; hizo derroche, aunque fuera momentáneamente, de una absoluta falta de prevención práctica de las cosas. Pronunció un discurso de buena fe, que enardeció al pueblo inconsciente y desató la tempestad que no pudo luego contener y la ciudad fue saqueada y la gente destruyó más riqueza pública, porque pública es en esa circunstancia toda riqueza, especialmente la de las colonias enemigas, destruyó riquezas, digo, la gente en dos horas, que la mercadería que perdimos en el San Pablo. En cambio, en los Estados Unidos, se trabajó el cuatro de julio, produciendo riqueza que todos necesitamos. Y ahora todos se lavan las manos. Ni el Partido Comunista tiene la culpa, ni el gobierno tiene la culpa. Yo creo que los dos son culpables, pero más el gobierno, porque es el responsable del orden público que no supo mantener. La peor forma de sabotaje es nuestra propia incompetencia.

Y ya nos apartamos del renglón de la guerra, para entrar en asuntos internos.

Los rumores que preocupan al señor presidente, han llegado a su máximo en estos días. Se dice que el Gobierno está entregado al Partido Comunista. Y se dice que el Gobierno se ha visto obligado a echarse en brazos de ese partido, porque las clases dirigentes y los demás grupos, lo han abandonado en su lucha política contra el partido o los partidos que no son de su agrado. Tal vez sea cierto ese abandono político. Pero el Gobierno no tiene por qué estar haciendo política en vez de limitarse a gobernar, especialmente en los tiempos de guerra. Si el gobierno está en manos del Partido Comunista por razones políticas y si el Partido Comunista tiene que satisfacer, por razones políticas, a las chusmas de

pillos inconscientes, llegamos a la triste conclusión de que esta administración ha entregado el país a esa muchedumbre que saqueó la capital en la noche del 4 de julio.

Veamos las finanzas: todos sabemos que el Gobierno está atrasando pagos. Y nos dicen que es por la guerra. Creen que somos ingenuos. La verdad es que en los dos años de esta administración, las entradas fiscales han sido las más altas de nuestra historia hacendaria. Cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones por año. Digan estas cifras costarricenses y sepan que en años relativamente recientes las entradas de la república han bajado hasta diecisiete millones en un año. Y a este gobierno le han entrado cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones, ¿y cómo empezó la administración? Con siete millones disponibles entre varias cuentas. ¿Y cómo está hoy? Sobregirado entre dos y cuatro millones de colones. ¿Y el saldo en descubierto en la calle? ¡Seis millones de colones!

Paremos. Para describir el desastre hacendario en que nos hemos metido, hay que hablar de millones como de cincos de achiote.

Paremos las cifras por la siguiente razón: es cierto que si este gobierno termina su periodo, le habrá costado al país tal vez cien millones de colones, botados fuera de presupuesto. Pero el daño que habrá sido más grave y que no se puede expresar en guarismos, es el daño moral de corromper al pueblo con manejos irresponsables de los fondos públicos. La función del Gobierno es educar. Otro ejemplo: la langosta, (una especie de chapulín), con dispensa de trámites se hacen pasar por el congreso los proyectos de mayor trascendencia, inmediata o futura, Viene la plaga de langosta que barre los cultivos como un huracán. Y hay calma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley destinando cincuenta mil colones a combatirla. La langosta está en Jorco: primer debate del proyecto. La langosta se comió los frijolares de San Gabriel: segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineo los cafetales de Rosario: tercer debate. La langosta en los Bajos de Bustamante: el Gobierno no sabe qué hacer con los cincuenta mil colones. ¡En Corralillo! El Gobierno no tiene los cincuenta mil colones. Sigán con tarros, espantándola, los dueños de milpas de Colpachí. ¡La langosta se murió de frío en los cerros de El Tablazo! El Gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. Lo que han desaparecido son los maizales. Y lo que debiera desaparecer es el Gobierno.

Esto semeja los cuentos de los humoristas franceses, sobre la inconsciencia de los políticos de París. Esto recuerda las risas de azúcar de la Francia de ayer. Esto presagia las lágrimas de acíbar de la Francia de hoy.

Yo no estoy especulando sobre la teoría de la Relatividad. El caso es que mis peones no tienen maíz, pero disfrutamos de un decreto que fija el precio a un colón el cuartillo. Pónganlo a diez céntimos si la cuestión es de decretos y lo tendremos más barato. Lo que ignora el gobierno, es que ¡con decretos no se hacen tortillas!

O mis peones no tienen zapatos, ni sábanas limpias, ni leche para sus niños, pero el Seguro Social les garantiza una vejez sin privaciones. Señores del Gobierno: ¡acabemos la comedia, asegúrenles a los costarricenses un buen entierro y déjenlos morir de hambre!

En los comienzos del cine parlante, el aparato consistía en un proyector mudo, corriente, más un fonógrafo de discos. Era muy difícil hacer coincidir el sonido con las imágenes de la pantalla. A menudo se quedaba uno atrás del otro. Y a veces el operador se equivocaba y sonaba un disco de versos provenzales mientras se proyectaba un match de boxeo. Hoy en Costa Rica, quien la realidad de las cosas ve, y escucha simultáneamente a los personeros del Gobierno, recibe la misma sensación de

desconcierto. Siempre están tocando el disco que no es. ¡Ahora anda la policía con carabinas para evitar el saqueo del sábado pasado...!Referencia geográfica

Pero señores, el momento no es de risas ni yo soy hombre de lágrimas. Yo no vengo aquí a llorar calamidades ni a mortificar por placer sadista a los hombres del Gobierno, ni a censurar actuaciones ineptas que no tengan, a mis ojos, remedio...

En ese momento la policía interrumpió el discurso. Figueres alcanzó a decir:

...Me mandan a callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse, pero lo resumo en pocas palabras: ¡Lo que el Gobierno debe hacer es irse!

PROCLAMA PATRIOTICA POR LA DEFENSA HEROICA DE LA DEMOCRACIA

Presbítero Dr. Benjamín Núñez Vargas

Discurso pronunciado el 6 de marzo de 1948 a través de la radio, pocos días después que el Congreso de la República anulara la elección presidencial de don Otilio Ulate Blanco. Conocido como “Los Molinos de Dios”.

Costarricense:

Unido espiritualmente a todos los abnegados dirigentes de la Confederación Costarricense de Trabajo «Rerum Novarum» y en nombre de dicha central sindical, considero mi deber hacer llegar a todos los trabajadores de mi país, un mensaje que fije con claridad nuestra posición, en esta hora de dolorosa agonía de la patria, y sirva de vibrante llamamiento a todos los costarricenses al puesto de honor y de servicio, que los intereses del pueblo nos señalan imperiosamente a cada uno de nosotros.

Libertad y Pan

Desde que iniciamos la lucha por la liberación de nuestro pueblo, dejamos constancia de que la redención económica de la clase trabajadora no podía separarse, ni mucho menos contraponerse a su libertad política. Resumimos hace tiempo nuestra actitud en estas palabras: NO QUEREMOS PAN SIN LIBERTAD, NI LIBERTAD SIN PAN. Emprendimos esa lucha, sinceramente convencidos de que en la base de toda reforma social debe estar el respeto absoluto a la dignidad, a la libertad y a la voluntad del pueblo. Partimos del postulado nítidamente cristiano, de que la persona humana no puede ser sometida nunca ni a un régimen injusto de economía, ni a un régimen despótico de política.

De acuerdo con estos principios y atentos a la lucha por la liberación integral del pueblo de Costa Rica, nos hemos mantenido en medio de las situaciones políticas que nos ha tocado afrontar, exigiendo el respeto a las garantías individuales de los ciudadanos, reclamando el derecho que a cada ciudadano asiste, de sustentar aquella opinión política que sea de su agrado, sin que por ello tenga que sufrir persecución o vejamen de ningún género. No hemos cesado de reclamar el respeto a la voluntad popular expresada a través del sufragio, como a una cosa sagrada, y de proclamar la inviolabilidad de la persona humana, que no debe ser atropellada ni por la fuerza bruta, ni por la maquinaria estatal ni por la irresponsabilidad armada con altanería de autoridad.

Estamos convencidos de que, al adoptar tal actitud y sustentar tales principios interpretaremos el sentir del pueblo costarricense, que, por ello, no nos ha escatimado aplausos ni palabras de aliento ni sentimientos de gratitud. Con esa actitud ese pueblo se sentía reivindicado, o en camino de reivindicación, de una burla y de un ultraje, que venía soportando a través de toda su historia política y, especialmente, en los últimos tiempos de gobierno.

Ese pueblo sentía la necesidad de dar expresión efectiva a su justa indignación por el atropello que se venía haciendo, de sus derechos ciudadanos, por parte de políticos inescrupulosos, que habían erigido el engaño y la burla de la voluntad popular en postulado de su lucha ambiciosa por el poder. Ese sentimiento era y es tan profundo en el pueblo de Costa Rica que ese pueblo pone a la par, y aun antes de su lucha por la reivindicación economicosocial, su lucha por la reivindicación política.

Esa aspiración necesitaba una plataforma anchurosa e inconvencible para hacerse oír en todos los ámbitos de la conciencia nacional. La *Rerum Novarum* ha querido ser, y ha logrado ser, parte importante de esa plataforma. Bajo Sus banderas se ha luchado y se continúa luchando por la redención económica de la clase trabajadora de Costa Rica, al igual que por su redención política.

Aspiración nacional

Acaba de terminar una campaña política durante la cual, en más de una ocasión, nosotros presentamos sin ambages nuestro pensamiento y nos permitimos llamar la atención de los políticos y del mismo gobierno, en el sentido que queda expuesto.

El contacto directo con el pueblo nos permitió medir el hondo resentimiento que se había venido acumulando en el alma de la familia costarricense, sobre todo en el alma campesina, hacía el régimen imperante como resultado de una serie de atropellos, que iban desde el insulto insolente al individuo honrado hasta la estafa eleccionaria en escala nacional. Ya se ha hecho por quien debió haber sido hecho el inventario acabado de tales atropellos. Se ha hecho asimismo, en forma contundente, el inventario de la quiebra de las finanzas nacionales en beneficio de unas pocas finanzas particulares. Este fenómeno de deshonestidad administrativa había sido ya calado, con indignación, por el simple ciudadano y, especialmente, gracias a su fuerza de intuición colectiva, por el campesino costarricense.

Tal fue el substrato político y cívico que, como hecho irrefutable, ha dado sentido a la participación del pueblo en la lucha eleccionaria que acaba de terminar. Ese pueblo -y damos a ese término no un sentido clasista sino su más amplia significación social- venía anhelando un cambio de personas en los cuadros administrativos y, lo que era más importante, un cambio en la actitud ética en la administración pública. Exigía un cambio de régimen hacia un gobierno ejercido por hombres que teniendo sus miradas fijas tan sólo en el bien nacional, fueran capaces de restaurar el decoro de la República, levantar la dignidad ciudadana, reconstruir sobre bases de sólida honradez las finanzas de la nación y poner en movimiento la capacidad productiva de todo el país, procurando abundancia de bienes para todos, en una justa y equitativa distribución de la riqueza nacional.

No era preciso realizar unas elecciones para saber que esa era la máxima aspiración de la inmensa mayoría de los costarricenses. Bastaba con inclinarse sobre el pecho de ese pueblo para saber que eso era lo que ese pueblo deseaba, que eso era lo que pedía, y que eso era lo que precisaba darle.

Un veredicto inapelable

Estamos ahora del lado acá de un plebiscito popular que definió, en forma irrecusable, la voluntad nacional. Estamos del lado acá de un fallo, el más autorizado dentro de nuestro sistema institucional el del Tribunal Nacional Electoral. Ese fallo ha dado una consagración jurídica inapelable al veredicto popular.

Desde el poder, se están invocando excusas técnico-administrativas y se están tejiendo alegatos leguleyescos para resistirse a aceptar la esencia de ese veredicto. Piden resignación de un pueblo a una arbitrariedad criminal, alegando la necesidad de mantener la tranquilidad y la paz. En verdad ellos están invitando a una tragedia nacional de dimensiones incalculables. Están declarando la guerra a un pueblo, pacífico sí, pero altivo e intolerante ante un atropello más a su voluntad.

Declaramos que el resultado final del plebiscito, ahora consagrado por el Tribunal Supremo de Elecciones constituye la afirmación irrefutable de la voluntad de un pueblo, que exige un cambio de

hombres de gobierno y nuevos rumbos en la conducción de la nación. Ese veredicto ha de ser defendido, a costa de cualquier sacrificio, en nombre de Dios y en nombre de la Patria.

Las raíces fundamentales de nuestras instituciones democráticas y de nuestra libertad surgen necesariamente de la vigencia de la libertad para escoger los gobernantes.

Estamos en actitud de decidido apoyo a la voluntad popular que expresa una de las aspiraciones más palpitantes e imperativas de los costarricenses. Cualquier atentado contra esa voluntad, aunque sea perpetrado por una fracción del Congreso Constitucional, lo consideramos como un atropello a la voluntad popular y lo denunciaremos como un crimen contra el pueblo y contra la Patria.

No estamos ya ante una causa de cortos alcances políticos electorales. Estamos frente a una causa nacional que debemos respaldar porque se trata de la acción nacional dirigida contra todos los errores de un régimen que el pueblo ha venido repudiando y que ahora se ha decidido a liquidar definitivamente. En esa causa encontramos, honrada y decidida, el alma del campesinado costarricense que ha sido durante largo tiempo humillado por el cintarazo del gendarme asalariado o del comunista exaltado.

En esa causa encontramos el grito de protesta reprimido en el fondo del pecho abatido de tanto costarricense, que ha venido soportando una persecución inmisericorde de todo género por el crimen de juzgar que era preciso poner coto a los desmanes y errores del régimen imperante. Es el grito de protesta de un pueblo que ha visto ultrajadas, en cierta ocasión a sus mujeres, maltratados a sus estudiantes, conculcados sus valores cívicos y hasta desnaturalizados sus valores religiosos.

Es el grito de indignación de la soberanía nacional atropellada por la presencia y por la intervención activa y alevosa, en nuestra vida nacional de militares o aventureros extranjeros. A ellos llegaron a entregarse los instrumentos de seguridad que debieran servir para proteger la tranquilidad ciudadana pero que en esas manos mercenarias vinieron a ser azote para los costarricenses honrados y garantía para desalmados enemigos de la Patria.

Es una causa que, basada en la justicia, debe ser defendida como se defiende la conciencia de un pueblo y la majestad augusta de la patria.

La Paz, fruto de la Justicia

La hora de la Patria es grave. Negros nubarrones se ciernen sobre nuestros hogares y sobre nuestros campos.

De un lado está un grupo político en posesión del poder y, por consiguiente, de armamentos y recursos gubernamentales, empeñado en continuar el régimen que el pueblo desecha; y por otro lado, ese pueblo, esparcido por sobre todo el suelo costarricense, profundamente convencido de la justicia de su causa y heroicamente decidido a no permitir una injusticia más.

Con la razón de la fuerza militar se quiere convencer a ese pueblo de que, por amor a la paz y por la armonía nacional, ha de deponer su tenaz empeño, renunciar a todos sus derechos cívicos y arriar su bandera de justicia. Así se piensa salvar la paz a costa de la justicia. Esa no sería una paz verdadera, sino una sumisión humillante, una paz de cementerio. La paz que impone la fuerza bruta al encadenar la razón y el derecho.

El Papa Pío XII tiene en su escudo pontificio la siguiente inscripción: «LA PAZ ES OBRA DE LA JUSTICIA». Este y no otro es el concepto de paz que arranca de la entraña del cristianismo. El pueblo de Costa Rica quiere paz pero no puede en ninguna forma permitir que el precio de esa paz sea la renuncia a sus derechos y el sacrificio de su soberana voluntad, base de la dignidad nacional. Referencia geográfica

Los molinos de Dios

Lamentamos muy sinceramente el luto y el dolor, que han caído en los hogares de uno y otro bando político. De ese luto y ese dolor hacemos responsables a los hombres que se empeñan en no hacer honor en la justicia a la voluntad de todo un pueblo.

No podemos escapar a la historia ni al Señor de la historia.

La historia está movida no por fuerzas mecánicas sino por fuerzas espirituales y morales, que pueden tal vez tardar en su cumplimiento, pero nunca fallar. El pueblo lo dice con su sencilla sabiduría: los molinos de Dios muelen despacio, muy despacio, pero fino, finito. No podemos escapar a la historia, que nos da una cita que no podemos eludir.

En otros términos, creemos en la Providencia de Dios que dirige los destinos de las naciones y de los pueblos y que enjuicia a su tiempo a aquellos poderosos y a aquellas clases dirigentes que, abusando de su posición y de su fuerza, maltratan a los pueblos y quebrantan la justicia. No podemos escapar a la historia porque la mirada de Dios la cubre toda entera. Anatema popular ¡y anatema eterno! a los que se burlan de los pueblos y atropellan su conciencia.

Responsabilidad de los líderes comunistas

Queremos aprovechar esta oportunidad, para señalar la enorme culpabilidad que pesa sobre aquellos líderes de la clase trabajadora, que se entregaron al servicio de los intereses del comunismo, por la traición que han cometido contra el pueblo de Costa Rica. No han tenido, dichos líderes, la entereza de auscultar la conciencia de ese pueblo y obedecer su mandato y su voluntad.

Alegan esos líderes que el pueblo es inconsciente e incapaz de marcar por sí mismo los derroteros que lo conduzcan a la felicidad, se creen iluminados y únicos, capaces de saber lo que al pueblo le aprovecha y lo que no le aprovecha, reclamando para sí el privilegio merecido de dirigir a su arbitrio los destinos del pueblo.

Se dicen promotores de la redención económica del pueblo y en nombre de esa redención que nunca logran, le niegan a ese pueblo la libertad, el derecho de pensar y el derecho de tener un gobierno que sea del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Por eso el pueblo de Costa Rica, y especialmente el campesinado costarricense, los repudia. El comunismo no podrá, aunque lo haya pretendido, ser director y defensor de la clase trabajadora costarricense, porque no han tenido sus representantes el valor necesario de armonizar la redención económica con la libertad política de nuestro pueblo. Este error es para el alma nacional toda una traición y engendra para los que lo cometieron, el repudio que se guarda a los traidores de una causa.

Nosotros estamos dispuestos a colaborar con toda persona sincera que, respetando a nuestro pueblo, quiera luchar por su mejoramiento económico y social. Pero, interpretando a ese mismo pueblo,

estaremos siempre decididamente contra el comunismo y contra cualquier intento, abierto o solapado, de implantar en nuestro suelo dictaduras de cualquier carácter, de caudillismo criollo, de autocracia de corte totalitario soviético.

Honor a Monseñor Sanabria

Hemos de hacer un aparte, en este manifiesto, para rendir homenaje de admiración y gratitud al señor Arzobispo, Monseñor Víctor Sanabria, por la noble y patriótica actuación que ha desplegado en servicio del pueblo de Costa Rica, en estas horas de inquietante angustia nacional. Es el mismo prelado que a su hora levantó la voz para respaldar los esfuerzos de reforma social, las demandas de una vida mejor, y la redención económica social de este pueblo. Es el mismo que ahora, en servicio de la justicia y del derecho, sale a salvaguardar la dignidad nacional y la dignidad de la persona humana. Gloria a ese prelado y gratitud infinita a sus desvelos y sus afanes por este pueblo que es su pueblo.

Hora de sacrificios

No sabemos a qué sacrificios nos ha de conducir la defensa de la dignidad de nuestro pueblo. Pero no podremos sustraernos a ninguno de ellos, por más heroico que sea.

Sospechamos que en esta lucha, que es lucha por la justicia y la libertad, tendrá que enfrentar el pueblo pruebas muy duras. Pero de esas pruebas ha de salir ese pueblo nimbado de heroísmo, con tanta madurez de carácter y tanta entereza de espíritu, que será capaz de construir un orden social en el que cada hombre, cada mujer y cada niño puedan vivir decentemente, porque será un orden social precedido por la justicia, enaltecido por la libertad y consagrado a la dignidad humana.

Vendrá la victoria

Nunca están los pueblos más cerca de su redención que cuando han descendido al punto más hondo de sus humillaciones y de sus sacrificios. Dicen con sabiduría nuestros campesinos que la noche se torna más oscura momentos antes de la aurora. No hay un solo invierno que no este seguido de una bella primavera y no hay un Viernes Santo que no vaya seguido de un florido Domingo de Pascuas.

Vivamos esta hora de aterido invierno, con absoluto apego a la justicia y encendamos, en esa hora de prueba, el amanecer glorioso de una patria mejor para un pueblo libre.

Abrevemos nuestro espíritu en las fuentes del deber durante este Viernes Santo y matando dentro de nosotros todo el egoísmo, toda la mezquindad y toda la ruindad, que forman escoria en nuestras vidas, demos paso a una florida resurrección del alma nacional, forjada por espíritus renovados, por corazones purificados y por voluntades reformadas.

Miremos con serenidad hacia el futuro y pongamos del lado de la justicia todo lo que somos, a fin de que Dios ponga del lado de nuestra causa todo lo que El puede.

En los funerales de Carlos Luis Valverde Vega

Revista Médica de Costa Rica, No. 167, marzo de 1948.

Discurso pronunciado por el Dr. Antonio Facio U. en nombre del Hospital San Juan de Dios

Señores:

Sin lamentos ni lloros depositamos en este que desde ya es un nuevo santuario de la patria, un cuerpo que viene a estremecer la tierra costarricense con el grito de vida que llevan en sus adentros las semillas de los robles centinelas colosales de la selva. No estamos delante de un cuerpo frío que la tierra consume y borra: estamos delante de un héroe de vida inextinguible por eterna en la conciencia de todo un pueblo, que ahora depositamos en el suelo de la patria para que germine hacia los años que vienen y sea mañana, como Washington, como Juárez, como Juan Rafael Mora, como Ricardo Moreno Cañas, lámpara viva que guíe a los hombres a las metas de bienestar y civilización que nos han robado las fuerzas del mal.

Este no es un funeral, señores: es una epopeya. No tenemos en los brazos un cuerpo sin vida: traemos un haz de rayos, comienzo de una aurora que salve a la patria de futuras caídas y la eleve a las alturas en que el mundo la vio con amor y admiración.

Juan Rafael Mora, civil y valeroso; Ricardo Jiménez Oreamuno, Cleto González Víquez, patricios ejemplares; Ricardo Moreno Cañas, valiente y severo; aquí viene un compañero vuestro a resguardar con vosotros el honor de la patria: salid a recibirlo, y dadle su puesto de primera fila, con vosotros que sois cimiento incommovible de la tierra costarricense.

Discurso pronunciado por el Dr. O. Martínez N., en nombre del Colegio de Médicos y Cirujanos

Señores:

La emoción no necesita palabras. Ella tiene por sí sola la elocuencia necesaria para expresar un gran dolor; y los grandes dolores son como las conmociones subterráneas, que estremecen la tierra y raras veces lanzan al espacio las ígneas erupciones de los volcanes.

Yo quiero que las pocas frases que el deber me obliga a pronunciar ante el cadáver de un dilecto compañero profesional, el Dr. don Carlos Luis Valverde, no tengan otro tinte que el de la más infinita tristeza. Tristeza por la desaparición del cirujano eminente, cuya muerte hace perder al país uno de sus mas aquilatados valores. Tristeza, incommensurable por lo que significa para Costa Rica Ja forma en que esa muerte ha sido consumada.

Que el recuerdo de esta gloriosa vida juvenil que se ha hundido en la eternidad, sea estímulo y guía permanente de los que aun continuamos en esta ingrata lucha de la vida.

Que así sea.

Discurso pronunciado por el Lic. don Juan Bautista Ortiz, en nombre del Colegio de Farmacéuticos

El Dr. Carlos Luis Valverde ha sido asesinado cobardemente con las balas asesinas de un gobierno que ha puesto la fuerza pública al comando de mercenarios. Su cuerpo venimos a entregarlo a la Madre Tierra cumpliendo con un deber sagrado para nosotros, los que tuvimos la dicha de compartir con él su lucha titánica en pro de las libertades patrias. Pero su espíritu de luchador infatigable, múltiple de facetas, vivirá con nosotros eternamente como símbolo de las juventudes.

Costa Rica por medio de su pueblo viril y valiente ha decretado el duelo nacional. Uno de sus máximos valores ha sido abatido por las armas del oficialismo, su ejemplo será una antorcha de la juventud en todos los aspectos de la vida.

El destino de los pueblos ha sido formado a través de la historia por la lucha de batalladores infatigables en constante acecho por la defensa de las Instituciones Democráticas; aquí en nuestra querida Costa Rica se reinicia, en su segunda etapa, con el sagrado sacrificio de un ciudadano ejemplar que ofrendó su vida por la República.

Como médico e insigne cirujano supo consolar al enfermo, como hombre público en sus diferentes actuaciones dirigió con energía y decisión la defensa de las libertades patrias hasta convertirse en héroe nacional. De la amistad hizo un culto, cuya característica fue la lealtad. Padre ejemplar, esposo delicado que supo convertir su hogar en un santuario. La trayectoria de su camino por la vida es la de un hidalgo caballero que empuñó su espada para librar batallas en pro de la beneficencia pública satisfaciendo su generoso corazón; en bien del Cuerpo Colegiado a que pertenecía levantando el nivel de la moral profesional y ayudando a la ciencia con sus sabias experiencias: su magnífico afán por suprimir las lacras de la sociedad constituidas por los regímenes totalitarios.

Nuestro Colegio de Farmacéuticos pierde con la desaparición del Dr. Valverde uno de sus mejores amigos, que supo con sus sabios consejos y su magnífica colaboración defender y orientar al Cuerpo colegiado.

En nombre de mi colegio, cuya representación honrosa e inmerecida para mí, y en mi propio nombre, he venido a cumplir un deber y al depositar sus restos en su última morada le digo a Carlos Luis, mi dilecto amigo, que cuando me falten las fuerzas para la lucha invocaré su recuerdo y seguro estoy que podré seguir adelante. Descansa en paz.

Discurso pronunciado por el Lic. don Fernando Alfaro Iglesias, en nombre de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

Con ánimo recogido, con emoción dolorosa y profunda, vengo a rendir, en nombre de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, un postrer homenaje al eminente galeno y esclarecido ciudadano, doctor Carlos Luis Valverde Vega.

En el bien tallado diamante de su espíritu lucieron múltiples facetas, y la trayectoria ejemplar de su vida se caracteriza por su austera moral, por su devoción a la ciencia, por su celosa vigilancia en defensa de los elevados intereses de la República, por su condición de jefe dignísimo de un hogar que fue un santuario, por su recia contextura que jamás le permitió transigir con los enemigos del bien y de la verdad. Varón de acendrado civismo, de claro y definido pensamiento democrático, de extraordinaria lealtad con su propio espíritu, siempre inflamado por el amor a su Patria, sacrificó su vida por dar vida y realidad a los principios e ideales por él alentados.

La Facultad de Derecho, que desde sus cátedras ha querido formar en sus jóvenes estudiantes una conciencia social y política; que ha tratado de imprimir en ellos, a la luz de las disciplinas jurídicas, un pleno sentido de responsabilidad ciudadana, encontrará siempre, el exaltar las virtudes de este gran costarricense, una enseñanza luminosa y viva para sus alumnos.

Por ello, y por lo que esta pérdida irreparable significa para nuestro país, vengo a expresar con vehemencia, con todas las fibras de mi espíritu, la solidaridad de la Facultad de Derecho en este gran dolor nacional y su mensaje de fraternal condolencia para el Colegio de Médicos y Cirujanos de la República y para la angustiada familia del ilustre desaparecido.

Y creo que el mejor homenaje que podemos rendir al Doctor Valverde Vega es el que él mismo hubiera querido: Profesión de fe en sus principios y en sus ideales y actitud varonil de rebeldías frente a las fuerzas negativas que amenazan destruir esos ideales y que ensombrecen, hoy más que nunca, el cielo de la Patria.

Discurso Desfile de la Victoria

José Figueres Ferrer

En nombre de los soldados del Ejército de Liberación Nacional, saludo al pueblo de Costa Rica. También en nombre de todos los no combatientes que a este lado de las líneas de fuego nos prestaron ayuda material y espiritual, en toda la extensión de Costa Rica.

Rindamos ante todo, un homenaje a los dos muertos más ilustres de la presente epopeya nacional: don León Cortés Castro y el doctor Carlos Luis Valverde Vega. Un homenaje también a todos aquellos muertos de la primera etapa de la contienda, como los de Llano Grande de Cartago y Sabanilla de Alajuela. Esos son muertos de una batalla librada durante varios años, durante los cuales el pueblo de Costa Rica no había podido responder adecuadamente, a pesar de que la guerra había sido declarada por los usurpadores. Un homenaje a los caídos de nuestro lado durante la última intensa campaña, ya fueran soldados del Ejército de Liberación Nacional o voluntarios heroicos que en todo el país se batían. Un homenaje también a los pobres mariachis que fueron víctimas de una dirección monstruosamente irresponsable.

Yo quiero elogiar una vez más, ante los Oficiales y soldados del Ejército Nacional, las cualidades de disciplina y austeridad que mil veces recomendé en la campaña y que tanto contribuyeron a darnos la victoria.

Soldados: Nada nuevo hemos hecho. Nada verdaderamente nuevo se puede hacer en el mundo. Estamos siguiendo un camino trillado, tal vez de siglo en siglo, por todos los fundadores de las naciones. Tampoco podemos decir nada nuevo. Por eso pido que hagamos nuestra una máxima ya conocida como uno de los axiomas de América: «Las armas os han dado la victoria; las leyes os darán la libertad».

Por eso considero que es providencial para Costa Rica en estos momentos, en una función o en otra, pero siempre actuando como manto protector sobre la patria, la presencia de don Otilio Ulate. No suelo hablar sin fundamento. Soy el peor político que existe. La presencia de don Otilio Ulate representa en este momento, para los costarricenses, una doble garantía: primera, porque él, es un digno representante de la República de don Cleto, de la Primera República. Segundo, porque su juventud física y mental y su cultura, son una promesa de que en este momento de honda transformación nacional, no van a detener lo inatajable en Costa Rica y en el mundo: el carro del progreso.

En primer lugar nosotros debemos ver que no se sacrifique nada, en la Segunda República, de lo mucho bueno que tuvo la primera. Muy en especial debemos heredar dos joyas preciosas, que fueron pulidas con paciencia y con el tiempo mediante el trabajo sapientísimo de varones ilustres. Ambas joyas son de igual valor, aunque se menciona más a menudo una que la otra.

Me refiero, costarricenses, al derecho del sufragio electoral y a la independencia del Poder Judicial. Esas dos prendas tienen entre sí la relación curiosa, de que cuando un país se degenera, la del sufragio es la primera que se pierde. La otra, la majestad de la justicia, tras un largo proceso de derrumbe de valores, viene a ser la última perdida. En Costa Rica la descomposición ya estaba llegando a esta etapa final, cuando vino la guerra salvadora.

En cuanto al carro del progreso, debo advertir que tiene un parecido notable con la campaña guerrera que acabamos de librar. Todos mis compañeros recuerdan que hubo un factor que siempre les

recomendé y que todos me ayudaron, con la mayor comprensión a realizar. Ese factor decisivo en las empresas de los hombres, es sencillamente el cuidadoso planeamiento.

En la guerra ese planeamiento es relativamente sencillo. Teníamos una meta general que iluminaba toda la estrategia y que nos guiaba en todo. Ese objetivo general era doble: primero: alcanzar la victoria total en vez de sólo pequeños triunfos aislados como algunos insistentemente me recomendaban.

Segundo: reducir al mínimo posible el número de bajas nuestras. Dentro de esa orientación integral, cada operación se hacía objeto de un plan y de muchos subplanes. No se daba la batalla sino después de intensa deliberación cuando todo estaba maduro y listo.

En la reconstrucción nacional que ha de conducir a la fundación de la Segunda República, el problema es mucho más complejo. Debe haber en primer término, una filosofía que sea la que ilumine el camino. Luego deben venir los planes técnicos, en todas las ramas de la administración, guiados todos por una idea central y por el más elevado espíritu patriótico. Esos planes deben ser un poco más ambiciosos de lo que podemos alcanzar.

Todos sabemos que las estrellas no se alcanzan con la mano, pero todos debemos convenir en que los hombres y las naciones, necesitan saber con exactitud a cuál estrella llevan enganchado su carro, para poder discernir en las encrucijadas del camino cuáles sendas conducen adelante, cuáles son simples desviaciones y cuáles los arrastran hacia atrás.

Yo deseo decir a los costarricenses cual es, en el sentir de los soldados que hoy bajamos de la montaña, la estrella luminosa que debe guiar en adelante nuestro carro: la estrella de la Segunda República. Voy a expresar el pensamiento en una frase final. Esa frase carece de toda hermosura literaria. Tal vez yo podría, bajo el influjo inspirador de los héroes aquí reunidos, encontrar en mi alma una lira y arrancarle una nota de poesía que fuera digna de la grandeza del momento. Pero en vez de una frase que deleite el espíritu de Costa Rica, les voy a entregar unas palabras que pongan ese espíritu a pensar. Ojalá que ustedes se vayan de aquí pensando. Ojalá que algún día lleguen a la conclusión de que esa modesta sentencia, compensa con su grandeza su carencia de hermosura. El nombre de la estrella que nos guíe, debe ser, costarricenses, el bienestar del mayor número...

Discurso Toma de Posesión Junta Fundadora de la Segunda República

José Figueres Ferrer

Discurso Toma de Posesión

Casa Amarilla, 12 horas del 8 de mayo de 1948, con asistencia del candidato electo don Otilio Ulate, invitados especiales, miembros del Ejército de Liberación Nacional, el Cuerpo Diplomático y la prensa nacional y extranjera.

Senor Presidente:

Tenemos el honor de recibir de vuestras manos el Gobierno de la República. Nos complace reconocer el acierto con que habéis sabido conducir al país en momentos tan difíciles como estos en que os ha tocado gobernar. Os agradecemos, en nombre de la Patria, vuestras actuaciones así como los conceptos del mensaje que acabáis de leer.

Conocedores de vuestro manifiesto hecho al país el primero de mayo, en el cual expresabais vuestra intención de depositar en nosotros el poder, hemos considerado oportuno dirigirle a la nación las siguientes declaraciones:

Nosotros, José Figueres Ferrer, Alberto Martén Chavarría, Fernando Valverde Vega, Raúl Blanco Cervantes, Francisco José Orlich Bolmarcich, Edgar Cardona Quirós, Bruce Masís Dibiassi, Gonzalo Facio Segreda, Uladislao Gámez Solano, Secretarios y Sub Secretarios de Estado durante el ejercicio constitucional de la Presidencia de la República por el Ing. don Santos León Herrera, al finalizar hoy este periodo y ante la anormalidad jurídica y política producida por la anulación que hizo de las elecciones de febrero último el Congreso Legislativo, rompiendo el orden constitucional, recibimos de manos del Sr. León Herrera el Gobierno de la Nación como depositarios del poder público y hacemos juramento solemne al pueblo de Costa Rica de restituirle su vida constitucional, conforme al siguiente planteamiento: Política

1. Nos constituimos en este acto en asocio de los señores Presbítero Benjamín Núñez Vargas y el Licenciado Benjamín Odio, en Consejo de Gobierno Provisorio de la Nación y ejecutaremos esas funciones con el nombre de Junta Fundadora de la Segunda República.

2. Actuará como Presidente de la Junta, don José Figueres Ferrer y, como Ministros, sus otros miembros.

3. Inmediatamente tomaremos las siguientes disposiciones, por Decretos:

a. Restablecimiento de las Garantías Individuales y sociales que el interés y la dignidad de la República demandan.

b. Reorganización del Poder Judicial, haciendo recaer los nombramientos respectivos, en jurisconsultos sabios y honorables.

c. Nombramiento de una comisión de juristas, economistas y técnicos en los diferentes ramos de la administración pública, para que redacte un proyecto de Constitución que responda a las necesidades actuales del país.

d. Convocatoria a elecciones de una Constituyente, que emita una nueva Carta Fundamental.

e. Depuración del Registro Electoral dentro de la mayor brevedad.

4. El periodo de propaganda para la elección de Constituyente, comenzará el 8 de noviembre de este año. Las elecciones se efectuarán el 8 de diciembre. La Asamblea Constituyente se instalará el 15 de diciembre de este mismo año de 1948.

5. La duración de las funciones de la Junta Fundadora de la Segunda República, será de 18 meses, a partir del 8 de mayo en curso, siendo prorrogables sus poderes por 6 meses más, mediante consulta a la Asamblea Constituyente.

6. Durante el periodo de gobierno, la Junta se empeñará en la reorganización administrativa que los costarricenses ansían desde hace tiempo, especialmente después del caos de los últimos ocho años, que hizo necesaria la Guerra de Liberación Nacional.

7. La Junta Fundadora de la Segunda República deja constancia ante la historia de que, en las elecciones presidenciales verificadas el 8 de febrero de 1948, fue legalmente electo Primer Magistrado de la Nación, don Otilio Ulate Blanco y que a este le fue arrebatada su credencial de modo arbitrario, por el congreso, al declarar nulas las referidas elecciones.

A fin de que el pueblo de Costa Rica vierta su veredicto final, la Junta pedirá a la Asamblea Constituyente que ratifique la elección de don Otilio Ulate por un período de cuatro años, si a bien lo tuviere.

8. La Junta de Gobierno mantendrá la vigencia de los tratados y pactos internacionales suscritos y ratificados por los gobiernos anteriores y estrechará los lazos amistosos que la unen a las demás naciones del mundo.

9. Al finalizar nuestro periodo de Gobierno Provisorio y al hacer entrega de los poderes públicos a un nuevo gobierno constitucional, se disolverá esta Junta.

Homenaje del Colegio de Médicos y Cirujanos al Dr. Antonio “Tony” Facio Castro

El día 25 de Junio de 1949 a las 10 horas el Colegio de Médicos y Cirujanos de la República le rindió un homenaje con la colocación de su retrato en el Salón especial de la sede del Colegio, en que asistió el cuerpo médico de la capital y de provincias y distinguidas personalidades de nuestro mundo científico, político y social.

Los discursos que a continuación insertamos fueron pronunciados:

*Discurso del Dr. Antonio Peña Chavarría,
Director del Hospital San Juan de Dios.*

El Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica tiene el honor de descubrir hoy el retrato de uno de sus miembros más distinguidos; el Doctor don Antonio Facio Castro. Referencia geográfica

Ya tenemos en este Salón una galería de retratos de médicos mártires. A las efigies de Ricardo Moreno Cañas, de Carlos Manuel Echandi, de Carlos Luis Valverde y de Jaime Tellini el fervor patriótico de los colegas ha levantado un altar en donde podemos llegar todos para recogernos y meditar con la seguridad de que renovaremos nuestro valor y nuestra fe en el ejemplo luminoso de esos varones.

En un pequeño marco contemplamos también la figura egregia del Doctor don Carlos Duran, padre de la Medicina Moderna en Costa Rica.

A ese grupo de héroes llegará hoy el Doctor Antonio Facio Castro y lo hará con la frente levantada y el paso seguro pues él también ha ofrendado su vida cumpliendo con su deber profesional y ayudando a una causa que él creyó justa y noble.

El Doctor Facio Castro heredó de su madre un corazón noble y bondadoso.

De su padre el espíritu varonil y un gran sentido de responsabilidad. Ellos estuvieron orgullosos de contemplar los méritos de su hijo en el curso de su corta vida.

Después de su muerte deben apartar las lágrimas y contemplar con mayor orgullo aún la llegada de Tony a los umbrales de la inmortalidad.

*Discurso del Señor don Juan Francisco Rojas Suárez,
Vicepresidente de la Cruz Roja Costarricense*

Con el espíritu emocionado por la dolorosa rememoración de un infausto acontecimiento que llenó de duelo a la sociedad costarricense, venimos hoy a rendir este homenaje de sentido y cariñoso recuerdo a la memoria del doctor don Antonio Facio Castro.

Es en nombre de la Cruz Roja Costarricense, que tengo el honor de llevar la palabra en este acto, en el cual esa benemérita institución se asocia lealmente al justo tributo que en este momento ofrece el Colegio de Médicos y Cirujanos de la República, a uno de sus mas dignos y brillantes miembros desaparecidos.

Tiempos de dura prueba para la Cruz Roja Costarricense son los que recientemente han pasado. Las emergencias que ha afrontado el país, dejaron huella de muerte en nuestras filas. Un selecto grupo de

jóvenes, entregados en cuerpo y alma a la obra altruista de nuestra Institución, cayeron para siempre en el cumplimiento de su deber, cuando se daban por entero a la realización de su benéfica labor.

Todos ellos cumplieron el imperativo mandato de la Cruz Roja: y se unieron en el sufrimiento y en la muerte, en esa ignota región donde las diferencias propias a razas, religiones o clases sociales pierden toda su importancia y quedan, en cambio, en evidencia permanente, la comunidad de los hombres, la responsabilidad del hombre por el hombre, independiente de su situación en la vida.

Porque precisamente, la Cruz Roja ha sido creada para aliviar los sufrimientos ocasionados al ser humano por la enfermedad, la falta de cuidados y el abandono causado por la guerra. La ayuda de la Cruz Roja es una ayuda universal, es la aplicación práctica de la responsabilidad del individuo sobre la consideración de que todos somos hermanos, sin las discriminaciones que el odio y las pasiones engendran. La Cruz Roja atraviesa las barreras formadas por las gentes que cierran los ojos a la realidad de su vínculo mutuo, y abre de par en par las puertas de la piedad auténticamente cristiana. Ella se prodiga en amor para todo el que sufre y está desamparado, aun para el enemigo, porque tiene el deber de buscar en la obscuridad del odio y de la destrucción, al ser que la necesita y de ser verdaderamente caritativa con el prójimo.

El doctor Facio Castro, Tony Facio como le llamabais cariñosamente vosotros, sus colegas y compañeros, no pertenecía a las filas activas de la Cruz Roja. Pero de hecho quedó incorporado a las filantrópicas milicias de nuestra institución, desde el mismo momento en que, con la mayor abnegación y con el más elevado patriotismo, salió de su hogar para unirse al grupo de los que iban a prestar generoso socorro a sus hermanos en los campos de lucha. Desde aquel instante, Tony Facio llevaba en su corazón, grabada con su propia, sangre, la más alta insignia de la Cruz Roja: la que le guiaba a servir y ayudar a quienes necesitasen el auxilio de su ciencia medica.

Y así partió para las zonas de peligro, con el alma henchida del sentimiento fraternal de servicio que lo alentó siempre, con la mente puesta en el sagrado Juramento profesional de salvar vidas, y con el espíritu que alienta la obra humanitaria de la Cruz Roja. Con el sacrificio cruento de su vida joven y luminosa. Tony Facio llenó aquellos sublimes ideales y a ellos se entregó como un mártir, se dio entero en holocausto, aun cuando al hacerlo, se llevó consigo pedazos de los corazones que nunca terminarán de llorar por él.

Bendita sea la memoria de quienes, como el doctor Antonio Facio Castro, pueden llegar ante el Trono de Dios, llevando en su conciencia la credencial de haber servido sin regateos a la humanidad.

Discurso del Dr. Estehan A. López

El Hospital San Juan de Dios y en especial el Servicio de Cirugía Infantil “José María Barrionuevo”, quieren por este medio participar en este acto, en que el Colegio de Médicos y Cirujanos coloca el retrato del doctor Antonio Facio Castro en esta sala, junto a las figuras que mayor prestigio han dado al Cuerpo Médico, y que como él han caído en aras del servicio profesional más abnegado.

El doctor Antonio Facio Castro, a más de su brillante preparación profesional, de sus cualidades naturales de médico y de cirujano, siempre dispuesto a trabajar, siempre dispuesto al sacrificio, aun a aquel que superara sus fuerzas como el que emprendió cuando entregó su vida en forma trágica, patriótica y gloriosa. Cambió las comodidades de un hogar, el cariño de su dignísima esposa y las caricias, la más dulces caricias de su tierna hijita, por el cumplimiento de un deber para con la patria; para con su profesión. A más de su abnegación inigualable y de su espíritu de superación, poseía las

mejores virtudes que hicieron de él un hombre que en tan cortos años de existencia se llevara la simpatía unánime y el cariño de todos cuantos tuvimos la suerte de conocerle y de considerarnos sus amigos.

Esas virtudes lo engrandecían en cada acto de su vida y las depositaba en los demás, con la más sutil delicadeza. Una de ellas, la bondad, se advertía al no más tratarlo por primera vez. Tony demostraba su bondad en su presencia, en su mirada franca y amable, en cada uno de los actos de su vida. Poseía un corazón de oro, donde los enfermos y los que lo rodeaban encontraron el consuelo más eficaz, y como un marco, el más hermoso de esa bondad. Tony poseía los modales más correctos, más amables. Siempre tenía una sonrisa a flor de labio para mitigar el dolor. ¡Con qué amabilidad y delicadeza trataba a sus enfermos! Nunca lo vimos iracundo y siempre lo vimos respetado.

Fue un ejemplo de caballerosidad, de disciplina, de obediencia, de abnegación, y fue un compañero y un amigo excepcional, presto siempre a servir y a prodigar favores.

La humildad fue la virtud que más lo distinguió. Era un hombre humilde. Tony nunca conoció el orgullo o la soberbia. A pesar de sus condiciones por mil causas ventajosas, por ser hijo del doctor Facio, el médico más apreciado del país, Jefe de la Sección de Cirugía del Hospital San Juan de Dios; por ser hijo de ese médico eminente, pudo haber buscado prebendas o a lo sumo pudo creerse con mayores derechos que otros o mostrarse orgulloso delante de sus colegas o colaboradores.

Ni por sus condiciones familiares, ni por su educación refinada, ni por su preparación y sus cualidades de médico y de hábil cirujano, nunca tuvo orgullo, siempre fue el más humilde, siempre el más sumiso, buscaba siempre el consejo aun de aquellos que técnicamente eran inferiores a él. Y lo hacía con tanta naturalidad, que de veras conmovía.

Yo tuve la oportunidad de ver a Tony frente a un hombre sucio, andrajoso y de mal aspecto que se presentó en momentos en que dejaba su carro frente al Parque Central, precisamente el día que las sirenas de los periódicos anunciaron la invasión traidora que habría de acabar con su vida.

Este hombre andrajoso y de mala presencia se acercó a él. Yo sentí una extraña sensación cuando vi a Tony Facio acogerlo con gran amabilidad, lo abrazó y le habló por espacio de varios minutos como quien comparte un alegre rato con su mejor amigo. Y así lo era: cuando se despidieron me dijo Tony: “Este es un compañero de la escuela, es el compañero que más quiero porque fue siempre el más pobre y algo descarriado, pero yo lo ayudo y lo aliento con algún consejo siempre que tengo en suerte verlo”.

Ese acto de Tony nunca lo olvidaré. Ahí está retratado con toda su bondad, su gran corazón, su humildad tan franca que acogía gustoso y con júbilo a aquel compañero en desgracia, donde quiera que encontraba una pena se esforzaba por remediarla, su mayor placer fue hacer algún bien.

Hombres así, están predestinados para un mundo mejor. Son los escogidos de Dios para irradiar sus virtudes desde lo Eterno, son ellos al igual que Tony, a los que Dios corta su tallo a más temprana edad, aunque los hombres no lo comprendemos.

Hoy, en este acto, el Colegio de Médicos y Cirujanos ha traído su retrato para dejarlo aquí donde nos reunimos, y que cada vez que lo veamos, recibamos una lección de bondad, de sacrificio, de humildad, pues las obras que Tony nos ha dejado en los cortos años que pasó por este Colegio son obras del espíritu. En cariño y en bondad nos ha dejado lo que nadie hubiera podido hacer en toda una vida; él lo

hizo en un pequeño fragmento de la suya. Gracias a ese milagro del espíritu, hoy podemos decirle a nuestro querido compañero: “¡Tony, quédate aquí con nosotros!”

San José, 25 de Junio de 1949

Anexo 4

El “Corrido de Pepe Figueres” canto y memoria del 48

Carlos Revilla Maroto



Letra de Carmen Granados
Música de Carmen Granados.

*Allá en La Lucha y en San Cristóbal,
Un estandarte yo vi flotar:
El estandarte a Pepe Figueres,
que no ha caído y nunca caerá.*

*¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres!
Todos muchachos de armas tomar.
Vivan glostoras y medallitas
Que por la patria saben luchar.* Música y sonido

*Bajo la sombra siempre querida
De aquel simbólico Guayacán,
De triunfo en triunfo fueron las armas
Hasta alcanzarnos la libertad.*

*¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres!
Todos muchachos de gran valor.
Viva el valiente Pepe Figueres
Nuestro gallardo libertador.*

El nacimiento del corrido

Una noche, junto a dos guitarristas que tocaban con sendos vasos y un tenedor; Carmen Granados compuso el “Corrido a don Pepe”, unos días antes de la entrada de las fuerzas victoriosas a San José. Fue cantado por primera vez el 24 de abril de 1948 a la entrada del Cuartel Bellavista (actual Museo Nacional) por la artista Carmen Granados, encarnación del alma nacional.

Su autora, Carmen Granados Soto (1915-1999), fue una de las figuras más queridas y representativas de la cultura costarricense. Conocida como el «Alma Nacional», esta insigne folclorista, compositora, humorista, locutora y poetisa dedicó su vida a rescatar y exaltar la identidad del costarricense. Desde muy joven, inició su carrera artística en la radio y fue cofundadora del primer radioteatro en Costa Rica. Creó personajes inolvidables como «Rafela», «Doña Vina» o «La Niña Pochita», que con su picardía campesina reflejaban la esencia del tico. Su labor artística estuvo siempre impregnada de un profundo nacionalismo y de un compromiso con las causas humanitarias. El “*Corrido de Pepe Figueres*” es una de sus composiciones más recordadas, pero no la única: también rindió homenaje a boxeadores, futbolistas, ciclistas y festejos populares, consolidándose como una cronista musical de la memoria colectiva.

Por su invaluable aporte a la cultura nacional, Carmen Granados Soto fue declarada Benemérita de la Patria por la Asamblea Legislativa el 12 de junio de 2024.

El “*Corrido de Pepe Figueres*” constituye una expresión musical de la memoria política costarricense posterior a la Revolución del 48. En él se exalta la figura de José Figueres Ferrer (Pepe), y se enarbola su liderazgo en la campaña militar. En sus versos, la canción glorifica la figura de José Figueres Ferrer y enaltece a sus combatientes, retratados como jóvenes decididos, dispuestos a arriesgarlo todo por la patria.

En un contexto histórico, el corrido surge en el marco o poco después de la Revolución del 48, conflicto en el que Figueres encabezó el Ejército de Liberación Nacional contra el gobierno de Teodoro Picado y sus fuerzas aliadas. Al igual que en México y otros países latinoamericanos, el corrido funcionó como vehículo popular para narrar gestas bélicas, héroes y acontecimientos colectivos.

El canto exalta a Figueres y a sus combatientes como “libertadores” y vincula su victoria con la defensa de la patria. Esto refleja la narrativa oficial que se consolidó después de la guerra, que Figueres y los suyos no fueron un bando más en pugna, sino los portadores de la verdadera libertad y democracia.

En cuanto a la forma, el corrido conserva la métrica simple, repetitiva y rítmica característica de este género popular, lo cual facilita su memorización y difusión oral. La repetición de la arenga “¡Viva Pepe! ¡Vivan sus hombres!” cumple la función de estribillo y refuerza la idea de unidad y fervor colectivo.

Análisis del corrido

Simbología

El corrido abre con la referencia al estandarte figuerista ondeando en La Lucha y San Cristóbal, dos de los lugares que fueron símbolo de la persistencia y legitimidad de la causa revolucionaria. “Un estandarte yo vi flotar” simboliza el emblema de la causa figuerista como bandera de la libertad.

Glostoras y medallitas

Uno de los elementos más significativos es la alusión a los combatientes como “glostoras y medallitas”. Lejos de ser una ocurrencia pintoresca, estos apelativos revelan la composición social de una parte del Ejército de Liberación Nacional. Los “glostoras” eran jóvenes urbanos de clase media-alta, reconocibles por usar Glostora, la brillantina más popular de los años cuarenta, símbolo de pulcritud y estatus. Los “medallitas”, por su parte, eran jóvenes igualmente acomodados, muchos con una marcada religiosidad católica, que llevaban medallas de oro o plata de la Virgen de los Ángeles.

Aunque en boca de sus adversarios estos términos podían sonar despectivos —los “niños bien” que jugaban a la guerra—, en el relato figuerista se resignificaron como emblema de orgullo. Representaban a una juventud privilegiada que abandonó su comodidad para tomar las armas, pelear en las montañas y dar legitimidad moral al movimiento de Figueres.

El guayacán

Otro pasaje cargado de simbolismo es el que alude al simbólico guayacán. “Bajo la sombra siempre querida de aquel simbólico Guayacán...”, no es un verso casual, el guayacán, árbol fuerte y resistente, funciona aquí como metáfora de León Cortés Castro, expresidente y figura política influyente en la década de 1940. Para muchos figueristas, Cortés simbolizaba la firmeza y la resistencia frente a lo que consideraban la corrupción y el entreguismo de la administración Teodoro Picado y de su antecesor, Rafael Ángel Calderón Guardia. El corrido, en este sentido, también evoca un linaje político: Figueres como heredero de una tradición de dureza y patriotismo encarnada por Cortés.

Es así como el “Corrido de Pepe” cumplió una función doble. Por un lado, sirvió como un instrumento de movilización emocional, exaltando a Figueres y a sus seguidores, transformando motes irónicos en símbolos de sacrificio y heroísmo. Por otro, se convirtió en un dispositivo de memoria política, simplificando las tensiones de clase y las múltiples fuerzas presentes en la guerra, para presentar la gesta figuerista como la lucha de un pueblo unido bajo un caudillo fuerte y visionario.

Otros

El tono es épico y celebratorio, sin matices de duda o ambigüedad. Presenta a Figueres como “nuestro gallardo libertador”, imagen cercana al héroe romántico y casi fundacional.

En una dimensión político-cultural el corrido funcionó como propaganda y legitimación. Al cantar la gesta de Figueres y sus hombres, fijaba en el imaginario colectivo la idea de que ellos eran los salvadores de la patria.

Así, la música popular se convirtió en herramienta de memoria histórica y de construcción del mito político. Al estilo de los corridos mexicanos de Pancho Villa o Emiliano Zapata, este canto ayudaba a que el “ejército de liberación” no quedara solo como una facción armada, sino como símbolo del pueblo en armas.

El hecho de llamar a Figueres “libertador” lo pone en la tradición latinoamericana de Bolívar, Morazán o Martí, elevando su figura más allá de lo estrictamente nacional.

Actualidad

Escuchado hoy, el corrido no solo es una pieza musical de época, es una ventana a la manera en que se construyó el mito fundacional de la Costa Rica contemporánea y la Segunda República. Al idealizar a los combatientes y vincular a Figueres con la fortaleza de un guayacán —metáfora asociada a un expresidente de peso—, la canción ayuda a consolidar la narrativa de que el 48 no fue una guerra civil entre costarricenses, sino una epopeya moral liderada por jóvenes valientes y un caudillo destinado a “salvar la patria”.

Ese relato, repetido en cantos y en manuales de historia, contribuyó a legitimar el figuerismo y a invisibilizar la complejidad del conflicto, incluyendo las divisiones sociales, políticas y regionales. El “Corrido de Pepe”, en ese sentido, es tanto un homenaje musical como un artefacto ideológico, que nos recuerda el poder de la cultura popular para moldear la memoria colectiva de un país.

Escuchar el Corrido



Anexo 5

"Carta a mis sobrinos" de Carlos Eduardo Saborío Alvarado (1991)

Este documento, escrito el 3 de octubre de 1991 por Carlos Eduardo Saborío Alvarado —testigo y víctima de la represión de los años cuarenta—, fue concebido como una carta dirigida a sus sobrinos, para explicarles los acontecimientos que llevaron a la guerra civil de 1948 y el porqué del profundo sentimiento que los "viejos" guardaban sobre aquellos años.

Saborío no era historiador ni escritor profesional. Era un ciudadano común que, como tantos otros, sufrió en carne propia los abusos del régimen caldero-comunista. Su relato, cargado de emoción y de detalles precisos, constituye un testimonio invaluable para comprender el clima de aquellos años desde la perspectiva de los vencidos... y también de los vencedores, pues en sus páginas se mezclan el dolor por los caídos y la esperanza en la revolución que habría de venir.

Se reproduce aquí íntegramente, respetando su estilo, su ortografía y su apasionada manera de narrar.

Carlos Edo. Saborio

Recopilación de los libros Los 8 años, Lic. Alberto Cañas E.; Hechos Políticos del 48, Lic. Oscar Aguilar B.; Guerra Civil en Costa Rica, John Patrick Bell y Acotaciones Personales

En memoria de Bernal Vargas Facio, emboscado en Puerto Soley el 25 de Diciembre de 1948.

CARTA A MIS SOBRINOS

Queridos sobrinos:

Ante recriminaciones de algunos de ustedes y manifestaciones de otros jóvenes, de no saber nada del 48 por falta de información de los hechos de esa época, he decidido escribirles esta misiva, para narrarles en la forma más reducida posible, los acontecimientos que llevaron al país a la guerra civil de 1948.

No es que no se haya escrito sobre lo acontecido en esa época, pues muchos fueron los libros, folletos y escritos que se publicaron en los diarios; como por ejemplo «Los 8 años» del Lic. Alberto Cañas Escalante (1955), «La Legión Caribe» de Carlos Ma. Jiménez G. (1949), «Diario» de Oscar Cordero R. (1948), Guerra Civil en Costa Rica de John Patrick Bell (1976), Mario Sancho «Memorias», «La Generación del 48» de Hugo Navarro Bolandi, «Costa Rica y sus Hechos Políticos de 1948» del Lic. Oscar Aguilar Bulgarelli (1969), «Sangre Sudor y Lágrimas» del Lic. Alberto Cañas Escalante y por último «El Espíritu del 48» de don José Figueres Ferrer (1987).

Sin embargo, ustedes no habían nacido en ese entonces y por ello no pudieron leer esos libros, folletos y reportajes de los diarios y por la benevolencia nata del costarricense, que con el tiempo todo lo perdona, ha hecho que esas publicaciones se olvidaran y no sean además de interés directo para ustedes. Y si bien esos hechos fueron perdonados por nosotros, no por ello deben ser olvidados y eso me ha movido a escribirles esta carta, para que tengan un resumen de lo ocurrido en esa época negra para Costa Rica y puedan valorar y comprender el por qué la actitud de nosotros, los viejos, de no poder olvidar el 48.

Antes que todo, debo decirles que no soy historiador, ni escritor o filósofo ni nada parecido o no parecido; porque la vida no me dio oportunidad de estudiar y educarme, ya que muy niño perdí a mi padre, el abuelo de ustedes y tuve que asumir obligaciones de hombre, con apenas catorce años de edad. Por ello y por no aceptar la teoría de que la historia debe ser escrita 50 años después de sucedidos los hechos y por personas ajenas a ellos, para que las pasiones no tergiversen la realidad, he decidido enviarles esta carta, narrándoles con la – pasión que aún tengo, lo sucedido en esa época; porque son hechos reales e históricos y no invenciones mías, ya que fui testigo de ello.

ANTECEDENTES

Cuando en el año 1914, el entonces presidente don Alfredo González Flores estableció el Impuesto sobre la renta, para proporcionarle ingresos al estado, los capitalistas se confabularon con los militares y políticos que lo habían llevado al poder y en un Golpe de Estado, en el que no se disparó ni un tiro, derrocaron al Pte. González Flores y asumió la jefatura de gobierno su Ministro de Guerra, el General Federico Tinoco; iniciándose así la última tiranía militar en Costa Rica, que duró poco más de dos años. En esa asonada, participaron políticos y personajes de esa época, que a través de los años, participarían en otros amagos de golpes de estado y traiciones al ordenamiento jurídico del país, como en 1932, 1944, 1948 y 1955.

Con el asesinato del hermano del presidente, – quien era el Ministro de Guerra, cayó la dictadura de los Tinoco y asumió la Jefatura de Estado don Francisco Aguilar Barquero, quien entregó el poder a don Julio Acosta García, electo en votación popular y caudillo de la oposición a los Tinoco. Al finalizar su gobierno en 1924, le entregó la presidencia a don Ricardo Jiménez Oreamuno y éste le entregó a don Cleto González Víquez en 1928.

Al finalizar el gobierno de don Cleto en 1932, un grupo de políticos y militares que también habían participado en el derrocamiento del presidente González Flores, intentó apoderarse del poder, para impedir la llegada de don Ricardo Jiménez, electo por voluntad popular por segunda vez. Cito aquí los nombres de algunos de ellos, por la relación que tuvieron en los hechos de 1940 a 1948: Dr. Rafael A. Calderón Guardia, Gral. Jorge Volio, Lic. Alejandro Aguilar Machado, Juan Raf. Arias, Santiago Durán Escalante, Joaquín Fernández Montufar, Dr. Luciano Beeche, Dr. Mano Luján, los coroneles Gerardo Zúñiga Montufar, Alejandro Aguilar Mora, Rigoberto Pacheco, Diego López Roig, Amadeo Vargas y los señores Rafael Castro Quesada, Carlos Mangel, Isaac Zúñiga Montufar, Manuel Luján Mata, Belisario Fernández, Francisco Calderón Guardia, Rodolfo Quirós Quirós, Rubén Esquivel de la Guardia, Gonzalo Martínez Arriaga, Ricardo Toledo Escalante, Francisco Guardia Mora, Guillermo Carazo Brenes, Antonio Castro Cervantes, Tte. Cor. Gregorio Aguilar y Manuel Luján. – Sin embargo, la asonada no prosperó y don Ricardo Jiménez asumió la presidencia de 1932 a 1936.

Don Ricardo cometió el error de apoyar discretamente la candidatura del Lic. León Cortés Castro, su Ministro de Fomento y Obras Públicas y candidato – del Partido Republicano Nacional (Partido del Gobierno), quien – ganó las elecciones y gobernó de 1936 a 1940. – A pesar de haber realizado una gran obra de gobierno, cometió- también el error, esta vez, de apoyar indiscretamente y con el uso de la fuerza pública, al candidato del Partido Republicano, el Dr. Rafael A Calderón Guardia, quien fue candidato único en las elecciones de 1940, al haberse – retirado don Ricardo Jiménez, por las presiones del gobierno.

LOS 8 AÑOS

Desde que asumió la presidencia el Dr. Calderón, la participación del gobierno en la política se oficializó en forma descarada, estableciendo la obligación a los empleados públicos de contribuir con un porcentaje de sus salarios al Partido Republicano Nacional para poder permanecer en sus puestos; así como la de entregar sus cédulas de votación el día de las elecciones, con el voto obligado para el partido del gobierno. – Así mismo, – desde el inicio de su gobierno, el Dr. Calderón G. se dedicó a repartir a manos llenas, los dineros del Estado entre sus familiares y partidarios y realizando un viaje a Washington con cuarenta acompañantes; lo que la gente llamó el viaje de Alí Babá y sus cuarenta ladrones. – Sus parientes y allegados compraron casas y fincas por todo el país y al finalizar el primer año de gobierno, se presentó el primer déficit fiscal por 10 millones de colones . (Oscar Aguilar Bulgarelli – C.R. y sus Hechos Políticos de 1948, páginas 83 y 84).

Al realizarse en 1942 las elecciones de medio periodo, para elegir la mitad de los diputados al Congreso, como era lo establecido en ese entonces, el gobierno comete toda clase de atropellos, encarcelando a los dirigentes opositoristas, especialmente en Guanacaste, Limón y Puntarenas, logrando elegir 17 de los 22 aspirantes a diputados y la oposición sólo logra elegir 5. (O. Aguilar B. – C.R. y sus Hechos Políticos, pág. 42, 88) (A. Cañas E. – Los 8 años, pág. 22).

Ante la violencia habida en esas elecciones, y la frustración y preocupación por esos hechos, un grupo de jóvenes, estimulados por el Prof. don Roberto Brenes Mesén, crea el «Centro para el estudio de los problemas nacionales», con la idea de formar ciudadanos estudiosos en los quehaceres políticos y económicos del país y con la ayuda de apenas iniciados profesionales, se crean comisiones de estudio en todos los campos, para formular programas tendientes a fortalecer el desarrollo del país. – Más adelante comentaré la incidencia en la política nacional de este grupo de jóvenes.

Pasadas las elecciones de medio periodo en febrero de 1942 y con la mayoría de los diputados electos fraudulentamente por el gobierno, éste presenta un proyecto de ley tendiente a aumentar el periodo presidencial a seis años, incluyendo el que transcurre y estableciendo que el Congreso – elegiría en el futuro los presidentes, lo que de hecho abolía las elecciones populares, ya que mediante las artimañas establecidas por el Partido Republicano, los empleados públicos estarían obligados a votar por los candidatos a diputados de ese partido y estos elegirían posteriormente el presidente.

Muchos distinguidos ciudadanos, se oponen al proyecto y se alejan del gobierno, el que se ve de la noche a la mañana sin apoyo popular, y la oposición de altos dirigentes políticos.

En setiembre de 1939 había estallado la Segunda Guerra Mundial en la que Inglaterra, Francia y posteriormente Estados Unidos y Rusia, combatían contra Alemania, Italia y Japón. – En la noche del 2 de julio de 1942, un barco de carga norteamericano anclado en el muelle de Limón, explotó misteriosamente, matando a casi cuarenta trabajadores costarricenses que descargaban el barco, sin que un solo tripulante saliera herido, pues toda la tripulación estaba en tierra. – El gobierno anunció que había sido torpedeado por un submarino alemán. Sin embargo, la gente de Limón comentaba que habían sido dos bombas colocadas dentro del barco, para hundirlo en el muelle y – evitar así la obligación que tenía una compañía de reconstruirlo según contrato y que para ello, había pagado fuertes sumas de dinero, a miembros del gobierno. – Lo anterior no puedo avalarlo por no tener pruebas, pero inclusive la gente de Limón comentaba que algunos buceadores habían visto las latas del casco del barco retorcidas hacia afuera, como si la explosión hubiera sido interna.

El gobierno, que ya se sentía abandonado por el pueblo, venía desde hacía algunos meses en conversaciones con dirigentes del Partido Comunista, para obtener su apoyo a cambio de la promulgación de mejoras laborales para los trabajadores. Al fin y al cabo, Rusia ya era aliada de las democracias.

El 4 de julio (1942), alentados por el gobierno, los comunistas organizan una manifestación de protesta por el hundimiento del barco en Limón. La manifestación termina con el saqueo de negocios de alemanes e italianos y posteriormente con casas y almacenes de españoles y finalmente con el saqueo general del comercio en San José, con el – beneplácito de la policía, que desfilaba detrás de la manifestación.

Al día siguiente, el gobierno y el Partido comunista anuncian la suscripción de un «Pacto Político», – mediante el cual, el gobierno se comprometía a tramitar un proyecto de garantías sociales, a cambio del apoyo del – comunismo a la labor del gobierno. – Nació así el maridaje «Caldero-comunista», llamado «Bloque de la Victoria» que tanta calamidad causaría al país durante los siguientes seis años.

Ese mismo día, el gobierno salió a defender a los comunistas, diciendo que el saqueo lo había hecho los fascistas alemanes e italianos, para cobrar los seguros y acusaban así mismo a don León Cortés de nazi, porque era amigo de un alemán que trabajó en su gobierno.

Pocos días después, alemanes e italianos fueron apresados y confinados en un campo de concentración que ya el gobierno había construido y unas semanas después fueron expulsados del país, para ser internados en campos de concentración en los Estados Unidos.

Los «peligrosos» nazis y fascistas que sufrían esta afrenta, era gente de bien, esforzados trabajadores y muchos de ellos casados con costarricenses de las mejores familias.

Otros alemanes que eran apenas mecánicos, o italianos que eran humildes zapateros o artesanos, no eran tan – «peligrosos» (porque no tenían capital) y por ello no sufrieron tanto vejamen. – De inmediato, el gobierno decretó la confiscación de todos los bienes de alemanes e italianos y la expropiación de los mismos; nombrando a familiares y partidarios «interventores» para liquidar esos bienes.

Estos interventores pasaron de la noche a la mañana a ser los nuevos ricos de la sociedad costarricense. (O. Aguilar B. C.R. y sus Hechos Políticos, pag. 34) (Discurso de R.A.C. Diario CR 19 Nov. 1947).

El 8 de julio, una persona hasta entonces desconocida, se dirigió al país por medio de la Radioemisora América Latina. Se llamaba José Figueres Ferrer. – Cuando -llevaba 15 minutos de criticar las fechorías del gobierno, el Jefe de la Policía entra a la estación y suspende la – transmisión, cogiendo preso a Figueres, que al día siguiente es expulsado del país, acusándolo de nazi, por criticar al gobierno y tener negocios con los alemanes, a quienes vendía el café y otros productos de sus fincas.

Con el apoyo del comunismo, el gobierno se prepara para las elecciones de presidente y diputados en febrero de 1944 sugiriendo nuevas reformas y modalidades para esos comicios. En los primeros días del mes de mayo, el gobierno presenta su proyecto de ley, para establecer que las Juntas Receptoras de Votos se limiten a cerrar las urnas y enviarlas al Congreso para que éste haga el recuento de los votos.

La protesta de distinguidos ciudadanos no se hizo esperar. El propio Ministro de Educación, don Luis Demetrio Tinoco Castro se opone al proyecto y prominentes ciudadanos renuncian a sus puestos en el

gobierno. Entonces el proyecto es retirado del Congreso, ya que el Gobierno confía en el recurso de los votos a computar; mediante el cual, los ciudadanos que no habían podido votar por estar lejos de su lugar de inscripción, podían emitir su voto en cualquier otra mesa con solo presentar la cédula.

Con esta modalidad, el gobierno estimaba obtener 25.000 votos fraudulentos, entregándole cédulas de identidad a sus partidarios, para que pudieran votar varias veces en diferentes lugares.

Crearon también las «brigadas de choque», compuestas por maleantes, algunos sacados de las cárceles y comunistas sin escrúpulos jefeados por calderonistas, que se dedicaban a disolver las manifestaciones del candidato opositor, León Cortés, con la colaboración de la policía, que detenía a los cortesistas que eran vapuleados por las brigadas, so pretexto de alterar el orden.

El candidato del gobierno era el Lic. Teodoro Picado Michalsky, profesor y hombre honesto hasta entonces, pero ambicioso y débil de carácter.

El 6 de febrero de 1944, una semana antes de las elecciones, se realizó la manifestación política más grande habida en Costa Rica hasta entonces. – Caravanas de gente llegaron a San José a caballo o a pié; porque el gobierno incautó los buses y detuvo a los conductores. – El desfile lo iniciaba una cabalgata de más de cuatro mil jinetes, que vinieron desde Guanacaste, San Carlos, Zona Sur y otras poblaciones lejanas y una multitud de gente venida de todas partes del país, que cubría desde La Sabana, Paseo Colón, Avenida Central y Paseo de los Estudiantes, hasta llegar a la – Plaza González Víquez, en una sólida concentración. Política

Al finalizar la manifestación, las brigadas de choque se apostaron en varias esquinas estratégicas de San José, atacando con garrotes a los manifestantes que se retiraban a sus hogares y sangrando o desfallecidos, eran luego detenidos y encarcelados por la policía como «transgresores del orden».

Otro grupo de comunistas atacó las oficinas del Partido Cortesista, robándose la documentación y los – enseres y garroteando a los dos guardas que cuidaban el edificio; los que luego fueron llevados a rastras por la policía, que continuaba cinchoneándolos, a pesar de estar inconscientes, para encarcelarlos. A los cortesistas que eran detenidos, se les quitaba la cédula para que no – pudieran votar y tenían que pagar una multa para que se las devolvieran; eso sí, después de las elecciones.

El 13 de febrero (1944), día de las elecciones muchos miembros de mesa cortesistas, fueron detenidos por la policía y las brigadas de choque, especialmente en Guanacaste, Limón, Puntarenas, Heredia y Cartago y los liberaron en la noche. 25 campesinos en varias partes del país, fueron asesinados por la policía y las brigadas de choque, al tratar de evitar que les robaran los sacos de las votaciones. En muchos lugares fueron detenidos los miembros de mesa cortesistas y los sacos de las votaciones cambiados por otros. Además, el gobierno decidió instalar una radioemisora en la Casa Presidencial para dar a conocer el resultado de las votaciones.

A pesar de las arbitrariedades que habían hecho, al conocerse el resultado de las primeras mesas de votación de San José, las cifras eran considerablemente adversas al gobierno, según los telegramas que estaban leyendo en la Casa Presidencial. Sin embargo, a partir de las once de la noche, sorpresivamente, los números van cambiando y entre risotadas sarcásticas van leyendo al revés los resultados. Si Cortés tenía 108 votos y Picado 60, se anunciaba que Picado había obtenido 108 y Cortés 60 votos. Los miembros de mesas que tenían copias de las actas y los telegramas, se quedan atónitos al oír aquello; pero ¿qué se podía hacer?

A la una de la madrugada, se incendia misteriosamente el Registro Civil, donde se habían depositado los sacos de las votaciones y las actas para ser custodiados por la policía. (Las oficinas del Registro estaban ubicadas al costado oeste del Mercado Central de San José.) – A las dos de la madrugada, la Casa Presidencial anuncia que Picado había ganado ya las elecciones. En la mañana del 14 de febrero el diario oficial «La Tribuna» denuncia que los figueristas habían incendiado el Registro, para ocultar los fraudes que habían hecho, pero, a pesar de todo, de acuerdo con los telegramas que tenía la Casa Presidencial, las elecciones las había ganado Picado. Sin embargo, nada se decía de los campesinos que habían sido asesinados en La Ceiba de Alajuela, Aserri y Llano Grande de Cartago.

El país nunca había sido burlado en forma tan cínica y aunque muchas voces se levantaron para protestar y algunos miembros del gobierno renunciaron y se retiraron del partido, los ánimos se fueron calmando y el pueblo se resignó a tan asqueroso hecho.

Al conocer Figueres en México lo que había sucedido, intensificó los contactos con grupos exilados de Centroamérica y el Caribe, que organizaban un ejército para derrocar las tiranías que había en el área: Somoza en Nicaragua, Trujillo en República Dominicana, Duvalier en Haití, Pérez Jiménez en Venezuela y Martínez en El Salvador.

Muy largo se me esta haciendo esta carta mis queridos sobrinos, pero sigamos, que todavía falta lo – principal: los cuatro años de gobierno de Picado.

Para recompensar los servicios al partido, el gobierno nombra una nueva Directora para el Colegio Superior de Señoritas, una destacada dirigente comunista que no es aceptada por las estudiantes. Las señoritas del colegio organizan una manifestación, que es apoyada por estudiantes del Liceo de Costa Rica y el Colegio Seminario que estaba ubicado en la esquina del Colegio, así como estudiantes de escuelas primarias. Al igual que otras manifestaciones habidas en 1943 con ocasión de las pretendidas reformas electorales, los estudiantes son agredidos por las brigadas de choque sin hacer distinción entre mujeres y varones o niños, que ensangrentados y desprotegidos, corren a refugiarse en casas particulares, incluyendo la de un dirigente calderonista, que en vano trata de impedir aquella sangrienta jornada.

Teodoro Picado se da cuenta de que el país entero está en su contra y decide en una hábil maniobra política, permitir el regreso de Figueres. Una gran manifestación le da la bienvenida y por primera vez en cuatro años, ni las brigadas de choque ni la policía intervienen. ¿Miedo, precaución o táctica para calmar los ánimos?

León Cortés sigue siendo el líder de la oposición; pero Otilio Ulate, dueño del periódico «Diario de C.R.» y enemigo de don León, se hace propaganda a su favor. Por otro lado, un grupo que sigue a Figueres y los jóvenes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales que actuaban separadamente, se unen, pero no quieren apoyar a los políticos que están en campaña.

En febrero de 1946, se realiza nuevamente elecciones de medio período, para elegir 23 diputados. A pesar de las maniobras a que ya están acostumbrados los calderonistas por la experiencia de las elecciones del 44, la oposición elige 10 diputados, los comunistas que se presentan esta vez por su cuenta, eligen dos diputados y los calderonistas eligen 11. El resultado de esta elección es un gran triunfo para la oposición; ya que en la anterior no se le permitió siquiera elegir el candidato al primer puesto por San José. ¿Cómo iban a permitirlo si ese puesto era nada menos que para José Figueres?

Sin embargo, a los 22 días de esas elecciones, – sucede lo inesperado, don León Cortés muere repentinamente de un derrame cerebral. – Había sido un magnífico presidente; ya que a pesar de su fuerte carácter y de haberse ganado muchos enemigos al destituirlos de sus puestos por no cumplir con su deber, saneó totalmente la Hacienda Pública, realizó una grandiosa obra material construyendo escuelas, puentes y edificios públicos en todo el país; pero sobre todo, exigió a los empleados públicos a trabajar honestamente, destituyendo a los hijos de papá que tenían puestos en el gobierno, pero que no llegaban a trabajar.

También promulgó una serie de mejoras laborales, que luego del Dr. Calderón Guardia refundiría como suyas en «El Código de Trabajo,» con algunas otras más. (John P. Bell, Guerra Civil en CR., Pag. 46) (O. Aguilar B., C.R. y sus Hechos Políticos de 1948, Pag. 83).

Como los comunistas lograron elegir únicamente dos diputados, organizaron manifestaciones de protesta, alegando que los cortesistas habían hecho fraude. Pero cómo podían probar eso, si en la madrugada del 4 de febrero, se incendia por segunda vez el Registro Civil, donde se había depositado los sacos de votos y demás documentación. Lo curioso del caso es que la oposición había estado denunciando desde los primeros días de enero (1946) la desaparición de cédulas de identidad en el Registro Civil y la entrega indiscriminada de cédulas a altos militares, funcionarios del gobierno y dirigentes picadistas, lo cual había sido comprobado. (O. Aguilar B. – CR. y los Hechos Políticos de 1948, pag. 122).

Con vista a las elecciones de 1948, la oposición celebra una convención para elegir su candidato entre Ulate, Figueres y Fernando Castro Cervantes, hombre acaudalado y amigo y partidario de don León.- Al no obtenerse la mayoría señalada de antemano en las dos primeras votaciones, don José Figueres le da su apoyo a Ulate y así es elegido candidato de la oposición.

Los ánimos estaban caldeados al iniciarse el año 1947, pues las brigadas de choque y la policía continuaban vapuleando en las calles a los opositores al gobierno. Las casas en las que se ponía el retrato de Ulate en las ventanas eran apedreadas por las turbas.

En la ciudad de Cartago, era costumbre que los domingos, a la salida del cine, la gente caminara dando vueltas por la calle central y como ya se acercaba el período electoral, un domingo del mes de julio, un grupo de muchachos ulatistas empezaron a gritar «Viva Ulate.» Al domingo siguiente se volvió a repetir el hecho y de inmediato aparecieron las brigadas de choque y la policía de Cartago, reforzada con policía de San José y la emprendió contra todos los ciudadanos que caminaban esa noche en la calle. La gente corre a refugiarse en refresquerías y cafés cercanos; pero las turbas entran a los establecimientos y continúan golpeándolos con sus cachiporras, inclusive al Diputado Don Fernando Volio Sancho, Ing. Fernando Volio Mata, al Juez de Cartago Don Salomón Castillo, al Magistrado Lic. Agustín Monge, al Magistrado Suplente Lic. Jacob Murillo y muchos distinguidos ciudadanos que se encontraban conversando en esos lugares. Seguidamente las turbas procedieron al saqueo de los negocios y muchos ciudadanos son encarcelados.

Al día siguiente, la ciudad de Cartago amaneció muerta, los comercios y oficinas, el banco y las escuelas estaban cerrados y se organiza una manifestación con la consigna de huelga de brazos caídos. – Un grupo de dirigentes se dirige a San José a solicitar apoyo y al mediodía la Avenida Central se llena de gente. El comercio cierra sus puertas, tal vez temeroso de un saqueo, pero todos los empleados de oficinas se unen a la manifestación; luego siguen los empleados de los bancos que cierran las puertas y a la consigna de «huelga» la manifestación abarca toda la avenida central y calles aledañas. San José se paraliza. Ha triunfado la «huelga de brazos caídos.»

Sin embargo, al comenzar la tarde, aparecen las brigadas de choque y proceden a botar las puertas de tiendas y almacenes y a saquear todos los negocios del centro de la ciudad. Los manifestantes se enfrentan a las brigadas, pero la policía interviene, disparando contra los ciudadanos y causando la muerte de ocho personas, incluyendo una niña de 6 años.

Como es costumbre, el Presidente Picado culpa a los ulatistas de haber promovido el saqueo y que por ello la policía había tenido que dispersar la manifestación. ¿Qué otra cosa podía hacer Picado, si él era un títere impuesto por los Caldero-comunistas? Tan comprometido estaba Picado que el Dr. Calderón le había impuesto a su hermano Francisco como Vice-presidente; con lo cual si Picado moría, el otro Calderón Guardia quedaría como presidente.

En un viaje relámpago de 5 días a Cuba, Paco Calderón, hermano del Doctor, regresa con cinco mercenarios cubanos de la peor calaña, antiguos militares de la dictadura René Picado, hermano del presidente y Ministro de Guerra, nombra a uno de ellos (Juan José Tavío) Director General de la Policía, con el grado de Coronel. Este sujeto era un asesino sin escrúpulos, sin patria y sin ley; pues – había salido huyendo de Cuba.

La huelga de brazos caídos dura ya dos semanas. El dos de agosto, una gran manifestación de mujeres desfila hasta la Casa Presidencial, para pedirle al gobierno cesar la represión y conceder garantías electorales. Permanecen en el Parque Nacional, cantando himnos patrióticos. A las ocho de la noche se apagan las luces de todo San José y se desata una balacera desde los tres cuarteles de la capital, provocando el pánico y la manifestación se desbanda. Al día siguiente, comisiones de hombres prominentes, banqueros, y hasta el Arzobispo, se entrevistan varias veces con el presidente y miembros del gobierno y después de muchas horas de negociaciones, el gobierno accede a garantizar que se respetaría el resultado de las elecciones venideras de acuerdo con lo que el Tribunal de Elecciones resolviera y para lo cual, los principales militares firmaban también el documento. Así mismo se le daba al Tribunal de Elecciones todo el poder para dirigir el proceso electoral; incluyendo la limpieza del Padrón Electoral, para eliminar los muertos inscritos por los caldero-comunistas; otorgar los permisos para las manifestaciones en todo el país y traspaso de los mandos militares a la nueva entidad, tres meses antes de las elecciones.

Varios miembros del gobierno y muchas personas amigas y familiares de los Picado y Calderón, renuncian y se pasan a la oposición, por la masacre de ciudadanos en San José y los hechos que suceden.

A principios de enero del 48, el Vice-consul de Costa Rica en Nueva York, informa al Ministro de Guerra René Picado, que con la complicidad del Embajador de los Estados Unidos y el Agregado Comercial de esa embajada, los Calderón habían negociado la compra de 50 ametralladoras en la Secretaría de Defensa. Al enterarse la oposición de esa negociación, se solicita al Departamento de Estado su intervención y este destituye de inmediato al embajador y al Agregado Comercial y les ordena regresar a los Estados Unidos en el plazo de 24 horas; suspendiendo además el envío de las armas. (J. P. Bell – Guerra Civil en C.R. pag. 83).

El 4 de enero (48) funcionarios del Registro, detienen a 4 nicaragüenses con cédulas de C.R. – El 10 de enero son expulsados del Registro varios Fiscales del Partido Republicano que estaban armados dentro del recinto. – El 13 se descubren numerosas fichas de cédulas falsas. – El día 14 desaparecen del Registro muchas cédulas de ulatistas, que luego aparecen en el Crematorio de San José días después de

las elecciones. El día 15 el Tribunal Electoral ordena retener las cédulas falsas y ordena investigar la desaparición de las cédulas de ulatistas. (J.P. Bell – Guerra Civil C.R. Pag. 167)

El día 18 de enero se celebra una reunión ulatista en San Joaquín de Flores. De pronto aparecen brigadas de choque de Alajuela, Heredia y San José, procediendo a garrotear a los participantes, que huyen a refugiarse en la iglesia. Las hordas caldero-comunistas no respetan el templo y continúan vapuleando a los ciudadanos dentro del recinto y de un disparo matan a un campesino. La canalla huye. El Tribunal Electoral había autorizado la manifestación ulatista en ese lugar y los del bando del gobierno no podían o no debían acercarse al lugar. El partido calderonista tenía autorización para celebrar ese día una manifestación en Cartago, lugar bastante distante de San Joaquín. Sin embargo, el gobierno acusó a los ulatistas de provocar a los calderonistas que pasaban por ahí para asistir a la reunión en Cartago. El Arzobispo de San José condena los actos y excomulga a R.A. Calderón, por hacerlo responsable de lo sucedido.

El día 4 de febrero, se encontraban en el Hotel Costa Rica un grupo de muchachos custodiando la documentación electoral que correspondía entregar a los Presidentes de Mesa ulatistas para el día de las elecciones. A las 7 de la noche, una brigada de choque caldero-comunista penetra al hotel para tratar de robarse la documentación. Los muchachos repelen el ataque; pero encontrándose en minoría, son vapuleados y estando ya en el suelo, tienen la «Cobardía» de dispararles, hiriendo en el pecho al entonces hijo del Director de la Prensa Libre, Andrés Borrásé Sanau, que es trasladado al Hospital San Juan de Dios en estado de gravedad, una vez que las brigadas huyen.

LAS ELECCIONES DEL 8 DE FEBRERO 1948

Como las veces anteriores, la policía encarcela a ulatistas miembros de mesa, principalmente en provincias y lugares alejados de la capital. Con todo y todo, las votaciones se realizan. A las diez de la noche, desde el Tribunal Electoral se empieza a dar los resultados en forma tan lenta, que casi a las doce de la noche, únicamente se conocía el resultado de veinticinco mesas; pero Ulate iba ganando por amplio margen. Pasada la una de la madrugada, la ventaja de Ulate era abrumadora. – Sin embargo, a las dos de la madrugada, se incendia la parte sur-este del Colegio de Señoritas, donde se había depositado los sacos de votos y demás documentos de la votación. Por tercera vez, la documentación electoral, «custodiada» por la policía, era pasto de las llamas. Esto obliga al Tribunal Electoral a suspender la lectura de telegramas. Los bomberos recibieron una llamada de un incendio que por calles y avenidas se estaba produciendo en Barrio México; pero luego los vecinos del Colegio de Señoritas llamaron para informar del incendio verdadero.

Sin embargo, la policía no permite a los bomberos escalar el edificio, por tener órdenes estrictas de no permitir la entrada a nadie. (¿Cómo se inició entonces el incendio desde adentro?) – Habían cortado el agua de ese sector y nada se podía hacer, aparte de contemplar el incendio. Yo era bombero voluntario y sentía vergüenza de lo que la gente nos gritaba, creyéndonos cómplices de esa atrocidad.

Al día siguiente la canalla comunista organiza manifestaciones que gritan «queremos votar» y los dirigentes calderonistas y comunistas y el gobierno, acusan al Director del Registro Civil de haber eliminado a sus partidarios del Padrón Electoral. (Los muertos que no podían votar de nuevo.)

Sin embargo, con base en los telegramas oficiales que tenía el Tribunal Electoral, firmados por los miembros de mesa de todos los partidos, se declaró electo a Ulate, con una mayoría de diez mil votos sobre Calderón. – La resolución la firmaron dos de los tres miembros del Tribunal, ya que uno de ellos

alegó no poder avalar el resultado, por no tener las papeletas de votación para contarlas y verificar el resultado. (Las papeletas que custodiaba la policía y que «se habían quemado».)

El gobierno, no el Tribunal Electoral, decide que ante la «duda», corresponde al Congreso Definir la elección. Eran 29 diputados del gobierno electos fraudulentamente en las elecciones del 42, 44 y 46; dos diputados comunistas y doce diputados ulatistas. – El gobierno convoca al Congreso para el día primero de marzo. La noche anterior, cuatro diputados ulatistas fueron sacados de sus casas y encarcelados, al igual que los dos Magistrados del Tribunal Electoral, los licenciados don Gerardo Guzmán y José Ma. Vargas, sin respetarles su investidura y su avanzada edad. Otros dos diputados ulatistas que trataron de entrar al Congreso, fueron garroteados por las turbas.

Pero veamos algunas cosas que sucedieron antes de ese fatídico primero de mayo. – Ante el decomiso de las armas que iban a adquirir los Calderón en Estados Unidos, Somoza, Presidente de Nicaragua, les ofrece algún armamento y para ello viaja a Nicaragua Tavío, quien aterriza en Liberia en un avión de ese país el día 27 de enero.

El 22 de febrero, el gobierno destituye al Ministro de Relaciones Exteriores, don Luis Demetrio Tinoco Castro, por haber criticado el camino que estaba tomando el gobierno en torno a las elecciones. Varios funcionarios, amigos y aún parientes de los Picado y los Calderón, renuncian a sus cargos y al Partido Republicano por las mismas circunstancias y algunos le dan su adhesión a Ulate.

Para el día primero de mayo, fecha en que el Congreso resolvería la elección, el gobierno procede a detener en las casas y en la calle, a todo ulatista que se encontrara; inclusive a los dos Magistrados del Tribunal de Elecciones, don Gerardo Guzmán y don José Ma. Vargas, sin respetarles su investidura y su inmunidad. – En horas de la mañana, Tavío entra al Hospital San Juan de Dios con un grupo de policías para detener a los médicos ulatistas que estaban atendiendo los enfermos en ese recinto; pero avisados de su llegada, logran huir por detrás. Solamente logran detener a un – «peligroso delincuente» de 71 años, el Director del Hospital, don José Ma. Zeledón Brenes, autor de la letra del Himno Nacional, sin respetarle su investidura ni su avanzada edad y llevado a la Penitenciaría Central, donde estaban detenidos más de cuatro mil ciudadanos. Ante la frustración de no haber podido detener a los médicos, la policía desata una balacera dentro del hospital, causando pánico entre los enfermos y personal de ese hospital.

Seguidamente salen a ametrallar el Club Unión, el Diario de Costa Rica y la Embajada de Colombia, donde presumían estaban algunos dirigentes ulatistas, lo que le acarreó un serio problema diplomático al gobierno.

Al iniciarse la sesión del Congreso ese día primero de marzo, las turbas caldero-comunistas no dejaban hablar a los pocos diputados opositores, hasta que Manuel Mata logró que se calmaran para «garantizar que las cosas se hacían democráticamente» y se pudiera proceder a la votación. – A las ocho de la noche se tomó la votación preliminar en la que 19 diputados aceptaron el fallo del Tribunal Electoral y 27 la rechazaron. – (Eladio Jara, Esta Comedia no es Divina, pag. 87).

El Presidente del Congreso, Lic. Francisco Fonseca Chamier, avergonzado de lo que sucedía, renuncia de su cargo y abandona el recinto, seguido por los diputados gobiernistas Arturo Volio Guardia, Tomás Guardia Tinoco y Bernardo Benavides Zumbado. Sin embargo, la sesión continuó y los diputados gobiernistas anularon las elecciones, con la intención de nombrar después Presidente, a R.A. Calderón Guardia; el cristianísimo que había sido excomulgado por su complicidad con las turbas asesinas. Pero este nunca más llegará a ser Presidente.

Mientras tanto, en horas de la tarde de ese primero de mayo el célebre coronel Tavío llegó en un camión blindado acompañado por cien policías y soldados a la casa del Dr. Carlos Luis Valverde Vega, donde se encontraba Otilio Ulate y los dirigentes del partido; desatando una balacera para amedrentarlos. Tavío le ordenó al Dr. Valverde abrir el portón para practicar un registro de la casa, pero el Dr. Valverde se opuso. De inmediato dos guardias rurales trataron de escalar las rejas, pero alguien les disparó y cayeron muertos. Una nueva balacera desató la policía; por lo que el Dr. Valverde salió al balcón de la casa con una bandera blanca. Se detuvo la balacera por un momento; pero de pronto le dispararon al Dr. una ráfaga de ametralladora que lo hirió mortalmente.

El Dr. Valverde pide a sus compañeros abrir el portón para que ingrese la policía, a fin de salvar la vida de su esposa e hijas, 4 niñas de poca edad. La policía ingresa y detiene a todos los dirigentes que se encontraban en la casa, incluyendo al Presidente Electo, don Otilio Ulate; quien no acepta la intervención de un embajador que vivía al frente y trató de salvarlo. Todos son conducidos a la Penitenciaría y encarcelados. El Arzobispo de San José, al enterarse de los hechos interviene y le ofrece a don Otilio llevárselo al Palacio Arzobispal, pero de nuevo Ulate rehusa el ofrecimiento. A los dos días, un Juez ordena la libertad de Ulate, quien se dirige directamente al Hospital San Juan de Dios, para ver morir en esos momentos al Dr. Valverde. Dos años atrás, en esa misma fecha había muerto don León Cortés.

Más renunciados de funcionarios, simpatizantes y familiares de los Calderón y los Picado, desaprobandos las actuaciones del gobierno.

Ante esa situación, 16 jóvenes que venían entrenándose militarmente, salen hacia las montañas de Santa María de Dota con José Figueres a la cabeza. Llevaban todo «un arsenal», una ametralladora de mano, dos rifles mauser, seis rifles bala «U» y algunos revólveres.

Perdonen mis queridos sobrinos que abuse de ustedes y haga todavía mención de algunas otras cosas.

Incendiar o destruir todo lo que podía perjudicarles a favorecer a los contrarios era la consigna de los calderonistas. Así las turbas incendian dos veces los talleres del Diario de Costa Rica. La Aduana de Paquetes Postales, ubicada en calle primera y ave. primera, se incendia una tarde de 1947.

El incendio destruye la bodega de las alhajas y mercadería valiosa. La aduana es trasladada 50 metros al Norte; pero un mes y una semana después, se produce un nuevo incendio con las mismas características y consecuencias.

Para el día de las elecciones (8 de febrero 1948) más de cien ciudadanos habían sido asesinados por las brigadas de choque y la policía.

Cuando el 12 de marzo, Figueres le declara la guerra al gobierno, se desata una persecución total de ulatistas en todo el país, encarcelando a más de cuatro mil ciudadanos en San José y otro tanto en el resto de la nación. Para detener a los hermanos Rafael y Víctor M. Iglesias, tesorero del partido ulatista, la policía y brigadas de choque se dirigen a sus casas en San Rafael de Escazú. Al no encontrarlos, proceden a saquear las casas y luego las incendian al igual que algunas casas vecinas.

¿Más atrocidades,? para qué seguirles contando.

COROLARIO

El 12 de marzo, a las 7 de la noche, en una radioemisora clandestina, construida con partes de otras emisoras antes de ser incautadas por el gobierno, se oye la voz del Pbro. Benjamín Núñez, declarándole la guerra al gobierno por parte de José Figueres y sus valientes. (Medallitas y glostoras; así llamaban los comunistas a los muchachos de la sociedad y miembros del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales.) – La Guerra de Liberación Nacional había empezado.

¡Perdón de nuevo, mis queridos sobrinos. Que larga se me hizo esta carta! ¡Han tenido que sufrir 30 minutos leyéndola. – Nosotros no duramos 30 minutos leyendo las atrocidades de esa época. Sufrimos 8 años esos hechos. 8 años de angustia. 2920 días de terror. 70.080 horas de desesperación. 4.204.800 minutos de frustración y sufrimiento, de la primer dictadura comunista de América.

¿Comprenden ahora el sentimiento de nosotros, los viejos, de no poder olvidar el 48?

Cariñosamente

Tío Macho.

Carlos Edo. Saborío A.
3 de Octubre 1991

Anexo 6

San Isidro de El General: la batalla que se jugó como ajedrez

Por el testimonio del entonces Coronel Miguel Ángel Ramírez Alcántara

Hubo batallas que definieron la guerra, pero hubo una que, por sus características, no se pareció a ninguna otra: la batalla de San Isidro de El General. Mientras en El Empalme y El Tejar se libraban combates de gran intensidad, en el sur del país se estaba jugando algo aún más delicado: la supervivencia del único terminal aéreo de abastecimiento de materiales de guerra y la retaguardia del Frente Norte. Perder San Isidro significaba abrirle al enemigo una arteria de comunicaciones rápidas desde el Pacífico hasta El Empalme y Santa María de Dota, puntos pivote de toda la campaña.

Allí, en medio de los cafetales y las montañas del sur, un grupo de 120 hombres, comandados por un dominicano de oficio, luchador por la libertad, sostuvo durante más de treinta horas una de las batallas más reñidas y decisivas de la Revolución del 48. Su nombre: Miguel Ángel Ramírez Alcántara. Su testimonio, recogido para la historia, es el relato de un hombre que jugó cada ficha con la precisión de un ajedrecista, porque sabía que el que mejor jugara, ganaría.

Una apuesta desigual

Cuando Ramírez llegó a San Isidro el domingo por la mañana, el peligro era inminente. Las avanzadas del gobierno habían sido arrolladas y las fuerzas enemigas, al mando del General Tijerino, del diputado y líder comunista Carlos Luis Fallas y del socialista Juan Leyva Leyva, avanzaban sobre la plaza con una fuerza de entre 150 y 180 hombres. Ramírez, por su parte, apenas contaba con 118 a 120 efectivos: seis pelotones de dieciocho hombres cada uno, algunos jefes y media docena de civiles asignados temporalmente.

Pero la desventaja numérica no era lo único que hacía especial esta batalla. «En la mayoría de las batallas de importancia», explicó Ramírez, «nuestras tropas combatientes tenían suficiente cantidad de reservas de hombres con qué auxiliar a nuestras unidades empeñadas en combate. Pero esto no ocurría en San Isidro de El General». Allí se combatía con la espalda a la pared, aislados, a unos sesenta kilómetros del cuartel general, que en esos días se empeñaba en consolidar el Frente Norte y no estaba en condiciones de auxiliarlos con la rapidez que la situación requería.

«En ella se combatió con la espalda a la pared, como se suele decir, aislados», recordó Ramírez. «Frente a un enemigo valiente, aguerrido y con grandes habilidades e iniciativa en los movimientos tácticos, como lo demuestra el hecho de que con un golpe de audacia se nos había metido en la mitad del pueblo».

El despliegue y la emboscada que no fue

Ramírez entró a San Isidro en las primeras horas de la madrugada del domingo, desplegado en formación de combate, temiendo que el enemigo se le hubiera adelantado. Para su sorpresa, el pueblo aún estaba en manos de sus fuerzas, aunque el enemigo estaba muy cerca.

Inmediatamente organizó un reconocimiento para establecer la posición, formación y cantidad de tropas enemigas. Su segundo al mando, el Capitán Francisco Morazán, partió a las cinco de la mañana con la misión de ocupar un objetivo clave. Pero el enemigo, que se desplazaba rápidamente, frustró el

plan de emboscada. Morazán entabló combate, pero viéndose en un campo poco protegido y con la vanguardia enemiga flanqueándolo, ordenó la retirada hacia el puente de La Martin.

Cuando intentó llegar al puente, la vanguardia enemiga ya lo ocupaba. Morazán tuvo que cruzar el río más abajo y replegarse hacia las trincheras del parque, dejando allí parte de su gente y ocupando con el resto un cerrito estratégico. Mientras tanto, el Capitán Mario Rodríguez, con ocho hombres, se dirigía a ocupar otro punto dominante de la carretera.

Ramírez, mientras tanto, había salido del parque con su columna en dos vehículos. Tomó la carretera hacia Dominical, pero al escuchar el fuego concentrado del combate entre Morazán y el enemigo, comprendió que no llegaría a tiempo para atacar por la retaguardia. Retrocedió rápidamente hacia el pueblo para reforzar los pelotones que había dejado y auxiliar a Morazán.

Fue entonces, cuando regresaba a la orilla del pueblo, que se encontró con el Capitán Rodríguez replegándose hacia el cementerio con sus ocho hombres, perseguidos de cerca por el enemigo. Sin tiempo para más, entablaron combate de inmediato.

Los héroes de la trinchera

Mientras Ramírez combatía en las afueras, dentro del pueblo ocurría algo que él mismo calificaría como digno de una mención especial. Los dos pelotones que había dejado ocupando el pueblo, al darse cuenta de que las tropas enemigas estaban ya a las puertas, se atrincheraron en el parque. Allí, durante más de treinta horas, se batieron con un heroísmo que, en palabras de Ramírez, «rebasó toda la temeridad, la constancia y el sacrificio».

Se combatía a menos de treinta yardas de distancia. Solo con granadas de mano podían mantener al enemigo a cierta distancia. Hubo casos, según le refirieron testigos, en que los soldados asaltantes llegaban hasta el borde de la trinchera, machete en mano, «como lobos sedientos de sangre, solo para caer abatidos por el fuego de mis muchachos que se batían con la espalda en la pared».

Ramírez sabía de la precaria situación en que habían quedado sus hombres, rodeados por varios puntos que el enemigo había ocupado: parte de la iglesia, la comandancia conocida como Casa Kentucky, y otros puntos dominantes desde donde francotiradores los acibillaban. Pero en esa primera fase de la batalla, no podía hacer nada por ellos. Meterse al pueblo y a las mismas trincheras hubiera sido fatal.

«Yo sabía todo esto», confesó Ramírez, «pero en esta primera fase de la batalla, no podía hacer nada por ellos, pues hubiera sido fatal que me hubiera metido al pueblo y a las mismas trincheras con ellos. De modo que, además de darme cuenta de que estaba jugando con la suerte de la revolución, en esta batalla también me daba perfecta cuenta que mis compañeros de armas estaban encerrados, como tigres heridos, en las trincheras del Parque. Pero yo tenía que consolidar primero mis líneas para luego venir en ayuda de ellos y la idea de que fueran a pensar que los había dejado abandonados a su propia suerte, me enardecía y me daba fuerza y un poder sobrehumano, para terminar pronto y venir a salvarlos».

La línea de fuego

Sin pérdida de tiempo, Ramírez organizó su defensa. Ocupó con sus columnas y los hombres del Capitán Rodríguez una línea de aproximadamente un kilómetro a lo largo de la carretera, al oeste del pueblo. La línea comenzaba en una casita doscientos metros al sur del cementerio, seguía por la torre

de los tanques de agua, luego por un lugar de la compañía Mills donde había tractores abandonados, y terminaba en el cerrito de Los Manzanos, que dominaba la salida del pueblo hacia el norte.

La disposición fue meticulosa: en el extremo sur, el Capitán Benjamín Odio y el Teniente Roberto Fernández Durán con ocho hombres; seguía el Capitán Rodríguez con ocho hombres cubriendo el cementerio; luego el Teniente Juan Arrea con seis hombres cubriendo el espacio entre el cementerio y la Mills; después la torre de los tanques de agua, ocupada por tres hombres con una ametralladora de sitio pesada, una Mendoza y un fusil; luego el Teniente Valdeperas con tres hombres cubriendo el solar de los tractores; y finalmente, otro teniente con su pelotón ocupando el cerrito de Los Manzanos.

Mientras emplazaba a sus hombres, ya estaban combatiendo. El enemigo avanzaba frontalmente contra la línea.

La torre bajo fuego

Ya para las diez de la mañana, llegaron tres aviones enemigos. Lanzaron un saco hacia las tropas de Tijerino, que Ramírez interpretó de inmediato como un mensaje. Su interpretación fue precisa: «Atacaremos la torre con fuego de ametralladoras y bombas hasta rendirla, atacando ustedes a lo largo de toda la línea. Manden tropas a capturar y limpiar el campo de aterrizaje para que nuestros aviones puedan bajar».

Enseguida, los aviones comenzaron a atacar la torre con fuego concéntrico de ametralladoras y bombas. La infantería enemiga avanzó en dos oleadas a lo largo de toda la línea, «aullando como lobos». Llenaron un camión con tropas y se dirigieron al campo de aterrizaje para despejarlo de obstáculos. Los francotiradores enemigos disparaban sin cesar sobre la torre y otros puntos de la línea.

Desde la torre, que era su puesto de mando, Ramírez dirigía el combate. Mandó a llamar al Teniente Arrea con otra ametralladora Mendoza. Ahora eran tres ametralladoras emplazadas en la torre: dos Mendoza y una de sitio. Por espacio de cuarenta minutos sufrieron el ataque concentrado de los aviones.

«Nuestras ametralladoras no paraban un minuto», recordó. «Atendíamos a los aviones con las dos Mendoza, y con la ametralladora de sitio batíamos alternativamente a las olas de infantería y a la tropa que llegó en camión al campo de aterrizaje que por cuatro veces repitió la misma maniobra, y a otra columna que por tres ocasiones salió del aserradero, para capturar el cerrito de Los Manzanos, pero que las tres veces fue rechazado por nuestro fuego concentrado de ametralladoras desde la torre».

En los momentos más críticos, Ramírez enviaba al Doctor Gómez Robelo, su agente de enlace, con instrucciones precisas para todos los oficiales y soldados: pagaría con su vida quien diera la espalda al enemigo. También transmitió la consigna de que sus ametralladoras, que ya controlaban al enemigo, podían virarse y ultimar a aquellos que abandonasen su puesto de honor.

El doctor regresaba de cada misión con la misma respuesta: «Los muchachos están en su puesto y dicen que morirán al lado suyo antes de ceder una pulgada al enemigo».

Por repetidas ocasiones, Ramírez mandó a hacer saber a la tropa que la suerte de la revolución costarricense estaba en juego. Apelaba a su patriotismo, a su orgullo, a su sentimiento del honor. «Los muchachos me respondieron con dignidad y decoro».

La pausa y la espera

A la una de la tarde, los aviones se habían retirado. Las ametralladoras, enrojecidas por el fuego continuo, y los fusiles habían logrado estabilizar la línea de combate. El enemigo, obligado a mantenerse escondido y a la defensiva, había perdido la iniciativa.

«Como una fiera herida, se encontraba acorralado», describió Ramírez. «Solo el tiro de gracia hacía falta para ultimarlos». Pero eso era casi imposible. Los francotiradores enemigos seguían emplazados en puntos dominantes, y salir de sus posiciones para lanzar un contraataque era una sentencia de muerte. Además, no contaban con tropas suficientes.

Ramírez decidió esperar. Dio un pequeño descanso a la tropa y aguardó los refuerzos que había solicitado horas antes, cuando despachó al Sargento Piquín Fernández en un jeep que atravesó las líneas enemigas a toda velocidad, recibiendo el impacto de numerosos proyectiles en su vehículo.

De la una a las cinco y media de la tarde, el fuego disminuyó en intensidad. Ráfagas de ametralladoras y descargas de fusilería indicaban, de vez en cuando, la posición de los enemigos. Ellos contestaban el fuego en forma vigorosa.

A las cinco y media, llegaron los refuerzos: un pelotón al mando del Teniente Domingo García. Ramírez ordenó a García ocupar el cerrito de Los Manzanos, cavar trincheras y mantener la más rígida vigilancia. Le anunció que contraatacarían en las primeras horas de la madrugada, protegidos por la oscuridad.

Una piña y una taza de café había sido todo su alimento en doce horas de batalla. Pero los muchachos mantenían el espíritu alto y la fe absoluta en el triunfo final.

El contraataque: jugada de ajedrez

A las once de la noche, al ver que no llegaban más refuerzos, Ramírez convocó a todos sus oficiales a la torre. A oscuras, hablando en voz baja, les hizo una revisión completa de la situación militar. Comparó el arte de la guerra con el juego de ajedrez: una ficha mal movida podía perder el juego. Les hizo ver una vez más que la situación era crítica, aunque mantenían al enemigo a distancia. No podían permitir que el enemigo tomara la iniciativa y contraatacara en la madrugada.

La «hora cero» se fijó para las tres de la madrugada.

El plan era audaz y suicida, así se lo hizo saber a sus oficiales. Formó una pequeña columna de veinte hombres, tomando seis de cada posición y dejando solo dos en cada punto para mantener la línea. Puso la columna al mando del Capitán Mario Rodríguez, con el Teniente Roberto Fernández Durán como segundo.

La misión: salir del cementerio a las tres de la madrugada, atravesar la carretera, internarse en los charrales hacia el este, arrastrándose para no ser advertidos por los francotiradores. Debían avanzar con la mayor precaución hasta situarse detrás del patio de la Casa Kentucky, ocupada por el enemigo desde el lunes por la mañana. Allí, acostados de barriga entre un platanal, debían esperar hasta el amanecer.

Cuando amaneciera, debían abrir fuego de improviso con ametralladoras de pecho, fusiles y granadas de mano, avanzar rápidamente, tomar la comandancia por sorpresa y por la retaguardia, y luego

atravesar la calle en diagonal hasta alcanzar las trincheras donde estaban sus compañeros, exhaustos y hambrientos. Ramírez les entregó una bandera azul para que hicieran una señal convenida al momento de cruzar la calle, para no hacerles fuego desde la torre.

Mientras tanto, desde el otro flanco, el Teniente Domingo García debía salir del cerrito de Los Manzanos a las tres de la madrugada con su pelotón, internarse bien adentro del bosque —no por la orilla, como Ramírez enfatizó—, describir un arco de círculo y caer sobre un punto fuerte más al norte de la línea enemiga, atacándolo por sorpresa.

La pinza que se cerró

Pero el plan no salió como se esperaba. La columna de García no cumplió las instrucciones: avanzó por la orilla del bosque en lugar de internarse, y el enemigo la recibió con fuego tremendo desde el aserradero y una zanja cerca del Teatro El General. García se replegó a su punto de partida.

Ramírez, desde la torre, observó la retirada. Sin dudar, tomó a su cargo la situación. Avanzó rápidamente al encuentro de García con el Teniente Elías Vicente y una ametralladora Mendoza, y un fusilero de apellido Elizondo. Dejó al Teniente Quesada y al Teniente Arrea en la torre con las otras ametralladoras.

Cuando alcanzó a García y le preguntó qué pasaba, este respondió: «El enemigo estaba muy duro y tiene poder de fuego muy grande». Ramírez le replicó que eso sucedía por no haber cumplido las instrucciones. Inmediatamente, ordenó a sus hombres que lo siguieran y se internaron en el bosque. Describieron un arco en movimiento de flanqueo hasta situarse a unas cincuenta varas de la retaguardia enemiga, en el aserradero.

Lo atacaron violentamente con ametralladoras de pecho y granadas de mano. En dos minutos, habían desalojado al enemigo de sus posiciones, causándole seis bajas.

Mientras tanto, la columna de Rodríguez, en el flanco derecho, había entablado duelo a muerte con las tropas que asediaban la plaza. Pero un avión enemigo, que llegó en el momento preciso del contraataque, ametralló y bombardeó con tal intensidad que hizo imposible todo avance. El enemigo era más numeroso y contaba con ametralladoras en la iglesia y en el puesto de mando de Tijerino.

Rodríguez, sin embargo, no se rindió. Desde su nuevo puesto, envió un agente de enlace a la torre pidiendo apoyo de fuego para lanzar un nuevo contraataque. Desde la torre, las ametralladoras de sitio batieron el sector indicado en perfecta sincronización. La columna de Rodríguez lanzó su ataque y comenzó a desalojar al enemigo de sus posiciones.

La pinza se estaba cerrando.

Cruzar el río: la decisión más arriesgada

El enemigo, aunque desalojado de algunas posiciones, todavía ofrecía una resistencia obstinada. Se replegaba hacia las barrancas del río, no sin antes incendiar las casas que ocupaban para proteger su retirada y librarse del fuego de la columna de Rodríguez.

Ramírez, tras capturar el aserradero, se adelantó gateando hasta las barrancas del río para observar las nuevas líneas enemigas. Desde allí pudo ver al enemigo, aún numeroso, parapetado en las barrancas, con ametralladoras recién emplazadas.

En ese momento, tomó la decisión más arriesgada de su vida: cruzar el río rápidamente, sin ser advertido, internarse en el bosque y situarse a las espaldas de la tropa de Tijerino para romperles la columna vertebral.

«Con la rapidez del relámpago crucé el río con quince hombres», recordó. Dejó a García con cuatro hombres y una ametralladora de pecho para protegerlos mientras cruzaban. Una vez del otro lado, se internó en el bosque y avanzó rápidamente hasta situarse a la retaguardia de las tropas enemigas sin ser advertido.

Desde allí, lanzaron un contraataque de fuego concentrado. Lucharon a treinta varas de distancia, empleando granadas de mano y ametralladoras, hasta sacar al enemigo de las barrancas del río y obligarlo a huir río abajo en franca derrota. Era un «sálvese quien pueda».

En la fase final, mientras perseguía al enemigo, se encontró con dos francotiradores enemigos. Sostuvo un duelo con ellos por espacio de diez minutos. «Posiblemente estaban destinados a cubrir la huida de sus compañeros, y cumplieron con su misión hasta la muerte, pues ambos mordieron el polvo».

La corneta despavorida

En medio de la persecución, Ramírez escuchó el angustioso llamado de una corneta. Era el clarín que transmitía entre el enemigo la consigna de huir. Ya no se oían los aullidos de lobo con que las tropas de Tijerino acompañaban sus ataques, ni los atronadores vivas a Calderón Guardia, a la Guardia Nacional y al comunismo.

«Jadeantes hombres despavoridos corrían hacia las montañas buscando la salvación», describió Ramírez.

Mientras realizaba su asalto por el bosque y la retaguardia enemiga, oía con intermitencia el tableteo de la ametralladora del Teniente Domingo García, a quien había dejado cubriéndole la retaguardia. El fuego de García le servía de guía, asegurándole que no lo flanquearían. García permaneció impertérrito en su puesto hasta que Ramírez terminó su misión, contribuyendo eficazmente al triunfo de esta última fase de la batalla.

De los quince hombres que cruzaron el río con él, solo cinco lo acompañaron hasta el final. Con ese grupo de cinco —el Segundo Teniente Juan Bautista Gamboa, el Sargento Badilla, los Cabos Rafael Ángel Hernández Blanco (herido en un brazo), Umaña y dos soldados más cuyos nombres no recordaba— habían realizado el milagro de destrozarse por la retaguardia a un enemigo diez veces más numeroso, parapetado en los barrancos del río.

Atacaron con la rapidez de un tigre enfurecido hasta disparar los últimos cartuchos de sus rifles. Cuando se retiraron, ya rota la espina dorsal del enemigo, a Ramírez solo le quedaban su pistola .45 con dos cargadores y una granada de mano. La conservó hasta la última hora, dijo, «para suicidarme antes de caer en una emboscada enemiga».

El resto de sus hombres venían detrás de él con los rifles vacíos, pero habían dejado un reguero de muertos y heridos, y al enemigo huyendo despavoridamente.

Alrededor de las doce y treinta del mediodía, la más reñida de todas las batallas que se libraron durante la campaña de Liberación había concluido.

El último homenaje

Mientras las patrullas que Ramírez había emboscado para taponear los caminos se encontraban con la maltrecha columna de Tijerino, en el cambio de disparos murió el General. Peleó de frente, con su ametralladora en la mano.

Los jefes de dos patrullas, el Sargento Francisco Rojas y el Teniente Clemente Alpírez Garay, trajeron a Ramírez el cadáver del General Tijerino, junto con treinta y dos prisioneros de guerra y una gran cantidad de material bélico.

Ramírez designó al Capitán Morazán y al Presbítero Benjamín Núñez para que enterraran al General Tijerino cristianamente y con todos los honores militares correspondientes a su grado. Enterraron también a un valeroso soldado propio que murió a consecuencia de las heridas recibidas en el combate.

«Tijerino había sido noble y caballeroso al tratar con decencia y consideración a nuestros compañeros de armas, Tenientes Fernando Ortuño y Carlos Mendieta, que habían caído prisioneros en su poder días antes de la Batalla de San Isidro», reconoció Ramírez. «Pero aún sin este crédito en su favor, me correspondió hacerle el último homenaje que se rinde a los bravos que como él habían caído en el campo de batalla frente a sus adversarios».

No cabe duda, concluyó Ramírez, de que el General Tijerino era un gran soldado, que peleó con valor, con eficiencia y tenacidad para capturar San Isidro de El General, el punto clave de todo el frente Sur. Estuvo casi a punto de lograr su objetivo, pero el coraje y la decisión de sus hombres y la técnica empleada en conducir la batalla salvaron la revolución de una derrota que hubiera sido fatal para la causa libertadora.

Tijerino había malestimado su capacidad táctica, su poder de fuego y su organización. En lo más crítico de la batalla, Tijerino dijo a los compañeros de armas que tenía prisioneros que le daba una hora a Ramírez para rendirse. Incluso envió emisarios disfrazados de Cruz Roja con el mismo mensaje, pero Ramírez los detuvo para que no descubrieran sus posiciones.

«Ese error le costó la batalla a mi adversario», sentenció Ramírez. «Pues yo en ningún momento minimicé su capacidad y su gran iniciativa para el asalto. Por eso movía cada ficha con precisión y tacto, pues sabía que el que mejor jugara, ganaba esa batalla. Parece que yo jugué mejor que mi adversario».

Epílogo: la cuna de la revolución

San Isidro de El General fue el pueblo que más sufrió durante toda la guerra. Allí quedaron, como mudos testigos, los cráteres de las bombas lanzadas en más de diez misiones de bombardeo, y las cenizas de las casas incendiadas por las fuerzas invasoras de Tijerino y Leyva para cubrir su retirada protegidos por las columnas de humo.

Las tropas de Tijerino y Fallas emprendieron la retirada hacia Palmar, rumbo a Buenos Aires, dejando un rastro de sangre y fuego a su paso. La historia de la guerra que fundó la Segunda República, predijo

Ramírez, recogería algún día esta gloriosa gesta del pueblo de San Isidro de El General, que muy bien pudiera llamarse la cuna en donde nació la revolución.

Para los heroicos muchachos costarricenses que combatieron en aquella memorable ocasión — Fernando Valverde Vega, Tuto Quirós, Edmond Woodbridge, Rodrigo Silesky, Edgar Sojo, Guillermo Núñez y tantos otros cuyos nombres no quedaron registrados—, y para los valientes que cayeron abatidos por las balas enemigas en aquellos días de Semana Santa, quedaron estas memorias.

Porque en San Isidro, como en ningún otro lugar, se demostró que en la guerra, como en el ajedrez, el que mejor juega es el que gana. Y allí, en medio del infierno, el general dominicano jugó la partida más importante de su vida. Y ganó.

Nota final

Este libro "*Los quince años que cambiaron Costa Rica: 1940-1955: De las reformas sociales a la invasión del 55*" es el resultado de años de reflexión, investigación y diálogo con la historia viva del Partido Liberación Nacional.

Ha sido escrito desde una posición clara: la de alguien que militó, creyó y celebró durante décadas las páginas más hermosas de la historia liberacionista, y que todavía cree en el proyecto fundacional de la Segunda República. Pero también desde la convicción de que la lealtad a un partido no puede estar reñida con la honestidad intelectual, y que el mejor servicio que se le puede prestar a una causa política es señalar sus desviaciones con la misma pasión con que se defienden sus aciertos.

Este texto no busca alimentar odios ni construir relatos complacientes. Busca, humildemente, aportar al debate necesario sobre el rumbo de la socialdemocracia costarricense. Si en algún punto incomoda, esa incomodidad es parte del propósito: la política sin autocrítica es propaganda; la historia sin matices es mitología.

Queda en manos del lector juzgar si lo logró.

Para la redacción final de este ensayo, el autor contó con asistencia de inteligencia artificial en tareas de organización y estilo, manteniendo siempre el control absoluto sobre el contenido, las ideas y los juicios aquí expresados.

Carlos Revilla Maroto

Marzo 2026